

TABITHA SUZUMA



¿CÓMO ALGO TAN MALO PUEDE HACERNOS SENTIR TAN BIEN?





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

No podemos. Si empezamos, ¿cómo vamos a pararlo?

Lochan y Maya siempre se han sentido más amigos que hermanos. Ante la incapacidad de cuidarlos de su madre alcohólica y la ausencia de un padre que los abandonó, los dos jóvenes deben hacerse cargo de sus tres hermanos menores y esconder su situación a los servicios sociales, porque ninguno de los dos es mayor de edad.

La responsabilidad que comparten y las dificultades a las que se enfrentan les unen, hasta empujarlos a enamorarse. Ambos saben que su relación está mal y que no debe continuar, pero al mismo tiempo no pueden controlar sus emociones y la atracción que los domina.

L  **LIBROS**

Tabitha Suzuma

Prohibido

Para Akiko, con amor.

*Puedes cerrar los ojos ante las cosas que
no quieres ver, pero no puedes cerrar tu corazón
a las cosas que no quieres sentir.*

Anónimo

CAPÍTULO UNO

Lochan

Contemplo los pequeños, crujientes y calcinados insectos negros esparcidos sobre la pintura blanca y desconchada del alféizar. Es difícil creer que alguna vez estuvieron vivos. Me pregunto cómo sería quedarse encerrado en esta caja de cristal sin aire, cocido lentamente durante dos largos meses a causa del sol implacable; viendo el exterior, con el viento agitando los verdes árboles, lanzándote una y otra vez contra la pared invisible que te aparta de todo lo que es real, vivo y necesario, hasta que finalmente sucumbes, chamuscado, exhausto y abrumado por la imposibilidad de la tarea. ¿En qué momento se rinde una mosca y deja de intentar escapar a través de una ventana cerrada? ¿Acaso su instinto de supervivencia la empuja a seguir hasta que es físicamente incapaz de nada más, o al final, tras el golpe de gracia, aprende que no hay salida? ¿En qué momento decides que ya es suficiente?

Aparto mis ojos de los diminutos cadáveres e intento concentrarme en el grupo de ecuaciones de segundo grado de la pizarra. Una fina película de sudor me cubre la piel, atrayendo mechones de pelo contra mi frente, pegándose a mi camisa del colegio. El sol ha estado cayendo sobre los ventanales toda la tarde, y yo estoy sentado a plena luz con una postura ridícula, medio cegado por los potentes rayos. El respaldo de la silla de plástico se clava en mi espalda mientras me siento medio reclinado, con una pierna extendida y el talón apuntalado contra el pequeño radiador instalado en la pared. Los puños de la camisa cuelgan sueltos alrededor de mis muñecas, manchados de tinta y suciedad. La página vacía me mira, lastimosamente blanca, mientras resuelvo ecuaciones con una escritura letárgica y casi ilegible. El bolígrafo resbala y se desliza en mis dedos húmedos; despego la lengua del paladar e intento tragar. No puedo. Llevo casi una hora sentado así, pero sé que encontrar una posición más cómoda es inútil. Continúo con las sumas, inclino la plumilla de la estilográfica de manera que surca el papel haciendo un ligero ruido desgarrado. Si termino demasiado pronto ya no me quedará nada más que hacer salvo contemplar moscas muertas de nuevo. Me duele la cabeza. El aire está cargado por el sudor de treinta y dos adolescentes

embutidos en una clase recalentada. Noto un peso en el pecho que me dificulta la respiración. No es sólo esta rancia habitación, este aire viciado. La sensación empezó el martes en el momento en que atravesé las puertas de la escuela para enfrentarme a un nuevo curso. La semana aún no ha terminado y ya me siento como si llevara aquí toda la eternidad. Entre las paredes de esta escuela, el tiempo fluye como el cemento. Nada ha cambiado. La gente sigue igual: con cara de idiota, sonrisas despectivas. Mis ojos sortean los suyos mientras entro en las clases y ellos me miran sin verme, a través de mí. Estoy aquí pero no lo estoy. Los profesores marcan mi nombre en la lista pero nadie me ve, pues hace mucho que perfeccioné el arte de ser invisible.

Hay una nueva profesora de inglés, la señorita Azley. Una mujer joven y brillante de las antipodas: tiene una enorme mata de pelo rizado que sujeta con un pañuelo de los colores del arcoíris, la piel bronceada y lleva aros de oro macizo en las orejas. Parece increíblemente fuera de lugar en una escuela llena de agotados profesores de mediana edad, de caras grabadas con líneas de amargura y desengaño. No hay duda de que también ellos, una vez, igual que esta rolliza y alegre australiana, llegaron a la profesión llenos de esperanza y energía, decididos a marcar la diferencia, dispuestos a hacer caso a Gandhi y ser el cambio que querían ver en el mundo. Hoy, tras décadas de normas, burocracia entre escuelas y control de masas, muchos se han rendido y esperan la jubilación anticipada —el té y las galletas de vainilla son el momento culminante de su día—. Pero la nueva profesora no ha tenido tiempo suficiente para vivirlo. De hecho, no parece mucho mayor que algunos de sus alumnos. Un grupo de chicos estalla en una cacofónica estridencia de silbidos hasta que ella se da la vuelta y les hace frente, observándolos con desdén hasta que empiezan a sentirse incómodos y apartan la mirada. Sin embargo, se genera un nuevo bullicio cuando ordena a todo el mundo que disponga las sillas en semicírculo, y con todo el jaleo, —las peleas de broma, golpes de pupitres y arrastre de sillas— tiene suerte de que nadie salga herido. A pesar del caos, la señorita Azley se muestra imperturbable; cuando todo el mundo se calma, mira alrededor del mal formado círculo y sonríe.

—Eso está mejor. Ahora os veo bien y vosotros me veis a mí. Espero que a partir de ahora tengáis el aula a punto antes de que llegue, y no olvidéis que todos los pupitres tienen que volver a estar en su sitio al final de la clase. Si me entero de que alguien se marcha sin haberlo hecho, se encargará de mover los del resto de compañeros durante una semana. ¿Me habéis entendido?

Su voz es firme, pero no hay rastro de maldad en ella. Su sonrisilla sugiere que puede que incluso tenga sentido del humor. Las quejas y protestas de los gamberros habituales se silencian sorprendentemente.

Anuncia que vamos a presentarnos por turnos. Después de explayarse sobre lo mucho que le gusta viajar, hablarnos de su nuevo perro y de su anterior

empleo en una empresa de publicidad, se vuelve hacia la chica de la derecha. Subrepticamente, doy la vuelta a mi reloj, sitúo la esfera en el interior de mi muñeca y me dedico a contar los rápidos segundos. He estado todo el día esperando esto —la última clase— y ahora que ya ha llegado apenas puedo soportarlo. Llevo todo el día contando las horas, las clases, hasta esta última. Ahora, todo lo que queda son los minutos, aunque se me hacen interminables. Hago operaciones mentales: calculo cuántos segundos faltan para que suene el timbre. Me inquieto cuando me doy cuenta de que Rafi, el gilipollas de mi derecha, está cotorreando sobre astrología otra vez. —Prácticamente todos mis compañeros se han presentado ya—. Cuando por fin Rafi deja de hablar sobre constelaciones estelares, se forma un silencio repentino.

Levanto la vista y me encuentro a la señorita Azley mirándome directamente.

Me examino la uña del pulgar y automáticamente mascullo mi respuesta habitual sin mirar:

—Paso.

Pero, para mi desgracia, me ignora. ¿Acaso no ha leído mi expediente? Sigue observándome.

—Me temo que hay pocas actividades en mi clase que sean opcionales —dice.

Oigo las risillas del grupo de Jed:

—Pues nos pasaremos aquí todo el día.

—¿Nadie se lo ha dicho? No habla nuestro idioma.

—Ni ningún otro. —Risas.

—¡Tal vez marciano!

La profesora les hace callar con una mirada.

—En mi clase las cosas no funcionan así.

Sigue otro largo silencio. Juego con la esquina de mi bloc de notas, los ojos de la clase me abrasan la cara. El constante tictac del reloj de pared queda ahogado por los latidos de mi corazón.

—¿Por qué no empiezas por decirme tu nombre?

Su voz se ha dulcificado ligeramente. Tardo un instante en descubrir el porqué. Entonces me doy cuenta de que mi mano izquierda ha dejado de jugar con el bloc de notas y ahora se sacude contra la página vacía. Me apresuro a esconderla bajo el pupitre, murmuro mi nombre y miro intencionadamente a mi vecino. Éste se lanza con entusiasmo a su monólogo sin conceder un segundo a la profesora para protestar, pero veo que ha cedido. Ahora lo sabe. La aflicción en mi pecho se transforma en un dolor amortiguado y mis mejillas encendidas se enfrían. El resto de la hora se ocupa en un animado debate sobre el valor de estudiar a Shakespeare. La señorita Azley no me invita a participar esta vez.

Cuando por fin suena el timbre en todo el edificio, la clase se disuelve en el

caos. Cierro mi libro de golpe, lo meto en la bandolera, me levanto y salgo del aula enseguida, sumergiéndome mentalmente en la lucha que me espera en casa. A lo largo del pasillo principal, alumnos sobreexcitados emergen de las puertas para unirse al denso torrente de personas: me golpean hombros, codos, mochilas, pies... Consigo bajar una escalera, luego la siguiente y estoy a punto de atravesar la entrada principal cuando noto una mano en mi brazo.

—Whitely. Un momento.

Es Freeland, mi tutor. Siento cómo se me desinflan los pulmones.

El profesor de pelo plateado con la cara arrugada y hueca me conduce a una clase vacía, me señala una silla y luego se sienta con desmaña en la esquina de un pupitre de madera.

—Lochan, estoy seguro de que eres consciente de que éste es un año especialmente importante para ti.

Otra vez el sermón de bachillerato. Asiento levemente, obligándome a encontrarme con la mirada de mi tutor.

—¡También es el inicio de un nuevo curso! —Freeland lo anuncia con intensidad, como si necesitase que me lo recordaran—. Volver a empezar. Un nuevo comienzo... Lochan, sabemos que las cosas no siempre te resultan sencillas, pero esperamos grandes cosas de ti este trimestre. Siempre has destacado en los trabajos escritos, y es maravilloso, pero ahora que estás en tu último año esperamos que demuestres tu valía en otras materias.

Otro asentimiento. Un vistazo involuntario hacia la puerta. No estoy seguro de que me guste el cariz que está tomando esta conversación. El señor Freeland suspira sonoramente.

—Lochan, si quieres entrar en la Escuela Universitaria de Londres, sabes que es de vital importancia que empieces a adquirir un rol más activo en clase...

Asiento de nuevo.

—¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Me aclaro la garganta.

—Sí.

—Participación en clase. Unirte a los grupos de debate. Contribuir en las lecciones. Tan sencillo como contestar cuando se te hace una pregunta. Levantar la mano de vez en cuando. Eso es todo lo que pedimos. Tus notas siempre han sido impecables. En eso no hay quejas.

Silencio.

Sigue doliéndome la cabeza. ¿Cuánto va a durar esto?

—Pareces distraído. ¿Comprendes lo que te digo?

—Sí.

—Bien. Mira, tienes un gran potencial y no nos gustaría ver cómo te echas a perder. Si necesitas ayuda otra vez, sabes que podemos conseguir...

Noto cómo sube el calor a mis mejillas.

—No... No. Está bien. De veras. Gracias de todos modos. —Cojo mi bandolera, paso la cinta sobre mi cabeza, la cruzo sobre mi pecho y me encamino hacia la puerta.

—Lochan. —El señor Freeland me llama mientras le doy la espalda y salgo —. Simplemente piénsalo.

Por fin. Me dirijo hacia Bexham mientras la escuela se desvanece rápidamente a mis espaldas. Apenas son las cuatro en punto y el sol aún pega fuerte; su brillante luz blanca rebota en los laterales de los coches, que reflejan rayos inconexos. El calor irradia del asfalto. La calle principal es todo tráfico, humo de los tubos de escape, bocinas escandalosas, colegiales y ruido. He estado esperando este momento desde que sonó el despertador esta mañana, pero ahora que ya ha llegado me siento extrañamente vacío. Es como ser un niño otra vez y bajar estrepitosamente las escaleras para descubrir que Papá Noel ha olvidado llenar nuestros calcetines; de hecho, Papá Noel es precisamente la borracha del sofá de la sala de estar, que reposa en coma con tres de sus amigos. He estado concentrándome tanto en salir del colegio que he olvidado qué hacer ahora que ya estoy fuera. La euforia que esperaba no se materializa y me siento perdido, desnudo, como si hubiera estado preludiando algo maravilloso que he olvidado por completo. Al caminar por la calle, entremezclado con la multitud, intento pensar algo —lo que sea— que anhelar.

En un esfuerzo por deshacerme de mi extraño estado de ánimo, corro sobre los adoquines agrietados tras rebasar las alcantarillas llenas de basura; la suave brisa de septiembre me levanta el pelo de la nuca, las finas suelas de mis zapatillas se mueven sigilosamente sobre la acera. Me aflojo la corbata, estirando el nudo del cuello, y me desabrocho los botones superiores de la camisa. Me sienta bien estirar las piernas al final de un día largo y aburrido en Belmont; esquivar, rozar y saltar la fruta y las verduras aplastadas que han dejado abandonadas en los puestos del mercado. Giro la esquina hacia la estrecha calle familiar con sus dos largas hileras de casas pequeñas, decadentes y enladrilladas que se extienden gradualmente cuesta arriba.

Es la calle en la que he vivido durante los últimos cinco años. Nos mudamos a la vivienda social cuando mi padre se marchó a Australia con su nueva mujer y el subsidio familiar dejó de llegar. Antes de eso, nuestro hogar era una ruinosa casa alquilada al otro lado de la ciudad, en uno de los barrios bonitos. Nunca tuvimos mucho dinero, no con un poeta por padre, pero aun así, las cosas eran más sencillas en muchos aspectos. Pero eso fue hace mucho, mucho tiempo. Ahora nuestra casa es el número sesenta y dos de la calle Bexham: un cubo de dos plantas, tres habitaciones y estuco gris fuertemente aprisionado entre una hilera de casas, con botellas de Coca-Cola y latas de cerveza brotando en medio de la hierba, entre la verja rota y la descolorida puerta naranja.

La calle es tan estrecha que los coches, con las ventanas precintadas o los

guardabarros abollados, tienen que aparcar con dos ruedas sobre el bordillo, haciendo que sea más fácil caminar por el medio de la calle que por la acera. Le doy una patada a una botella de plástico rota, la saco de la alcantarilla y dejo que el agua se filtre gota a gota; las plantas de mis pies y el crujido del plástico roto sobre el asfalto resuenan a mi alrededor, pronto acompañados por la cacofonía del aullido de un perro, gritos de niños que juegan al fútbol y música *reggae* que sale a todo volumen de una ventana abierta. La bandolera rebota y tamborilea contra mi muslo y noto que una parte de mi malestar se disipa. Mientras corro y rebaso a los jugadores de fútbol, una silueta familiar franquea a los que hacen de palos de la portería, y cambio la botella de plástico por el balón, regateando con facilidad a los pequeños enfundados en sus enormes camisetas del Arsenal, que me siguen por la calle aullando en protesta. Un torbellino dorado se lanza hacia mí: un pequeño *hippy* rubio con el pelo hasta los hombros, con una camiseta que en su día fue blanca pero ahora está sucia y cuelga sobre unos pantalones grises desgarrados. Consigue ponerse delante de mí, corre hacia atrás tan rápido como puede y grita frenéticamente:

—Amí, Loch, a mí, Loch. ¡Pásamela a mí!

Riendo, lo hago, y gritando de euforia, mi hermano de ocho años coge la pelota y corre hacia sus compañeros, aullando:

—¡Me la ha pasado! ¡Me la ha pasado! ¿Lo habéis visto?

Me meto de golpe en el ambiente relativamente fresco de la casa y me desplomo contra la puerta de entrada para recobrar el aliento, apartándome el pelo húmedo de la frente. Me enderezo y me adentro en el pasillo; mis pies apartan automáticamente todo un surtido de chaquetas desperdigadas, mochilas y zapatos de colegio que conforman el desorden de la estrecha galería. En la cocina encuentro a Willa encaramada a la encimera, intentando alcanzar una caja de Cheerios de la despensa. Se queda congelada cuando me ve, con una mano posada en la caja y sus ojos azules abiertos bajo el flequillo.

—¡Maya se ha olvidado hoy de mi almuerzo!

La embisto con un gruñido, agarrándola de la cintura con un brazo y balanceándola boca abajo mientras grita con una mezcla de terror y regocijo, con su pelo dorado derramándose hacia abajo. Entonces la vuelco sin miramientos sobre la silla de la cocina y le tiro la caja de cereales, la botella de leche, el bol y la cuchara.

—Sólo medio bol, nada más —la prevengo con un dedo levantado—. Cenaremos pronto, tengo un montón de cosas que hacer.

—¿Cuándo? —Willa no suena muy convencida mientras esparce anillos de cereales cubiertos de azúcar por la mesa astillada de roble, que es la pieza central de nuestra desordenada cocina.

A pesar del elaborado elenco de «normas de la casa» que Maya ha pegado en la puerta de la nevera, es evidente que Tiffin no ha tocado en días las

papeleras desbordadas, Kit ni siquiera ha comenzado a fregar los platos del desayuno que se apilan en el fregadero y Willa, una vez más, ha perdido la escoba en miniatura y sólo ha contribuido a «aumentar» las migas que cubren el suelo.

—¿Dónde está mamá? —pregunto.

—Arreglándose.

Vací mis pulmones con un suspiro y me marché de la cocina subiendo las estrechas escaleras de madera de dos en dos, ignoro el saludo de mamá y busco a la única persona con la que tengo ganas de hablar. Pero cuando veo la puerta abierta de su habitación, recuerdo que ha tenido que quedarse a un rollo extraescolar esta noche y mi pecho se desinfla. En su lugar, vuelvo hacia el sonido familiar de Magic FM que sale a tope de la puerta abierta del baño.

Mi madre está inclinada sobre el espejo sucio y rajado del lavabo, dando los últimos retoques al rímel y cepillando pelusa invisible de la parte delantera de su ajustado vestido plateado. Es imposible respirar a causa de la peste a laca y perfume. En cuanto me ve aparecer por detrás de su reflejo, sus brillantes labios pintados se curvan hacia arriba y se abren en una sonrisa de aparente alegría.

—¡Hola, guapo!

Baja el volumen de la radio, se da la vuelta hacia mí y me tiende un brazo esperando un beso. Lo lanzo al aire sin moverme de la puerta, con el ceño involuntariamente fruncido.

Empieza a reír.

—Mírate, ¡otra vez con tu uniforme y casi tan desaliñado como los niños! Necesitas un corte de pelo, tesoro. Oh, cariño, ¿por qué pareces angustiado?

Me dejo caer contra el marco de la puerta, arrastrando la chaqueta por el suelo.

—Es la tercera vez esta semana, mamá —protesto.

—Lo sé, lo sé, pero ésta no me la puedo perder. ¡Davey ha firmado por fin el contrato para el nuevo restaurante y quiere salir a celebrarlo! —Abre la boca con una exclamación de entusiasmo y, cuando mi expresión se ablanda, cambia de tema con rapidez—. ¿Cómo te ha ido el día, cielito?

Esbozo una sonrisa mordaz.

—Bien, mamá. Como siempre.

—¡Maravilloso! —exclama ella, ignorando el sarcasmo de mi voz. Si hay algo en lo que mi madre destaca es en ocuparse de sus propios asuntos—. Sólo queda un año, incluso menos, y serás libre del colegio y de todas esas tonterías —su sonrisa se ensancha—. ¡Por fin cumplirás los dieciocho y serás el hombre de la casa de verdad!

Inclino la cabeza contra la jamba de la puerta. *El hombre de la casa*. Ha estado llamándose así desde que cumplí los doce. Desde que se fue papá.

Se vuelve hacia el espejo y se junta los pechos bajo el escote del vestido.

—¿Qué tal estoy? Hoy he cobrado y he hecho una compra compulsiva —me muestra una sonrisa traviesa como si fuéramos cómplices de esta pequeña extravagancia—. Mira estas sandalias doradas. ¿A que son bonitas?

Soy incapaz de devolverle la sonrisa. Me pregunto qué cantidad del sueldo de este mes se ha gastado ya. Es adicta a la terapia de las compras desde hace años. Mamá está desesperada por aferrarse a su juventud, una época en la que su belleza hacía que las cabezas se volvieran en la calle. Pero sus encantos se están desvaneciendo con rapidez y su cara se ve envejecida por la vida tan dura que ha llevado durante años.

—Estás genial —respondo como un autómatas.

Su sonrisa se difumina un poco.

—Lochan, vamos, no seas así. Esta noche necesito tu ayuda. Dave me va a llevar a un lugar muy especial. ¿Conoces el sitio nuevo que han abierto en la calle Stratton, enfrente del cine?

—Vale, vale. Está bien, diviértete. —Borro con gran esfuerzo mi ceño fruncido y trato de que no se me note el resentimiento en la voz.

No hay nada malo en Dave. De la larga sucesión de hombres que han pasado por la vida de mi madre desde que papá la dejó por una compañera de trabajo, Dave ha sido el más amable. Es nueve años más joven que ella, dueño del restaurante donde trabaja como camarera jefe y está separado. Pero al igual que el resto de líos amorosos de mamá, parece ejercer el mismo poder extraño sobre ella: la habilidad de transformarla en una chiquilla coqueta, sumisa y de risa tonta, desesperada por gastarse todo el dinero que ha ganado con esfuerzo en regalos innecesarios para su «hombre» y en vestidos ajustados y sugerentes para ella. Hoy apenas son las cinco y ya está ruborizada por la anticipación mientras se emperifolla para la cena; sin duda ha pasado esta última hora preocupada por qué ponerse. Se ha echado para atrás la permanente, a la que recientemente ha añadido mechas rubias, y ahora está experimentando con algún tipo de peinado exótico y pidiéndome que le abroche el collar de diamantes falsos —un regalo de Dave— que ella jura que son auténticos. Su figura curvilínea apenas cabe en el vestido con el que su hija de dieciséis años no se dejaría ver ni muerta, y la frase «viste como una adolescente» que se suele escuchar en los jardines de los vecinos resuena en mis oídos.

Cierro la puerta de mi habitación tras de mí y me apoyo en ella por un instante, disfrutando de este pequeño espacio de intimidad. En realidad nunca ha sido una habitación, sino tan sólo una despensa con una ventana desprovista de cortinas, pero hace tres años conseguí meter a presión una cama plegable, cuando me di cuenta de que compartir una litera con tus hermanos tiene serios inconvenientes. Éste es uno de los pocos lugares en que puedo estar completamente solo: sin compañeros de clase de miradas escrutadoras y sonrisas de superioridad, sin profesores que me disparen preguntas, sin gritos ni cuerpos

agolpados. Y aún existe un pequeño oasis temporal antes de que mi madre acuda a su cita y llegue la hora de la cena, que será cuando empiecen las discusiones sobre la comida, los deberes y el momento de irse a dormir.

Dejo caer la bandolera y la chaqueta en el suelo, doy un puntapié a mis zapatos y me siento en la cama con la espalda apoyada en la pared y las rodillas dobladas contra el pecho. Mi espacio, habitualmente ordenado, muestra todos los signos de un despertar frenético: el reloj lanzado al suelo, la cama deshecha, la silla llena de ropa tirada, el suelo cubierto de papeles y libros que se han caído de la pila del escritorio. Las paredes desconchadas están vacías salvo por una pequeña fotografía de nosotros siete, hecha durante nuestras últimas vacaciones en Blackpool, dos meses antes de que papá se fuera. Willa aún era un bebé y está en el regazo de mamá, la cara de Tiffin está embadurnada de helado de chocolate, Kit cuelga boca abajo de un banco y Maya intenta tirar de él para ponerlo derecho. Las únicas caras completamente visibles son las de papá y la mía. Tenemos los brazos colgando de los hombros del otro y sonreimos de oreja a oreja a la cámara. Rara vez miro la foto, a pesar de haberla rescatado de la hoguera que hizo mamá. Pero me gusta la sensación de tenerla cerca: es un recordatorio de que aquellos momentos felices no son tan sólo producto de mi imaginación.

CAPÍTULO DOS

Maya

Se me atasca otra vez la llave en la cerradura. Maldigo y a continuación propino una patada a la puerta como ya es costumbre en mí. En el momento en que me alejo del sol de la tarde y me adentro en el oscuro pasillo, siento que las cosas ya se están descontrolando un poco. Como era de esperar, la sala de estar se ha convertido en un vertedero: hay bolsas de patatas fritas esparcidas por la alfombra, mochilas, cartas de la escuela y deberes abandonados. Kit está comiendo Cheerios directamente de la caja, a la vez que intenta encestar algunos en la boca abierta de Willa, que está en la otra punta de la habitación.

—Maya, Maya, ¡mira lo que puede hacer Kit! —Willa me llama entusiasmada mientras me quito la chaqueta y la corbata en la puerta—. ¡Me los puede colar en la boca desde allí!

A pesar del desastre que los cereales han formado en la alfombra, no puedo evitar sonreír. Mi hermana pequeña es la niña de cinco años más mona de la historia. Sus mejillas con hoyuelos, teñidas de rosa por el esfuerzo, aún conservan las formas redondeadas y rollizas de un bebé, y su cara está iluminada por una suave inocencia. Desde que perdió los incisivos se ha acostumbrado a meter la lengua en el hueco al sonreír. El pelo le cae por la espalda hasta la cintura, recto, fino como seda dorada, a juego con los pendientes que lleva en las orejas. Bajo el flequillo descuidado, sus grandes ojos, que tienen el color de las aguas profundas, siempre lo miran todo con asombro. Se ha cambiado el uniforme por un vestido veraniego de flores color rosa, su favorito en este momento, y salta de un pie a otro encantada con las travesuras de su hermano adolescente.

Me dirijo a Kit con una sonrisa.

—Parece que habéis tenido una tarde muy productiva. Espero que os acordéis de dónde guardamos la aspiradora.

Kit me responde lanzando un puñado de cereales hacia Willa. Por un momento creo que va a ignorarme, pero entonces suelta:

—Esto no es un juego, son prácticas de tiro. A mamá no le importará, esta noche ha salido con su «amante» otra vez, y para cuando vuelva a casa estará

demasiado hecha polvo como para darse cuenta.

Abro la boca para reprenderle por lo que ha dicho, pero Willa le está animando a seguir, y como veo que no se enfada ni discute, lo dejo pasar y me derrumbo en el sofá. Mi hermano de trece años ha cambiado en los últimos meses: ha crecido durante el verano y su ya delgada constitución se ha acentuado; se ha cortado el pelo rubio para que se vea el pendiente con un diamante falso que lleva en la oreja y sus ojos color avellana se han endurecido. También ha cambiado algo en su actitud. El niño que fue sigue ahí, pero está enterrado bajo una desconocida severidad: el cambio alrededor de los ojos, el gesto desafiante de la mandíbula, la risa fuerte y sin alegría le dan un aspecto extraño y afilado. Sin embargo, en los breves y auténticos instantes como éste, en los que simplemente se lo está pasando bien, se le cae la máscara y vuelvo a ver al hermano que fue.

—¿Lochan hará la cena hoy? —pregunto.

—Pues claro.

—La cena... —La mano de Willa planea hacia su boca en señal de alarma —. Lochie me ha dado *un último aviso*.

—Se estaba echando un farol —Kit intenta anticiparse a ella, pero Willa ya se aleja al galope por el pasillo hacia la cocina, ansiosa como siempre por agradar. Me siento en el sofá, bostezando, y Kit empieza a tirarme cereales a la frente.

—Ten cuidado. Eso es todo lo que nos queda para desayunar mañana y no creo que quieras comértelo del suelo —me pongo en pie—. Vamos. Veamos qué ha preparado Lochan para cenar.

—Una mierda de pasta. ¿Alguna vez hace otra cosa? —Kit lanza la caja de cereales abierta en el sillón, esparciendo la mitad de su contenido por los cojines; su buen humor se evapora en un santiamén.

—Bueno, podrías aprender a cocinar. Así nos turnaríamos los tres.

Kit me lanza una mirada condescendiente y entra sigilosamente en la cocina delante de mí.

—Largo, Tiffin. He dicho que saques la pelota fuera de la cocina —Lochan tiene una olla hirviendo en una mano y con la otra intenta sacar a Tiffin por la puerta.

—¡Gol! —grita Tiffin después de chutar el balón bajo la mesa. Cojo la pelota, la echo al pasillo y agarro a Tiffin, que intenta zafarse.

—¡Socorro, socorro! ¡Me está estrangulando! —chilla, simulando una asfixia. Lo siento en su silla.

—¡Estate quieto!

Obedece sólo cuando ve la comida, coge el cuchillo y el tenedor y marca un redoble de tambor en la mesa. Willa se ríe y toma sus cubiertos para imitarle.

—No lo hagas... —le advierto.

Su sonrisa se desvanece, y por un momento parece que la he herido. Siento

una punzada de culpabilidad. Willa es cariñosa y obediente, mientras que Tiffin siempre rebosa energía y comete travesuras. En consecuencia, siempre es testigo cuando su hermano se sale con la suya. Me muevo con rapidez por la cocina, pongo los platos, sirvo el agua y recojo todo lo que se ha utilizado para hacer la cena.

—Vale, todo el mundo a zampar.

Lochan ha servido la cena en cuatro platos y un bol rosa de Barbie: hay pasta con queso, pasta con queso y salsa, pasta con salsa pero sin queso, y brócoli —que ni Tiffin ni Kit tocarán— astutamente escondido en los bordes.

—Hola, tú. —Le agarro de la manga antes de que vuelva a los fogones y le sonrío—. ¿Estás bien?

—Llevo en casa dos horas y ya se han vuelto locos —me lanza una mirada de desesperación exagerada y me río.

—¿Ya se ha ido mamá?

Asiente.

—¿Te has acordado de la leche? —me pregunta.

—Sí, pero necesitamos hacer una compra decente.

—Iré mañana después del colegio —Lochan se da la vuelta a tiempo para pillar a Tiffin saliendo por la puerta—. ¡Eh!

—¡Ya he terminado! ¡No tengo más hambre!

—Tiffin, ¿podrías sentarte en la mesa como una persona normal y acabarte la cena? —Lochan empieza a elevar el tono de voz.

—¡Pero Ben y Jamie sólo pueden salir media hora! —grita Tiffin en protesta con la cara roja bajo su mata de pelo rubio.

—¡Son las seis y media! ¡Hoy ya no vas a salir!

Tiffin vuelve furioso hacia su silla, con los brazos cruzados y las rodillas dobladas.

—¡No es justo! ¡Te odio!

Lochan ignora acertadamente las payasadas de Tiffin y presta atención a Willa, que se ha rendido y ya no usa el tenedor, sino que come los espaguetis con los dedos, con la cabeza inclinada y succionando cada uno desde abajo.

—Mira —le enseña Lochan—. Tienes que enrollarlos así...

—¡Pero se me caen igual!

—Intenta enrollar menos cantidad.

—No puedo —se lamenta—. Lochie, ¿me los cortas?

—Willa, tienes que aprender...

—¡Pero si es más fácil con los dedos!

El asiento de Kit está vacío, mientras da vueltas en la cocina abriendo y cerrando las puertas de la despensa con violencia.

—Deja que te ahorre tiempo: la única comida que nos queda está en la mesa —dice Lochan sosteniendo el tenedor—. Y no le he puesto arsénico, así que es

poco probable que te mate.

—Genial, ¿así que se ha olvidado otra vez de dejarnos dinero para ir al supermercado? Claro, por supuesto, a ella le da igual. El « amante » la va a llevar al Ritz.

—Se llama Dave —indica Lochan tras comerse unos cuantos espaguetis—. Llamarle así no te hace más guay.

Trago lo que tengo en la boca, consigo atraer la atención de Lochan y doy una imperceptible sacudida con la cabeza. Tengo la sensación de que Kit se está preparando para una pelea, y Lochan, que suele ser hábil para eludir enfrentamientos, está cansado y desbordado y parece dirigirse a ciegas hacia el choque frontal de esta noche.

Kit cierra el último armario con tal fuerza que todos damos un respingo.

—¿Qué te hace pensar que intento ser guay? Yo no soy el que está pegado a un delantal porque su madre está demasiado ocupada abriéndose de piernas para...

Lochan salta de su silla en un segundo. Intento alcanzarle pero no lo consigo. Se lanza a por Kit y le agarra del cuello, golpeándolo contra la nevera.

—Si vuelves a hablar así delante de los niños te...

—¿Me qué? —Kit tiene la mano de su hermano mayor alrededor del cuello, y a pesar de sonreír con arrogancia, veo un atisbo de miedo en sus ojos. Lochan nunca le ha amenazado físicamente, pero durante los últimos meses su relación se ha deteriorado. Kit ha empezado a resentirse con Lochan cada vez más por razones que no alcanzo a comprender. Sin embargo, a pesar de la conmoción inicial, Kit consigue detener con su expresión burlona la mano que se alza ante él, mirando con condescendencia a su hermano cinco años mayor.

Lochan parece darse cuenta de repente de lo que está haciendo. Suelta a Kit y da un paso atrás, aturdido ante su reacción.

Kit se endereza, mostrando una mueca que se arrastra con lentitud por sus labios.

—Sí, eso es lo que pensaba. Cobarde. Igual que en el colegio.

Ha llegado demasiado lejos. Tiffin mastica lentamente, en silencio, mientras observa con ojos cautelosos. Willa mira a Lochan con ansiedad, tirando nerviosamente de su oreja; ha olvidado por completo su comida. Lochan contempla el hueco vacío de la puerta por el que ya ha desaparecido Kit. Se limpia las manos en los pantalones e inspira larga y profundamente antes de darse la vuelta para mirar a Tiffin y Willa.

Tiffin le observa con detenimiento.

—¿Ibas a pegarle?

—¡No! —Lochan está muy alterado—. No, claro que no, Tiff. Nunca le haría daño a Kit. Nunca os haría daño a ninguno de vosotros. ¡Por Dios!

Tiffin retoma su plato de espaguetis, pero no parece demasiado convencido.

Willa no dice nada, se chupa los dedos con solemnidad hasta que quedan limpios, sus ojos irradian un resentimiento silencioso.

Lochan no vuelve a sentarse. En vez de eso, se muerde las comisuras de los labios, con cara de estar cavilando; parece perdido. Me acomodo en la silla y le toco el brazo.

—Sólo intentaba fastidiarte, como siempre...

No me contesta. En vez de hacerlo, inspira profundamente, me mira y dice:

—¿Te importaría terminar tú?

—Por supuesto que no.

—Gracias. —Fuerza una sonrisa tranquilizadora antes de salir de la cocina. Un momento después, escucho cómo se cierra la puerta de su habitación.

Me las arreglo para convencer a Tiffin y a Willa de que terminen de cenar y, a continuación, pongo el plato de Lochan en la nevera, ya que apenas lo ha tocado. Por mí, Kit puede quedarse con el pan duro de la encimera. Le doy un baño a Willa y, entre protestas, obligo a Tiffin a que se duche. Tras aspirar la sala de estar, decido que irse pronto a la cama no les hará ningún daño, e ignoro a propósito las furiosas quejas de Tiffin sobre que aún es de día. Les doy un beso en su litera, Willa me abraza y se mantiene así durante un momento.

—¿Por qué odia Kit a Lochie? —susurra.

Me aparto un poco para mirarla a los ojos.

—Cariño, Kit no odia a Lochie —le digo con tiento—. Lo que pasa es que Kit está de mal humor estos días.

Sus ojos azules y profundos se inundan de alivio.

—¿Entonces se quieren de verdad?

—Pues claro que se quieren. Y a ti te queremos *todos* —le doy un beso en la frente—. Buenas noches.

Confisco la Game Boy de Tiffin y les dejo escuchando un audiolibro; luego recorro el camino hasta el final del pasillo, donde una escalera conduce al desván cuadrado, y le grito a Kit que baje la música. El año pasado, después de interminables quejas lastimeras por tener que compartir habitación con sus hermanos pequeños, Lochan ayudó a Kit a despejar el pequeño ático, que antes no se usaba por toda la basura acumulada que habían dejado allí los antiguos propietarios. Aunque el espacio es demasiado pequeño incluso para ponerse de pie, es la guarida de Kit, su refugio privado en el que pasa la mayoría del tiempo. Tiene las paredes inclinadas pintadas de negro y llenas de pósteres de chicas, y las tablas del suelo, que están viejas y crujen, están cubiertas por una alfombra persa que Lochan consiguió en una tienda de segunda mano. El ático está aislado del resto de la casa gracias a una empinada escalera por la que Tiffin y Willa tienen estrictamente prohibido subir; es el escondite perfecto para alguien como Kit. Cuando por fin cierro la puerta de mi habitación, la música se atenúa convertida en un monótono golpeteo, y comienzo a hacer mis deberes.

Finalmente la casa queda en silencio. Oigo cómo termina el audiolibro y la atmósfera se acalla. En mi despertador pone que son las ocho y veinte, y el dorado crepúsculo que bien podría ser el de un verano en la India se desvanece con rapidez. Cae la noche y las farolas se encienden una tras otra, arrojando una luz fúnebre sobre el libro de texto que tengo ante mí. Terminó un ejercicio de comprensión y me descubrí observando mi reflejo en la oscura ventana. En un impulso, me pongo en pie y salgo al rellano.

Vacílo al llamar a la puerta. Si hubiera estado en su lugar, probablemente hubiera salido de casa enfurruñada, pero Lochan no es así. Es demasiado maduro y sensible. Desde que papá se fue no se ha ido de casa hecho una furia ni una sola noche, ni siquiera cuando Tiffin se untó el pelo con melaza y se negó a darse un baño, o cuando Willa estuvo sollozando sin parar durante horas porque alguien había rapado a su muñeca.

Sin embargo, las cosas han ido rápidamente cuesta abajo en los últimos tiempos. Incluso antes de su metamorfosis adolescente, Kit era propenso a agarrar berrinches cuando mamá pasaba la noche fuera. El psicólogo del colegio afirmó que se había culpado a sí mismo por la marcha de papá y que todavía albergaba la esperanza de que volviera, por lo que se sentía profundamente amenazado por cualquiera que intentara ocupar el lugar de su padre. Personalmente, siempre he sospechado que se trataba de algo mucho más simple. A Kit no le gusta que sus hermanos menores sean el centro de atención por ser pequeños y adorables, y tampoco que Lochan y yo les digamos a todos lo que tienen que hacer, mientras que él está atrapado en tierra de nadie, siendo el típico hijo mediano sin ningún compinche con quien cometer travesuras. Ahora que Kit se ha ganado el respeto necesario en el colegio tras unirse a una pandilla que se escapa a fumar hierba al parque a la hora del almuerzo, siente un rencor amargo ante el hecho de que, en casa, aún se le considere uno más de los pequeños. Cuando mamá sale, lo que ocurre cada vez más a menudo, Lochan está a cargo de todo, como siempre. Lochan, del que ella se aprovecha cuando hace horas extra en el trabajo o cuando le apetece salir con Dave o sus amigas.

No hay respuesta a mi llamada, pero cuando me voy al piso de abajo, encuentro a Lochan dormido en el sofá de la sala de estar. Un grueso libro de texto abierto reposa en su pecho y unas hojas garabateadas con cálculos de enmarañada caligrafía cubren el suelo. Le aflojo los dedos que sujetan el libro, apilo sus cosas en la mesita del café, cojo la manta del sofá y lo cubro con ella. Luego me siento en el sillón y recojo mis piernas, reposando la barbilla sobre las rodillas, y le observo dormir bajo el suave resplandor anaranjado de las farolas que se filtra a través de las ventanas sin cortinas.

Antes de que hubiera nada, ya estaba Lochan. Cuando miro mi vida en retrospectiva, todos y cada uno de los dieciséis años y medio que he vivido, Lochan siempre ha estado ahí. Caminando a mi lado rumbo al colegio,

empujándome en un carrito de la compra por un aparcamiento vacío a velocidad de vértigo, acudiendo en mi rescate en el recreo el día que causé una revolución en clase al llamar « estúpida » a la chica más popular. Aún le recuerdo allí de pie, con los puños apretados, con un aspecto inusualmente feroz en el rostro, desafiando a todos los chicos a pelearse con él a pesar de que le superaban ampliamente en número. En ese momento me di cuenta de que, mientras tuviese a Lochan, nada ni nadie podría hacerme daño. Pero entonces tenía ocho años. He crecido desde aquel momento. Ahora sé que no siempre estará aquí; no podrá protegerme constantemente. Está intentando que le admitan en la Escuela Universitaria de Londres y, aunque asegura que seguirá viviendo en casa, podría cambiar de parecer y darse cuenta de que es su oportunidad para escapar. Nunca me he imaginado la vida sin él. Al igual que esta casa, él es mi único punto de referencia en esta dura existencia, en este mundo inestable y aterrador. Imaginarle marchándose de casa me inunda de terror de tal modo que me quedo sin aliento. Me siento como una de esas gaviotas cubiertas de petróleo, ahogándose en el negro alquitrán que es el miedo.

Cuando duerme, parece un niño otra vez, con los dedos manchados de tinta, la camiseta arrugada, los vaqueros rasgados y los pies desnudos. La gente dice que nos parecemos mucho, pero yo no lo creo. Para empezar, él es el único de la familia que tiene los ojos de un verde brillante, al igual que el vidrio tallado. Su pelo desgredado es negro como la brea, le cubre la nuca y le llega hasta los ojos. Aún tiene los brazos bronceados tras el verano, e incluso a media luz percibo el tenue perfil de sus bíceps. Está empezando a desarrollar una figura atlética. Llegó tarde a la pubertad, y durante un tiempo incluso yo era más alta, razón por la que solía meterme con él sin piedad. Le llamaba « mi pequeño hermanito », cuando creía que era algo divertido. Él lo soportaba con estoicismo, como siempre hace con todo.

De un tiempo a esta parte, sin embargo, las cosas han empezado a cambiar. A pesar de que es tímido hasta la exasperación, a muchas de las chicas de mi clase les gusta, lo que me inunda de una conflictiva mezcla de rabia y orgullo. Sin embargo, aún se siente incapaz de hablar con sus compañeros, rara vez sonríe fuera de estas paredes y siempre, siempre, porta la misma expresión distante y atormentada, con un toque de tristeza en los ojos. En casa, no obstante, cuando los pequeños dan problemas o cuando bromeamos juntos y está relajado, muestra una parte de sí mismo totalmente distinta: adora las travesuras, se le forman unos hoyuelos al sonreír y tiene un autocrítico sentido del humor. Pero incluso durante esos breves instantes, siento que esconde una parte oscura y triste de sí mismo. La parte que lucha por salir adelante en el colegio, en el mundo exterior, un mundo en el que por alguna razón nunca se ha sentido en paz.

El petardeo de un coche en la calle me saca de mis pensamientos. Lochan deja escapar un quejido y se convulsiona, desorientado.

—Te has dormido —le informo con una sonrisa—. Creo que podríamos vender la trigonometría como un nuevo tratamiento para el insomnio.

—Mierda. ¿Qué hora es? —Parece asustado por un momento, aparta la manta, apoya los pies en el suelo y se peina el pelo con los dedos.

—Más de las nueve.

—¿Qué hay de...?

—Tiffin y Willa se han dormido rápido y Kit está ocupado tratando de ser un adolescente rebelde en su habitación.

—Ah. —Se relaja un poco, se frota los ojos con las palmas de las manos y parpadea adormilado.

—Estás hecho polvo. Quizá deberías olvidarte de los deberes por hoy e irte a la cama.

—No, estoy bien. —Mira hacia la pila de libros que hay sobre la mesita del café—. De todos modos tengo que terminar de repasar todo eso antes del examen de mañana —alcanza la lámpara y la enciende, proyectando un pequeño círculo de luz en el suelo.

—Deberías haberme contado que tenías un examen. ¡Habría hecho yo la cena!

—Bueno, tú has hecho todo lo demás. —Se produce una pausa incómoda—. Gracias por... por controlarlos.

—No pasa nada. —Bostezo, me cambio de lado en el sillón para poder apoyar las piernas en el reposabrazos y me aparto el pelo de la cara—. Quizás a partir de hoy deberíamos dejarle a Kit la comida al pie de la escalera. Podemos llamarlo «el servicio de habitaciones». Probablemente así tengamos un poco de paz.

La sombra de una sonrisa acaricia sus labios, pero entonces se vuelve a mirar la ventana y se instala de nuevo el silencio.

Tomo una bocanada de aire.

—Estaba un poco imbécil hoy, Loch. Esa historia del colegio...

Parece que se congela. Incluso observo sus músculos en tensión bajo la camiseta mientras se sienta de lado en el sofá. Tiene un brazo colgado hacia atrás, un pie en el suelo y el otro bajo él.

—Mejor termino esto...

Reconozco la señal. Quiero decirle algo, algo como esto: «Todo es teatro. Todo el mundo está fingiendo. Puede que Kit se haya unido a un grupo de chicos que escupen a la cara de la autoridad, pero están tan asustados como cualquiera. Se burlan de los demás y aceptan a los solitarios sólo por sentir que pertenecen a algo. Y yo no soy mucho mejor. Puede que parezca segura y locuaz, pero paso la mayor parte del tiempo riéndome de chistes que no me parecen graciosos y diciendo cosas que en realidad no pienso, porque cuando acaba el día es lo que todos intentamos hacer: encajar, de un modo u otro, intentar aparentar

desesperadamente que somos como los demás» .

—Pues entonces, buenas noches. No trabajes hasta muy tarde.

—Buenas noches, Maya. —De repente sonríe y se le forman los hoyuelos a los lados de la boca. Pero cuando me detengo en la puerta, mirándole otra vez, advierto que su gesto ha cambiado de nuevo y que hojea un libro de texto con los dientes apretados en el labio inferior, irritándolo y enrojeciéndolo.

«Crees que nadie lo entiende —quiero decírselo—. Pero estás equivocado. Yo te entiendo. No estás solo» .

CAPÍTULO TRES

Lochan

Mi madre parece exhausta bajo la rigurosa luz gris de la mañana. En una mano custodia una taza de café y en la otra un cigarrillo. Su pelo descolorido es una maraña y el rimel se le ha corrido formando unos manchurroneos en forma de media luna bajo sus ojos inyectados en sangre. Lleva la bata de seda rosa anudada sobre un camisón muy corto. Su aspecto desaliñado es un claro signo de que Dave no se ha quedado a pasar la noche. De hecho, ni siquiera recuerdo haberles oído entrar. En las contadas ocasiones en que vienen a casa, se oye el golpe de la puerta principal, risas apagadas, el sonido de las llaves al caer en la entrada. Se escucha cómo se mandan callar el uno al otro y más golpes secos, seguidos de unas carcajadas cuando él intenta subirla a cuestras por la escalera. Los demás han aprendido a dormir a pesar de ello, pero yo siempre he tenido el sueño ligero y sus voces ebrias me obligan a ser consciente de todo, incluso aunque cierre los ojos con fuerza e intente ignorar los gruñidos, los gritos y el sonido acompasado de los muelles de la cama que provienen de la habitación principal.

El martes es el día libre de mamá, lo que significa que, para variar, prepara algo parecido a un desayuno y lleva a los niños al colegio. Pero ya son las ocho menos cuarto y Kit aún no ha aparecido, Tiffin está desayunando en ropa interior y Willa no tiene calcetines limpios, hecho del que se lamenta a todo aquel que la escuche. Traigo el uniforme de Tiffin y le obligo a vestirse en la mesa, ya que mamá parece incapaz de hacer mucho más que dar sorbitos de café y fumar un cigarrillo tras otro en la ventana. Maya va en busca de unos calcetines para Willa y escucho cómo golpea la puerta de Kit y le grita algo sobre las consecuencias que habrá si llega tarde. Mamá apura su último cigarrillo y viene a sentarse a la mesa con nosotros. Nos cuenta unos planes para el fin de semana que sé que nunca se harán realidad. Willa y Tiffin comienzan a hablar al mismo tiempo encantados con la atención que les presta y olvidan su desayuno. Siento que los músculos se me tensan.

—Tenéis que salir de casa en cinco minutos y antes debéis acabaros el

desayuno.

Mamá me coge por la muñeca cuando paso por su lado.

—Lochie Loch, siéntate un momento. Nunca tengo un rato para hablar contigo. No solemos sentarnos así a la mesa. Como una familia.

Me trago mi frustración con un esfuerzo monumental.

—Mamá, debemos estar en el colegio en quince minutos y tengo un examen de matemáticas a primera hora.

—Ay, ¡qué serio! —Tira de mí y me sienta en la silla que hay a su lado; ahueca la mano y la posa en mi mejilla—. Mírate, estás pálido y estresado. Siempre estás estudiando. Cuando yo tenía tu edad era la chica más guapa del colegio y todos los chicos querían salir conmigo. Solía hacer campana, ¡e iba a pasar el día al parque con uno de mis novios! —Guiña el ojo con complicidad a Tiffin y Willa, que estallan en un arrebato de risas.

—¿Besaste a tu novio en la boca? —pregunta Tiffin con una risita perversa.

—Pues claro, y no sólo en la boca. —Me guiña el ojo y se pasa los dedos por el pelo enredado con una sonrisa infantil.

—¡Puaj! —Willa balancea violentamente sus pies bajo la mesa y echa su cabeza hacia atrás en señal de disgusto.

—¿Le chupaste la lengua? —Tiffin insiste—. ¿Como en la tele?

—¡Tiffin! —espeto de golpe—. Deja de ser tan desagradable y termináte el desayuno.

Tiffin coge la cuchara de mala gana, pero en su rostro aparece una risita cuando mamá asiente rápidamente con una mueca traviesa.

—¡Puaj, qué asco! —Tiffin empieza a hacer sonidos de arcadas y entonces llega Maya, que intenta persuadir a Kit para que entre.

—¿Qué da asco? —pregunta mientras Kit se escabulle malhumorado hacia su silla y deja caer su cabeza en la mesa con un ruido.

—No quieras saberlo —comienzo a decir deprisa, pero Tiffin le contesta de todos modos.

Maya esboza una mueca.

—¡Mamá!

—Sí, genial, esa historia me ha abierto el apetito de repente —interviene Kit, irritado.

—Tienes que comer algo —insiste Maya—. Aún estás creciendo.

—No lo está. ¡Está encogiéndose! —se carcajea Tiffin.

—Cállate, pedazo de mierda.

—Loch, ¡me ha llamado «pedazo de mierda»!

—Siéntate Maya —dice mamá con una sonrisa empalagosa—. ¡Ah! Miraos todos, tan listos con vuestros uniformes. Y aquí estamos, ¡tomando el desayuno todos juntos como una familia!

Maya fuerza una sonrisa mientras unta mantequilla en la tostada y la coloca

en el plato de Kit. Noto que mi pulso empieza a acelerarse. No puedo marcharme hasta que todos estén listos o será una buena oportunidad para que Kit se escape del colegio y mamá retenga a Tiffin y Willa hasta media mañana. Y no puedo llegar tarde; no porque tenga el examen... sino porque no puedo ser el último que entre en clase.

—Tenemos que marcharnos —informo a Maya, que intenta convencer a Kit para que desayune, aunque él sigue con la cabeza apoyada en los brazos.

—Ay, ¿por qué tienen tanta prisa esta mañana mis bichitos? —exclama mamá —. Maya, ¿conseguirás que tu hermano se calme? Mírale... —Me frota el hombro, su mano me quema la tela de la camiseta—. Está muy tenso.

—Loch tiene un examen y vamos a llegar tarde de verdad si no nos marchamos ya —le explica Maya cuidadosamente.

Mamá aún tiene su otra mano apretada con fuerza alrededor de mi muñeca, lo que me impide levantarme para coger mi habitual taza de café.

—¿No estarás nervioso por culpa de un estúpido examen, verdad, Loch? Porque hay cosas más importantes en la vida, ya lo sabes. Lo último que debes hacer es convertirte en un empollón como tu padre, siempre con las narices metidas en un libro, viviendo como un mendigo sólo para conseguir uno de esos inútiles doctorados. Y mira en qué se convirtió por culpa de esa educación tan pija de Cambridge... ¡En un maldito poeta, por el amor de Dios! —Resopla burlonamente.

Kit levanta la cabeza repentinamente y pregunta con desprecio:

—¿Cuándo ha suspendido Lochan un examen? Lo que le pasa es que tiene miedo de llegar tarde y de que...

Maya le amenaza con meterle la tostada en la garganta. Me desengancho del apretón de mamá y me vuelvo nervioso por la sala de estar, recogiendo mi chaqueta, la cartera, las llaves y la bandolera. Me encuentro con Maya en el pasillo y me dice que vaya delante, que ella se asegurará de que mamá se marche a tiempo con los pequeños y de que Kit vaya al colegio. Le aprieto el brazo en señal de agradecimiento y me voy, corriendo por la calle desierta.

Llego al colegio con un margen de pocos segundos. El enorme edificio de hormigón se alza ante mí, extendiendo sus tentáculos hacia el exterior, absorbiendo los demás bloques pequeños y feos de pasillos vacíos y galerías interminables. Consigo llegar a la clase de matemáticas antes de que entre el profesor arrastrando los pies y comience a repartir los exámenes. Tras la carrera de casi un kilómetro tengo la vista nublada por el esfuerzo y apenas puedo ver. El señor Morris se detiene junto a mi pupitre y contengo la respiración.

—¿Estás bien, Lochan? Parece que hayas corrido la maratón.

Asiento rápidamente y cojo el folio que tiende hacia mí sin ni siquiera mirarle.

Comienza el examen y la clase se sume en el silencio. Me encantan los

exámenes. Siempre me han gustado, no importa el tipo que sean. Siempre y cuando sean por escrito y duren toda la clase. Siempre que no tenga que hablar o levantar la mirada del papel hasta que suene el timbre.

No sé cuándo empezó a sucederme esto, esta cosa, pero su intensidad aumenta, me envuelve, me sofoca como una hiedra venenosa. Crecí con ella, creció dentro de mí. Nuestros contornos se difuminaron, nos convertimos en algo amorfo, escurridizo, reptante. A veces consigo distraerme, engañarme a mí mismo para no darle vueltas, convencerme de que estoy bien. En casa con mi familia, por ejemplo, puedo ser yo mismo, ser normal otra vez. Hasta ayer por la noche. Hasta que sucedió lo inevitable; hasta que por fin los pajaritos de Belmont difundieron la noticia de que Lochan Whitely es un bicho raro socialmente inepto. Aunque Kit y yo nunca nos hemos llevado demasiado bien, tengo la sensación de que está avergonzado de mí: un sentimiento horrible, paralizante, que se hunde en mi pecho. Tan sólo pensar en ello hace que el suelo se incline bajo mi silla. Siento como si estuviera en una pendiente resbaladiza, y lo único que puedo hacer es caer hacia abajo en picado. Lo sé todo sobre sentirse avergonzado por un miembro de tu familia. He deseado muchas veces que mi madre actuara en público como le corresponde a su edad, aunque no lo haga en privado. Avergonzarse de alguien que te importa es terrible, te corroe. Y si dejas que te afecte, si abandonas la lucha y te rindes, con el tiempo la vergüenza se convierte en odio.

No quiero que Kit se avergüence de mí. No quiero que me odie, incluso aunque a veces yo también siento que le odio. Pero ese niño desorientado, lleno de ira y resentimiento, sigue siendo mi hermano, es mi familia. Y la familia es lo más importante. A veces mis hermanos me vuelven loco, pero son sangre de mi sangre. Son todo lo que conozco. Mi familia soy yo. Son mi vida. Sin ellos estoy solo en el mundo.

Los demás son extraños, desconocidos. Nunca se convierten en amigos. E incluso si lo hicieran, si por algún milagro encontrara el modo de conectar con alguien que no fuera de mi familia, ¿cómo podría compararse con aquellos que hablan mi idioma y saben quién soy sin tener que decírselo? Incluso aunque pudiera mirarlos a los ojos, hablarles sin que se me enredaran las palabras en la garganta, incapaces de salir al exterior, incluso si sus miradas no grabaran marcas a fuego en mi piel y no me hicieran desear salir corriendo a miles de kilómetros, ¿cómo podría preocuparme por ellos del modo en que lo hago por mis hermanos y hermanas?

Suena el timbre y soy el primero en levantarme de la silla. Cuando paso entre las filas de alumnos, siento que todos me observan. Me veo esculpido en sus ojos: el chico que siempre se entierra en la parte de atrás de cada clase, el que nunca habla, el que siempre se sienta solo en las escaleras de fuera durante el recreo, inclinado sobre un libro. El chico que no sabe cómo hablar con los demás, que

niega con la cabeza cuando un profesor le pregunta en clase, que está ausente cuando hay que hacer alguna presentación. Con los años han aprendido a dejarme en paz. Cuando llegué aquí se burlaban de mí, me avasallaban, pero con el tiempo se aburrieron. De vez en cuando algún alumno nuevo ha intentado conversar conmigo. Y yo he tratado de responder, de veras que sí. Pero cuando sólo puedes contestar con monosílabos, cuando la voz te falla por completo, ¿qué más puedes hacer? ¿Qué pueden hacer ellos? Con las chicas es peor, en especial estos días. Se esfuerzan más, son más tenaces. Algunas incluso me preguntan por qué no hablo nunca... Como si pudiera responder a eso. Ligan conmigo e intentan hacerme sonreír. Sus intenciones son buenas, pero lo que no entienden es que su mera presencia hace que quiera morirme.

Hoy, gracias a Dios, me dejan en paz. No hablo con nadie durante toda la mañana. Veo pasar a Maya por el comedor. Nuestras miradas se cruzan y luego ella se vuelve hacia la chica que siempre va a su lado parloteando y pone los ojos en blanco. Sonríe. Mientras me llevo a la boca algunos bocados del blando pastel de carne, veo que hace como si escuchara a su amiga, Francie, pero sigue mirándome a mí, poniéndome caras para hacerme reír. Su camisa de uniforme nueva, varias tallas más grande de lo necesario, le cuelga sobre la falda gris, algunos centímetros más corta de lo debido. En lugar de los zapatos reglamentarios, que ha perdido, lleva unos blancos con cordones. Va sin calcetines, y una gasa grande, bajo la que asoman varios rasguños, le cubre la rodilla. Su cabello castaño le llega hasta la cintura, largo y recto como el de Willa. Unas cuantas pecas salpican sus pómulos, acentuando la palidez natural de su piel. Incluso cuando está seria, sus ojos azules y profundos siempre tienen una luminosidad que indica que está a punto de sonreír. Durante el último año ha pasado de ser simplemente bonita a convertirse en hermosa, de una forma inusual, delicada y desconcertante. Los chicos le hablan sin parar... de un modo que me inquieta.

Después de comer cojo el libro de *Romeo y Julieta*, que en realidad ya leí hace unos años, y me oculto en el cuarto peldaño de la escalera del ala norte, fuera del edificio de ciencias, que es el que se usa con menos frecuencia. De este modo paso las horas muertas, a gusto en mi soledad. Mantengo el libro abierto por si alguien se acerca, pero no estoy de humor para leerlo otra vez. En vez de eso, observo desde el lugar en que estoy sentado cómo un avión deja una estela blanca en el intenso azul del cielo. Miro el pequeño aparato, encogido por la distancia, y me maravillo ante la vasta extensión que se abre entre toda la gente que hay dentro de ese enorme y atestado avión, y yo.

CAPÍTULO CUATRO

Maya

—¿Cuándo me lo vas a presentar? —me pregunta Francie con un deje lastimero. Ocupamos nuestro lugar habitual en la pared de ladrillos al otro extremo del parque infantil y ella ha seguido la dirección de mi mirada hacia la figura solitaria que se sienta inclinada en la escalera que hay fuera del edificio de ciencias—. ¿Aún no tiene novia?

—Te lo he dicho un millón de veces. No le gusta la gente —respondo secamente. La miro. Destila una especie de energía inagotable, un entusiasmo por la vida que deriva de manera natural por ser una persona extrovertida. Me resulta casi imposible imaginármela saliendo con mi hermano—. ¿Cómo sabes que te gustaría?

—¡Porque está la hostia de bueno! —exclama Francie con pasión.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—Pero si no tenéis nada en común.

—¿Qué se supone que significa eso? —De repente parece herida.

—No tiene nada en común con nadie —me apresuro a tranquilizarla—. Simplemente, es diferente. Él... En realidad, él no habla con los demás.

Francie se echa el pelo hacia atrás.

—Sí, eso es lo que he oído. Que es reservado hasta la médula. ¿Está deprimido?

—No. —Juego con un mechón de pelo—. El año pasado en el colegio le obligaron a ir al psicólogo, pero fue una pérdida de tiempo. En casa sí que habla. Sólo le pasa con la gente que no conoce, con los que no son de la familia.

—¿Y qué? Sólo es tímido.

Suspiro dubitativamente.

—Eso es un eufemismo.

—¿Qué le hace ser tan tímido? —pregunta Francie—. Vamos a ver, ¿se ha mirado en el espejo últimamente?

—No le pasa sólo con las chicas —intento explicarle—. Es así con todo el mundo. Ni siquiera responde a los profesores en clase. Es como una fobia.

Francie resopla con incredulidad.

—Dios, ¿siempre ha sido así?

—No lo sé. —Dejo de jugar con mi pelo durante un momento y pienso—. Cuando éramos pequeños parecíamos gemelos. Nacimos con trece meses de diferencia, así que de todos modos la gente pensaba que lo éramos. Todo lo hacíamos juntos. Y me refiero a todo. Un día tuvo amigdalitis y no pudo ir al colegio. Papá me obligó a ir a mí y estuve todo el día llorando. Teníamos nuestro propio lenguaje secreto. A veces, cuando mamá y papá se peleaban, hacíamos ver que no entendíamos a los demás, de manera que sólo hablábamos entre nosotros durante todo el día. Empezamos a tener problemas en el colegio. Dijeron que nos negábamos a relacionarnos con los demás, que no teníamos amigos. Pero estaban equivocados. Nos teníamos el uno al otro. Él era mi mejor amigo. Y aún lo es.



Vuelvo a mi hogar, a una casa silenciosa. En el vestíbulo no hay mochilas ni chaquetas. Esperanzada, pienso que quizá mamá les haya llevado al parque. Casi me entra la risa tonta. ¿Cuándo pasó por última vez? Voy a la cocina. Hay tazas de café frío, ceniceros a rebosar de colillas y cereales solidificados en el fondo de los cuencos. La leche, el pan y la mantequilla aún siguen en la mesa, y la tostada endurecida de Kit me mira acusadoramente. Tiffin se ha dejado la mochila en el suelo, Willa la corbata... Oigo un ruido en la sala de estar que hace que gire sobre mis talones con rapidez. Camino hacia el pasillo, observando las manchas de sol que resaltan las superficies polvorientas.

Encuentro a mamá en el sofá, mirándome con tristeza bajo el edredón de Willa y con un paño húmedo cubriéndole la frente.

La miro boquiabierta.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que tengo gastroenteritis, cariño. Me duele mucho la cabeza y he estado vomitando todo el día.

—Los niños... —comienzo a decir.

Se le ensombrece la cara y luego se le vuelve a iluminar, como una cerilla parpadeante en la oscuridad.

—Están en el colegio, cielito, no te preocupes. Los he llevado esta mañana... En ese momento me encontraba bien. Ha empezado después de comer...

—Mamá... —Mi tono de voz empieza a elevarse—. ¡Son las cuatro y media!

—Lo sé, cariño. Me levanto en un minuto.

—¡Se suponía que tenías que recogerlos tú! —Ahora estoy gritando—. Terminan a las tres y media, ¿no te acuerdas?

Mi madre me mira de un modo terrible, insondable.

—¿Pero hoy no os tocaba a Lochan o a ti?

—¡Hoy es martes! ¡Es tu día libre! ¡Siempre vas a por ellos en tu día libre!

Mamá cierra los ojos y deja escapar un pequeño quejido, y lo modula de manera que provoque lástima. Quiero pegarla. En vez de eso, arremeto contra el teléfono. Le ha quitado el volumen, pero la pequeña luz roja del contestador parpadea delatoramente. Hay cuatro mensajes de St. Luke; el último es conciso e indignado, lo que sugiere que no es la primera vez que la señora Whitely llega extremadamente tarde. Devuelvo la llamada inmediatamente, mientras siento cómo la rabia golpea contra mis costillas. Tiffin y Willa estarán muy asustados. Pensarán que los han abandonado, que mamá se ha marchado. Siempre amenaza con hacerlo cuando bebe.

Llamo a la secretaria de la escuela y empiezo a disculparme. Me interrumpe enseguida:

—¿No debería haber llamado tu madre, cariño?

—Mi madre no se encuentra bien —respondo rápidamente—. Pero voy para allá ahora mismo. Llegaré en diez minutos. Por favor, dígales a Willa y a Tiffin que ya voy. Por favor, dígales que mamá está bien y que Maya está en camino.

—Bueno, no puedo, ya no están aquí. —La secretaria parece incómoda—. Al final los recogió la niñera hace una media hora.

Se me doblan las piernas. Me desplomo sobre el brazo del sofá. Se me afloja el cuerpo, casi se me cae el teléfono.

—No tenemos niñera.

—Oh...

—¿Quién era? ¿Qué aspecto tenía? ¡Debe haber dicho su nombre!

—La señorita Pierce lo sabrá. Los profesores no dejan que los niños se vayan con cualquiera, ¿sabes?

Una vez más su voz es remilgada, pero ahora está a la defensiva.

—Tengo que hablar con la señorita Pierce. —Me tiembla la voz, apenas puedo controlarla.

—La señorita Pierce se marchó cuando al fin recogieron a los niños. Puedo intentar localizarla en el móvil...

Casi no puedo respirar.

—Por favor, pídale que vuelva a la escuela. Nos encontraremos allí.

Cuelgo y, literalmente, estoy temblando. Mamá se levanta el paño de la cara y dice:

—Cariño, pareces enfadada. ¿Va todo bien?

Corro por el pasillo trastabillado mientras me pongo los zapatos, cojo las llaves y el móvil, pulso el número uno de la marcación rápida y salgo de casa dando un portazo. Contesta al tercer tono.

—¿Qué ha pasado?

Oigo risas y abucheos en el patio, que se desvanecen a medida que se aleja de la clase de repaso que tiene después del colegio. Siempre tenemos los teléfonos encendidos. Él sabe que sólo le llamo en horario escolar si hay una emergencia.

Desembucho lo que ha ocurrido en los últimos cinco minutos.

—Voy de camino a la escuela.

Un camión me pita al salir disparada por la carretera.

—Nos vemos allí —responde.



Al llegar al St. Luke me encuentro la verja cerrada. Empiezo a empujarla y patearla hasta que el conserje se apiada de mí y viene a abrirla.

—Mira qué fácil —me dice—. ¿A qué viene tanto alboroto?

Le ignoro, corro hacia la puerta de la escuela y la golpeo. Entro zumbando, dando trompicones por el pasillo iluminado por fluorescentes que, desprovisto del caos de los niños, parece inquietante y surrealista. Veo a Lochan al otro extremo, hablando con la secretaria de la escuela. También debe haber venido corriendo. Gracias Dios, gracias. Lochan sabrá qué hacer.

No se ha dado cuenta de que ya he llegado, así que detengo mi carrera y comienzo a caminar con solemnidad, arreglo mi ropa, respiro profundamente y trato de calmarme. He aprendido por las malas, a causa de todos mis encontronazos con la autoridad, que si comienzas a molestarte o te enfadas te tratan como a un niño y prefieren hablar con tus padres. Lochan ha trabajado muy duro el arte de aparentar calma y elocuencia en estas circunstancias, pero soy plenamente consciente de lo difícil que es para él dominarse. Al acercarme, me doy cuenta de que sus manos tiemblan de un modo incontrolable a ambos lados del cuerpo.

—¿La señora Pi... Pierce fue la única que los vio irse? —pregunta. Puedo asegurar que está esforzándose para mirar a los ojos a la secretaria.

—Exacto —dice la horrible rubia platino a la que siempre he despreciado—. Y la señorita Pierce nunca...

—Pero debe... debe de haber otro teléfono en el que podamos localizarla. — Su voz es clara y firme. Nadie excepto yo podría detectar el sutil temblor.

—Ya te lo he dicho, lo he intentado. Tiene el móvil apagado. Y como también te he explicado, he dejado un mensaje en el contestador de su casa.

—Por favor, ¿podría intentar llamarla otra vez?

La secretaria murmura algo y desaparece en la parte de atrás de su oficina. Toco la mano de Lochan y salta como si le hubieran disparado. Sé que, a pesar de la calma exterior que se esfuerza en aparentar, también se está derrumbando.

—No para de hablar de una niñera —me dice entrecortadamente, retrocediendo por el pasillo y cogiéndome de la mano—. ¿Alguna vez te ha dicho mamá algo sobre alguien a quien haya pagado para que venga a buscarlos?

—¡No!

—¿Dónde está?

—Tumbada en el sofá con un paño en la frente —suspiro—. Cuando le pregunté dónde estaban Tiffin y Willa, ¡dijo que pensaba que nos tocaba a nosotros venir a recogerlos!

Lochan respira con dificultad. Veo cómo su pecho sube y baja con rapidez bajo su camisa del colegio. No encuentro su bandolera ni su chaqueta por ningún sitio, y se ha quitado la corbata. Me lleva un instante darme cuenta de que está intentando ocultar a toda costa el hecho de que sólo es un chaval que va al colegio.

—Estoy seguro de que ha sido un malentendido —dice con un optimismo desesperado que su voz arrastra a duras penas—. Debe haber venido otro padre y los habrá recogido. Todo va bien. Vamos a resolver esto, Maya, ¿de acuerdo? — Me aprieta las manos y me dirige una sonrisa tensa.

Asiento y me obligo a tomar aliento.

—De acuerdo.

—Será mejor que vuelva y hable con...

—¿Quieres que lo haga yo? —le pregunto en voz baja.

Sus mejillas se encienden de inmediato.

—¡Pues claro que no! Puedo solucionar esto...

—Lo sé. —Doy marcha atrás al instante—. Sé que puedes.

Se aleja de mí para cruzar el umbral de la oficina y le oigo inspirar con fuerza.

—¿Aún... aún no ha habido suerte?

—No. Quizás está metida en un atasco, por ejemplo. En realidad, puede que esté en cualquier otro sitio.

Oigo a Lochan exhalar desesperado.

—Mire, estoy convencido de que la profesora no les habrá dejado irse con un desconocido a propósito. Pe... Pero tiene que entender que, en este momento, esos niños están desaparecidos. Así que creo que lo mejor sería que llamara al

director, o al subdirector, o a cualquiera que pueda ayudarnos. Tendremos que dar parte a la policía, y seguramente querrán hablar con la gente que dirige esta escuela.

En el pasillo, a salvo de la mirada de la rubia platino, me hundo contra la pared y presiono la palma de mi mano contra la boca. Llamar a la policía es llamar a las autoridades. Y llamar a las autoridades significa llamar a servicios sociales. Lochan debe pensar que Tiffin y Willa han sido secuestrados si está arriesgándose a jugar esa baza.

Estoy empezando a sentirme mal, así que me voy y me siento en las escaleras. No entiendo cómo Lochan puede estar ahí, controlando la situación y mostrándose amable, hasta que me doy cuenta de la mancha húmeda de sudor que tiene en la espalda de la camisa y el temblor cada vez mayor de sus manos.

Quiero levantarme y estrechárselas, decirle que todo va a salir bien. Pero no sé si eso es verdad.

El director, un hombre robusto y canoso, llega al mismo tiempo que la señorita Pierce —la maestra de Willa—. Parece ser que estuvo esperando durante media hora con los dos niños, hasta que una señora, Sandra *no sé qué*, se presentó con supuestas instrucciones para recogerlos.

—¿Pero no recuerda su apellido? —pregunta Lochan por segunda vez.

—Como es natural, tenemos una lista con el nombre de los padres, tutores o niñeras de cada niño. Pero la única información de contacto que nos dieron sobre Tiffin y Willa fue el nombre de la madre y el número de teléfono de casa —dice la señorita Pierce, una mujer delgada de mejillas rosadas—. Y a pesar de todos nuestros intentos, no pudimos contactar con ella. Así que cuando esta mujer llegó y dijo que era una amiga de la familia y que le habían pedido que recogiera a los niños, no tuvimos motivos para no creer lo que decía.

Veo las manos de Lochan apretarse y convertirse en puños tras su espalda.

—¡Seguro que comprobar con quién se van a casa los niños es parte de su trabajo! —Ahora está empezando a perder el control: su temple se está resquebrajando.

—Yo pensaba que era parte del trabajo de los padres venir a por sus hijos a tiempo —replica la señorita Pierce, resentida, y de repente quiero agarrarla por la cabeza y estamparla contra la rubia platino y gritar: «¿no os daís cuenta de que mientras os quedáis ahí como santurronas discutiendo sobre quién tiene la culpa, un pedófilo podría estar huyendo con mi hermano y mi hermana?» .

—A todo esto, ¿dónde están los padres? —interrumpe el director—. ¿Por qué sólo han venido los hermanos? —Me quedo sin aliento.

—Nuestra madre está enferma —responde Lochan, e incluso aunque recita esta frase que ya ha practicado, estoy convencida de que lucha por mantener la voz calmada.

—¿Tan enferma como para no poder cruzar la calle y venir a averiguar lo

que les ha pasado a sus hijos? —pregunta la señorita Pierce.

Se hace el silencio. Lochan mira a la maestra, sus hombros se alzan y caen velozmente. *No contestes*, le ruego sin hablar, apretando los nudillos contra mis labios.

—Bueno, a ver, creo que deberíamos avisar a las autoridades —dice el director—. Estoy seguro de que no es más que una falsa alarma, pero obviamente debemos asegurarnos.

Lochan retrocede, tirando de su pelo con gesto inconfundible de extrema angustia.

—De acuerdo. Sí, por supuesto. Pero ¿podría darnos un minuto?

Se aleja de la puerta de la oficina y corre hacia mí.

—Maya, quieren llamar a la policía. —Le tiembla la voz y su cara brilla por el sudor—. Vendrán a casa. Mamá... tendrá problemas. ¿Estaba sobria?

—No lo sé. ¡Pero está de resaca seguro!

—Puede... Supongo que debería quedarme aquí y esperar a que venga la policía mientras tú vas a casa e intentas adecentarla. Esconde las botellas y abre todas las ventanas. —Me está agarrando tan fuerte de los antebrazos que me hace daño—. Haz todo lo posible por deshacerte del olor. Dile a mamá que lllore o... o lo que sea, para que parezca histérica en vez de...

—Lo pillo, Lochan, y yo me encargo. Ve y llama a la policía. Me aseguraré de que no se enteren de...

—Se llevarán a los niños y nos separarán... —Se le está quebrando la voz.

—No, no lo harán. Lochie, llama a la policía. ¡Esto es más importante!

Retrocede, se cubre la boca y la nariz con la mano, sus ojos están muy abiertos; asiente. Nunca le he visto tan asustado. Luego se da la vuelta y vuelve a la oficina.

Echo a correr en dirección a la pesada puerta doble que hay al final del pasillo. El linóleo blanco y negro desaparece rítmicamente bajo mis pies. Los colores brillantes de las paredes ondean... El grito repentino que oigo a mis espaldas me desgarran como una bala en el pecho.

—¡Han encontrado el teléfono de Sandra!

Me detengo con una mano ya en la puerta. El rostro de Lochan se ilumina de alivio.



Cuando por fin entran por las puertas de la escuela tras otra angustiosa espera de diez minutos, Tiffin está haciendo pompas de color rosa, con la boca llena de chicle, y Willa empuña una piruleta.

—¡Mira lo que tengo!

La abrazo tan fuerte que siento el latido de su corazón contra el mío. Tengo su pelo con fragancia de limón por la cara y todo lo que puedo hacer es estrujarla y besarla e intentar retenerla entre mis brazos. Lochan tiene un brazo alrededor de Tiffin, que ríe e intenta escabullirse del alcance de su hermano.

Es evidente que ninguno de los dos tiene la menor idea de lo que ha ocurrido, así que me muerdo la lengua para dejar de llorar. Resulta que Sandra no es nada siniestra, sólo es una señora mayor que cuida a otro niño de la clase. Por lo que dice, Lily Whitely la llamó justo después de las cuatro y le preguntó si le podría hacer el favor de recoger a los niños. Sandra había sido muy amable al volver a la escuela a por Willa y Tiffin y había intentado llevarlos a casa. Pero nadie contestó cuando llamó al timbre, así que dejó una nota debajo de la puerta y se los llevó a la casa donde trabajaba, mientras esperaba que Lily la llamara.

A medida que cruzamos el patio, estrecho fuertemente a Tiffin y Willa con ambas manos e intento formar parte de la charla que mantienen sobre su inesperada tarde de juegos. Escucho cómo Lochan le da las gracias a Sandra, veo cómo garabatea su número de teléfono y le pide que le llame a él si alguna vez Lily vuelve a pedirle un *favor* de este tipo. En cuanto salimos de la escuela, Tiffin intenta desasirse de mi mano y busca algo en la alcantarilla que pueda patear por el camino. Le prometo que jugaré con él a *Hundir la flota* durante media hora si me coge de la mano durante todo el camino. Sorprendentemente, acepta y comienza a saltar de arriba abajo como un yoyó colgando del extremo de mi brazo, amenazando con dislocármelo, pero no me importa. Mientras siga estrechando mi mano, no me importa nada.

Seguimos a Lochan durante todo el camino a casa. Él va dando zancadas delante de nosotros y algo me impide alcanzarlo. Tiffin y Willa no parecen darse cuenta: aún están charlando sobre la nueva Play Station con la que quieren jugar. Comienzo a darles un discurso sobre el peligro que comporta confiar en desconocidos, pero resulta que la niñera de Callum ya les ha recogido varias veces.

En cuanto llegamos a casa, Tiffin y Willa divisan a mamá medio inconsciente aún en el sofá. Chillan de alegría y corren hacia ella, encantados de encontrarla en casa para variar. Cuentan sus anécdotas otra vez. Mamá se descubre el rostro, se sienta y ríe, abrazándoles con fuerza.

—Mis pequeños bichitos —dice—. ¿Os lo habéis pasado bien? Os he echado de menos todo el día, ¿sabéis?

Estoy de pie en la puerta, el marco afilado está hendido en mi hombro, y contemplo en silencio la escena que se despliega ante mí. Tiffin muestra sus

habilidades malabares con unas viejas pelotas de tenis, y Willa está intentando captar la atención de mamá con un juego de *Quién es quién*. Tardo un rato en darme cuenta de que Lochan ha desaparecido en el piso de arriba nada más entrar en casa. Me alejo de la puerta completamente exhausta y subo lentamente las escaleras. La música que sale del ático a todo volumen me confirma que, al menos, el tercer hijo ha llegado a casa sin incidentes. Entro en mi habitación, tiro la chaqueta y la corbata, me quito los zapatos y me tumbo agotada sobre la cama.

Debo de haberme quedado dormida, porque al rato escucho a Tiffin gritar «¡Cena!». Me siento en la cama de un salto y descubro que un atardecer azulado inunda mi pequeña habitación. Me aparto el pelo de los ojos y desciendo las escaleras medio adormilada y sin hacer ruido hacia el piso de abajo.

El ambiente de la cocina resulta confuso. Mamá se ha transformado en una mariposa de falda corta, mangas sueltas y estampados de colores brillantes. Se ha duchado y ahora tiene el pelo limpio. Aparentemente, se ha recuperado de la gastroenteritis de hace un rato. El montón de maquillaje que lleva puesto la delata. Está claro que esta noche no se va a quedar en casa viendo la televisión. Ha cocinado unas judías con salchichas que Kit está removiendo desdeñosamente con el tenedor. Tiffin y Willa están sentados uno al lado del otro, balanceando las piernas e intentando darse patadas bajo la mesa. Las manchas de su boca revelan que han estado comiendo chocolate, e ignoran notoriamente el mejunje tan poco apetecible que tienen ante ellos.

—Esto no es comida. —Kit frunce el ceño ante su plato, y con la cabeza apoyada en una mano, remueve los trozos de salchicha—. ¿Puedo salir?

—Cállate y come —suelta Lochan al instante, de un modo extraño, mientras busca los vasos en el armario. Kit está a punto de replicar, pero finalmente decide no hacerlo y vuelve a pinchar la comida de nuevo. El tono de voz de Lochan sugiere que no es momento de discutir.

—Bueno, todo el mundo a comer —dice mamá con una risita nerviosa—. Ya sé que no soy la mejor cocinera del mundo, pero puedo aseguraros que esto sabe mejor de lo que parece.

Kit resopla y murmura algo inaudible. Willa ensarta una sola judía con la punta del tenedor y se la lleva a la boca de mala gana, lamiéndola cuidadosamente con la punta de la lengua. Con aspecto de paciencia infinita, Tiffin toma un bocado de salchicha y luego hace una mueca con los ojos llorosos, a punto de atragantarse o escupir. Llevo la jarra de agua rápidamente y lleno los vasos. Al fin Lochan se sienta. Huele a colegio y sudor, y su alborotado pelo negro contrasta con su cara pálida. Me doy cuenta de que está apretando la mandíbula; la aflicción se aprecia en su mirada y noto cómo su cuerpo irradia una tensión candente.

—¿Vas a salir hoy también, mamá? —pregunta Willa, mientras toma

delicados bocados de pajarito de un trozo de salchicha.

—No, no va a salir —dice Lochan en voz baja sin levantar la vista. Presiono su pie con el mío por debajo de la mesa en señal de aviso.

Mamá se gira sorprendida.

—Dave me va a recoger a las siete —protesta—. Vale, bichitos. Os meteré en la cama antes de irme.

—Da igual —masculla Tiffin enfadado.

—Acostarse a las siete es demasiado pronto —comenta Willa con un suspiro, pinchando una segunda judía.

—No vas a salir otra vez esta noche —murmura Lochan.

El asombro hace que todos guardemos silencio.

—¡Ya os dije que se creía el dueño y señor! —Kit levanta la vista de su plato, encantado por la oportunidad que se le ha presentado—. ¿Vas a dejar que te mangonee así, mamá?

Le lanzo una advertencia con la mirada y sacudo la cabeza. Su cara se ensombrece otra vez.

—¿Qué? ¿Ahora no puedo ni hablar?

—¡Oh! No llegaré muy tarde —dice mamá con una sonrisa afable.

—¡No vas a salir! —grita Lochan de repente, dando un golpe en la mesa con la mano. La vajilla tintinea y todo el mundo se sobresalta. Siento un dolor de cabeza familiar en las sienes.

Mamá se lleva una mano a la garganta y deja escapar una aguda exclamación de sorpresa, una especie de risita estridente.

—Anda, mirad al gran hombre de la casa, ¡le dice a su madre lo que tiene que hacer!

—Pues mira cómo estamos los demás —murmura Kit.

Lochan tira su tenedor al suelo, tiene la cara roja, se le marcan las venas en el cuello.

—Hace dos horas estabas tan mal por la puta resaca que no has sido capaz ni de cruzar la calle para recoger a tus hijos, ¡y ni siquiera te acuerdas de que llamaste a alguien para que lo hiciera!

Mamá abre los ojos de par en par.

—Pero cariño, ¿no te alegras de ver que me siento mucho mejor?

—¡No durará mucho si te pasas otra noche emborrachándote! —vocifera Lochan. Agarra el borde de la mesa con ambas manos, tiene los nudillos blancos —. Hemos estado a punto de llamar a la policía hoy. Nadie sabía dónde estaban los niños. Podría haberles pasado cualquier cosa, ¡y tú estabas demasiado atontada como para darte cuenta!

—¡Lochie! —La voz de mamá tiembla como la de una niña—. Tenía una intoxicación alimentaria. No podía parar de vomitar. Y no quería molestaros a ti y a Maya en el colegio. ¿Qué más podía hacer?

—Intoxicación alimentaria, ¡y una mierda! —Lochan se levanta con violencia y estrella la silla contra las baldosas—. ¿Cuándo vas a afrontar la realidad y aceptar que tienes un problema con el alcohol?

—Vaya, ¡*tengo* un problema! —Los ojos de mamá parpadean de repente, como lo haría una niña a la que han dejado de lado—. No soy una madre convencional. Demándame. ¡He tenido una vida dura! ¡Por fin he conocido a alguien genial y quiero salir y pasármelo bien! La diversión es algo que deberías probar algún día, Lochan, en vez de vivir con la cabeza metida entre los libros como tu padre. ¿Dónde están tus amigos, eh? ¿Sales alguna vez o te traes a alguien a casa para pasártelo bien?

Kit se recoloca en su silla y se deleita contemplando la escena.

—Mamá, por favor, no... —Alcanzo su mano pero ella me aparta. El aliento le huele a alcohol... En ese estado es capaz de decir o hacer cualquier cosa. Y más ahora que Lochan ha mencionado lo innombrable.

Lochan está petrificado, con la mano apoyada en el aparador. Tiffin se ha tapado las orejas con las manos y Willa observa las caras de todos, con la mirada fija y los ojos muy abiertos.

—Vamos. —Me levanto y tiro de ellos para que me sigan por el pasillo—. Id a vuestra habitación y jugad un ratito. Os llevaré unos bocadillos en un minuto.

Willa corretea asustada por las escaleras. Tiffin frunce el ceño mientras la sigue.

—Tendríamos que habernos quedado en casa de Callum —le oigo murmurar. Me duelen sus palabras.

No me queda más remedio que volver a la cocina e intentar aplacar los ánimos. Me encuentro a mamá gritando, con los ojos entrecerrados bajo el peso de sus párpados.

—No me mires así. Sabes exactamente de qué te estoy hablando. Nunca has tenido una novia en condiciones, nunca has intentado hacer un solo amigo, ¡por el amor de Dios! ¿De qué sirve ser el mejor de la clase si en el colegio me siguen diciendo que necesitas ir a un psicólogo porque eres tan tímido que no puedes siquiera hablar con los demás? ¡Aquí la única persona que tiene un problema eres tú!

Lochan no se ha movido. La está mirando horrorizado. Su falta de respuesta sólo sirve para alimentar la rabia de mamá cuando ésta intenta justificarse por su arrebató.

—Te pareces a él en todo, crees que eres mejor que los demás con tu vocabulario rebuscado y tus excelentes notas. ¡No tienes ningún respeto por tu propia madre! —chilla con la cara roja de ira—. ¿Cómo te atreves a hablarme así delante de mis hijos?

Me pongo delante de ella y empiezo a sacarla de la cocina.

—Ve con Dave —le ruego—. Ve y queda con él antes, o lo que sea.

Sorpréndele. Vete, mamá, márchate.

—¡Siempre te pones de su lado!

—No estoy poniéndome del lado de nadie, mamá. Pero te estás alterando demasiado, y creo que no es buena idea teniendo en cuenta que hasta hace poco no te encontrabas muy bien. —Intento llevarla hacia el pasillo.

Ella coge su bolso, pero no pierde la oportunidad de lanzar otra pulla.

—Lochan, ¡puedes acusarme de no ser una madre normal el día que empieces a actuar como un adolescente normal!

La saco de casa con un impulso y tengo que esforzarme para no darle un portazo. En vez de eso, me apoyo en la puerta, con miedo por si vuelve a abrirla y entra de nuevo a armar escándalo. Cierro los ojos un momento. Cuando vuelvo a abrirlos, veo una figura sentada en las escaleras.

—Tiffin, ¿no tienes deberes que hacer?

—Ha dicho que nos iba a arropar —le tiembla la voz.

—Lo sé —contesto rápidamente, enderezándome—. Y lo decía en serio. Pero le he prometido que lo haría yo en su lugar porque llegaba tarde...

—¡No quiero que lo hagas tú, quiero a mamá! —chilla Tiffin y, dando un salto, corre a su habitación, cerrando la puerta de golpe tras él.

De vuelta en la cocina, veo a Kit con los pies en la mesa, sacudiéndose y riéndose en silencio.

—Dios, ¡qué jodida está esta familia!

—Vete arriba. No estás ayudando —le digo en voz baja.

Abre la boca para protestar, luego se pone de pie enfadado. La silla chirría contra las baldosas. Coge el dinero para la cena de Tiffin y Willa que hay en la mesita del recibidor y se encamina hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —le espeto.

—¡Me largo a comprar una puta comida en condiciones!

Lochan se pasea por la cocina. Parece desarmado, confundido de algún modo. Tiene la cara veteada con líneas de color carmesí; su piel tiene un aspecto raro, parece estar en carne viva.

—Lo siento, no debería haber empezado. —Parece como si estuviera temblando. Intento tocarle el brazo, pero se aparta de mí de un salto, como si le hubiera dado un picotazo. Su dolor es prácticamente tangible: el sufrimiento, el resentimiento, la ira... todo llena la pequeña estancia.

—Lochie, estabas en tu derecho de perder la compostura. Lo que ha hecho mamá no tiene excusa. Pero escúchame... —Me pongo delante de él e intento tocarle de nuevo—. Lochie, escucha. Esas cosas que ha dicho eran su forma de contraatacar. Le has mencionado la bebida y no puede hacer frente a la realidad. Así que ha intentado buscar la respuesta más hiriente y dolorosa posible...

—De verdad lo cree, piensa cada una de las palabras que ha dicho. —Se tira del pelo, frota sus mejillas—. Y tiene razón. No soy... No soy normal. Hay algo

en mí que no está bien y...

—Lochie, no te preocupes por eso ahora, ¿vale? Es algo en lo que puedes trabajar. ¡Puedes mejorar con el tiempo!

Se aleja de mí y continúa caminando arriba y abajo, como si el movimiento constante fuera a evitar que cayese y se hiciese pedazos.

—Ella es igual que Kit. Está... Está... —No se atreve a decir la palabra—. Avergonzada —suspira por fin.

—Lochie, para un segundo. Mírame.

Lo agarro por los brazos y lo sostengo. Siento cómo tiembla bajo mis manos.

—Todo va bien. Los niños están bien y eso es lo que importa. No la escuches. Nunca jamás lo hagas. Sólo es una vaca vieja y amargada que no ha crecido. Pero no está avergonzada de ti. Nadie lo está, Lochie. Por Dios, ¿cómo podrían estarlo? Todos sabemos que sin ti esta familia se rompería en pedazos.

Deja caer la cabeza en señal de derrota. Noto sus músculos contraerse bajo mis dedos.

—Se está rompiendo en pedazos.

Le doy una sacudida pequeña, desesperada.

—Lochan, no se está rompiendo. Willa y Tiffin están bien. ¡Yo estoy bien! Kit es el típico adolescente gilipollas. Estamos juntos en esto, lo hemos estado todos estos años, desde que papá se fue, desde que el problema de mamá empezó. No le han quitado la custodia a mamá, y eso es única y exclusivamente gracias a ti.

Se hace un largo silencio. Todo lo que veo es la coronilla de Lochan. Se inclina un poco hacia mí. Le alcanzo y le paso los brazos alrededor del cuello, abrazándole fuerte. Bajo el volumen de mi voz hasta que se convierte en un susurro.

—No eres sólo mi hermano, eres mi mejor amigo.

CAPÍTULO CINCO

Lochan

Rememoro esa frase una y otra vez en los días que siguen. Es un modo de borrar todo lo demás: el terrible incidente con Tiffin y Willa, la pelea con mi madre, el infierno incesante que es el colegio. Cada vez que me niego a responder una pregunta en clase, cada momento que paso solo inclinado sobre un libro, me recuerda lo que mi familia piensa de mí. Que soy patético. Un bicho raro socialmente inepto. Un hijo adolescente que no puede hacer un solo amigo, por no hablar de tener novia. Lo intento, de veras que lo intento. Cosas pequeñas, como preguntarle la hora a mi compañero. Pero cuando lo hago, tiene que inclinarse hacia el pasillo y pedirme que le repita la pregunta. Ni siquiera yo puedo escuchar el sonido de mi voz. Aún no lo entiendo del todo... Conseguí hablar con el personal de la escuela la tarde en que Tiffin y Willa desaparecieron. Pero era una emergencia, y el terror de la situación hizo que superara cualquier turbación que pudiera sentir. Hablar con adultos es soportable; lo que me resulta imposible es hablar con gente de mi edad. Así que sigo repitiendo las palabras de Maya en mi cabeza. Después de todo, quizá haya alguien que no se sienta avergonzado de mí. Puede que haya un miembro en mi familia a quien no haya defraudado por completo.

Pero sigue habiendo un vacío en mi interior que crece hasta convertirse en una cueva. Me siento terriblemente solo todo el tiempo. A pesar de que en clase estoy rodeado de compañeros, hay una pantalla invisible entre nosotros, y grito tras la pared de cristal, grito en mi propio silencio, grito para que me vean, para hacer un amigo, para caerles bien. Y sin embargo, cuando una chica amable de mi clase de matemáticas se acerca a mí en el comedor y me dice: «¿Te importa que me sienta aquí?» sólo asiento velozmente y le doy la espalda, rogando a Dios que no intente entablar una conversación. Y en casa, aunque nunca estoy solo, es prácticamente igual de difícil. Nunca se está en silencio, pero Kit aún está en su etapa diabólica, Tiffin sólo está interesado en su Game Boy y en sus amigos del fútbol, y Willa es dulce, pero aún es un bebé. Suelo jugar con los pequeños al Twister o al escondite, les ayudo con los deberes, les doy de comer, les preparo

el baño y les leo cuentos por las noches, y al mismo tiempo tengo que mostrarme alegre delante de ellos, ponerme la maldita máscara, y a veces tengo miedo de que se rompa. Tan sólo con Maya puedo ser yo mismo. Compartimos juntos esta carga y ella siempre está de mi lado, a mi lado. No quiero necesitarla, depender de ella, pero lo hago. Lo hago de veras.

A mediodía me siento a pasar la tarde, tan larga, en mi sitio habitual, mientras contemplo cómo la fría luz avanza despacio a través del hueco de la escalera que tengo a mis pies. De pronto oigo unos pasos que vienen del piso de arriba y me asusto. Bajo la mirada hasta mi libro. A mis espaldas, las pisadas se detienen y noto cómo se me acelera el pulso. Alguien pasa por mi lado en los escalones. Noto que una pierna roza la manga de mi camisa y me concentro en la página borrosa que hay ante mí. Horror de los horrores: los pasos se detienen justo a mi lado.

—¡Hola! —exclama una voz femenina.

Me estremezco. Me obligo a levantar la cabeza y mi mirada se cruza con la de unos ojos marrones que pertenecen a alguien a quien reconozco vagamente. Me lleva unos segundos recordar quién es. Se trata de la chica que siempre va con Maya. Ni siquiera puedo acordarme de su nombre. Y me está mirando con una amplia sonrisa.

—¡Hola! —repite.

Me aclaro la garganta.

—Hola —digo entre dientes.

No estoy seguro de que me haya oído. Su mirada es inexpugnable y parece que está esperando algo más.

—*Las horas* —comenta, mirando mi libro—. ¿No es una película?

Asiento.

—¿Es bueno? —Es impresionante lo empeñada que está en entablar una conversación. Asiento otra vez y vuelvo a mi lectura—. Soy Francie —dice, sin dejar de sonreír.

—Lochan —respondo.

Levanta las cejas con un expresivo ademán.

—Lo sé.

Mis dedos crean hendiduras húmedas en las páginas del libro.

—Maya siempre habla de ti.

No hay nada sutil en esta chica. Tiene el pelo rizado y la piel oscura, que contrasta con el pintalabios rojo sangre, y lleva puesta una falda obscenamente corta y unos aros de plata enormes en las orejas.

—Sabes quién soy, ¿verdad? ¿Me has visto por ahí con tu hermana?

Asiento de nuevo; las palabras se evaporan en cuanto llegan a mi garganta. Empiezo a mordirme el labio.

Francie me mira con expresión pensativa y una sonrisita.

—No eres muy hablador, ¿verdad?

La cara me empieza a arder. Si no fuera amiga de Maya, estaría huyendo de ella escaleras abajo ahora mismo. Pero Francie parece sentir más curiosidad que diversión.

—La gente dice que hablo por los codos —continúa alegremente—. Les molesta.

«A mí me lo vas a contar».

—Tengo un mensaje para ti —suelta de pronto—. De tu hermana.

Me pongo en tensión.

—¿Qué... qué mensaje?

—Nada importante —dice de inmediato—. Sólo que tu madre va a llevar a tus hermanos y a tu hermana a McDonald's esta noche, así que no tienes que volver a casa corriendo. Maya quiere que te reúnas con ella en el buzón de correos que hay al final de la calle cuando terminen las clases.

—¿Ma... Maya te ha pedido que ven... vengas y me digas eso? —pregunto, contando con que se ría de mi tartamudeo.

—Bueno, no exactamente. Te iba a mandar un mensaje por el móvil, pero al final se ha tenido que quedar a terminar un trabajo, así que he pensado que podría venir y decírtelo yo misma.

—Gracias —murmuro.

—Y... También quería invitarte a tomar algo en Smileys con Maya y conmigo, ya que por una vez ninguno de los dos tenéis que volver a casa enseguida.

La observo, mudo.

—¿Es eso un sí? —Me mira esperanzada.

La mente se me ha quedado en blanco. Por más que quiera, no doy con una excusa.

—Eh... Bueno, está bien.

—¡Guay! —Su cara se ilumina—. ¡Te veo en el buzón después de clase!

Y se marcha tan rápido como llegó.



Cuando suena el timbre que marca el fin de la jornada guardo mis cosas en la bandolera con las manos temblorosas. Soy el último en salir de clase. Me zambullo en la corriente de estudiantes que abarrota el pasillo, logro llegar al

lavabo y me encierro en un cubículo. Después de orinar me siento sobre la tapa cerrada del inodoro e intento calmarme. Cuando salgo, me detengo frente a los espejos. El rostro pálido que me devuelve la mirada bajo la luz de la tarde tiene los ojos de un verde brillante, como los de un alienígena. Me inclino sobre el lavabo, abro el grifo y me lavo la cara con el agua helada, hundiendo las mejillas en los cuencos poco profundos que forman mis manos. Quiero esconderme aquí para siempre, pero alguien golpea la puerta y no me queda más remedio que marcharme.

Maya y Francie están al otro lado de la calle, de pie la una al lado de la otra junto al buzón de correos, hablando aceleradamente e inspeccionando la multitud. Tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no darme la vuelta, pero la expectación en el rostro de Maya me hace seguir caminando hacia delante. En cuanto me ve, su cara se ilumina con una sonrisa de satisfacción.

—¡Pensaba que nos ibas a dejar plantadas! —susurra.

Sonríó otra vez y asiento, notando las palabras correr por mi mente como un río de burbujas efervescentes.

—Bueno, ¡vamos chicos! —exclama Francie tras un silencio incómodo—. ¿Vamos al Smileys sí o no?

—Por supuesto —dice Maya, y se gira para seguir a su amiga, su mano rozando la mía en un gesto tranquilizador o, quizá, de agradecimiento.

Por suerte, Smileys está vacío a estas horas. Elegimos una pequeña mesa redonda al lado de la ventana y me escondo detrás del menú, con la lengua frotando la piel áspera que tengo bajo el labio.

—¿Os estáis alimentando bien últimamente? —quiere saber Francie.

Maya me mira y yo sacudo sutilmente la cabeza.

—¿Compartimos un poco de pan de ajo? —sugiere Francie—. Me muero por una Coca-Cola.

Maya se inclina hacia atrás en su silla para captar la atención del camarero, y Francie se vuelve hacia mí.

—Bueno, ¿estás ansioso por salir pitando de Belmont?

Bajo el menú y asiento forzando una sonrisa.

—Tienes mucha suerte —continúa Francie—. En sólo nueve meses te habrás librado de este infierno.

Maya termina de pedir y se incorpora al monólogo, que hasta a Francie le cuesta mantener.

—Lochan va a ir a la Escuela Universitaria de Londres —anuncia Maya con orgullo.

—Bueno, no, y o... Estoy intentando que me admitan.

—Ya es casi seguro.

—Mierda, ¡debes ser muy listo! —exclama Francie.

—Lo es —asiente Maya—. Va a sacar cuatro sobresalientes.

—¡Joder!

Me estremezco e intento captar la atención de Maya para suplicarle que no siga. Quiero rebatir lo que ha dicho, quitarle importancia, pero noto cómo el calor me sube a la cara y las palabras se evaporan de mi mente en el mismo instante en que intento pronunciarlas.

Maya me da suavemente con el codo.

—Francie tampoco es tonta —dice—. De hecho, es la única persona que conozco que se puede tocar la punta de la nariz con la lengua.

Todos nos reímos. Respiro otra vez.

—¿Crees que es broma? —me desafía Francie.

—No...

—Está siendo educado —le explica Maya—. Creo que necesitaré una demostración.

Francie está más que dispuesta a realizarla. Se sienta derecha, extiende la lengua tanto como puede, la curva hacia arriba y se toca la punta de la nariz. Su mirada bizca completa la representación.

Maya se echa contra mí alegremente y me doy cuenta de que yo también me estoy riendo. Francie es simpática. Mientras esto no dure demasiado, creo que sobreviviré.

De repente se forma un barullo en la entrada. Francie se da la vuelta en su silla e identifica a un grupo de alumnos de Belmont por sus uniformes.

—¡Eh, chicos! —grita Francie—. ¡Aquí!

Entran con estrépito, y con la mirada ya un poco nublada, reconozco a un par de chicas de la clase de Maya, a un chico de otro curso y a Rafi, el chico de mi clase de inglés. Se saludan y se dan palmadas en la espalda, juntan dos mesas y aproximan más sillas.

—¡Whitley! —exclama Rafi asombrado—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

—Yo sólo, eh... Mi hermana...

—¡Está pasando el rato con nosotras! —exclama Francie—. ¿Es eso un crimen? Es el hermano de Maya, ¿no lo sabías?

—Sí, ¡pero no pensaba que le vería en un sitio como éste! —No hay maldad en la risa de Rafi, tan sólo auténtica sorpresa, pero todo el mundo me está observando y las otras dos chicas han empezado a cuchichear entre ellas.

Maya está haciendo las presentaciones y, aunque escucho las voces, no encuentro sentido alguno a lo que dicen. Emma, que ha intentado acercarse descaradamente a mí desde que empezó el curso, está empeñada en hacerme participar en la conversación. Su inesperada aparición, justo cuando empezaba a relajarme, combinada con el hecho de que todos me conocen por ser el raro de la clase, de pronto me parece demasiado, y me siento aprisionado en una especie de claustrofóbica pesadilla. Sus palabras son como martillos que golpean mi

cráneo. Me dejó arrastrar por la marea y noto que empiezo a ahogarme. Sus bocas se mueven bajo el agua, se abren y se cierran, leo los signos de interrogación en sus rostros. La mayoría de sus preguntas se dirigen a mí, pero el pánico ha hecho que mis sentidos se amortigüen. No puedo distinguir una frase de otra, todo se ha transformado en un manto de ruido. De improviso arrastro mi silla hacia atrás y me pongo de pie, agarrando la bandolera y la chaqueta. Murmuro algo sobre que me he dejado el móvil en el colegio, levanto la mano en signo de despedida y me encamino hacia la puerta.

Camino por una calle, luego por otra. Ni siquiera sé adonde voy. De repente me siento estúpidamente al borde del llanto. Cuelgo la chaqueta sobre la bandolera y paso la cinta por mi hombro. Camino tan rápido como puedo, con el aire raspando mis pulmones; el sonido del tráfico queda ahogado por el latido frenético de mi corazón. Escucho pasos rápidos detrás de mí e instintivamente me aparto para dejar pasar al que corre, pero es Maya la que me agarra por el brazo.

—Para, Lochie, por favor... Me está entrando flato...

—Maya, ¿qué diablos haces aquí? Vuelve con tus amigos.

Me coge la mano.

—Lochie, espera...

Me detengo y doy un paso atrás, alejándome de ella.

—Mira, agradezco tu esfuerzo, pero prefiero que me dejes solo, ¿vale? —Mi vozaumenta de tono—. No te he pedido ayuda, ¿de acuerdo?

—¡Eh, eh! —Da un paso hacia mí tendiéndome la mano—. No estaba intentando hacer nada, Loch. Todo ha sido idea de Francie. Yo sólo he ido con ella porque me dijo que estabas de acuerdo.

Me paso la mano por el pelo.

—Dios, esto ha sido un maldito error. Y encima ahora me he marchado y te he avergonzado delante de tus amigos...

—¿Estás loco? —Se ríe, toma mi mano y me balancea el brazo mientras nos ponemos en marcha otra vez—. ¡Me alegro de que te hayas marchado! Así me has dado una excusa para irme y yo también.

Miro el reloj y me relajo un poco.

—Vaya, pues como por una vez mamá cuida de los niños, tenemos toda la tarde libre. —Levanto una ceja dejando ver mis intenciones.

Maya se echa el pelo hacia atrás y una sonrisa ilumina su rostro; sus ojos se abren aún más, con expresión animada.

—Oh, ¿estabas pensando en huir del país?

Sonríó.

—Es tentador... Pero creo que estaba pensando en algo como ver una película.

Ella levanta la cabeza y mira al cielo.

—Pero hace sol. ¡Aún parece que sea verano!

—Vale, entonces elige tú.

—Vamos a pasear —dice.

—¿A pasear?

—Sí. Podemos coger un autobús hasta el puerto de Chelsea. Vamos a cotillear las casas de los ricos y famosos y a pasear junto al río.

CAPÍTULO SEIS

Maya

Caminamos por el embarcadero de Chelsea. Me guardo la chaqueta y la corbata en la mochila; la brisa cálida del atardecer hace que mi falda me roce los muslos desnudos. El sol, que acaba de empezar a teñirse de naranja, salpica de gotas doradas la superficie escamosa del agua, musculada como el cuerpo de una serpiente. Este es mi momento favorito del día: la tarde casi extinguida, la noche aún por empezar, las horas que languidecen ante nosotros para difuminarse después en un oscuro crepúsculo. Muy por encima nuestro, los puentes están congestionados por el tráfico: autobuses sobrecargados, coches impacientes, ciclistas temerarios, hombres y mujeres que sudan dentro de sus trajes, desesperados por llegar a casa. Por debajo, los transbordadores y remolcadores cruzan las aguas. La grava cruje bajo nuestros pies mientras caminamos por la vasta y vacía extensión que hay entre los edificios de oficinas acristalados, más allá de los apartamentos de lujo que se apilan alzándose hacia el cielo. Hace tanto sol que el mundo parece un hueco de luz de un blanco apacible. Lanzo mi mochila a Lochan y comienzo a correr, a saltar y a brincar, y hago una voltereta con las manos apoyadas en el áspero camino granulado. El sol desaparece momentáneamente y nos sumergimos en una sombra azul al pasar bajo el puente. Nuestros pasos se magnifican de repente, su sonido rebota en el suave arco y sus cimientos, sorprendiendo a una paloma que vuela por el cielo. A poca distancia, a mi izquierda, y manteniendo un perímetro de seguridad con mis acrobacias, Lochan da grandes zancadas con las manos en los bolsillos y las mangas enrolladas hasta los codos. En sus sienes se aprecian los finos hilos que son sus venas, y las sombras bajo los ojos le confieren un semblante misterioso. Me observa con su mirada verde y brillante y me dirige una de esas medias sonrisas tan suyas. Sonríe y hago otra voltereta, y Lochan aprieta el paso para que coincida con el mío; parece ligeramente divertido. Pero cuando sus ojos se alejan, su sonrisa se desvanece y comienza a morderse los labios de nuevo. A pesar de que camina a mi lado, lo siento distante, una distancia indefinible. Incluso cuando su mirada se posa en mí, siento que no llega a verme del todo. Sus

pensamientos están en otra parte, fuera de mi alcance. Pierdo el equilibrio al hacer una voltereta hacia atrás y tropiezo con él, prácticamente aliviada al sentir su solidez, su vigor. Se ríe brevemente y me endereza, pero enseguida vuelve a morderse el labio con los dientes rozándole la llaga. Cuando éramos pequeños hacia tonterías que lograban romper el hechizo, que lo sacaban de este estado, pero ahora es más difícil. Sé que hay cosas que no me cuenta. Algo le ronda por la cabeza.

Cuando llegamos a la zona de tiendas, compramos pizza y Coca-Cola para llevar y nos encaminamos hacia el parque de Battersea. En cuanto cruzamos sus puertas, nos dirigimos hacia el centro de la vasta extensión de hierba, lejos de la sombra de los árboles, y nos tendemos bajo el sol, que ya cae por el oeste y va perdiendo poco a poco su brillo. Con las piernas cruzadas, me examino una herida que tengo en la espinilla mientras Lochan se agacha, abre la caja de pizza y me da una porción. La cojo, extendiendo las piernas y reclino la cabeza hacia atrás para que el sol me dé en la cara.

—Esto es mil veces mejor que salir con esos idiotas del colegio —le digo—. Ha sido una buena decisión marcharme cuando lo has hecho tú.

Mastica con firmeza, me lanza una mirada penetrante y sé que intenta leerme la mente, buscando un doble sentido a mis palabras. Me encuentro de lleno con su mirada, y la esquina de su boca se curva hacia arriba cuando se da cuenta de que estoy siendo realmente sincera.

Acabo de comer antes que él y me recuesto sobre los codos, observándole masticar. Es obvio que está muerto de hambre. Abro la boca para decirle que tiene salsa de tomate en la barbilla, pero cambio de opinión. Sin embargo mi sonrisa no pasa desapercibida.

—¿Qué? —me pregunta con una risa breve; traga el último bocado y se limpia las manos en la hierba.

—Nada. —Trato de contener la sonrisa, pero con el mentón manchado de rojo, el pelo alborotado, la camisa por fuera de los pantalones y los puños mugrientos de la camisa colgando libremente alrededor de sus manos, parece una versión más alta y morena de Tiffin al final de un agitado día escolar.

—¿Por qué me miras así? —insiste él, observándome con curiosidad, un tanto avergonzado ahora.

—Por nada. Sólo estaba pensando en lo que dice Francie de ti.

Un atisbo de recelo aparece en sus ojos. «Oh, no, otra vez no...».

—Al parecer tus hoyuelos son muy monos —reprimó una sonrisa.

—Ja, ja —sonríe, baja la mirada y arranca un poco de hierba mientras el rubor asciende por su cuello.

—Y tienes unos ojos cautivadores, o lo que sea que signifique eso.

Una mueca de vergüenza aparece en su rostro.

—Vete a la mierda, Maya. Te lo acabas de inventar.

—No me lo invento. Te lo juro, ella dice cosas así. ¿Qué más? Ah, sí: dan ganas de besuquearte la boca.

Se atraganta y me baña en Coca-Cola.

—¡Maya!

—¡No es broma! ¡Esas fueron sus palabras!

Ahora se ha sonrojado y mira fijamente la lata de refresco.

—¿Puedo acabármelo o todavía tienes sed?

—No cambies de tema —respondo riendo.

Me mira travieso y sorbe lo que queda en la lata.

—Incluso dijo que te vio a través de la puerta abierta del vestuario de chicos y que parecías muy...

Me da una patada de modo cariñoso, pero me ha hecho daño.

Estoy confundida. Parece que está bromeando, pero en el fondo da la sensación de estar molesto. Creo que, sin darme cuenta, he cruzado una línea invisible.

—De acuerdo. —Levanto las manos en señal de rendición—. Pero captas la idea, ¿no?

—Sí, muchas gracias. —Sonríe irónicamente otra vez para demostrar que no está enfadado y luego vuelve la cara en dirección al viento.

Se hace un largo silencio y cierro los ojos, notando el último rayo de sol veraniego en el rostro. La tranquilidad es desconcertante. Los gritos sordos de la gente que juega nos llegan desde lo que parecen miles de kilómetros de distancia. En algún lugar entre los árboles, un perro profiere un par de ladridos cortos y agudos. Me tumbo boca abajo y apoyo la barbilla en las manos. Lo han dado cuenta de que le estoy observando; todos los signos de diversión se han borrado de su cara. Tiene los codos sobre las rodillas dobladas y mira el parque. Sé que está meditando. Le escudriño el rostro en busca de algún signo de enfado, pero no encuentro ninguno. Sólo tristeza.

—¿Estás bien?

—Sí. —No se vuelve a mirarme.

—¿En serio?

Está a punto de decir algo pero se queda en silencio. En su lugar, empieza a frotarse la llaga del labio con el lateral del pulgar.

Me incorporo, extendiendo el brazo y tiro suavemente de su mano para apartársela de la cara. Sus ojos se vuelven hacia los míos.

—Maya, no voy a salir con Francie.

—Lo sé. Está bien. No importa —digo rápidamente—. Lo superaré.

—¿Por qué estás tan interesada en que salgamos?

De repente me siento muy incómoda.

—No lo sé. Supongo... Supongo que pensé que si salías con una amiga mía al menos podría seguir viéndote. No te... Sería menos probable que te fueras.

Frunce el ceño sin comprender.

—Es que pienso que si conoces a alguien el año que viene en la universidad...
—Siento una pequeña aflicción que aflora de la parte posterior de mi garganta. No puedo terminar la frase—. A ver, me encantaría, pero no... Estoy asustada.

Me mira serio durante un rato.

—Maya, sabes de sobra que no voy a dejarte, ni a ti ni a los demás.

Fuerzo una sonrisa y bajo la mirada, tirando de las briznas de hierba. «Pero un día lo harás —no puedo evitar pensar—. Un día todos vamos a abandonar al resto para formar nuestras familias. Porque así funciona el mundo».

—Para ser sincero, dudo que alguna vez salga con alguien —dice Lochan en voz baja.

Alzo los ojos sorprendida. Me mira a mí y luego hacia otro lado, y un silencio incómodo se instala entre nosotros.

No puedo evitar sonreír.

—Eso es una tontería, Loch. Eres el chico más guapo de Belmont. Todas las chicas de mi clase están locas por ti.

Silencio.

—¿Me estás diciendo que eres gay?

Las comisuras de su boca se contraen en un gesto divertido.

—¡Si hay una cosa que sé es que no soy gay!

Suspiro.

—Es una lástima. Siempre pensé que sería genial tener un hermano gay.

Lochan se ríe.

—No pierdas la esperanza. Aún te quedan Kit y Tiffin.

—¿Kit? Ya, ¡claro! Corre el rumor de que ya tiene novia. Francie jura que le vio besando a una chica de un curso superior en una clase vacía.

—Esperemos que no la deje embarazada —dice Lochan con sarcasmo.

Me estremezco e intento desterrar ese pensamiento de mi cabeza. Ni siquiera me apetece pensar en Kit con una chica. Sólo tiene trece años, por Dios.

Suspiro.

—Nunca he besado a nadie, a diferencia de la mayoría de chicas de mi clase —confieso en voz baja, pasando los dedos por la hierba alta.

Se vuelve hacia mí.

—¿Y? —dice suavemente—. Sólo tienes dieciséis años.

Arranco unos tallos y hago un puchero.

—Dieciséis años y nunca me han besado... ¿Y tú? ¿Alguna vez...? —Me interrumpo con brusquedad, pues me doy cuenta de lo absurdo de mi pregunta. Trato de pensar en un modo de darle la vuelta, pero es demasiado tarde: Lochan ya está rascando la tierra con las uñas, el rubor asciende por sus mejillas.

—Sí, ¡claro! —resopla con sorna evitando mi mirada, con toda su determinación puesta en el pequeño hoyo que está cavando en la tierra—. Como

si... ¡Como si eso fuera a ocurrir! —Suelta una breve carcajada y me mira como si implorase que me uniera a él, y bajo la vergüenza veo el dolor en sus ojos.

Instintivamente, me acerco más, pero me detengo antes de aproximarme del todo y me limito a apretarle la mano. Me odio por mi falta de consideración.

—Loch, no siempre va a ser así —le digo con delicadeza—. Un día...

—Sí, algún día —sonríe con forzada despreocupación y se encoge de hombros, en un gesto breve y despectivo.

De nuevo, nos invade el silencio. Le miro a través de la difusa luz de la tarde que ya toca a su fin.

—¿Lo piensas alguna vez?

Él duda, las mejillas aún sonrojadas, y por un momento creo que no va a responder. Continúa arañando la tierra, evitando deliberadamente mi mirada.

—Por supuesto —lo dice tan bajo que durante un instante creo que me lo he imaginado.

Le miro fijamente.

—¿Con quién?

—En realidad con nadie en concreto... —Aún se niega a alzar los ojos, pero, aunque cada vez está más incómodo, no está tratando de evitar la conversación—. Simplemente creo que en algún lugar debe haber... —Sacude la cabeza como si se diera cuenta repentinamente de que ha dicho demasiado.

—¡Eh, yo también! —exclamo—. En algún rincón de mi mente tengo la idea del hombre perfecto. Pero ni siquiera creo que exista.

—A veces... —empieza Lochan, pero luego se detiene.

Espero a que continúe.

—¿A veces...? —Le ayudo con delicadeza.

—Desearía que las cosas fueran diferentes —toma aliento con fuerza—. Desearía que no fuera todo tan jodidamente complicado.

—Lo sé —digo en voz baja—. Yo también.

CAPÍTULO SIETE

Lochan

El verano da paso al otoño. El viento arrecia con fuerza, los días son cada vez más cortos, y las nubes grises y las lloviznas persistentes alternan con fríos cielos azules y fuertes brisas. Willa pierde su tercer diente, Tiffin intenta cortarse el pelo él mismo cuando una profesora sustituta le confunde con una chica y a Kit le expulsan tres días del colegio por fumar hierba. Mamá empieza a pasar sus días libres con Dave e incluso cuando trabaja, para evitar desplazarse diariamente, se suele quedar en el piso que él tiene encima del restaurante. En las raras ocasiones en que está en casa, no suele estar sobria durante mucho tiempo, y Tiffin y Willa han dejado de pedirle que juegue con ellos o que les arrope en la cama. Los viajes que hago al contenedor de vidrio después de que anochezca y a son frecuentes.

El trimestre se está acabando. Hay mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo: los deberes se acumulan, olvido ir a hacer la compra, Tiffin necesita unos pantalones nuevos, Willa unos zapatos, hay que pagar las facturas, mamá pierde la chequera otra vez. A medida que va desapareciendo de forma gradual de la vida familiar, Maya y yo nos dividimos de forma tácita las tareas: ella limpia, ayuda con los deberes y acuesta a los niños; yo hago la compra, cocino, arreglo las facturas y recojo a Tiffin y Willa de la escuela. Sin embargo, hay algo que ninguno de los dos puede controlar: Kit. Ha empezado a fumar delante de todo el mundo, aunque lo mandemos a la puerta o a la calle. Maya le habla con calma sobre los riesgos que corre su salud y él se ríe en su cara. Yo intento decírselo con mayor firmeza y sólo me gana una retahíla de improperios. Los fines de semana sale con una pandilla de gamberros del colegio. Convencí a mamá de que me diera dinero para comprarle un móvil de segunda mano, pero nunca contesta cuando lo llamo. También le imploro que le imponga un toque de queda, pero casi nunca está en casa para que lo cumpla, y cuando lo está, sale hasta más tarde que él. Intento establecer yo mismo la hora límite, e inmediatamente Kit sale hasta más tarde aún, como si volver a la hora estipulada fuera un signo de debilidad, de rendición. Y entonces sucede lo inevitable: una

noche no vuelve a casa.

A las dos de la mañana, tras llamarlo varias veces y que me conteste el buzón de voz, marco el número de mamá con desesperación. Está en un club en alguna parte; el ruido de fondo es ensordecedor: música, gritos, jaleo. Como la noche ya está avanzada, tiene la voz pastosa y no parece captar el hecho de que su hijo ha desaparecido. Ríe y se interrumpe cada poco para hablar con Dave, me dice que tengo que aprender a relajarme, que Kit ya es un hombrecito y que debería divertirme un poco. Estoy a punto de soltarle que Kit bien podría estar tirado en una cuneta cuando me doy cuenta de que estoy malgastando palabras. Con Dave finge que es joven de nuevo, libre de los obstáculos y responsabilidades de la maternidad. Nunca quiso crecer —recuerdo que nuestro padre dijo que una de las razones por las que se marchaba era porque la acusaba de ser una mala madre—, y el único motivo por el que se casaron fue porque se quedó accidentalmente embarazada de mí, un hecho que le gusta recordarme cada vez que tenemos una discusión. Y ahora que sólo me quedan unos meses para ser considerado oficialmente como un adulto, aún se siente más libre de lo que se ha sentido en años. Dave ya tiene familia. Ha dejado muy claro que no quiere responsabilizarse de nadie más. Así que ella lo mantiene alejado a propósito y sólo lo trae a casa cuando ya estamos todos durmiendo o cuando estamos en el colegio. Con Dave se ha reinventado a sí misma: ahora es una mujer joven atrapada en una historia de amor pasional. Se viste como una adolescente, se gasta todo el dinero en ropa y tratamientos de belleza, miente sobre su edad y bebe, bebe y bebe para olvidar que la juventud y la belleza ya están a sus espaldas, para olvidar que Dave no tiene intención de casarse con ella, para olvidar que al final del día no es más que una divorciada de cuarenta y cinco años atrapada en un trabajo que es un callejón sin salida y con cinco hijos no deseados. Sin embargo, el hecho de que comprenda las razones por las que se comporta como lo hace no mitiga mi odio.

Ya son las dos y media y estoy empezando a ponerme histérico. Estoy sentado en el sofá, situado estratégicamente para que la débil luz de la bombilla desnuda caiga directamente sobre mis libros. He estado esforzándome por leer mis apuntes durante al menos tres horas, las palabras garabateadas sangran unas sobre las otras, bailan por la página. Maya ha venido a darme las buenas noches hace más de una hora, con sombras púrpura contorneando sus ojos, sus pecas en fuerte contraste con la palidez de su piel. Yo aún llevo puesto el uniforme; como siempre, tengo las mangas manchadas de tinta, y llevo la camisa a medio abrochar. Desde lo más profundo del cráneo, un dolor punzante me atraviesa la sien derecha. Miro el reloj una vez más y un nudo de rabia y miedo me atenaza por dentro. Me quedo mirando mi reflejo fantasmagórico en el cristal oscurecido de la ventana. Me duelen los ojos, todo mi cuerpo palpita de estrés y cansancio. No tengo la menor idea de qué hacer. Una parte de mí quiere olvidar todo este

asunto, irse a la cama y simplemente rezar para que Kit esté aquí para cuando me despierte por la mañana. Pero otra parte me obliga a recordar que es, poco más que un niño. Un niño infeliz y autodestructivo que se ha mezclado con la gente equivocada porque le proporcionan la compañía y la admiración que su familia no puede darle. Quizá se haya metido en una pelea, o podría estar inyectándose heroína, o quebrantando la ley y arruinando su vida antes de empezarla siquiera. O peor aún, podría ser la víctima de algún atracador, o de alguna banda rival, ya que su comportamiento le ha hecho ganar cierta reputación y enemigos en la zona. Podría estar tirado en el suelo por ahí, cubierto de sangre, apuñalado o con un disparo. Puede que me odie, que esté resentido conmigo, puede culparme por todo lo que va mal en su vida, pero si me rindo ya no le quedará nadie más. Su odio hacia mí habrá sido completamente justificado. Pero ¿qué puedo hacer? Se niega a compartir nada de su vida conmigo, así que no conozco a ninguno de los amigos con los que sale. Ni siquiera tengo una bici para ir a buscarlo por la calle.

El reloj ya marca las tres menos cuarto: han pasado casi cinco horas del toque de queda de Kit para el fin de semana. En realidad nunca llega a casa antes de las diez, pero tampoco se queda fuera hasta más tarde de las once. ¿Qué sitios de por aquí pueden estar abiertos a estas horas? Para entrar en las discotecas hace falta el carné de identidad. Él ha falsificado uno, pero hasta un idiota podría darse cuenta de que no tiene dieciocho años. Jamás, ni por asomo, ha llegado tan tarde.

El miedo repta por mi mente. Se enrosca sobre sí mismo, su cuerpo oprime las paredes de mi cráneo. No es un acto de rebeldía, le ha pasado algo. Kit tiene problemas y no hay nadie para ayudarlo. Estoy empapado en sudor y tembloroso. No me queda otra opción que salir y caminar por la calle, buscar un bar abierto o una discoteca. Lo que sea. Pero antes tengo que despertar a Maya para que me llame si Kit vuelve. Mi mente retrocede y recuerda lo exhausta que parecía, y la mera idea de sacarla de la cama me pone enfermo, pero tengo que hacerlo.

El primer golpe que doy a la puerta es demasiado suave. No quiero despertar a los pequeños. Pero si Kit está herido o tiene problemas, no debo perder más tiempo. Bajo la manilla y empujo la puerta para abrirla. La luz de las farolas entra a través del hueco de las cortinas, iluminando su cara dormida, su pelo castaño esparcido sobre la almohada. Se ha deshecho de la sábana y duerme boca abajo, con las piernas y los brazos extendidos como una estrella de mar y las braguitas a la vista.

Me agacho y la toco con suavidad.

—¿Maya?

—Mmm... —Rueda hacia el otro lado en señal de protesta.

Lo intento otra vez.

—Maya, despierta, soy yo.

—¿Eh? —Se pone de lado, se apoya en el codo y se incorpora, mirándome aturdida, parpadeando bajo una cortina de pelo.

—Maya, necesito tu ayuda. —Las palabras me salen más alto de lo que pretendía, el creciente pánico se atasca en mi garganta.

—¿Qué? —De repente se ha puesto en alerta, trata de levantarse y se aparta el pelo de la cara. Enciende la luz de la mesita y entrecierra los ojos, mirándome —. ¿Qué ha pasado?

—Es Kit, no ha vuelto a casa y son casi las tres. Creo... creo que debería ir a buscarlo. Me da miedo que le haya ocurrido algo.

Se restriega los ojos y los abre de nuevo, como si intentara ordenar sus pensamientos.

—¿Aún está por ahí?

—¡Sí!

—¿Le has llamado al móvil?

Le cuento mis inútiles intentos para ponerme en contacto con Kit y con mamá. Maya salta de la cama y me sigue por el pasillo mientras busco mis llaves.

—Pero Lochie, ¿tienes alguna idea de dónde puede estar?

—No, pero tengo que buscar... —Hurgo en los bolsillos de mi chaqueta y luego en el montón de propaganda y facturas sin abrir de la mesa del recibidor, tirándolo todo al suelo. Las manos han empezado a temblarme.

—Dios, ¿dónde están las putas llaves?

—Lochie, no vas a encontrarlo pateándote toda la ciudad. ¡Podría estar en la otra punta de Londres!

Me doy la vuelta para mirarla.

—Entonces, ¿qué te parece que debo hacer?

Me sobresalta la fuerza de mi propia voz. Maya da un paso atrás.

Me detengo y exhalo un profundo suspiro, me pongo las manos sobre la boca y luego me las paso por el pelo.

—Lo siento. Es que... es que no sé qué hacer. Mamá decía cosas incoherentes por teléfono. ¡Ni siquiera he podido convencer a esa zorra para que venga a casa! —Me ahogo al pronunciar la palabra «zorra» y apenas encuentro aliento para terminar la frase.

—Vale —dice Maya rápidamente—. De acuerdo, Lochie. Me quedaré aquí y esperaré. Y te llamaré en cuanto llegue. ¿Llevas tu móvil?

Palpo los bolsillos de mis pantalones.

—No, mierda. Y las llaves tampoco.

—Aquí... —Maya alarga el brazo hasta el abrigo que tiene en la percha y saca su móvil y sus llaves. Los cojo y abro la puerta.

—¡Espera! —Me tira la chaqueta.

Me la pongo mientras me adentro en la fría brisa nocturna.

Está oscuro, todas las casas duermen salvo algunas que aún siguen iluminadas por la parpadeante luz azul de las pantallas de los televisores. El silencio es inquietante; escucho cómo los camiones transportan sus mercancías por la autopista a kilómetros de distancia. Camino a toda prisa hasta el final de nuestra calle y me dirijo a la avenida principal. El lugar está desierto, como si estuviera embrujado, y las persianas bajadas de las tiendas protegen sus lóbregos interiores. La basura de los puestos del mercado cubre la calle, un borracho se tambalea en la puerta del supermercado que abre las veinticuatro horas y dos mujeres jóvenes ligeras de ropa siguen su camino por la acera abrazadas, mientras sus voces estridentes resuenan en el aire nocturno. De repente, un coche que vibra al ritmo de una música machacona acelera por la calle, rozando al borracho y haciendo chirriar sus neumáticos al virar en la esquina. Veo a un grupo de chicos esperando en la puerta de un bar cerrado. Todos visten igual: sudaderas grises, vaqueros holgados que se deslizan por sus caderas y deportivas blancas. Pero cuando cruzo la calle y me dirijo hacia ellos, me doy cuenta de que son demasiado mayores para pertenecer a la pandilla de Kit. Rápidamente me doy la vuelta, pero uno de ellos me grita:

—Eh, ¿qué coño estás mirando?

Les ignoro y sigo adelante, con las manos en los bolsillos, luchando contra el instinto que me espolea para que acelere el paso. Como si fuesen lobos, detectan el olor del miedo. Por un momento creo que vienen tras de mí, pero sólo sus risas y palabrotas siguen mi estela.

Mi corazón continúa latiendo hasta que llego al final de la avenida y paso el cruce, con la mente funcionándome a toda velocidad. Ésta es la razón por la que un chaval de trece años no debería ir vagando por las calles a estas horas de la madrugada. Esos chicos estaban aburridos, borrachos, colocados o todo a la vez, y tenían ganas de pelea. No sería raro que alguno de ellos llevara algún tipo de arma encima: una botella rota o puede que un cuchillo. Los días de las simples peleas de puñetazos hace tiempo que quedaron atrás, especialmente en esta zona. ¿Qué posibilidades tendría un chico impulsivo como Kit contra una banda como aquella?

Está empezando a llover y las luces de los taxis quiebran la oscuridad iluminando el asfalto mojado al pasar. Corro a ciegas por el cruce y un taxista gruñón me pita. Me seco el sudor de la cara con la manga de la chaqueta; la adrenalina corre por mi cuerpo. El aullido repentino de un coche de policía me sobresalta; el sonido desaparece en la distancia y vuelvo a saltar cuando una discordancia de ladridos histéricos estalla en mi bolsillo. Cuando saco el móvil de Maya tengo las manos temblorosas.

—¿Qué? —grito.

—Ya ha llegado, Lochie. Está en casa.

—¿Qué?

—Kit ha vuelto. Acaba de entrar por la puerta ahora mismo. Así que ya puedes volver. ¿Dónde estás?

—Estoy en el cruce de Bentham. Llego en un minuto.

Me meto el móvil en el bolsillo y me giro. El pecho se me agita y la respiración se entrecorta, veo pasar como un rayo las luces nocturnas de los coches. «Bueno, cálmate», me digo a mí mismo. Está en casa. Está bien. Pero siento cómo el sudor me recorre la espalda, y la presión que tengo en el pecho parece un globo a punto de explotar.

Estoy caminando demasiado rápido, respirando exageradamente deprisa, pensando a toda velocidad. Ha aparecido un dolor punzante en mi costado y el corazón me late con fuerza contra la caja torácica. *Está en casa*, me sigo diciendo. *Está bien*, pero no sé por qué no estoy más aliviado. De hecho, me siento realmente enfermo. Estaba tan seguro de que le había ocurrido algo malo... ¿Por qué evitaría contestar al móvil o llamar si no fuera así?

Mientras me acerco a casa, las farolas se emborronan y bailan, y todo parece extrañamente irreal. Las manos me tiemblan tanto que no puedo abrir la puerta. Las llaves de metal resbalan por los dedos pegajosos. Se me acaban cayendo al suelo, y tengo que apoyar las manos en la puerta para agacharme a por ellas sin perder el equilibrio. La puerta se abre de repente y con un traspíe caigo a ciegas dentro del vestíbulo.

—Eh, ten cuidado. —La mano de Maya me sujeta.

—¿Dónde está?

De la sala de estar llega el sonido de risas enlatadas y me levanto para ir hacia allí. Kit está tumbado con un brazo bajo la cabeza, los pies sobre el sofá y se ríe de algo que han dicho en la televisión. Apesta a tabaco, alcohol y marihuana.

De pronto, toda la rabia que he reprimido durante tantos meses estalla como lava.

—¿Dónde coño has estado?

Le da vueltas al mando con la mano y se toma un momento antes de apartar por un segundo los ojos de la pantalla.

—Y a ti qué te importa. —Gira de nuevo la mirada hacia la televisión y comienza a reírse, subiendo el volumen para evitar la conversación.

Aprovecho su distracción para arrebatárle el mando a distancia.

—¡Devuélveme eso, gilipollas! —Se pone de pie al instante, me agarra el brazo y me lo retuerce.

—¡Son las cuatro de la mañana! ¿Qué cojones has estado haciendo?

Forcejeamos, intento empujarle pero es sorprendentemente fuerte. Una punzada de dolor se dispara en el brazo, subiendo de la mano al hombro, y el mando cae al suelo. Kit se agacha a por él y yo lo agarro por los hombros y lo

empujo. Se abalanza sobre mí y se oye un chasquido cuando su puño entra en contacto con mi mandíbula, el dolor me ciega. Me tiro contra él agarrándole por el cuello, pierdo el equilibrio y le arrastro al suelo. Me golpeo la cabeza contra la mesita del café y, por un momento, las luces parecen apagarse, pero luego me reanimo y vuelvo a poner las manos alrededor de su garganta. Tiene la cara roja, los ojos abiertos y saltones. Me da patadas en el estómago repetidamente, pero no lo dejo escapar; no puede escabullirse aunque me esté dando rodillazos en la ingle. De pronto me doy cuenta de que alguien me está agarrando las manos, alguien se está metiendo, me grita, chilla en mi oído:

—¡Para, Lochie, para! ¡Vas a matarlo!

Lo dejo ir y él se zafa de mí, poniéndose a cuatro patas, tosiendo y vomitando hilos de saliva que cuelgan de su boca. Alguien me reduce por detrás, me sujeta los brazos a los lados, pero toda fuerza me ha abandonado ya y casi no puedo ni sentarme. Escucho los jadeos de Kit mientras se tambalea y se pone en pie, y, de repente, se abalanza sobre mí.

—¡Si vuelves a tocarme te mato! —Tiene la voz ronca y áspera.

Se marcha y oigo cómo retumban las escaleras de madera cuando sube. Escucho el llanto de un niño. Parece que el suelo vaya a abrirse a mis pies, pero la moqueta es sólida y la pared, dura y fría, sostiene mi espalda. A través de una tenue bruma veo a Willa envolver sus piernas alrededor de la cintura de Maya, mientras ésta la levanta con un abrazo y murmura:

—Vale, vale, mi amor, sólo han tenido una pelea tonta. Ya se ha arreglado. Vamos arriba y te meteré en la cama, ¿de acuerdo?

Salen de la habitación y los gemidos se atenúan, pero siguen martilleando en mi cabeza, una, y otra, y otra vez.

Las piernas me tiemblan mientras me dirijo a mi habitación. Una vez dentro, a salvo, me siento en la cama con los codos sobre las rodillas y pongo las manos sobre la boca y la nariz para dejar de hiperventilar. El dolor que tengo en el estómago envía pequeños calambres a través de mi cuerpo. Noto que el sudor corre por ambos lados de la cara y no puedo dejar de temblar. La aureola de luz de la bombilla que hay sobre mí se expande y se contrae creando puntos luminosos que bailan. El terror por lo que acaba de ocurrir ha empezado a alterarme. Hasta hoy, nunca me había peleado cuerpo a cuerpo con Kit, aunque esta noche la confrontación la he provocado yo, casi como si la deseara. Sinceramente, cuando lo tenía agarrado por la garganta no quería soltarlo. No entiendo lo que me está pasando. Creo que me estoy consumiendo. Kit llegó tarde a casa. ¿Y qué adolescente no lo hace? Los padres se enfadan con sus hijos, seguro. Les gritan, amenazan, tal vez insultan, pero no intentan estrangularlos.

Oigo un golpe en la puerta que sacude mi cuerpo. Es Maya, con un aspecto totalmente derrotado mientras se hunde contra el marco.

—¿Estás bien?

Asiento desesperado para que se marche, con las manos aún cubriéndome la boca, y soy incapaz de articular palabra. Me observa seria desde la penumbra; duda por un instante, luego enciende la luz y entra.

Me aparto las manos de la cara, apretando los puños para que dejen de temblar.

—Estoy bien —le digo con la voz ronca y entrecortada—. Deberíamos irnos a dormir.

—No tienes pinta de estar bien. —Cierra la puerta y se inclina sobre ella, sus ojos parecen enormes, su expresión indescifrable. No sé si está enfadada, horrorizada, asqueada...

—Maya, lo siento, he... he perdido los nervios... —El dolor me corroe.

—Lo sé, Loch, lo sé.

Quiero decirle lo mucho que lo siento. Quiero preguntarle si Willa está bien. Quiero pedirle que vaya a ver cómo está Kit, que se asegure de que no está haciendo las maletas para escaparse, que me tranquilice y me diga que no le he hecho daño, aunque sé que lo he hecho. Pero no puedo articular palabra. Lo único que inunda el aire es el sonido que produce mi respiración trabada. Me tapo otra vez la nariz y la boca con las manos para intentar amortiguar el sonido, aprieto los codos muy fuerte contra las rodillas para dejar de temblar, y de repente estoy meciéndome adelante y atrás sin saber por qué.

Maya se despega de la puerta, viene hacia mí y se sienta a mi lado en la cama.

Instintivamente, elevo el brazo para evitar que se acerque.

—Maya, no... no necesito...

Coge la mano que he extendido y tira suavemente de ella hasta ponerla en su regazo, mientras su pulgar frota mi palma con movimientos circulares.

—Intenta relajarte. —Su voz es suave... demasiado suave—. Está bien. Todos están bien. Willa se ha ido a dormir y Kit ya se ha calmado.

Me aparto de ella, lucho por liberar mi mano de la suya.

—Yo sólo... necesito dormir un poco.

—Lo sé, pero tienes que tranquilizarte primero.

—¡Lo estoy intentando!

Su rostro está contraído por la preocupación y soy consciente de que verme en este estado no va a conseguir sosegarla. Sus cálidos dedos reposan sobre mi muñeca, mueve la mano y me acaricia la parte interior del brazo. De algún modo, su caricia me reconforta.

—Lochie, no ha sido culpa tuya.

Me muerdo el labio con fuerza y me aparto.

—No ha sido culpa tuya —repite—. Lochie, lo sabes. Kit lleva años provocándote para pelearse así contigo. Cualquiera hubiera explotado.

Siento un nudo inamovible en la parte posterior de la garganta, una presión

detrás de los ojos que me advierte lo que va a suceder.

—No puedes seguir culpándote por todo sólo porque seas el mayor. Nada de esto es culpa tuya. Ni el alcoholismo de mamá, ni la marcha de papá, ni el hecho de que Kit se haya puesto así. No podrías haber hecho nada.

No sé cómo ha averiguado todo esto. No entiendo cómo es capaz de leerme la mente de la forma en que lo hace. Giro la cara hacia la pared, negando con la cabeza para decirle que está equivocada. Aparto mi mano de la suya y me froto la mejilla, tratando de protegerla de su mirada.

—Lochie...

No. Ya no puedo con esto. No puedo, no puedo. Ni siquiera voy a poder sacarla de la habitación antes de que sea demasiado tarde. Me arden los ojos con un dolor que va en aumento. Si me muevo, si hablo, si parpadeo siquiera, voy a perder esta batalla.

Su mano toca mi hombro, acaricia mi espalda.

—No siempre va a ser así.

Una lágrima resbala por mi mejilla. Me llevo la mano a los ojos para detener la siguiente. De repente mis dedos están húmedos. Inspiro profundamente e intento aguantar la respiración, pero se me escapa un pequeño gemido.

—Oh... Loch, no. No... ¡No llores por esto! —Maya suena desesperada.

Me arrimo a la pared, deseando que todo desaparezca ahí dentro. Presiono el puño con fuerza contra mi boca. Entonces la respiración que he estado conteniendo explota y sale de mis pulmones con un violento sonido de asfixia.

—Eh, eh... —A pesar de su tono tranquilizador, reconozco una pizca de pánico—. Lochie, por favor, escúchame. Sólo escucha. Esta noche ha sido terrible, pero no es el fin del mundo. Sé que las cosas han sido muy, muy duras últimamente, pero no pasa nada, todo va bien. Kit está bien. Eres humano. Estas cosas pasan...

Intento secarme los ojos con la manga, pero las lágrimas siguen cayendo y no puedo entender por qué soy incapaz de detenerlas.

—Shh, ven aquí... —Maya trata de darme la vuelta para mirarme, pero yo la empujo con brusquedad. Lo intenta otra vez. Frenético, me zafo de ella con un brazo.

—¡No! Maya, ya basta, ¡por Dios! ¡Por favor! ¡Por favor! No puedo... ¡No puedo! —estallo en sollozos con cada palabra. No puedo respirar, estoy aterrorizado, me estoy desmoronando.

—Lochie, cálmate. Sólo quiero abrazarte, eso es todo. Deja que te abrace. —Su voz adopta el tono suave que usa cuando Tiffin o Willa están enfadados. No va a rendirse.

Rasco la pared con las uñas, sollozos violentos sacuden mi cuerpo como olas, las lágrimas me empapan la manga.

—Ayúdame. —No tengo aliento—. ¡No sé qué me pasa!

Maya se coloca en el espacio que hay entre la pared y yo y, de repente, ya no tengo ningún lugar en el que esconderme. Pone sus manos alrededor de mi cuello y me estrecha entre sus brazos. Intento resistirme una última vez, pero estoy agotado por el esfuerzo. Siento su cálido cuerpo contra el mío: vivo, familiar, reconfortante. Presiono mi cara contra la curva de su cuello, mis manos se aferran a su espalda, a su camisón, como si pudiera desaparecer en cualquier momento.

—Yo... yo no quería... no era mi intención... Maya, ¡yo no quería!

—Ya sé que no querías, Lochie. Ya lo sé, lo sé...

Me habla en voz baja, casi en susurros; uno de sus brazos me envuelve con fuerza, el otro me acaricia la cabeza. Me está meciendo suavemente, adelante y atrás. Me aferró a ella mientras los sollozos me acongojan, y tengo la sensación de que nunca podré parar.

CAPÍTULO OCHO

Maya

Abro los ojos y me encuentro mirando un techo desconocido. Mi mente está desorientada por la somnolencia, y hasta que veo entre parpadeos una mesa llena de libros de bachillerato y una silla cubierta de camisas y pantalones usados, no recuerdo dónde estoy. También hay un olor característico, que no es desagradable, y que sin lugar a dudas remite a Lochan. Siento un ligero peso sobre el pecho que me impulsa a inclinar la cabeza, y me llevo un susto cuando veo un brazo reposando sobre mis costillas, unas uñas mordidas y un enorme reloj digital de color negro alrededor de una muñeca. Lochan duerme profundamente a mi lado, boca abajo, pegado a la pared y con un brazo tendido sobre mí.

Mi mente retrocede a ayer por la noche y recuerdo la pelea, recuerdo venir y encontrarlo muy mal, la impresión de verle al borde de las lágrimas, la sensación de terror y soledad cuando rompió a llorar... La primera vez desde que papá se fue. Verle así me trasladó al pasado, al día en que papá vino a casa para darnos el «adiós especial» antes de coger el vuelo que lo llevaría a él y a su nueva esposa al otro lado del mundo. Nos hizo regalos, nos dio fotos de la nueva casa con piscina, nos prometió que pasaríamos las vacaciones allí con él y nos aseguró que vendría a menudo. Los demás se creyeron toda la farsa, eran tan pequeños todavía... Pero de algún modo, Lochan y yo sabíamos lo que estaba pasando y éramos conscientes de que no volveríamos a ver a nuestro padre nunca más. Y no pasó mucho tiempo antes de que supiéramos que teníamos razón.

Las llamadas de teléfono semanales se convirtieron en mensuales, luego sólo telefoneaba en ocasiones especiales y, al final, dejó de hacerlo. Cuando mamá nos contó que su nueva mujer acababa de dar a luz, supimos que sólo era cuestión de tiempo que incluso dejara de enviar regalos de cumpleaños. Y eso fue lo que ocurrió. Todo dejó de llegar. Incluso la pensión que le daba a mamá para los niños. Nosotros, al ser los mayores, lo veíamos venir, pero nunca imaginé que nos borraría de su vida con tanta celeridad. Recuerdo claramente el

momento posterior al último adiós, una vez se hubo cerrado la puerta de la entrada y el sonido de su coche hubo desaparecido calle abajo. Me acurriqué sobre unas almohadas con mi nuevo perrito de peluche y la foto de la casa que sabía que nunca visitaría, y de pronto me vi abrumada por una tremenda oleada de rabia y por el odio hacia un padre que en otro tiempo solía decir que me quería mucho. Pero para mi desconcierto y disgusto, Lochan parecía estar de acuerdo con todo, regocijándose con los demás ante la idea de que pronto iríamos todos a Australia. En realidad, pensé que era un estúpido. Le puse una cara larga y le ignoré durante todo el día mientras él se esforzaba por mantener el engaño. Tan sólo más tarde, aquella misma noche, cuando creyó que estaba dormida, se vino abajo. Lloró silenciosamente sobre su almohada en la litera que había sobre mi cama. Ese día también fue difícil consolarle, y me apartaba cada vez que intentaba darle un abrazo, hasta que, por fin, cedió y dejó que me acurrucara bajo su edredón y llorara con él. Nos prometimos que cuando creciéramos siempre estaríamos juntos. Al final, exhaustos por haber llorado todo lo que pudimos, nos quedamos dormidos. Y ahora, cinco años después, aquí estamos. Parece que las cosas han cambiado mucho, pero en realidad todo sigue casi igual.

Me siento tan rara, aquí tumbada en la cama de Lochan con él durmiendo a mi lado. Willa solía trepar a mi cama cuando tenía pesadillas. Por las mañanas me despertaba y me encontraba su cuerpecito apretado contra el mío. Sin embargo éste es Lochan: mi hermano, mi protector. Ver su brazo colgando tan fortuitamente sobre mí me hace sonreír; si se despertara lo retiraría inmediatamente. Pero no quiero que se despierte todavía. Su pierna presiona la mía, me la aplasta un poco, y su hombro reposa pesadamente sobre mi brazo, hundiéndolo en la cama. Aún lleva puesto el uniforme. Estoy totalmente embutida; de hecho los dos lo estamos: su otro brazo ha desaparecido bajo el estrecho hueco que hay entre el colchón y la pared. Giro mi cabeza con cautela para ver si tiene pinta de que vaya a despertarse de un momento a otro. Pero no la tiene. Está profundamente dormido, respirando con intensidad, prolongada y rítmicamente. Su rostro está vuelto hacia mí. No suelo tenerle tan cerca, no desde que dejamos de ser unos críos. Es muy extraño observarle de esta forma. Veo cosas de las que apenas me había dado cuenta antes. Su pelo, iluminado por los oblicuos rayos de sol que entran a través de las cortinas, no es tan negro como el azabache, sino que contiene reflejos de un color dorado oscuro. Podría dibujar un patrón con los trazos finos de sus venas bajo la piel de sus sienes, e incluso puedo llegar a distinguir cada uno de los pelos de sus cejas. Tiene una cicatriz blanca que casi no se ve sobre el ojo izquierdo, vestigio de una infancia que aún no se ha evaporado del todo. Sus párpados están rodeados por unas pestañas oscuras sorprendentemente largas. Mis ojos siguen la suave curva de su nariz hasta el arco de su labio superior, tan claramente definido ahora que su boca está

relajada. Su piel es suave, casi traslúcida; la única mancha que tiene es la de una llagu que él mismo se inflige bajo la boca, donde sus dientes muerden repetidamente, irritando, rasgando la piel para dejar una pequeña herida carmesí: es el recuerdo de su constante batalla con el mundo que lo rodea. Quiero hacerla desaparecer, borrar el dolor, la angustia, la soledad.

Me doy cuenta de que me estoy acordando del comentario de Francie. Besuquearle la boca... ¿Qué significa eso exactamente? En su momento pensé que era divertido pero ya no. No querría que Francie besara a Lochan en la boca. No quiero que lo haga nadie. Es mi hermano, mi mejor amigo. De pronto, la idea de que alguien lo vea como yo lo estoy viendo ahora, tan cercano, tan vulnerable, me parece insoportable. ¿Y si le hacen daño? ¿Y si le rompen el corazón? No quiero que se enamore de una chica. Quiero que se quede aquí y nos quiera a nosotros. Que me quiera a mí.

Se mueve un poco y su brazo se desliza hasta mis costillas. Siento su cálido sudor contra mi costado. La forma en que los agujeros de su nariz se contraen ligeramente cada vez que inhala me recuerda lo frágil y fino que es el hilo que nos une a la vida. Dormido parece tan vulnerable que me asusta.

Escucho gritos y aullidos en el piso de abajo. Pies que resuenan por la escalera. Un fuerte golpe contra la puerta. La voz inconfundible de Tiffin que grita con gran excitación:

—¡Hogar, dulce hogar!

Lochan dobla el brazo y abre los ojos alarmado. Durante un largo instante sólo me mira con sus iris esmeralda salpicados de azul y la cara muy quieta. Luego su expresión cambia.

—¿Qué... qué está pasando?

Habla tan amodorrado que me hace sonreír.

—Nada. Estoy atascada.

Baja la vista hasta el brazo que aún tiene sobre mi pecho, lo aparta rápidamente e intenta incorporarse.

—¿Por qué estás...? ¿Qué diablos haces aquí? —Durante un segundo parece desorientado y un tanto asustado. El pelo alborotado le cae sobre sus ojos y tiene el semblante confuso por el sueño. La almohada ha dejado unas hendiduras rojas en su mejilla.

—Ayer por la noche estuvimos hablando, ¿te acuerdas? —No quiero mencionar la pelea o sus consecuencias—. Creo que nos quedamos fritos. —Me impulso hacia el cabecero, hundo las piernas y me estiro—. Llevo quince minutos sin poder moverme, me estabas aplastando.

Se aparta hacia el otro lado de la cama, se apoya en la pared y deja caer hacia atrás la cabeza con un golpe seco. Cierra los ojos un momento.

—Estoy hecho polvo —murmura para sí mismo, abrazándose las piernas. Su cuerpo parece endeble, extenuado.

Estoy preocupada. Lochan no suele quejarse.

—¿Te duele algo?

Deja escapar un suspiro y esboza la sombra de una sonrisa.

—Todo.

Su sonrisa se desvanece cuando no se la devuelve y me sostiene la mirada: sus ojos están cargados de tristeza.

—Hoy es sábado, ¿verdad?

—Sí, pero no pasa nada. Mamá se ha levantado, la he oído hablar hace un rato. Y Kit también está despierto. Parece que están todos abajo desayunando, o almorzando, o algo por el estilo.

—Vale, vale. Bien.

Lochan suspira aliviado y cierra los ojos otra vez. No me gusta el modo en que está hablando, ni cómo está sentado, ni cómo se comporta. Parece como si estuviera indefenso, sufriendo y totalmente derrotado. Se instala un largo silencio. No abre los ojos.

—¿Lochie? —me atrevo a preguntar en voz baja.

—Sí. —Me mira turbado y parpadea con rapidez, como si intentara poner en marcha su cerebro.

—Quédate aquí mientras yo voy a por café y analgésicos, ¿vale?

—No, no... —Me agarra por la muñeca y me detiene—. Estoy bien. Me despertaré del todo en cuanto me dé una ducha.

—Vale. Hay paracetamol en el armario del baño.

Me mira fijamente.

—De acuerdo —responde débilmente.

No ocurre nada. No se mueve. Empiezo a preocuparme.

—¿Sabes qué? No parece que estés muy bien —le digo con amabilidad—. ¿Qué tal si te quedas en la cama un rato más y te traigo el desayuno?

Vuelve la cabeza para mirarme de nuevo.

—No, Maya, en serio. Estoy bien. Dame sólo un minuto, ¿vale?

Hay una regla implícita en nuestra familia, y es que Lochan nunca se pone enfermo. Incluso el invierno pasado cuando tuvo la gripe y mucha fiebre, insistió en que estaba lo suficientemente bien como para llevar a los niños a la escuela.

—Entonces voy a traerte un café —declaro bruscamente, dando un salto fuera de la cama—. Ve y date una ducha caliente y...

Me detiene y me agarra la mano antes de que llegue a la puerta.

—Maya...

Me vuelvo, apretando mis dedos en torno a los suyos.

—¿Qué?

Su mandíbula se tensa y traga saliva. Parece que sus ojos buscan los míos, a la espera de algo, una señal de comprensión, quizás.

—No puedo. De veras, no creo que pueda. —Se detiene, respira

profundamente—. Hoy no tengo la energía suficiente para desayunar con los demás. —Su cara destila una disculpa.

—Hoy me encargo yo, ¡tonto! —Pienso un segundo y me río—. Y tengo una idea mejor.

—¿Cuál?

Sonrí.

—Voy a deshacerme de todos ellos. Ahora verás.



Me detengo en la puerta durante un instante, absorbiendo el caos. Están sentados alrededor de la mesa de la cocina, en torno a un revoltijo de Choco Krispies, latas de Coca-Cola, galletas cubiertas de chocolate y patatas fritas, todo esparcido ante ellos. Mamá debe haber enviado a Tiffin a la tienda de la esquina al darse cuenta de que sólo teníamos muesli y pan de centeno para desayunar. Pero al menos se ha levantado antes del mediodía, aunque aún lleve esa bata rosa tan sórdida, el pelo rubio despeinado y tenga esas enormes ojeras bajo sus ojos inyectados en sangre. A juzgar por el cenicero ya se ha fumado medio paquete de cigarrillos, aunque me sorprende que, a pesar de su apariencia, se la vea tan ágil y alegre; sin duda el whisky que huelo en su café tiene mucho que ver en eso.

—¡Princesa! —Me tiende los brazos—. Pareces un ángel con ese vestido.

—Mamá, llevo cuatro años poniéndome este camisón —le informo con un suspiro.

Mamá sonríe complacida, aunque apenas habrá entendido lo que le acabo de decir, y Kit se ríe por lo bajo con la boca llena de cereales, que salen disparados en todas direcciones por encima de la mesa. Me alivia ver que la pelea de ayer con Lochan no parece haberle afectado demasiado. A su lado, Tiffin intenta hacer malabares con tres naranjas que ha cogido del frutero; tiene los niveles de azúcar por las nubes. Willa habla muy rápido y de un modo confuso. Tiene la boca llena hasta los topes y la barbilla sucia de chocolate. Hago un poco de café, cojo el muesli de la despensa y empiezo a cortar pan en la encimera.

—¿Quieres una barrita de chocolate? —me ofrece Tiffin generosamente.

—No, gracias, Tiff. Creo que ya has comido suficiente chocolate por hoy. ¿Recuerdas lo que pasa cuando tomas demasiado azúcar?

—Que me mandan al despacho del director —responde Tiffin de forma automática—. Pero ahora no *soy* en la escuela.

—Ahora no *estoy* en la escuela —le corrijo—. Eh, ¿sabes qué? ¡He tenido una idea genial para que pasemos el día fuera en familia!

—Ay, ¡qué bonito! —exclama mamá—. ¿Dónde te los llevas?

—En realidad estaba pensando en que saliéramos todos —continúo, manteniendo un tono alegre e intentando evitar que los nervios se cuelen en mi voz—. ¡Y queremos que vengas, mamá!

Kit me mira inseguro, suspicaz y resoplando con burla espeta:

—Sí, vamos a la playa o algo así, y hagamos un puto picnic y finjamos que somos una gran familia feliz.

—¿Dónde? ¿Dónde? —exclama Tiffin.

—Bueno, estaba pensando que podríamos ir a...

—¡Al zoo! ¡Al zoo! —grita Willa, a punto de caerse de la silla por la emoción.

—No, ¡al parque! —replica Tiffin—. ¡Podemos jugar al fútbol con tres jugadores!

—¿Qué tal la bolera? —sugiere Kit inesperadamente—. Tiene unos recreativos.

Sonríó con indulgencia.

—Podríamos hacerlo todo. Acaban de abrir la feria del parque de Battersea. Hay un zoo al otro lado del parque, y creo que incluso hay unos recreativos, Kit.

Un destello de interés aparece en sus ojos.

—Mamá, ¿me comprarás algodón de azúcar? —grita Tiffin.

—¡Y a mí! ¡Y a mí! —chilla Willa.

Mamá sonríe débilmente.

—Un día con todos mis bichitos. Qué encantador.

—Pero tenéis que estar listos enseguida —les advierto—. Ya es casi mediodía.

—Mamá, ¡vamos! —le grita Tiffin—. ¡Tienes que ponerte todo el maquillaje y vestirme ahora mismo!

—Sólo un pitillo más...

Pero Tiffin y Willa ya han salido volando de la habitación y se están poniendo los abrigos y los zapatos. Hasta Kit ha bajado los pies de la mesa.

—¿Va a venir Lochan a esta pequeña excursión? —me pregunta mamá dando caladas de su cigarrillo. Me doy cuenta de que la mirada de Kit se ha vuelto más inquisitiva de repente.

—No, tiene montones de deberes con los que ponerse al día. —Dejo de limpiar la mesa y me doy una palmada en la frente—. Oh, no. ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa, cariño?

—Me había olvidado por completo. Hoy no puedo ir. Les prometí a los Davidson que esta tarde les cuidaría al bebé.

Mamá parece alarmada.

—Bueno, ¿y no puedes cancelarlo o decir que estás enferma o algo así?

—No, tienen que ir a una boda y me comprometí con ellos hace mucho

tiempo. —No me puedo creer lo bien que miento—. Además —añado con énfasis—, nos vendrá bien el dinero.

Tiffin y Willa vuelven a la cocina con los abrigos puestos, y se quedan quietos al darse cuenta de que algo ha cambiado en la atmósfera de la habitación.

—La lumbreras de Maya acaba de darse cuenta de que al final no podemos ir —les dice Kit.

—¡Pues iremos mañana! —exclama mamá alegremente.

—¡No! —Tiffin aúlla desesperado. Willa me mira acusándome con sus tristes ojos azules.

—Pero tú sí que puedes ir mamá —digo de un modo casual, evitando cuidadosamente su mirada.

Tiffin y Willa vuelven los ojos hacia ella, suplicando.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Por favor!

—Oh, está bien, está bien —suspira, lanzándome una mirada compungida, casi enfadada—. Lo que sea por mis niños.

Mamá sube a vestirse y Tiffin y Willa corretean por la casa en un frenesí causado por el azúcar. Kit vuelve a poner los pies en la mesa y empieza a ojear distraidamente un cómic.

—Bueno, mira cómo han cambiado los planes —murmura sin mirarme.

Me pongo en tensión, pero sigo limpiando la mesa.

—¿Y qué diferencia hay? —replico tranquilamente—. Tiffin y Willa van a salir a divertirse y a ti te van a dar cinco veces más de lo normal para que te lo gastes en los recreativos.

—No me estoy quejando —dice—. Pero creo que es muy conmovedor que nos hayas contado toda esta trola tan complicada sólo porque Lochan está demasiado avergonzado como para afrontar el hecho de que es un hijo de puta violento.

Dejo de limpiar la mesa, aprieto la esponja tan fuerte que el agua caliente y el jabón chorrean entre mis dedos.

—Lochan no sabe nada de esto, ¿vale? —replico. Mi voz contiene una ira reprimida—. Esto ha sido idea mía. Porque, sinceramente, Kit, es sábado, Tiffin y Willa se merecen un poco de diversión y Lochan y yo estamos reventados de llevar la casa durante toda la semana.

—Imagino que lo está después de intentar matarme anoche. —Ahora me mira directamente, sus ojos oscuros son como guijarros.

Me doy cuenta de que estoy agarrando el borde de la mesa.

—Por lo que yo recuerdo, en la pelea había dos personas. Y Lochan apenas puede moverse después de los golpes que le diste.

Una sonrisa de triunfo se extiende lentamente por la cara de Kit.

—Sí, bueno, no puedo decir que me sorprenda. Si no se pasara todo el día escondiéndose en las escaleras y aprendiera a pelear como un verdadero...

Golpeo la mesa con el puño.

—No me cuentes esa mierda de machito pandillero —siseo con un susurro furioso—. ¡Lo de anoche no fue una competición! Lochan está muy disgustado por lo que ocurrió. No quería hacerte daño.

—Qué considerado —responde Kit, con la voz llena de sarcasmo, aún agitando de manera irritante su revista—. Pero me cuesta creerlo cuando hace sólo unas horas tenía las manos alrededor de mi cuello.

—Tú también tuviste tu parte de culpa, ¿lo sabes? ¡Le golpeaste primero! —Miro con nerviosismo la puerta cerrada de la cocina—. Mira, no voy a discutir contigo sobre quién empezó qué. En lo que a la pelea se refiere, los dos sois igual de culpables. Pero preguntales esto: ¿por qué diablos crees que Lochan estaba tan enfadado al principio? ¿Cuántos de tus amigos tienen un hermano que se va a buscarlos por la calle a las tres de la mañana porque tiene miedo de que le haya ocurrido algo horrible? ¿Cuántos tienen hermanos que les compren la comida, que cocinen para ellos, que asistan a las reuniones de padres y den la cara por ellos cuando les expulsan del colegio? ¿Es que no te enteras, Kit? Lochan perdió los estribos anoche porque se preocupa por ti, ¡porque te quiere!

Kit lanza la revista sobre la mesa haciéndome dar un respingo, sus ojos están encendidos por la ira.

—¿Le he pedido yo que haga alguna de esas cosas? ¿Tú crees que me gusta depender de mi puto *hermano* para todo? No, tienes razón, mis amigos no tienen hermanos mayores que sean así. Tienen hermanos mayores que salen con ellos, que se emborrachan con ellos, que les consiguen los carnés de identidad falsos y los ayudan a colarse en las discotecas y todo el rollo. ¡Mientras que yo tengo un hermano que me dice a qué hora tengo que llegar a casa y me pega si llego tarde! ¡No es mi padre! Puede que haga como si le importara, ¡pero en realidad sólo se le han subido demasiado los humos a la cabeza! No me quiere como me quería papá, ¡pero seguro que piensa que puede estar todo el santo día diciéndome lo que tengo que hacer!

—Tienes razón —digo en voz baja—. No nos quiere como nos quería papá. Papá se largó al otro lado del mundo con su nueva familia en cuanto las cosas se pusieron difíciles. Lochan podría haber dejado el colegio el año pasado, podría haber encontrado un trabajo y se podría haber marchado. Podría haber elegido estudiar el año que viene en una universidad en la otra punta del país. Pero no, sólo ha pedido plaza en las de Londres, aunque sus profesores estaban desesperados por que intentara ir a Oxford o Cambridge. Se quedará en Londres para poder vivir aquí, cuidar de nosotros y asegurarse de que todo vaya bien.

Kit se ríe con sarcasmo.

—Que ingenua eres, Maya. ¿Sabes por qué no irá a ninguna parte? Porque está demasiado acojonado, por eso. Ya le has visto, ni siquiera puede hablar con sus compañeros de clase sin tartamudear como un retrasado. Y desde luego no se

queda por mí. Se queda porque está borracho de poder, porque se siente de puta madre mangoneando a Tiff y a Willa, porque eso le hace sentir mejor ya que en el colegio no puede pronunciar una sola palabra. Y se queda aquí porque te adora, porque tú siempre le has apoyado en todo, porque crees que es como un Dios. Su hermana es la única amiga que tiene en el mundo —sacude la cabeza—. Es patético.

Miro a Kit, me fijo en la rabia que hay en su rostro, el color de sus mejillas. Pero por encima de todo eso, veo la tristeza de sus ojos. Me duele comprobar que aún sufre tanto por lo de papá e intento seguir recordando que sólo tiene trece años. Pero no se me ocurre el modo de sacarle de este círculo vicioso, aunque sea por un segundo, y de hacerle ver la situación desde otra perspectiva que no sea la suya.

Al fin, desesperada, le digo:

—Kit, entiendo por qué te molesta la posición y la autoridad de Lochan, de veras. Pero él no tiene la culpa de que papá se marchara y tampoco de que mamá sea como es. Sólo está intentando cuidar de nosotros porque no hay nadie más. Te lo prometo, Kit, Lochan preferiría haber seguido siendo tu hermano y tu amigo. Pero piénsalo, dadas las circunstancias, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Qué opción tenía?



Cuando por fin se cierra la puerta y las voces excitadas se desvanecen por la calle, dejo escapar un suspiro de alivio y miro el reloj de la cocina. ¿Cuántas horas tenemos hasta que Tiffin y Willa empiecen a pelearse? ¿Cuántas antes de que Kit comience a discutir con mamá sobre el dinero y ésta decida que ya ha hecho más que suficiente para compensar su ausencia de esta semana?

Teniendo en cuenta la ida y la vuelta, contamos con unas tres horas, cuatro si tenemos suerte. Me siento como si debiera empezar inmediatamente a hacerlo todo, todas las cosas que siempre planeo hacer pero que pospongo porque siempre hay algo más urgente... Pero de repente me parece un lujo absurdo estar aquí sentada en esta silenciosa cocina, con la jaspeada luz del sol entrando por la ventana y calentándome la cara, sin pensar, sin moverme ni preocuparme por los deberes, por discutir con Kit, por intentar controlar a Tiffin o por entretener a Willa. Simplemente siendo yo misma. Creo que podría quedarme aquí para siempre, con este mediodía soleado y vacío, sentada de lado en una

silla de madera, con los brazos cruzados sobre la suave curva del respaldo, viendo los rayos de sol bailar entre las hojas, mientras las ramas me escudriñan a través de las ventanas y crean sombras que se mecen en el suelo de baldosas. El sonido del silencio inunda el ambiente como un hermoso perfume: no hay voces escandalosas, no hay portazos, no hay pies aporreando el suelo, ni música ensordecedora ni dibujos animados para bebés. Cierro los ojos y reposo la cabeza sobre mis brazos cruzados. El calor del sol templó mi rostro y mi cuello y llena mis párpados de una neblina rosada y brillante.

Debo haberme quedado dormida, porque el tiempo parece haber saltado hacia delante de improviso. Estoy sentada bajo un rayo de luz blanca y brillante. Hago una mueca de dolor porque tengo un calambre en el cuello y los brazos entumecidos. Me estiro y me levanto agarrotada, me acerco a la cafetera y la lleno de agua. Camino en silencio por el pasillo con dos tazas humeantes y me dirijo escaleras arriba cuando oigo el crujido de un papel a mis espaldas y me doy la vuelta. Lochan se ha instalado en la sala de estar y por la mesita de café y la moqueta hay repartidas carpetas de anillas, libros de texto y numerosos apuntes. Está sentado en el suelo, apoyado contra el borde del sofá, con una pierna bajo la mesita y la otra doblada y sosteniendo un libro abierto muy grande. Parece estar mucho mejor, se le ve más relajado con su camiseta verde favorita y unos vaqueros desteñidos, descalzo y con el pelo aún mojado tras la ducha.

—¡Gracias! —Aparta el libro de texto y toma la taza que le ofrezco. Se recuesta contra el sofá, soplando el café mientras que yo me siento en la moqueta con la espalda apoyada en la pared opuesta, bostezando y frotándome los ojos.

—Nunca había visto a nadie dormir con la cabeza colgando hacia atrás del respaldo de una silla de madera. ¿Es que el sofá no es lo suficientemente cómodo para ti? —Su cara se ilumina con una sonrisa—. Dime, ¿cómo diablos te has deshecho de todos ellos?

Le cuento mi sugerencia de ir a la feria y la mentira que he dicho sobre hacer de niñera.

—¿Y has conseguido convencer a Kit de que les acompañe a esa pequeña excursión familiar?

—Le he dicho que había recreativos en la feria.

—¿Los hay?

—Ni idea.

Nos echamos a reír. Pero el gesto divertido de Lochan pronto desaparece.

—¿Te ha parecido que Kit...? ¿Estaba...?

—Perfectamente bien, con su mala leche habitual.

Lochan asiente, pero sus ojos aún parecen preocupados.

—En serio, Lochan. Kit está bien. ¿Cómo va el repaso? —pregunto enseguida.

Empuja el enorme libro con disgusto y emite un suspiro entrecortado.

—No entiendo estas cosas. Y si el señor Parris las entendiera y nos las supiera explicar, al menos no tendría que aprenderlas yo solo con cualquier libro de la biblioteca.

Yo también me quejo interiormente. Tenía la esperanza de que esta tarde nos fuéramos por ahí a hacer algo —a dar un largo paseo por el parque o a tomar un chocolate caliente en el bar de Joe, o incluso darnos el capricho de ir al cine—, pero sólo quedan tres meses para los exámenes de Lochan e intentar estudiar durante las vacaciones de Navidad con los niños en casa todo el día va a ser una pesadilla. No puedo decir que yo esté preocupada por los míos. A diferencia de Lochan, sólo me matriculo de las asignaturas que me parecen más fáciles. Por su parte, mi extraño hermano ha decidido, por razones que solamente él entiende, apuntarse a las asignaturas más complicadas, como matemáticas y física, y también inglés e historia, en las que hay que escribir redacciones larguísimas. Me cuesta comprenderlo. Al igual que nuestro padre, Lochan es estudioso por naturaleza.

Sorbe su café distraídamente, coge el bolígrafo de nuevo, comienza a dibujar un complejo diagrama en un trozo de papel que tiene al lado y marca las distintas formas y símbolos en un código ilegible. Cierra los ojos un instante y procede a comparar el diagrama del papel con el del libro. Arruga la hoja, la tira al suelo disgustado y comienza a morderse el labio.

—Puede que necesites un descanso —sugiero levantando la vista del periódico que hay abierto a mi lado.

—¿Por qué diablos no me entra? —Me mira suplicante, como si yo pudiera ayudarlo por arte de magia. Contemplo su pálido rostro y sus ojeras, y pienso: «Porque estás agotado».

—¿Quieres que te pregunte la lección?

—Sí, por favor. Dame sólo un minuto.

Regresa a su libro de texto, con sus diagramas y sus garabatos, con los ojos entrecerrados por la concentración, y continúa mordiendo el labio. Aburrida, echo un vistazo al periódico mientras mi mente piensa vagamente en los deberes de francés que tengo pendientes; decido que pueden esperar un poco más. Busco la sección de deportes pero no encuentro un solo artículo interesante y, hastiada, me tumbo boca abajo y cojo una de las carpetas de Lochan de la mesita. La hojeo, miro con envidia los folios llenos de redacciones, que siempre van acompañadas de símbolos y exclamaciones de alabanza. Solamente hay sobresalientes y matrículas. Me pregunto si el año que viene podría hacer pasar algunos de los trabajos de Lochan por míos.

Pensarían que me habría transformado en un genio de la noche a la mañana. Me fijo en uno de los ejercicios mas recientes, la redacción tiene menos de una semana y en los márgenes aparece la lista habitual de alabanzas. Pero lo que

capta mi atención es el comentario de la profesora al final:

Tremendamente sugerente y una poderosa descripción de las vicisitudes internas de un hombre joven, Lochan. Ésta es una historia sobre el sufrimiento y la psique humana maravillosamente narrada.

Bajo este panegírico, en letras grandes, la profesora ha añadido: *Por favor, considera al menos la posibilidad de leer esto en clase. Sería muy inspirador para los demás y podrías practicar antes de tu próxima exposición.*

Me ha despertado la curiosidad, paso las páginas y comienzo a leer la redacción de Lochan. Trata de un hombre joven, un estudiante que vuelve a la universidad después de las vacaciones de verano para saber si ha obtenido ya el título. Se acerca al tumulto de alumnos que se agolpa junto a los tabloncillos de notas y descubre, asombrado, que tiene un sobresaliente, el único en su clase. Pero en lugar de sentir euforia, siente un vacío, y al marcharse y separarse de la multitud de estudiantes que abrazan a sus angustiados amigos o celebran sus notas con los demás, nadie parece darse cuenta de su existencia, ni siquiera miran en su dirección. No recibe ni una sola felicitación. Lo primero que pienso es que se trata de alguna historia de fantasmas —que ese chico ha muerto en un accidente o algo por el estilo después de los exámenes finales—, pero compruebo que me he equivocado cuando uno de sus profesores lo saluda pronunciando mal su nombre. Se aleja de la facultad y atraviesa el patio mirando hacia arriba, a los edificios altos que lo rodean, evaluando cuál de ellos le garantizará una caída mortal.

Termino de leer la historia, levanto la cabeza de la página, aturdida y conmovida, impelida por la fuerza de la prosa, y me doy cuenta de que estoy al borde de las lágrimas. Echo un vistazo a Lochan, que está tamborileando los dedos en la moqueta, con los ojos cerrados canturreando una fórmula de física en voz baja. Intento imaginarlo escribiendo esta pieza trágica y conmovedora. Fracaso. ¿Quién podría concebir tal historia? ¿Quién podría ser capaz de escribir de forma tan vívida sobre algo a menos que hubiera experimentado semejante dolor, semejante desesperación, semejante aislamiento en sus propias carnes?

Lochan abre los ojos y me mira directamente.

—La circulación de un campo magnético a lo largo de una línea cerrada es igual al producto de μ por la intensidad neta que atraviesa el área limitada por la trayectoria. Oh, por Dios, ¡que esté bien!

—Tu historia es increíble.

Parpadea en mi dirección.

—¿Qué?

—La redacción de inglés que escribiste la semana pasada. —Miro las páginas que tengo en mi mano—. *Grandes edificios.*

La mirada de Lochan se agudiza de repente y veo que se pone tenso.

—¿Qué estás haciendo?

—Estaba hojeando tu carpeta de inglés y me he encontrado esto. —Lo sostengo en alto.

—¿Lo has leído?

—Sí. Es increíblemente bueno.

Mira hacia otro lado, parece sumamente incómodo.

—Se me ocurrió a partir de una historia que oí en la tele. ¿Me puedes preguntar la lección ahora?

—Espera... —Me niego a dejar que cambie de tema tan rápido—. ¿Por qué has escrito esto? ¿Sobre quién trata la historia?

—Sobre nadie. Sólo es una historia, ¿vale? —De pronto suena enfadado, sus ojos rehúyen los míos.

Aún tengo la redacción en la mano; no me muevo, lo miro fijamente, con dureza.

—¿Crees que trata sobre mí? No soy yo. —El tono de su voz se eleva, está a la defensiva.

—Vale, Lochan. De acuerdo. —Me doy cuenta de que no tengo más remedio que ceder.

Se está mordiendo el labio con fuerza, es consciente de que no me ha convencido.

—Bueno, ya sabes lo que pasa, a veces adaptas un par de cosas de tu propia vida, las cambias y exageras algunas partes —concede, dándome la espalda.

Inspiro profundamente.

—¿Alguna vez...? ¿Alguna vez te sientes así?

Me preparo para que me conteste airado. Pero en vez de eso se queda mirando con detenimiento la pared de enfrente.

—Creo... creo que todos nos sentimos así... de vez en cuando.

Me doy cuenta de que esto es lo más parecido a una confesión que voy a recibir y sus palabras me afligen.

—Pero sabes... ¿Eres consciente de que *nunca* estarás solo como el chico de la historia, no? —digo a trompicones.

—Sí, sí, por supuesto. —Se encoge de hombros.

—Porque Lochan, siempre tendrás a alguien que te quiere, que te quiere a ti y sólo a ti y más que a nadie en este mundo.

Nos quedamos callados un momento y Lochan vuelve a sus fórmulas, pero aún tiene las mejillas sonrojadas y estoy convencida de que no está estudiando. Miro de nuevo lo que garabateó la profesora al final de la hoja.

—Entonces, eh... ¿Has leído esto en voz alta en clase? —le pregunto animada.

Me mira y lanza un suspiro entrecortado.

—Maya, sabes que no valgo una mierda para ese tipo de cosas.

—¡Pero es muy bueno!

Me hace una mueca.

—Gracias, pero incluso aunque eso fuera cierto, no cambiaría nada.

—Oh, Lochie...

Dobla las rodillas y se recuesta en el sofá, volviendo la cabeza para mirar por la ventana.

—No sé... no sé qué diablos voy a hacer. —Parece estar pidiéndome ayuda.

—¿Has preguntado si puedes entregarlo como un trabajo escrito?

—Sí, pero todo es por culpa de esa loca de Australia. Te lo digo yo, lo ha hecho a propósito para hacerme hablar.

—Por los comentarios y las notas que te ha puesto, está claro que tiene muy buen concepto de ti... —señalo suavemente.

—No se trata de eso. Lo que quiere... Quiere que me convierta en una especie de orador —profiere una risa forzada.

—Igual ha llegado el momento de que te conviertas en uno —intento sugerir—. Sólo un poquito. Lo suficiente como para probar qué tal es.

Silencio prolongado.

—Maya, sabes que no puedo. —Se vuelve de improviso, mira por la ventana a dos chicos que hacen piruetas con bicis en medio de la calle—. Es... es como si las personas me abrasaran con sus miradas. Como si no quedara aire en mi cuerpo. Me entran esos estúpidos temblores, el corazón me late muy rápido, y las palabras... las palabras desaparecen. Mi mente se queda en blanco y ni siquiera puedo descifrar lo que he escrito en la hoja. No puedo hablar lo suficientemente alto como para que la gente me escuche, y sé que todo el mundo está esperando. Esperan a que me derrumbe para reírse de mí. Todos lo saben, saben que soy incapaz de hacerlo... —Se detiene, la sonrisa ha desaparecido de su cara, su respiración es rápida e irregular, da la impresión de creer que ha dicho demasiado. Se está frotando la llaga con el pulgar—. Dios, sé que esto no es normal. Sé que hay algo en mí que tengo que cambiar. Y... y lo haré, estoy seguro. Tengo que hacerlo. ¿Cómo voy a conseguir un trabajo si no? Encontraré la manera. No voy a ser así siempre... —Inspira profundamente y tira de su cabello.

—Pues claro que no —lo calmo de inmediato—. Una vez que hayas salido de Belmont, de todo ese estúpido sistema educativo...

—Pero aún tengo que encontrar la manera de superar la universidad... y después el trabajo... —Empieza a temblarle la voz y veo la desesperación en sus ojos.

—¿Has hablado de esto con la profesora de inglés? —pregunto—. Quizá podría ayudarte, ¿no crees? Darte algunos consejos. Seguro que es mejor que ese psicólogo inútil al que tuviste que ir. ¡Ese que te obligó a hacer ejercicios de respiración y te preguntó si te amamantaron cuando eras un bebé!

Se echa a reír antes que yo.

—Ay, Dios, casi lo había olvidado. ¡Estaba como una cabra! —Se pone serio

de repente—. Pero la cuestión es... la cuestión es que yo no... no puedo.

—Sigues repitiendo lo mismo —señalo sosegadamente—. Pero te subestimas demasiado, Lochie. Sé que podrías leer algo en voz alta en clase. Quizá no seas capaz de hacer una exposición entera, pero podrías acceder a leer alguna de tus redacciones. Algo corto, un poco menos personal. Mira, es como todo lo demás: una vez que das el primer paso, el segundo es muchísimo más fácil de dar —paro y sonrío—. ¿Sabes quién me dijo eso por primera vez?

Sacude la cabeza y pone los ojos en blanco.

—Ni idea. ¿Martin Luther King?

—Tú, Lochie. Cuando me enseñaste a nadar.

Sonríe brevemente al recordarlo, luego suspira despacio.

—Vale. Quizá podría intentarlo... —Me lanza una sonrisa burlona—. Maya la sabia ha hablado.

—¡Por supuesto! —Me pongo en pie de un salto y decido que en nuestro extraño día libre necesitamos un poco de diversión—. Y a cambio de toda esa sabiduría, ¡quiero que hagas algo por mí!

—Ay, ay, ay...

Enciendo la radio y sintonizo la primera cadena pop que encuentro. Me vuelvo hacia Lochan con los brazos extendidos. Él se queja echando hacia atrás la cabeza, sobre los cojines.

—Oh, Maya, ¡estás de broma!

—¿Cómo voy a practicar sin una pareja? —protesto.

—¡Pensaba que ya no querías bailar salsa!

—Eso es porque cambiaron las clases de la hora del almuerzo a después del colegio. En cualquier caso, he aprendido montones de movimientos nuevos con Francie. —Quito la mesita de delante, apilo los folios y los libros y le cojo de la mano—. ¡Ponte en pie, colega!

Hace una espectacular demostración de resistencia, pero obedece, murmurando disgustado algo sobre que no ha terminado los deberes.

—Voy a devolver un poco de flujo sanguíneo a tu cerebro —le digo.

Lochan intenta ocultar la vergüenza pero no lo consigue, está de pie en medio de la habitación con las manos en los bolsillos. Subo el volumen un par de decibelios, pongo una mano en la suya y la otra sobre su hombro. Empezamos con unos pasos sencillos. A pesar de que no deja de mirarse los pies, no es mal bailarín. Tiene ritmo y aprende pasos nuevos más rápido que yo. Le muestro los pasos que me ha enseñado Francie. En cuanto los aprende, todo marcha sobre ruedas. Me pisa los pies de vez en cuando, pero como vamos descalzos sólo consigue hacerme reír. Después de un rato empiezo a improvisar. Lochan me hace dar una vuelta y casi me estampa contra la pared. Lo encuentra realmente divertido e intenta repetirlo una y otra vez. El sol baña su rostro, las partículas de polvo crean remolinos en torno a su cuerpo que se reflejan en la luz dorada del

atardecer. Está relajado y feliz y, de repente, por un breve instante, parece sentirse en paz con el mundo.

No pasa mucho tiempo hasta que nos quedamos sin aliento, sudando y desternillándonos. Después de un rato, el estilo de la música cambia. Ahora suena una melodía lenta, pero no importa, porque estoy demasiado mareada de dar vueltas y de reír como para continuar. Pongo los brazos alrededor de su cuello y me desmorono contra él. Noto que tiene el pelo húmedo pegado al cuello e inhalo su aroma a sudor fresco. Ahora que el rato de hacer tonterías se ha terminado, pienso que va a apartarse y a ponerse de nuevo con sus deberes de física, pero me sorprende ver que me rodea con los brazos y se balancea de un lado a otro. Estoy pegada a él; siento el latido de su corazón contra el mío, sus costillas que se expanden y se contraen rápidamente contra mi pecho, su aliento cálido haciéndome cosquillas a un lado del cuello y su pierna rozando mi muslo. Mis brazos descansan en sus hombros. Echo la cabeza hacia atrás para verle mejor la cara. Pero ya no sonrío.

CAPÍTULO NUEVE

Lochan

La luz dorada inunda la habitación. Maya sigue sonriéndome y su rostro, cubierto por algunos mechones desordenados de cabello rojizo, resplandece de felicidad. Tengo las manos en su cintura, y el pelo largo que descende por su espalda me hace cosquillas. Su cara está iluminada como si fuera una farola antigua, emanando luz de su interior. Todo lo que hay en esta habitación desaparece como si lo absorbiera una niebla oscura. Aún *estamos bailando, nos balanceamos* lentamente al ritmo de la voz melódica que sale de la radio, y Maya es un ser cálido y vivo entre mis brazos. Aquí, de pie, moviéndonos suavemente de lado a lado, me doy cuenta de que no quiero que este momento termine.

Me maravillo de lo guapa que está, aquí, apoyada contra mí, vestida con su camisa azul de manga corta, con los brazos desnudos que envuelven y me acarician el cuello. Lleva los primeros botones desabrochados, y veo la curva de su clavícula y la piel blanca y suave que se expande más abajo. La falda blanca de algodón le llega hasta las rodillas, dejando al descubierto sus piernas, que rozan la fina y desgastada tela de mis vaqueros. La luz del sol hace resplandecer su cabello caoba y queda atrapada en sus ojos azules. Me empapo de cada pequeño detalle, desde su respiración sosegada hasta el tacto de cada uno de sus dedos en mi nuca. Y de nuevo me descubro a mí mismo sintiendo una mezcla de entusiasmo y euforia y deseando que este momento no acabe jamás... Pero entonces, no sé cómo, percibo otra sensación: una tensión que hormiguea por todo mi cuerpo, una presión familiar en mi ingle. Me aparto de ella inmediatamente, la empujo para alejarla de mí y me acerco a grandes zancadas hasta la radio para apagar la música.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas, me retiro hacia el sofá, me hago un ovillo y agarro el libro de texto que tengo más cerca y lo coloco sobre mi regazo. Maya sigue de pie en el mismo sitio y me mira con perplejidad.

—Volverán en cualquier momento —le digo a modo de explicación. Mi voz suena angustiada y se me quiebra—. Tengo... tengo que terminar esto.

Parece imperturbable, suspira aún sonriendo y se deja caer en el sofá a mi

lado. Su pierna acaricia mi muslo y me aparto violentamente. Necesito una excusa para abandonar la habitación, pero no puedo pensar con claridad, mi cabeza es una maraña de emociones e ideas caóticas. Siento cómo me ruborizo y me quedo sin aliento; mi corazón palpita con tanta fuerza que tengo miedo de que lo oiga. Necesito alejarme de ella todo lo que pueda. Presiono el libro contra mis muslos y le pregunto si podría hacerme un poco de café. Ella accede, recoge las dos tazas que hemos usado antes y se va a la cocina.

Justo cuando escucho el sonido de la vajilla en el fregadero, me lanzo escaleras arriba intentando hacer el menor ruido posible. Me encierro en el baño y me apoyo contra la puerta para asegurarme de que permanece cerrada. Me quito toda la ropa, casi desgarrándola por la prisa, y, con cuidado de no mirar la parte inferior de mi cuerpo, me doy una ducha helada, jadeando por la conmoción. El agua está tan fría que incluso me duele, pero no me importa: esto es un alivio. Tengo que detener esta... esta... esta pesadilla. Permanezco así un buen rato, con los ojos cerrados; comienzo a entumecerme y todas mis terminaciones nerviosas se relajan, eliminando cualquier resquicio de mi excitación anterior. Mis pensamientos acelerados se apaciguan y siento que se alivia la presión que ha empezado a nublar mi mente. Me apoyo en la pared de la ducha y dejo que el agua helada azote mi cuerpo hasta que comienzo a tiritar de frío.

No quiero pensar; mientras no piense ni sienta nada, estaré bien y todo volverá a la normalidad. Me siento en el escritorio de mi habitación con una camiseta limpia y unos pantalones de deporte. Del pelo mojado nacen fríos riachuelos que descienden por la nuca. Me esfuerzo por memorizar las cifras, me afo en dar sentido a los números y los símbolos. Repito las fórmulas en voz baja, cubro página tras página con cálculos, y cada vez que noto que se resquebraja mi armadura autoimpuesta, cada vez que un resquicio de luz se abre camino en mi cerebro, me obligo a trabajar más duro, más rápido, borrando el resto de pensamientos. Apenas me doy cuenta de que los demás han vuelto, aunque sus voces altisonantes llenan el vestíbulo, ni oigo el ruido de los platos en la cocina que está debajo de mí. Me concentro en desconectar de todo. Cuando Willa sube a decirme que han pedido pizza, le respondo que no tengo hambre: debo terminar hoy el tema, debo hacer cada ejercicio con la mayor rapidez posible, no tengo tiempo para comer o beber. Lo único que puedo hacer si no quiero volverme loco es trabajar.

Los sonidos de la casa fluyen a mi alrededor de un modo aleatorio; la rutina nocturna se desarrolla sin mí por una vez. Una discusión, un portazo, un grito de mamá. Nada me importa. Pueden arreglárselas solos, tienen que arreglárselas solos, y yo tengo que concentrarme en mis deberes hasta que sea tardísimo y esté muerto de cansancio y lo único que pueda hacer sea caer rendido en la cama, esperando que llegue la mañana siguiente y todo esto quede atrás,

olvidado. Todo volverá a la normalidad... Pero ¿de qué estoy hablando? ¡Todo es normal! Lo que pasa es que, en un instante de locura, olvidé que Maya era mi hermana.

Paso el resto del fin de semana encerrado en mi habitación, sepultado entre mis deberes, y dejo que Maya se encargue de todo. El lunes en clase me esfuerzo por mantenerme sentado e inmóvil, pero estoy nervioso e inquieto. Mi mente está extrañamente confusa, poseída por miles de sensaciones simultáneas. Ha aparecido una luz resplandeciente en mi cerebro, como las luces de un tren en la oscuridad. Una fuerza me constriñe la cabeza y presiona contra mis sienes.

Ayer, cuando Maya entró en mi habitación para darme las buenas noches, me dijo que me había dejado la cena en la nevera, y no pude ni siquiera darme la vuelta y mirarla. Esta mañana le he gritado a Willa durante el desayuno y la he hecho llorar, he arrastrado a Tiffin fuera de casa causándole supuestamente graves lesiones corporales, he ignorado a Kit por completo y he contestado con brusquedad a Maya cuando me ha preguntado por tercera vez si me pasaba algo... Estoy perdiendo el control. Estoy tan disgustado conmigo mismo que ojalá pudiera abandonar este cuerpo. Mi mente me sigue arrastrando a aquel baile: Maya, su rostro, su tacto, aquella sensación. Me repito a mí mismo que esas cosas pasan; estoy seguro de que es más frecuente de lo que parece. Después de todo tengo diecisiete años, y a los chicos de mi edad cualquier cosa puede excitarnos. Que ocurriera precisamente mientras bailaba con Maya no significa nada. Pero estas palabras me tranquilizan muy poco. Estoy desesperado por escapar de mí mismo, porque la verdad es que la sensación sigue ahí — puede que siempre lo haya estado— y ahora que la he reconocido, me aterra que, por mucho que quiera, las cosas ya no vuelvan a ser como antes.

No, eso es ridículo. El problema es que necesito centrar mi atención en alguien, un objeto de deseo, alguna chica con la que fantasear. Echo un vistazo a mi clase, pero no hay ninguna. Chicas atractivas, sí, pero una que me importe, no. No quiero una cara bonita, un cuerpazo; tiene que ser algo más que eso, debe haber algún tipo de conexión entre nosotros. Pero en realidad no puedo ni quiero conectar con nadie.

Le mando un mensaje de texto a Maya para pedirle que recoja a Tiffin y a Willa, luego me salto la clase siguiente, me voy a casa a cambiarme el uniforme por ropa de deporte y salgo a correr por los anegados alrededores del parque local. Tras un fin de semana memorable, el día se ha levantado gris, lluvioso y miserable: árboles desnudos, hojas muertas y barro resbaladizo en mis zapatillas. El aire está tibio y húmedo y un fino manto de llovizna me salpica la cara. Corro tan rápido como puedo, hasta que el suelo parece centellear bajo mis pies y el mundo que hay a mi alrededor se expande y se contrae, hasta que unas manchas rojas como la sangre perforan el aire que tengo ante mí. Al final el dolor recorre mi cuerpo y me obliga a parar. Vuelvo a casa para darme otra ducha fría y me

pongo a trabajar hasta que lleguen los demás y comiencen los quehaceres vespertinos.



Durante las vacaciones juego partidos de fútbol en la calle con Tiffin, al escondite o al Quién es quién con Willa e intento entablar alguna conversación con Kit. Por la noche, una vez que mi mente se apaga por la sobrecarga de información, reorganizo los cajones de la cocina y la despensa. Paso por la habitación de Tiffin y Willa, recogiendo ropa que ya se ha quedado pequeña y juguetes viejos, y los llevo a la tienda de segunda mano. O bien me entretengo o limpio, cocino o estudio. Por la noche leo los apuntes que debo repasar, consulto mis libros hasta que llega la madrugada, y ya no hay nada más que hacer que caer rendido sobre la cama y dormir un poco, profundamente y sin sueños. Maya comenta que mi energía no tiene límites, pero yo me siento paralizado, completamente consumido por intentar mantenerme ocupado todo el tiempo. A partir de ahora, *actuaré y no pensaré*.

Cuando se reanudan las clases, Maya está muy ocupada con sus estudios. Si ha notado algún cambio en mi comportamiento hacia ella, no lo menciona. Quizás ella también se siente incómoda desde aquella tarde. Puede que se haya dado cuenta de que debe haber mayor distancia entre nosotros. Nos tratamos mutuamente con la cautela de quien va descalzo y evita trozos de cristal, reduciendo nuestras breves conversaciones a lo práctico: llevar a los niños al colegio, la compra semanal, maneras de convencer a Kit para que haga la colada, la posibilidad de que mamá venga sobria a la reunión de padres, las actividades del fin de semana para Tiffin y Willa, las citas con el dentista o descubrir cómo hacer que la nevera deje de gotear. No hemos vuelto a estar los dos solos.

Mamá se ausenta cada vez más de la vida familiar, así que la presión entre los estudios y las labores domésticas aumenta, pero yo agradezco las tareas interminables; me dejan literalmente sin tiempo para pensar. Las cosas empiezan a mejorar —estoy volviendo poco a poco a un estado de normalidad— cuando una noche a altas horas oigo que llaman a la puerta de mi habitación.

El sonido retumba como si una bomba explotase en campo abierto.

—¿Qué? —Estoy tremendamente nervioso por la gran dosis de cafeína que llevo en el cuerpo. El consumo diario de café ha alcanzado nuevas cotas, ya que

es el único modo de mantener mis niveles de energía día y noche.

Nadie dice nada, pero oigo cómo se abre la puerta a mis espaldas y vuelve a cerrarse. Estoy sentado en el escritorio, con el bolígrafo aún apretado entre los dedos, y con el portátil que me han prestado en el colegio delante, anclado en un mar de notas garabateadas. Lleva otra vez el camisón, ese blanco que ya le queda pequeño y que apenas cubre sus muslos. Ojalá no se paseara por casa con esa cosa puesta; desearía que su pelo cobrizo no fuera tan largo y brillante; que no tuviera esos ojos, que no entrara sin que la hubiera invitado. Desearía que verla no me causara tal inquietud, que no retorciera mis entrañas, que no tensara cada músculo de mi cuerpo, que no me acelerara el pulso.

—Hola —me dice. El sonido de su voz me atormenta. Con una sola palabra consigue destilar cariño y preocupación. Con una sola palabra transmite demasiado, su voz me llama desde el exterior de una pesadilla. Intento tragar, pero tengo la garganta seca y un regusto amargo en la boca.

—Hola.

—¿Te estoy molestando?

Me gustaría poder decirle que sí. Pedirle que se vaya. Quiero que su presencia y su delicado olor a jabón se evaporen de esta estancia. Pero no me da tiempo a contestar: se sienta en el borde de la cama, a pocos centímetros de mí, con los pies descalzos metidos bajo sus piernas e inclinada hacia delante.

—¿Matemáticas? —pregunta, mirando el manojo de folios.

—Sí. —Vuelvo la mirada hacia el libro de texto con el bolígrafo preparado.

—Eh... —Estira el brazo para tocarme, y yo me estremezco y detengo su mano antes de que llegue a la mía. La retira y la posa, débilmente, en la superficie del escritorio. Vuelvo mis ojos a la pantalla del ordenador; la sangre me arde en las mejillas y el corazón me palpita dolorosamente contra el pecho. Aún soy consciente de la presencia de su pelo, que cae como una cortina alrededor de su rostro. No hay nada entre nosotros salvo un silencio lacerante.

—Dime. —Sólo dice eso, sus palabras atraviesan la frágil membrana que me rodea.

Siento que mi respiración se acelera. No puede hacerme esto. Alzo los ojos y miro por la ventana, pero todo lo que veo es mi propio reflejo, esta pequeña habitación y la dulce inocencia de Maya a mi lado.

—Ha pasado algo, ¿verdad? —Su voz sigue perforando el silencio como un sueño no deseado.

Aparto la silla lejos de ella y me froto la cabeza.

—Estoy cansado, nada más. —Se me crispa la voz. Hasta a mí me suena extraña.

—Me he dado cuenta —continúa Maya—. Y por eso me pregunto por qué sigues matándote a estudiar.

—Porque tengo mucho trabajo.

El silencio tensa el ambiente. Tengo la sensación de que no voy a quitármela de encima con tanta facilidad.

—¿Qué ha pasado, Lochie? ¿Ha sido en el colegio? ¿Es por la exposición?

«No puedo decírtelo. De entre todas las personas del mundo, a ti precisamente no puedo decírtelo. Durante toda mi vida has sido la única persona a la que he podido recurrir. La única con la que siempre he podido contar para que me entendieras. Y ahora que te he perdido, lo he perdido todo» .

—¿Estás triste por algo?

Me muerdo el labio hasta que reconozco el sabor de la sangre. Maya se da cuenta y deja de preguntarme cosas, y lo que queda en su lugar es un turbio silencio.

—Lochie, di algo. Me estás asustando. No puedo soportar más verte así. — Vuelve a buscar mi mano y esta vez la alcanza.

—¡Para! ¡Vete a la cama y déjame en paz de una puta vez!

Las palabras salen disparadas de mi boca como balas, rebotan en las paredes antes de que pueda ser consciente de lo que acabo de decir. La expresión de Maya cambia, su cara se ha quedado congelada en un gesto de consternación e incredulidad, sus ojos están llenos de incomprensión. En cuanto mis palabras impactan en ella, gira la cabeza para esconder las lágrimas que inundan sus ojos y se marcha, cerrando la puerta tras de sí con un crujido.

CAPÍTULO DIEZ

Maya

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío, ¡no vas adivinar lo que ha ocurrido esta mañana! —Los ojos de Francie resplandecen de excitación, las comisuras de sus labios pintados de rojo cereza se curvan en una sonrisa.

Lanzo la mochila al suelo y me dejo caer en la silla que hay a su lado. En mi cabeza aún resuenan los gritos de Tiffin, al que hemos tenido que llevar a rastras al colegio tras su pelea matutina con Kit por un Transformer de plástico que había tocado en la caja de cereales. Cierro los ojos.

—Nico DiMarco estaba hablando con Matt y ...

Me esfuerzo en abrirlos y la interrumpo.

—Pensaba que tenías una cita con Daniel Spencer.

—Maya, puede que haya decidido darle una oportunidad a Danny mientras espero a que tu hermano entre en razón, pero lo que te estoy contando no tiene nada que ver con eso. Nico estaba hablando con Matt esta mañana y adivina lo que ha dicho... ¡Adivina! —Tiene la voz alterada por la emoción y el rotulador del señor McIntyre deja de chirriar en la pizarra blanca por un momento, se vuelve y nos lanza un largo suspiro de desesperación.

—Chicas, al menos podríais fingir que prestáis atención.

Francie esboza una gran sonrisa y luego se gira en su asiento para mirarme.

—¡Adivina!

—No tengo ni idea. ¿Se le ha subido tanto el ego que ha explotado y ahora tienen que operarle?

—¡No! —Francie lleva unos zapatos que no son los reglamentarios del uniforme y los hace repicar nerviosamente contra el linóleo como si bailara claqué—. ¡He oído que le decía a Matt Delaney que iba a pedirte salir hoy después de clase! —Abre tanto la boca que puedo distinguir sus amígdalas.

La miro aturrida.

—¿Y bien? —Francie me sacude con fuerza el brazo—. ¿No es increíble? Todas han estado coladas por él desde que rompió con Annie *Anoréxica*, ¡y te ha elegido a ti! ¡Y eso que tú eres la única de clase que no lleva maquillaje!

—Me siento muy halagada.

Francie echa la cabeza atrás con dramatismo y se queja.

—¡Uf! ¿Qué demonios te pasa últimamente? ¡A principio de curso me decías que era el único chico de Belmont con el que querías morrearlo!

Lanzo un suspiro.

—Sí, sí. Está bueno. Pero él lo sabe. Me puede gustar como a todas las demás, pero nunca he dicho que quiera salir con él.

Francie sacude la cabeza con incredulidad.

—¿Sabes cuántas chicas matarían por salir con Nico? Hasta yo pondría a Lochan a la cola por una oportunidad de morrearlo con «mister latino».

—Por Dios, France. Pues sal tú con él.

—¡Me he acercado para enterarme de si iba en serio y me ha preguntado si creía que estarías interesada! ¡Y lógicamente le he dicho que sí!

—¡Francie! Dile que lo olvide. Díselo en el patio.

—¿Por qué?

—¡Porque no me interesa!

—Maya, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡No te volverá a dar una segunda oportunidad!



Me paso el resto del día arrastrándome de acá para allá. Francie no me habla porque la he acusado de ser una arpía entrometida cuando se ha negado a ir y decirle a Nico que no quiero salir con él. Pero, sinceramente, no me importa si no vuelve a hacerlo. Siento una angustia tan pesada como si una lápida estuviera presionándome el pecho; me cuesta respirar. Me duelen los ojos por las lágrimas reprimidas. A media tarde, incluso Francie, que está preocupada por verme así, ha roto su voto de silencio y me ha ofrecido acompañarme a la enfermería. ¿Y qué va a hacer por mí la enfermera? ¿Me va a dar una pastilla contra la soledad? ¿O acaso una medicina que haga que Lochan vuelva a dirigirme la palabra? O quizás una cápsula para volver atrás en el tiempo, rebobinar los días y poder apartarme de Lochan el día que estuvimos bailando salsa, en vez de quedarme abrazada a él, balanceándome con el suave tarareo de Katie Melua. ¿Está enfadado conmigo porque cree que lo planeé todo? Puede que piense que lo de la salsa era una excusa para bailar agarrada a él, para que nuestros cuerpos estuvieran pegados el uno al otro, para que su cálida humedad se uniera a la mía.

Yo no pretendía acariciarle la nuca, simplemente ocurrió. El hecho de que mi muslo rozara la cara interna de su pierna fue un accidente. No pretendía que ocurriera nada de eso. No tenía ni idea de que algo como un baile lento pudiera excitar a un chico. Pero cuando lo noté presionando contra mi cadera, cuando me di cuenta de lo que era, sentí vértigo. No quería parar. No lo aparté.

No soporto la idea de que hayamos perdido nuestra cercanía, nuestra amistad, nuestra confianza. Siempre ha sido mucho más que un hermano para mí. Es mi alma gemela, mi consuelo, la razón por la que me levanto cada mañana. Siempre he sabido que le quería más que a nadie en el mundo. Y no sólo como a un hermano, como quiero a Kit o a Tiffin. Aunque nunca pensé que nuestra relación pudiera ir más allá de eso.

Pero es ridículo, es tan estúpido que no hace falta ni pensarlo. No somos así. No estamos enfermos. Sólo somos un hermano y una hermana que resulta que también son amigos, amigos íntimos. Así ha sido siempre entre nosotros. Y eso no puedo perderlo, o no sobreviviré.



Cuando acaban las clases, Francie vuelve a darme la lata con Nico DiMarco. Cree que estoy deprimida y que tener un novio —en especial alguno del colegio que esté muy bueno— me ayudará a salir del pozo. Puede que esté en lo cierto. Quizá necesito una distracción. ¿Y qué mejor manera de demostrarle a Lochan que lo que ocurrió el otro día fue sólo un accidente, un poco de diversión? Si tengo novio se dará cuenta de que nada de aquello fue planeado. Y Nico es muy mono. Su pelo es del mismo color que el de Lochan. Sus ojos también tienen algo de verde. Aunque Francie está muy equivocada cuando dice que juegan en la misma liga. Ni de lejos. Lochan es increíblemente listo y sensible, es la persona más amable y menos egoísta que conozco. Lochan es bueno. Puede que Nico tenga la misma edad, pero sólo es un chaval en comparación. Un niño rico, malcriado, al que expulsaron de una escuela privada y pija por fumar marihuana; una cara bonita y arrogante, con un encanto tan cuidadosamente elaborado como su ropa o su peinado. Pero sí, supongo que la idea de salir con él, de besarle incluso, no es del todo repelente.

Suena el timbre y ya estamos cruzando el patio en dirección a las puertas cuando lo veo venir hacia nosotras. Ha estado esperando, está muy claro. Francie suelta un graznido medio ahogado y me da un codazo tan fuerte en las costillas

que por un segundo me quedo sin aliento; luego se gira bruscamente y se va. Nico viene directamente hacia mí. Como si estuviéramos unidos por una cuerda invisible, caminamos el uno hacia el otro. Se ha quitado la corbata, aunque se va a ganar un castigo si no se la vuelve a poner dentro del colegio.

—¡Hola, Maya! —Su sonrisa se ensancha. Está muy tranquilo y seguro de sí mismo. Hace años que hace esto, es todo un experto. Se detiene cerca de mí, demasiado cerca, y me veo obligada a dar un paso hacia atrás—. ¿Cómo te va? ¡Hace siglos que no hablamos!

Está actuando como si en algún momento hubiéramos sido amigos, aunque lo cierto es que, hasta hoy, sólo hemos intercambiado poco más que unas palabras. Me obligo a mirarle y sonrío. Estaba equivocada: sus ojos no tienen nada que ver con los de Lochan, el verde está enturbiado por el marrón. Y su pelo es castaño. No entiendo por qué pensaba que eran tan parecidos.

—¿Tienes prisa? —pregunta—. ¿O te apetece tomar algo en Smileys?

Dios, no pierde el tiempo.

—Tengo que recoger a mis hermanos pequeños —le contesto, diciendo la verdad.

—Escucha, voy a ser sincero contigo. —Se pone la mochila entre los pies como señal de que la conversación se ha vuelto seria, y se aparta el pelo de los ojos—. Eres una chica increíble, ya lo sabes. Hace tiempo que siento... o sea que siempre he sentido algo por ti. Como pensaba que no era mutuo, nunca he dicho nada. Pero joder, o sea, *carpe diem* y todo eso.

¿Se cree que me va a impresionar con su dominio del latín?

—Siempre te he considerado una buena amiga, pero ¿sabes qué? Creo que podría ser algo más que eso, ¿entiendes? Lo que quiero decir es que tal vez podríamos conocernos un poco mejor, ¿no crees?

Si sigue hablando así juro que voy a gritar.

—Me darías una gran alegría si me dejaras invitarte a cenar algún día. ¿Existe, aunque sea una posibilidad remota, de que pueda convencerte para salir? —Me enseña su sonrisa otra vez, casi podría decirse que está deseando exhibirla. Ay, es realmente bueno en estas cosas.

Hago como si me lo pensara durante un rato. Su sonrisa sigue ahí. Estoy impresionada.

—Vale, supongo que...

Su sonrisa se ensancha.

—Genial. Estupendo. ¿Te va bien el viernes?

—El viernes está bien.

—Guay. ¿Qué tipo de comida te gusta? Japonesa, tailandesa, mejicana, libanesa...

—Me gusta la pizza.

Sus ojos se iluminan.

—Conozco un restaurante genial, hacen la mejor comida italiana de la zona. Te recogeré en coche... ¿sobre las siete?

Estoy a punto de responder que sería más fácil que quedáramos directamente en el restaurante, pero me doy cuenta de que no me vendrá nada mal que pase por casa a recogerme.

—De acuerdo. A las siete en punto el viernes. —Sonríe de nuevo. Me están empezando a doler las mejillas.

Nico ladea la cabeza y levanta las cejas.

—¡Tendrás que darme la dirección de tu casa!

Saca un bolígrafo mientras yo hurgo en mis bolsillos y encuentro un recibo arrugado. Le escribo la dirección y el teléfono y se lo doy. Y al dárselo, me agarra los dedos por un instante y me lanza otra de sus sonrisas de alto voltaje.

—Lo estoy deseando.

Empiezo a pensar que esto podría ser muy divertido, aunque sólo sea por lo mucho que me voy a reír con Francie al día siguiente. Logro esbozar una sonrisa sincera y le digo:

—Sí, yo también.

Francie salta desde detrás de la cabina de teléfono que hay al final de la calle.

—Oh, Dios mío, Dios mío, ¡cuéntamelo todo!

Hago una mueca de dolor y me llevo las manos a los oídos.

—Ay, por favor ¡me vas a matar de un infarto!

—¡Estás roja! Oh, Dios mío, le has dicho que sí, ¿verdad?

Le hago un resumen de la conversación. Francie me coge por los hombros, me sacude enérgicamente y empieza a gritar. Una mujer se vuelve y nos mira, alarmada.

—Cálmate —digo riendo—. Francie, ¡es imbécil integral!

—¿Y qué? No me digas que no te gusta.

—Vale, puede que piense que es *un poco* atractivo...

—¡Lo sabía! ¡La Semana pasada te estabas quejando de que nunca habías besado a un chico! Pues eso se va a acabar el viernes, podrás tacharlo de tu lista.

—Puede... Escucha, tengo que irme corriendo. Llego tarde a por Tiffín y Willa.

Francie me sonríe mientras me voy.

—Vas a tener que contármelo todo, Maya Whitely. Cada pequeño detalle. ¡Me debes mucho!



Tengo que confesar que la idea de una cita con Nico me hace sentir bien, pero sólo un poco. Un poco menos anormal, al menos, y eso ya es algo. Estoy sentada en la mesa de la cocina ayudando a Tiffin y Willa con los deberes, y mi mente vuelve a recordar el tonto, el modo en que me sonrió. No es mucho —no lo suficiente como para llenar el gran vacío que hay en mi interior— pero de momento me basta. Gustarle a alguien siempre es agradable. Es agradable que te deseen. Incluso aunque sea la persona equivocada.

Se me ha escapado delante de Tiffin y Willa. He llegado diez minutos tarde a recogerlos, y cuando Tiffin me ha preguntado por qué, estúpida de mí, le he dicho, aún algo aturdida, que había estado charlando con un chico del colegio. Pensaba que ahí iba a quedar todo, pero he pasado por alto que Tiffin aún tiene ocho años.

—¡Maya tiene novio! ¡Un novio! ¡Un novio! —Ha estado canturreando todo el camino a casa.

Willa parecía preocupada.

—¿Entonces te vas a marchar y casarte?

—No, claro que no —me he reído, intentando tranquilizarla—. Es sólo un amigo, un chico, y que puede que me vea con él de vez en cuando.

—¿Como mamá y Dave?

—¡No! Como mamá y Dave no. Probablemente salga con él una o dos veces y ya está. Y si salgo más, no será muy a menudo. Y por supuesto sólo lo haré cuando Lochan esté en casa para cuidarlos.

—¡Maya tiene novio! —anuncia Tiffin a Kit cuando éste entra como un torbellino en la cocina, buscando algo para picar.

—Genial. Espero que tengáis muchos hijos y seáis muy felices juntos.

A la hora de la cena, Tiffin ya tiene otras cosas en mente. Es decir, el partido de fútbol que sus amigos están jugando felizmente y a grito pelado justo al lado de casa mientras él está aquí atrapado, y Lochan le obliga a comer judías verdes y carne a la parrilla, y a aprenderse las tablas de multiplicar. Willa está estudiando los materiales en el colegio y quiere saber de qué está hecho todo: los platos, la cubertería, la jarra del agua. Kit está aburrido, uno de sus estados de ánimo más peligrosos, e intenta fastidiar a todo el mundo hasta que revienten para quedarse en el ojo del huracán riéndose del caos que ha creado a su alrededor.

—¿Cuatro por siete? —Lochan coge el tenedor de Tiffin y le pincha dos judías verdes antes de devolvérselo. Tiffin las mira y hace una mueca.

—Vamos. Cuatro por siete. Tienes que ser más rápido.

—¡Estoy pensando!

—Hazlo como te he explicado. Hazlo de cabeza. Uno por siete es siete. Dos por siete...

—Treinta y tres —interviene Kit.

—¿Treinta y tres? —repite Tiffin optimista.

—Tiff, tienes que pensar por ti mismo.

—¿Por qué me has puesto dos judías en el tenedor? ¡Me atragantaré! ¡Odio las judías verdes! —exclama Tiffin enfadado.

—¿De qué están hechas las judías verdes? —pregunta Willa.

—De caca de serpiente —le informa Kit.

Willa suelta el tenedor y mira su plato horrorizada.

—Uno por siete es siete —continúa Lochan obstinadamente—. ¿Dos por siete son?

—Lochie, ¡a mí tampoco me gustan las judías verdes! —protesta Willa.

Por primera vez en mi vida no siento la más mínima necesidad de echar una mano. Lochan me ha dicho exactamente cinco palabras desde que he llegado a casa hace dos horas: « ¿Han hecho ya los deberes? ».

—Tiffin, ¡deberías saber que dos por siete son catorce! Simplemente haz la suma, ¡por Dios!

—No puedo comerme todo esto, ¡me has puesto demasiado!

—¡Eh! —Kit ladea la cabeza—. ¿Has oído esos gritos, Tiff? Parece que Jamie ha marcado otro gol.

—¡La pelota con la que están jugando es *mía*!

—Kit, déjale en paz, ¿quieres? —dice Lochan bruscamente.

—Ya he terminado. —Willa aparta su plato lo más lejos posible, y por el camino vuelca el vaso de Kit.

—Willa, ¡mira lo que has hecho! —le grita Kit.

—¿Por qué ella puede dejarse todas las judías? —comienza a berrear Tiffin.

—Willa, ¡cómete tus judías! Tiffin, ¡si no sabes cuánto es cuatro por siete suspenderás el examen de mañana! —Lochan está empezando a perder la paciencia. Siento una especie de perverso placer.

—Maya, ¿me tengo que comer las judías? —inquire Willa, quejumbrosa.

—Pregúntaselo a Lochan, él es el cocinero.

—Diría que estás usando la palabra « cocinero » como te da la gana — recalca Kit riéndose para sus adentros.

—Pues el jefe —corríjo.

—¡Sí, ésa es la palabra correcta!

Lochan me mira con cara de « ¿qué te he hecho yo a ti? ». De nuevo, siento

ese fugaz sentimiento de satisfacción.

—Willa, joder, limpia este desastre. ¡Hay agua por toda la mesa! —protesta Kit.

—¡No puedo!

—¡Deja de ser un bebé y coge la bayeta!

—Lochie, ¡Kit ha dicho la palabra que empieza por jota!

—¡No pienso comer nada más! —ruge Tiffin—. ¡Y tampoco voy a estudiar más tablas de multiplicar!

—¿Quieres suspender el examen de matemáticas? —le responde Lochan con otro grito.

—¡No me importa! ¡No me importa! ¡No me importa!

—Lochie, ¡Kit ha dicho la palabra que empieza por jota! —lloriquea Willa y a enfadada.

—Sana, sana, culito de rana. Si no se jode hoy, se joderá mañana —canta Kit.

—¡Callaos todos! ¡Qué diablos os pasa! —Lochan golpea la mesa con el puño.

Tiffin aprovecha esta distracción, agarra sus guantes de fútbol de un salto y sale de casa a toda prisa. Willa empieza a llorar ruidosamente, desliza su silla y se marcha corriendo a su habitación. Kit echa tres platos de judías que nadie ha comido dentro de la olla y dice:

—Mira, ahora puedes darnos la misma mierda de hoy para cenar mañana.

Lochan se lleva las manos a la cabeza y profiere un quejido.

De repente me siento muy mal. No sé qué estaba intentando demostrar. ¿Que Lochan me necesita? ¿O sólo quería vengarme de él por llevar días sin dirigirme la palabra? En cualquier caso, me siento terriblemente mal. No me habría costado nada intervenir y acabar con la discusión. Siempre lo hago, casi de forma mecánica. Podría haber evitado que los niveles de estrés de Lochan se pusieran por las nubes y que no se sintiera un fracasado al terminar otra comida familiar en un caos. Y lo peor es que, en realidad, he disfrutado viendo cómo todo se desmoronaba.

Lochan parece exhausto, se frota los ojos y esboza una sonrisa irónica. Echa un vistazo a los restos de comida e intenta bromear sobre ello.

—Maya, ¿quieres más judías verdes? ¡No seas tímida!

Tiene todo derecho a estar enfadado con nosotros, pero en vez de eso está siendo tan indulgente que me duele. Quiero decir algo, echar marcha atrás y deshacerlo todo, pero no se me ocurre nada. Se está mordiendo el labio. Se levanta y empieza a limpiar, y de repente me doy cuenta de lo grande que se le ha hecho últimamente la herida, porque ha estado mordidiéndola más que de costumbre. Ver ese trozo de piel descarnada hace que se me salten las lágrimas. Me pongo en pie para ayudarle a limpiar la mesa y recuerdo que le toca a Kit fregar los platos. Sin pensarlo, le toco la mano para atraer su atención. Pero esta

vez me sorprende que no la aparte.

—Ay, qué lástima de labio —le digo con suavidad—. Vas a hacer que empeore.

—Lo siento. —Deja de morderse y presiona tímidamente el dorso de la mano contra la boca.

—Sí, por Dios, se ha convertido en un hábito realmente asqueroso. —Kit aprovecha la oportunidad para meter cizaña, y sus palabras suenan altas y descaradas mientras, con un estruendo, deja caer bruscamente la pila de platos en el fregadero—. Mis compañeros del colegio me han estado preguntando si era algún tipo de enfermedad.

—Kit, eso son estupideces... —comienzo a decir.

—¿Qué? Sólo te doy la razón. Esa cosa es asquerosa, y si sigue mordiéndoselo va a acabar por ser un tipo deforme.

Le dirijo una de mis miradas de aviso, pero se gira taimadamente para evitarla, haciendo chocar la vajilla que hay en el fregadero. Lochan apoya un hombro contra la pared mientras espera a que hierva la tetera, y su mirada se pierde en la oscuridad que hay más allá de la ventana. Decido echarle una mano a Kit para acabar de recoger la mesa. Lochan parece haberse quedado en punto muerto y no quiero dejarlos solos en la cocina mientras Kit aún tenga ganas de pelea.

—Así que al fin has conseguido pescar novio —comenta Kit con ironía cuando me uno a él en el fregadero—. ¿Quién coño es?

Siento que se me retuercen las entrañas. Mi mirada vuela instintivamente hacia Lochan, que deja caer la mano que tiene posada en la boca y echa la cabeza hacia atrás... consternado.

—No es mi novio —corrijo a Kit enseguida—. Simplemente... Simplemente es un chico cualquiera del colegio que me ha invitado a... eh... —dejo de hablar. Lochan me está mirando.

—A... eh... ¿tener sexo? —sugiere Kit.

—No seas crío. Me ha invitado a cenar.

—¡Vaya! ¿Sin tomar antes un refresco en Smileys? Directo al grano, a beberte y a cenarte. —Está claro que Kit disfruta viéndome sufrir—. ¿Qué tío de Belmont puede permitirse pagar una cena para una chica? ¡No me digas que es un profesor! —Sus ojos se encienden; se está divirtiendo.

—No seas ridículo. Es un chico que se llama Nico. Ni siquiera lo conoces.

—¿Nico DiMarco? —Lochan sí lo conoce. Mierda.

—Sí. —Me obligo a mirar sus ojos desconcertados por encima de la cabeza de Kit—. Yo... Me ha pedido que salga con él el viernes. Bueno eso si tú... ¿te va bien? —No sé por qué de repente me cuesta tanto hablar.

—Oh, oh, ¿tendrías que haber pedido permiso antes! —grazna Kit—. Vas a tener que atenerte al toque de queda, acuérdate. ¿Sabes qué? Te daré el condón

que me queda...

—Vale, Kit, ¡ya basta! —grito, golpeando un plato contra la encimera—. ¡Ve y trae a Tiffin a casa y luego haz tus deberes! —Estoy empezando a perder los papeles.

—¡Bien! ¡Perdón por existir! —Kit lanza el estropajo dentro del fregadero y me salpica; luego sale airado de la cocina.

Lochan sigue en la ventana sin moverse y se rasca la herida con el pulgar. Tiene la cara encendida y en sus ojos veo una honda preocupación.

—¿Nico? ¿Lo conoces? Quiero decir, el chaval es bastante... esto... ya sabes. Tiene una reputación...

Mantengo la cabeza gacha, sigo entregada a mi tarea de fregar platos.

—Sí, bueno, sólo es una cita. Ya veremos cómo sale.

Lochan da un paso hacia mí, pero luego cambia de opinión y vuelve a alejarse.

—¿A ti te...? ¿Te...? Bueno, ¿te gusta?

Siento que el calor sube hasta mi cara y en un instante ya estoy cabreada. ¿Cómo se atreve a someterme al tercer grado cuando he accedido a tener esta cita por nosotros, por él?

—Sí, la verdad es que sí, ¿vale? —Dejo de fregar y levanto la vista para enfrentarme a su mirada—. Es el tío más bueno del colegio. Me gusta desde hace muchísimo tiempo. Me muero de ganas por salir con él.

CAPÍTULO ONCE

Lochan

Está bien. De hecho, ¡es genial! Maya por fin ha encontrado a alguien que le gusta, y además él también siente lo mismo, y van a salir juntos el viernes. Por fin las cosas se están arreglando para ella; es el inicio de su vida como adulta, lejos de esta casa de locos, de esta familia, de mí. Parece que es feliz, parece emocionada. Quizá Nico no es el chico que yo hubiera elegido para Maya, pero no está mal. Ha tenido un par de novias formales, pero no parece que busque algo serio. Es normal que esté nervioso, pero esto no va a quitarme el sueño. Después de todo, Maya tiene casi diecisiete años y Nico sólo es un año mayor. No le va a pasar nada, va a estar bien. Es una persona muy sensata y responsable para su edad; tendrá cuidado y tal vez la cosa funcione. Él no le hará daño, al menos no a propósito. No, estoy seguro de que no le hará daño, es imposible. Porque ella es una persona encantadora, es preciosa... Y él lo verá. Tiene que verlo. Sabrá que no puede romperle el corazón, no puede herirla. No lo hará. Será incapaz. Así que, bueno, al menos yo podré descansar. No tengo por qué pensar más en esto. Lo que necesito urgentemente es dormir, o si no me vendré abajo. Voy a venirme abajo. Me *estoy* viniendo abajo.

Los primeros rayos de sol comienzan a acariciar el borde de los tejados. Me siento en la cama y observo cómo la pálida luz diluye la negrura, limpia tenuemente el color del cielo, poco a poco, y lo difumina por oriente. El aire es frío, se cuela entre las grietas del marco de mi ventana, y trae gotas de lluvia que se esparcen y salpican el cristal, al mismo tiempo que los pájaros despiertan. Un rayo de luz dorada se proyecta en la pared, extendiéndose paulatinamente como una mancha. ¿Qué sentido tiene todo esto? Me pregunto acerca de este ciclo sin fin. No he dormido en toda la noche y tengo los músculos doloridos de estar tanto tiempo sin moverme. Estoy helado, pero no tengo energía como para que mis brazos reaccionen y tiren de la manta para taparme. En algunos momentos, mi mente parece apagarse, como si sucumbiera a un narcótico, pero luego cierro los ojos y los vuelvo a abrir alarmado. A medida que la intensidad de la luz aumenta, también lo hace mi desgracia, y me pregunto cómo es posible que esté sufriendo

tanto cuando no pasa nada malo. Mi desesperación crece, y parece presionar desde el centro de mi pecho hacia afuera, amenazando con romperme las costillas. Lleno mis pulmones de aire fresco y luego los vacío; paso las manos con suavidad sobre las ásperas sábanas de algodón, como si quisiera aferrarme a esta cama, a esta casa, a esta vida. Es un intento por olvidar mi absoluta soledad. La herida que hay bajo mi labio late y palpita y me cuesta no mordérmela, no rozarla para destruir la agonía que estoy sintiendo. Sigo palpando la cama, con movimientos rítmicos y relajantes, para recordarme que, incluso aunque me esté rompiendo por dentro, todo a mi alrededor sigue igual, sólido, real, y comprobarlo me devuelve la esperanza de que quizás algún día yo también vuelva a sentirme parte de este mundo.



Un solo día abarca mucho. La rutina frenética de la mañana consiste en asegurarme de que todos se acaban el desayuno, en la voz aguda de Tiffin rechinando en mis oídos, en el parloteo constante de Willa que me pone de los nervios, en Kit culpándome sin descanso por cada cosa que hago, y Maya... Es mejor que no piense en Maya, pero quiero seguir haciéndolo. Tengo que rozarme la herida, rascar la costra, quitarme la piel dañada. No puedo dejar de pensar que está sola. Igual que ayer durante la cena: está aquí pero no está aquí. Su corazón y su mente han abandonado esta lóbrega casa, a sus engorrosos hermanos pequeños, al socialmente inepto hermano mayor, a la madre alcohólica. Ahora sus pensamientos están con Nico, avanzan hacia la cita de esta noche. Por muy largo que pueda parecer el día, la tarde llegará y Maya se irá. Y a partir de ese momento, parte de su vida, parte de su persona, se mantendrá separada de mí para siempre. Sin embargo, incluso mientras espero a que llegue ese momento del día, hay mucho que hacer: convencer a Kit para que salga de su cuarto, llevar a Tiffin y Willa a tiempo a la escuela, acordarme de preguntarle las tablas de multiplicar a Tiffin mientras intenta adelantárseme por el camino. Y entrar por las puertas de mi colegio, comprobar sin ser descubierto que Kit está en clase, permanecer sentado durante todas las clases de la mañana, encontrar nuevas maneras de desviar la atención cuando un profesor me presione para participar, sobrevivir al almuerzo, asegurarme de evitar a DiMarco, explicar a la profesora de inglés por qué no puedo exponer en voz alta, sobrevivir hasta que suene el timbre sin venirme abajo. Y finalmente recoger a los niños, mantenerlos

entretenidos durante toda la tarde, recordarle a Kit que tiene un toque de queda sin que por ello se inicie una pelea. Y durante todo ese tiempo, intentar sacar a Maya de mi mente. Y las manecillas del reloj de la cocina seguirán moviéndose hacia delante, llegando a la media noche y empezando su recorrido de nuevo, como si el día que termina nunca hubiera llegado a empezar.

En el pasado fui fuerte. Era capaz de sobreponerme a todas las cosas pequeñas, los detalles, la rutina diaria, día tras día. Pero nunca me di cuenta de que Maya era la que me daba esa fuerza. Gracias a ella podía con todo, juntos llevábamos el timón, nos apoyábamos el uno en el otro cada vez que alguno se sentía afligido. Puede que hayamos pasado la mayor parte de nuestro tiempo cuidando a los pequeños, pero bajo la superficie, lo que hacíamos era cuidarnos el uno al otro y hacer que todo fuera más soportable, más que llevadero. Estábamos unidos en una existencia que sólo nosotros podíamos comprender. Juntos estábamos a salvo; éramos distintos a los demás, pero estábamos protegidos del mundo exterior... Ahora lo único que me queda soy yo mismo, mis responsabilidades, mis obligaciones, mi interminable lista de tareas pendientes... Y mi soledad, siempre la soledad, esa burbuja sin aire pero repleta de desesperación que me asfixia poco a poco.

Maya se marcha al colegio antes que yo y arrastra a Kit con ella. Parece molesta conmigo por alguna razón. Willa está remoloneando, recoge ramitas y hojas secas por el camino. Tiffin nos abandona en cuanto ve a Jamie al final de la calle, y no tengo fuerzas para llamarlo y pedirle que vuelva, a pesar de que el cruce que hay delante del colegio está abarrotado. Me cuesta horrores no gritarle a Willa para pedirle que se dé prisa, para preguntarle por qué parece tan interesada en que los dos lleguemos tarde. En cuanto estamos en las puertas de la escuela, ve a una amiga y empieza a correr torpemente, con el abrigo ondeando, volando tras ella. Me quedo un momento parado y la miro marcharse; su fino cabello dorado se agita a sus espaldas con el viento. Tiene el vestidito gris manchado por el almuerzo de ayer, el abrigo de la escuela no lleva la capucha, la mochila se le cae a pedazos y tiene un agujero en las medias rojas a la altura de la rodilla, pero ella nunca se queja. Aunque esté rodeada de mamás y papás que abrazan a sus hijos para despedirse de ellos, aunque no ha visto a su madre en dos semanas, aunque no recuerda haber tenido padre. Sólo tiene cinco años, pero ha aprendido que no tiene sentido pedirle a su madre que le cuente un cuento antes de irse a dormir, que invitar a los amigos a casa es algo que sólo otros niños pueden hacer, que los juguetes nuevos son un lujo escaso, que en casa Kit y Tiffin son los únicos que hacen lo que quieren. Con tan sólo cinco años ya ha conocido una de las lecciones más duras del mundo: que esta vida no es justa... Sube por las escaleras, está a mitad de camino, acompañada por su mejor amiga, y de repente recuerda que ha olvidado decir adiós y se da la vuelta, escrutando el patio mientras me busca. Cuando me ve, en su rostro

aparece una sonrisa radiante, se ensanchan sus mejillas regordetas, la punta de su lengua asoma por el hueco donde faltan los incisivos. Levanta su pequeña mano y la agita. Yo también le digo adiós, mis brazos abanicando el cielo.

Cuando entro en el colegio choco contra un muro de calor artificial; han puesto los radiadores demasiado fuerte. Pero hasta que no entro en clase de inglés y me encuentro cara a cara con la señorita Azley no me acuerdo. Me sonrío en un intento poco disimulado de infundirme valor.

—¿Vas a necesitar el proyector? —Me quedo congelado en el pupitre.

Siento una horrible, asfixiante y punzante sensación en el pecho, y digo a toda prisa:

—En realidad... en realidad he pensado que mi trabajo funcionaría mejor como ejercicio escrito... Tiene demasiada información que resumir en sólo... sólo media hora...

Su sonrisa se desvanece.

—Pero esto no era un trabajo escrito, Lochan. La exposición es parte de tu cometido en este curso. No puedes puntuarte con esto. —Agarra mis folios y les echa un vistazo—. Bueno, es verdad que aquí hay mucho material, así que supongo que puedes leerlo en alto y ya está.

La miro y la fría mano del terror se enrosca en torno a mi cuello.

—Bueno, la verdad es que... —Apenas puedo hablar. De pronto mi voz no es más que un susurro.

Me mira desconcertada.

—¿La verdad es que qué?

—Que no... no va a tener mucho sentido si sólo lo leo...

—¿Por qué no lo intentas? —Su voz se suaviza... demasiado—. La primera vez siempre es la más difícil.

Me arde la cara.

—No va a salir bien. Lo... lo siento —recojo la carpeta que me tiende—. Me aseguraré de compensar el suspenso con... con el resto de mis trabajos.

Rápidamente me doy la vuelta y me dirijo a mi asiento. Olas carmesí se estrellan en mi rostro. Me alivia que no me llame de nuevo.

No vuelve a sacar el tema durante toda la clase. En vez de eso, ocupa el tiempo que había previsto dedicar a mi exposición con una charla sobre las vidas de Sylvia Plath y Virginia Woolf, y surge un debate sobre la conexión entre la enfermedad mental y el talento artístico. Normalmente este tipo de tema me resultaría fascinante, pero hoy las palabras me resbalan. Fuera, el cielo vomita lluvia, que retumba contra las sucias ventanas lavándolas con sus lágrimas. Miro el reloj y veo que sólo quedan cinco horas para que empiece la cita de Maya. Puede que DiMarco se rompa la pierna jugando al fútbol. Puede que ahora mismo esté en la enfermería con una intoxicación alimentaria. Puede que se encuentre repentinamente con otra chica a la que ligarse. Cualquier otra que no

sea mi hermana. Tiene toda la escuela para elegir. ¿Por qué Maya? ¿Por qué la única persona en el mundo que me importa de verdad?

—¿Lochan Whitely? —Una voz se eleva y hace que me estremezca mientras me dirijo hacia la puerta en medio del caos de alumnos que abandona el aula. Vuelvo la cabeza lo suficiente como para ver a la señorita Azley haciéndome señas desde su escritorio, y me doy cuenta de que no me queda más remedio que deshacer el camino y pelear en esta batalla.

—Lochan, tenemos que hablar.

Dios, no. Esto no, hoy no.

—Eh... lo siento. Yo... tengo clase de matemáticas —digo, apurado.

—No tardaremos mucho. Te haré un justificante —me señala una silla enfrente de su mesa—. Siéntate.

Dejo la bandolera, me siento en la silla que me ha ofrecido y me doy cuenta de que ya no hay escapatoria. La señorita Azley se acerca a la puerta y la cierra con un chasquido metálico que suena como la reja de una prisión.

Vuelve y se sienta a mi lado, mirándome con una sonrisa tranquilizadora.

—No hace falta que pongas esa cara de angustia. ¡Estoy segura de que ya sabes que ladro más de lo que muerdo!

Me obligo a mirarla, esperando que escupa su sermón sobre la importancia de la participación en clase más rápido si cree que colaboro. Pero elige el camino más largo.

—¿Qué le ha pasado a tu labio?

Sé que me lo estoy mordiendo otra vez e intento parar; asustado, mis dedos vuelan hasta mi boca.

—Nada... no es... no es nada.

—Deberías ponerte un poco de vaselina y acostumbrarte a morder el bolígrafo. —Alarga la mano hasta su escritorio y me muestra un par de estilográficas mordisqueadas—. Es menos doloroso y funciona igual de bien. —Me sonrío otra vez.

Reúno toda la voluntad de que dispongo, pero no puedo devolverle la sonrisa. Esta conversación amistosa me está haciendo perder la calma. Algo en su mirada me dice que no me va a dar una charla sobre la importancia de la participación en clase, el trabajo en equipo y toda la mierda de siempre. Por cómo me mira no parece que vaya a regañarme. Está realmente preocupada.

—¿Sabes por qué te he pedido que te quedes, verdad?

Le respondo asintiendo rápidamente; mis dientes comienzan a roer automáticamente mi labio otra vez. «Escuche, hoy no es un buen día para esto», quiero decirle. Puedo apretar los dientes y asentir y tener una conversación con el corazón en la mano con una profesora excesivamente entusiasta otro día, pero hoy no. Hoy no.

—¿Por qué te asusta tanto hablar delante de tus compañeros, Lochan?

Me ha pillado con la guardia baja. No me gusta el modo en que ha dicho la palabra « asusta » . No me gusta nada que sepa tanto sobre mí.

—Yo no... no... —Mi voz suena quebradiza, podría resultar peligrosa. El aire de la habitación circula lentamente. Y yo respiro demasiado rápido. Me ha acorralado. Sé que el sudor ha empezado a recorrer mi espalda y que me he sonrojado.

—Eh, no pasa nada. —Se inclina hacia delante. Su preocupación es casi tangible—. No la he tomado contigo, Lochan, ¿de acuerdo? Pero eres lo suficientemente inteligente como para entender por qué tienes que hablar en público de vez en cuando. No sólo por el bien de tu futuro académico, sino también por tu futuro personal.

Quiero levantarme y salir de aquí.

—¿Es sólo un problema en el colegio o te pasa siempre?

¿Por qué demonios está haciendo esto? Director, castigo, expulsión, no me importa. Lo que sea menos esto. Quiero desconectar de lo que está diciendo pero no puedo. Es el maldito interés que muestra, me corta la conciencia como si fuera un cuchillo.

—Te sucede siempre, ¿verdad? —Su voz es demasiado amable.

Siento el calor acudir a mi rostro. Respiro atacado por el pánico y dejo que mis ojos recorran el aula en busca de un lugar en el que esconderme.

—No hay nada por lo que avergonzarse, Lochan. Puede que sea algo que merezca la pena hablar ahora.

La cara me late, me muerdo el labio otra vez, el fuerte dolor me alivia.

—Como cualquier fobia, el trastorno de ansiedad social es algo que se puede superar. He estado pensando que quizá podríamos diseñar un plan de acción para que puedas ponerlo en marcha de cara a la universidad el año que viene.

Oigo el sonido de mi respiración, fuerte, rápida. Asiento en un gesto apenas perceptible.

—Iremos poco a poco. Un pasito tras otro. Tal vez podrías levantar la mano y contestar una sola pregunta por clase. Sería un buen comienzo, ¿no crees? Una vez que te sientas cómodo respondiendo voluntariamente a una pregunta, te resultará mucho más fácil contestar dos, y luego tres, y bueno... ya conoces el resto. —Se ríe y noto que intenta relajar la atmósfera—. Entonces, antes de que puedas darte cuenta, estarás contestando todas las preguntas, ¡y a los demás que les den!

Intento devolverle la sonrisa pero no me sale. Un pasito tras otro... Yo tenía a alguien que me ayudaba con eso. Alguien que me presentó a su amiga, que me animó a leer en voz alta mi redacción en clase, alguien que intentaba ayudarme sutilmente con todo el problema, aunque nunca me di cuenta. Y ahora la he perdido, la he perdido por Nico DiMarco. Una tarde con él y Maya se dará cuenta del perdedor en que me he convertido, empezará a pensar de mí lo

mismo que Kit y mi madre...

—Me he dado cuenta de que últimamente pareces muy estresado —subraya la señorita Azley de repente—. Lo que es perfectamente comprensible. Es un año duro. Pero tus notas son mejores que nunca y destacas en las pruebas por escrito. Así que no vas a tener problemas para aprobar los exámenes finales: en ese punto no hay de qué preocuparse.

Asiento muy tenso.

—¿La situación en casa es complicada?

En ese momento la miro, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—Yo tengo dos hijos —dice con una sonrisa—. Tengo entendido que tú tienes cuatro.

Se me acelera el corazón y luego casi se me para. La miro. ¿Con quién demonios ha estado hablando?

—¡No! Tengo diecisiete años. Tengo dos hermanos y... y dos hermanas, pero vivimos con nuestra madre, y ella...

—Eso ya lo sé, Lochan. Está bien. —Hasta que no me corta no me doy cuenta que no estoy hablando en un tono normal.

«Por el amor de Dios, ¡intenta estar alerta!», me pido a mí mismo. ¡No vayas a reaccionar como si tuvieras algo que esconder!

—Lo que quiero decir es que tienes hermanos pequeños a los que tienes que ayudar a cuidar —sigue la señorita Azley—. Y eso no tiene que ser fácil cuando estás tan cargado de deberes.

—Pero yo no... yo no los cuido. Sólo son... son un montón de críos molestos. Vuelven loca a mi madre... —Qué tristemente artificial suena mi risa.

Otro tenso silencio se instala entre nosotros. Miro desesperado a la puerta. ¿Por qué me está diciendo esto? ¿Con quién ha estado hablando? ¿Qué otra información tiene en ese maldito archivo? ¿Estarán pensando en llamar a servicios sociales? ¿No se habrá puesto St. Luke en contacto con Belmont a raíz de la desaparición de los niños?

—No estoy intentando entrometerme, Lochan —dice enseguida—. Sólo quiero asegurarme de que sabes que no tienes por qué llevar solo esa carga. Tu ansiedad social, las obligaciones en casa... Son demasiadas responsabilidades para tu edad.

No sé de dónde sale, pero un dolor me atenaza el pecho y la garganta. Vuelvo a morderme el labio para evitar los temblores.

Veo que su rostro cambia de expresión y se inclina hacia mí.

—Eh, eh, escúchame. Tienes mucha ayuda disponible. Hay un psicólogo en el colegio y también puedes hablar con cualquiera de tus profesores. Y hay ayuda externa que te puedo recomendar si no quieres que la escuela se inmiscuya. No tienes por qué soportar todo esto tú solo...

El dolor en mi garganta se intensifica. Voy a perder la compostura.

—Yo... yo... Tengo que irme. Lo siento...

—Está bien, no pasa nada. Pero Lochan, siempre que necesites hablar, aquí me tienes, ¿vale? Y puedes pedir una cita con el psicólogo en cualquier momento. Y si hay algo que yo pueda hacer para facilitarte las cosas en clase... Nos olvidaremos de las exposiciones por ahora. Te puntuaré por el trabajo escrito como me has pedido. Y dejaré que elijas si quieres contestar a las preguntas orales, no te presionaré mas para que participes. Sé que no es mucho, pero ¿crees que eso te ayudará?

No lo entiendo. ¿Por qué no puede ser como el resto de profesores? ¿Por qué tengo que importarle?

Asiento sin pronunciar palabra.

—Ay, cariño, ¡lo último que quería era hacerte sentir peor! Es que tengo un muy buen concepto de ti y estaba preocupada. Quiero que sepas que tienes ayuda...

Hasta que no oigo la derrota en su voz y veo la expresión de asombro que tiene en la cara, no me doy cuenta de que tengo los ojos bañados en lágrimas.

—Gracias. ¿Pue... puedo marcharme?

—Claro que puedes, Lochan. Pero ¿pensarás en ello? ¿Te plantearás hablar con alguien?

Asiento, incapaz de pronunciar una sola palabra más; cojo mi bandolera y salgo corriendo del aula.



—No, estúpida. Sólo tienes que poner la mesa para cuatro. —Tiffin agarra de un manotazo uno de los platos y lo devuelve al armario estrepitosamente.

—¿Por qué? ¿Se va Kit al Burger King otra vez? —Willa se da mordisquitos en el pulgar con nerviosismo, sus grandes ojos azules escrutan la cocina buscando una señal de problemas.

—Esta noche Maya tiene una cita, ¡estúpida!

Paro de cocinar y me doy la vuelta.

—Deja de llamarla estúpida. Es más pequeña que tú, sólo eso. ¿Y cómo puede ser que ella ya haya hecho sus deberes y tú aún no hayas empezado con los tuyos?

—No quiero que Maya se vaya a una cita —protesta Willa—. Si Maya se va y Kit se va y mamá se va, ¡sólo quedamos tres en esta familia!

—En realidad sólo quedáis dos, porque yo me voy a dormir a casa de Jamie —le informa Tiffin.

—Oh, no, no vas a ir —intervengo rápidamente—. No hemos quedado con nadie. La madre de Jamie no ha llamado y ya te he dicho que dejes de invitarte a las casas de los demás. Eso es de maleducados.

—¡Pues muy bien! —Grita Tiffin—. ¡Le diré que te llame por teléfono! Me invitó ella, ¡así que ya lo verás! —Sale de la cocina justo cuando empiezo a servir los platos.

—Tiff, ¡vuelve aquí o te quedarás sin Game Boy una semana!



Nico aparece a las siete y diez. Maya ha estado histérica desde que ha llegado a casa. Durante las últimas cuatro horas ha estado arriba, disputándose el baño con mamá. Incluso las he oído reírse juntas. Kit se levanta de un salto, golpeándose la rodilla con la pata de la mesa con las prisas de ser el primero en ir a darle la bienvenida. Lo dejo ir y cierro la puerta de la cocina tras él. No quiero ver a ese chico.

Afortunadamente, Maya no le invita a entrar. Escucho pasos bajando las escaleras, voces altas que se saludan, seguidas de:

—Salgo en un minuto.

Kit vuelve, parece impresionado y exclama en voz alta:

—Vaya, ese tío está forrado. ¿Habéis visto la ropa de marca que lleva?

Maya entra a toda prisa.

—Gracias. —Se acerca directamente a mí y me aprieta la mano de ese modo tan irritante en que suele hacerlo—. Mañana me los llevaré por ahí todo el día, te lo prometo.

Me alejo.

—No seas tonta. Diviértete.

Lleva algo que no le he visto puesto nunca. De hecho, parece totalmente distinta: se ha pintado los labios color burdeos, se ha hecho un moño y unos mechones sueltos le enmarcan el rostro con delicadeza. Unos pendientes de plata pequeños le cuelgan de las orejas. El vestido es corto, negro y estiliza su figura, está sexy de un modo sofisticado. Huele a melocotón.

—¡Beso! —lloriquea Willa, alzando los brazos.

Maya abraza a Willa, besa a Tiffin en la frente, le da un puñetazo amistoso a

Kit en el hombro y luego me sonríe a mí.

—¡Deseadme suerte!

Consigo devolverle la sonrisa y asiento levemente con la cabeza.

—¡Buena suerte! —Tiffin y Willa gritan lo más fuerte que pueden. Maya se pone roja y se ríe, luego se apresura hacia el pasillo.

Oigo unos portazos y luego el sonido de arranque de un motor. Me vuelvo hacia Kit.

—¿Ha venido en coche?

—Sí, ya te lo he dicho, ¡está forrado! No era precisamente un Lamborghini, pero joder, ¿ya tiene un coche con diecisiete años?

—Dieciocho —corrijo—. Espero que no tenga intención de beber.

—Deberías haberlo visto —dice Kit—. Ese tío tiene clase.

—¡Maya parecía una princesa! —exclama Willa con los ojos azules muy abiertos—. Parecía una chica mayor.

—Muy bien, ¿quién quiere más patatas? —pregunto.

—Puede que se case con él y entonces ella también será rica —agrega Tiffin

—. Si Maya es rica y yo soy su hermano, ¿significa que yo también seré rico?

—No, significa que ya no querrá ser tu hermana porque le va a dar vergüenza que no te sepas ni las tablas de multiplicar —le responde Kit.

La boca de Tiffin se abre y sus ojos se llenan de lágrimas.

Me dirijo a Kit.

—No haces gracia, Kit. ¿Lo sabías?

—Nunca he dicho que sea un humorista, sólo soy realista —replica Kit.

Tiffin se sorbe y se limpia los ojos con el dorso de la mano.

—No me importa lo que digas, Maya nunca haría eso, y en cualquier caso, soy su hermano hasta que me muera.

—Momento en que te irás al infierno y no volverás a ver a nadie más —le suelta Kit como respuesta.

—Si existe el infierno, Kit, créeme, tú irás directo allí. —Noto cómo pierdo la calma—. ¿Podrías callarte ya y terminar de cenar sin atormentar a nadie más?

Kit tira el cuchillo y el tenedor con estruendo en su plato a medio terminar.

—A la mierda con esto. Me largo.

—¡No vuelvas más tarde de las diez! —le grito a sus espaldas.

—Sigue soñando, colega —replica a mitad de camino, desde las escaleras.

Nuestra madre está a punto de entrar, va apestando a perfume e intenta encenderse un cigarrillo sin estropearse las uñas recién pintadas. Es la antítesis total de Maya, es todo brillo y labios rojos, su vestido granate mal ajustado deja poco a la imaginación. Desaparece enseguida, manteniendo ya a duras penas el equilibrio en sus zapatos de tacón y riñendo a Kit por haberle robado su último paquete de tabaco.

Paso el resto de la tarde viendo la tele con Tiffin y Willa; estoy demasiado

agotado como para realizar otra tarea más productiva. Cuando empiezan a pelearse, los preparo para ir a la cama. Willa llora porque le entra champú en los ojos y Tiffin olvida meter la cortina por dentro de la ducha y el suelo del baño se inunda. El momento de cepillarse los dientes se hace eterno: el tubo de pasta para niños está casi vacío, así que usan la mía, lo que hace que a Tiffin le lloren los ojos y que Willa regurgite en la bañera. Luego, Willa tarda quince minutos en elegir un cuento, Tiffin se escabulle al piso de abajo para jugar a la Game Boy y, cuando me opongo, se enfada exageradamente y asegura que Maya siempre le deja jugar mientras le lee un cuento a Willa. Cuando están en la cama, Willa siente hambre repentinamente, Tiffin, por asociación, tiene sed, y cuando al fin acaban las exigencias ya son las nueve y media y estoy destrozado.

Pero una vez que se han dormido, la casa queda en silencio de una forma escalofriante. Sé que debería irme a la cama yo también e intentar dormir un poco más, pero me siento cada vez más agitado y nervioso. Me digo a mí mismo que tengo que quedarme despierto para comprobar si Kit vuelve a casa en algún momento, pero en el fondo sé que sólo es una excusa. Estoy viendo una estúpida película de acción, pero no tengo ni idea de qué va ni de quién se supone que persigue a quién. Ni siquiera me puedo concentrar en los efectos especiales. Sólo pienso en DiMarco. Ya son más de las diez: ya habrán terminado de cenar y se habrán marchado del restaurante. Su padre siempre suele estar de viaje, o eso es lo que dice Nico, y no tengo razones para no creerle. Lo que significa que tiene una mansión para él solo... ¿Se la habrá llevado allí? ¿O habrán ido a algún sórdido aparcamiento y le habrá puesto las manos y la boca por todo el cuerpo? Me estoy poniendo enfermo. Puede que sea porque no he comido nada en toda la noche. Quiero esperar y ver por mí mismo en qué estado se encuentra Maya cuando llegue. Si es que decide volver a casa. De repente se me ocurre que la mayoría de los chavales de dieciséis años tienen algún tipo de toque de queda. Pero yo sólo soy trece meses mayor que ella y no estoy en posición de imponerle uno. Continúo diciéndome que Maya siempre ha sido muy prudente, responsable y madura, pero recuerdo lo roja que se puso al venir a la cocina a despedirse, la amplitud de su sonrisa, el brillo de emoción en su mirada. Sólo es una adolescente, lo sé; aún no es una mujer adulta, pero sin embargo podrían forzarla a comportarse como una. Su madre no tiene problemas con mantener relaciones en el suelo de la sala de estar mientras sus hijos pequeños duermen justo encima. Se jacta ante ellos de sus conquistas de adolescencia, sale a emborracharse cada semana y llega tambaleándose a las seis de la mañana con el maquillaje corrido y la ropa hecha jirones. ¿Qué tipo de ejemplo es ése para Maya? Por primera vez en su vida es libre. ¿Cómo puedo estar tan seguro de que no estará tentada de sacarle el máximo partido?

Es estúpido pensar así. Maya ya es mayor para tomar sus propias decisiones. Muchas chicas de su edad se acuestan con sus novios. Si no lo hace esta vez, lo

hará la siguiente, o la de después, o la que le siga a ésta. De un modo u otro va a suceder. De un modo u otro tendré que lidiar con ello. Pero soy incapaz. No puedo lidiar con ello. Sólo de pensarlo me dan ganas de golpearme la cabeza contra la pared y de romper cosas. La imagen de DiMarco, o cualquiera, abrazándola, tocándola, besándola...

Escucho un grito ensordecedor, veo una gran grieta en la pared y por el brazo me sube un dolor punzante; me doy cuenta de que he dado un puñetazo con todas mis fuerzas: trozos de pintura y yeso se desprenden de la huella que mis nudillos han dejado sobre el sofá. Doblo la espalda, me agarro la mano derecha con la izquierda, aprieto los dientes para no soltar ni un gemido. Por un momento todo se oscurece y creo que me voy a desmayar, pero entonces el dolor me sacude repetidamente, como olas que impactan, temibles, contra mí. En realidad no sé qué me duele más, si la mano o la cabeza. Lo que más he temido y evitado durante las últimas semanas —la pérdida total del control sobre mi mente— ha llegado, y ya no tengo manera de luchar contra ello. Cierro los ojos y siento cómo una espiral de locura sube por mi columna vertebral y se cuela en mi cerebro. La veo explotar como el sol. Así que era esto; así se siente uno cuando, tras una larga y dura lucha, pierde la batalla y al fin se vuelve loco.

CAPÍTULO DOCE

Maya

Es encantador. No sé por qué pensaba que era un gilipollas arrogante. Esto me sirve para darme cuenta de lo equivocado que a veces está una con los demás. Es considerado, amable y educado, y parece que le gusto de verdad. Me dice que estoy guapa y me dedica una tímida sonrisa. Una vez sentados en la mesa del restaurante, me traduce cada plato del menú y ni se ríe ni parece sorprendido cuando le digo que en mi vida he probado las alcachofas. Me hace muchas preguntas, pero cuando le cuento que la situación de mi familia es complicada, parece captar la indirecta y deja el tema. Está de acuerdo en que Belmont es una mierda y admite que se muere de ganas de salir de allí. Me pregunta por Lochan y dice que le gustaría llegar a conocerlo mejor. Confiesa que su padre está más interesado en su negocio que en su único hijo y que le compra regalos absurdos, como un coche, sólo para aliviar el sentimiento de culpabilidad que conlleva estar fuera de casa la mitad del año. Sí, es rico y está mimado, pero a fin de cuentas está tan desatendido como nosotros. Un cúmulo de circunstancias distintas con el mismo resultado lamentable.

Hablamos largo y tendido. Luego, mientras me lleva a casa, me pregunto si me besaré. En un momento dado, los dos intentamos bajar el volumen de la radio a la vez, nuestras manos se tocan y él mantiene la suya un instante sobre la mía. Es tan extraño... su tacto me resulta completamente desconocido.

—¿Te acompaño hasta la puerta o te resulta... incómodo? —Me mira vacilante y sonrío cuando lo hago yo. Me imagino las caritas de mis hermanos pequeños curioseando por las ventanas y coincido con él en que es mejor que no me acompañe. Afortunadamente, como está tan oscuro y me ha dejado dos bloques más allá de mi casa, mi familia no puede vernos.

—Gracias por la cena. Me lo he pasado muy bien —digo, y me sorprende darme cuenta de que lo pienso de verdad.

Él sonrío.

—Yo también. ¿Crees que podríamos repetirlo alguna vez?

—Sí, ¿por qué no?

Su sonrisa se ensancha. Se inclina hacia mí.

—Buenas noches.

—Buenas noches. —Dudo, mis dedos ya están a punto de abrir la puerta del coche.

—Buenas noches —dice otra vez con una sonrisa, pero esta vez me coge de la barbilla. Su cara se acerca a la mía y de improviso me doy cuenta de lo que siento: me gusta Nico. Me parece un buen chico. Es guapo y me siento atraída por él. Pero no quiero besarlo. Ahora no. Nunca... Giro la cabeza justo en el momento en que su cara se encuentra con la mía y su beso se posa en mi mejilla.

Retrocedo y él parece sorprendido.

—Bueno, vale, hasta la próxima.

Inspiro profundamente y busco el bolso entre mis pies. Gracias a Dios está tan oscuro que no podrá darse cuenta de cómo me ruborizo.

—Me gustas mucho, Nico, pero sólo como amigo —digo apurada—. Creo que es mejor que no volvamos a quedar, lo siento.

—Oh. —Ahora suena sorprendido y un poco herido—. Bueno, tú piénsatelo.

—Está bien. Te veo el lunes. —Salgo del coche y cierro la puerta. Le digo adiós con la mano. Él arranca y se marcha con una expresión entre divertida y perpleja, como si estuviera convencido de que sólo me estoy haciendo de rogar.

Me apoyo contra el tronco de un árbol y miro la llovizna que cae de un cielo sin luna. En mi vida me he sentido tan avergonzada como hoy. ¿Por qué me he pasado la noche entera dándole falsas esperanzas, haciendo como si sus historias me fascinaran, confiando en él? ¿Por qué le he dicho que me parecía bien que nos viéramos de nuevo diez segundos antes de decirle que sólo podíamos ser amigos? ¿Por qué he rechazado a un chico que, además de estar muy bueno, es amable? «Porque estás como una cabra, Maya. Porque eres una loca y una estúpida y quieres pasar el resto de tu vida siendo una paria social. Porque querías que esto funcionara, estabas tan desesperada por que funcionara que te has engañado a ti misma y te has acabado creyendo que las cosas iban bien de verdad. Hasta que te has dado cuenta de que no quieres besar a Nico ni a ningún otro chico».

¿Entonces qué significa esto? ¿Estoy asustada? ¿Me da miedo el contacto físico? No. Me encanta, sueño con él. Pero para mí no hay nadie más. Nadie. Cualquier chico, aunque sea imaginario, siempre estará en segundo lugar. ¿En segundo lugar después de quién? Ni siquiera sé cómo sería el novio perfecto. Sólo sé que tiene que existir. Siento todas estas emociones —amor, deseo (de que me toquen, de que me besen)— pero no las focalizo en nadie. Estoy tan frustrada que quiero gritar. Me siento como un bicho raro. Y lo que es peor, estoy terriblemente decepcionada, porque durante toda la velada creí que Nico era el elegido. Y luego, cuando ha intentado besarme en el coche, me he dado cuenta

clarísimamente de que eso no es lo que quiero.

Camino hacia casa. Este estúpido vestido es tan corto y enseña tanto que estoy empezando a congelarme. Me siento tan vacía, tan desilusionada... Aunque sólo me haya decepcionado a mí misma. ¿Por qué no he actuado como una persona normal para variar? ¿Por qué no me he forzado a besarle? Puede que no hubiera sido tan horrible, quizá lo podría haber soportado... las luces de la sala de estar siguen encendidas. Miro el reloj: son las once menos cuarto. Oh, por favor, que no haya otra pelea entre Kit y Lochan. Abro la puerta y se atasca. Le doy una patada con mis estúpidos tacones; dudo mucho que me los vuelva a poner. La casa está en silencio, como si fuera una tumba gigante. Me quito los zapatos y camino de puntillas, atravesando el pasillo para ir a apagar la luz de la sala de estar. Lo único que quiero es meterme en la cama y olvidar el horror y el autoengaño que ha supuesto esta noche.

Doy un respingo al ver que hay una figura sentada en el sofá. Lochan está encorvado, tiene la cabeza entre las manos.

—Ya he vuelto.

No hace ni un gesto que indique que me ha escuchado.

—¿Kit aún sigue por ahí? —pregunto inquieta, temiendo otra pelea.

—Ha llegado hace veinte minutos. —Lochan ni siquiera levanta la vista. Fantástico.

—Una noche estupenda la mía, por cierto. —Mi tono es hiriente. Si se está compadeciendo de sí mismo por haber tenido que acostar solo a los niños no quiero darle la satisfacción de pensar que mi noche también ha sido una mierda.

—¿Sólo habéis ido a cenar? —Levanta la cabeza bruscamente y me lanza una mirada penetrante que me hace darme cuenta de la pinta que tengo: se me ha deshecho el moño, los mechones de pelo me caen sobre la cara y estoy empapada por la lluvia.

—Sí —contesto lentamente—. ¿Por qué?

—Te fuiste a las siete. Y ya son casi las once.

No me lo puedo creer.

—¿Me estás diciendo a qué hora tengo que volver a casa? —Mi voz se eleva con indignación.

—Pues claro que no —dice irritado—. Sólo estoy sorprendido. Cuatro malditas horas son muchas para una simple cena.

Cierro la puerta de la sala de estar y noto cómo se me disparan las pulsaciones.

—No han sido cuatro horas de cena. Primero hemos tenido que cruzar media ciudad, luego encontrar un sitio para aparcar y después esperar a que nos dieran mesa... Lo único que hemos hecho ha sido hablar... hablar mucho. La verdad es que es un tío bastante interesante. Tampoco ha tenido una vida fácil.

En cuanto termino la frase, Lochan salta, corre hacia la ventana y enloquece.

—Me importa una mierda que a ese pobre niño rico no le hayan comprado el coche que quería para su cumpleaños. Ya me han soltado todo ese rollo en Belmont. ¡Lo que no entiendo es por qué coño dices que sólo has estado cenando cuando has estado fuera cuatro horas!

Esto no puede estar pasando. Lochan se ha vuelto loco. En mi vida lo he oído hablar así. Nunca lo había visto tan furioso.

—¿Qué pasa, tengo que explicarte todo lo que hago? —le digo con tono desafiante—. ¿Tengo que darte detalles de todo lo que ha pasado? —Mi tono se eleva más y más.

—¡No! ¡Lo que quiero es que no mientas! —Lochan comienza a gritar.

—¡Lo que yo haga o deje de hacer no es de tu incumbencia! —chillo en respuesta.

—Pero ¿por qué tiene que ser un secreto? ¿Por qué no puedes ser sincera?

—¡*Estoy* siendo sincera! Hemos ido a cenar, hemos hablado y me ha traído a casa. ¡Fin de la historia!

—¿De verdad te crees que soy tan tonto?

Esto es el colmo. Después de llevar una semana ignorándome, ahora se cabrea conmigo: el final perfecto para una velada de amarga decepción que, en realidad, podría haber sido genial si yo hubiera puesto un poco de mi parte. Lo único que quería hacer al llegar a casa era meterme en la cama y olvidarme de este desastre de noche, y en lugar de eso me veo metida en esta discusión absurda.

Me dirijo hacia la puerta, levantando las manos en señal de rendición.

—Lochan, no sé qué coño te pasa pero estás siendo un capullo integral. Llego a casa esperando que me preguntes si me lo he pasado bien, ¡y en vez de eso me sometéis al tercer grado y me llamas mentirosa! Y aunque hubiera pasado algo en esa cita, ¿por qué te lo iba a contar? —Me giro hacia la puerta.

—Así que te has acostado con él —me dice con rotundidad—. Igual que tu madre, de tal palo tal astilla.

Sus palabras cortan como un cuchillo la distancia que nos separa. Mi mano se queda paralizada alrededor del frío pomo de metal. Me vuelvo lentamente, herida.

—¿Qué? —La palabra se me escapa como un pequeño soplo de aire, no es más que un susurro.

El tiempo parece haberse detenido. Él está ahí de pie, con la camiseta y los vaqueros desteñidos, apretándose los nudillos de una mano con la palma de la otra, dando la espalda al gran firmamento nocturno. Estoy mirando a un desconocido. Su cara está extrañamente enrojecida, como si hubiera estado llorando, y su mirada centelleante me abrasa la cara. Qué tonta he sido al creer que lo conocía tan bien. Es mi hermano pero, por primera vez, se muestra como un extraño.

—No puedo creer que me hayas dicho eso. —Mi voz se estremece de incredulidad, emana de un ser que apenas reconozco; un ser herido, irreparablemente roto—. Estaba convencida de que tú eras la única persona —tomo una bocanada de aire—, la única persona del mundo que nunca, jamás, me iba a hacer daño.

Parece muy afectado; su cara refleja el mismo dolor e incredulidad que yo siento.

—Maya, no me encuentro bien. Lo que te he dicho es imperdonable. No sé lo que digo. —Le tiembla la voz, está tan horrorizado como yo.

Se cubre la cara con las manos, se aleja de mí y camina por la estancia respirando con dificultad. Su mirada tiene algo de salvaje, casi un sesgo maniaco.

—Necesito saberlo, por favor, enténdelo, tengo que saberlo, ¡si no me voy a volver loco! —Cierra los ojos con fuerza y respira entrecortadamente.

—¡No ha pasado nada! —le grito; el miedo ha reemplazado bruscamente a la rabia—. No ha pasado nada. ¿Por qué no me crees? —Le agarro por los hombros—. ¡No ha pasado nada, Lochie! No ha pasado nada, ¡nada, nada, nada! —Casi estoy gritando, pero no me importa. No entiendo lo que le ocurre. No entiendo lo que me está pasando.

—Pero te ha besado. —Su voz suena hueca, carente de toda emoción.

Se aparta de mí y se agacha apoyándose en los talones.

—Te ha besado, Maya, te ha besado. —Sus ojos están entrecerrados, su rostro inexpresivo, como si estuviera tan agotado que no le quedaran fuerzas para reaccionar.

—¡No me ha besado! —vocifero, le agarro por los brazos e intento sacudirle y hacerle entrar en razón—. Ha intentado besarme, sí, ¡pero yo no le he dejado! ¿Sabes por qué? ¿Quieres saber por qué? ¿De verdad, de verdad quieres saber por qué?

Aún lo tengo cogido de las manos; me inclino hacia delante, jadeando, mientras unas lágrimas cálidas y pesadas ruedan por mis mejillas.

—Ésta es la razón... —Llorando, beso a Lochan en la mejilla—. Ésta es la razón... —Ahogo un sollozo y beso a Lochan en la comisura de los labios—. Ésta es la razón... —Cierro los ojos y beso a Lochan en la boca.

Me estoy enamorando, pero no pasa nada, porque es de él de quien me enamoro, de Lochie. Tengo las manos posadas sobre sus ardientes mejillas, sobre su cabello húmedo, sobre su cálido cuello. Me está devolviendo el beso, haciendo un ruido extraño que me indica que él también está llorando. Me besa con tanta fuerza que tiembla; me tiene firmemente agarrada por los hombros y me estrecha contra él. Saboreo sus labios, su lengua, los afilados bordes de sus incisivos, la suave calidez que emana de su boca. Me deslizo a horcajadas sobre su regazo, quiero estar aún más cerca, quiero desaparecer dentro de él, mezclar mi cuerpo con el suyo. Nos separamos un instante para coger aire y veo su

rostro. Sus ojos rebosan de lágrimas que aún no ha llorado. Emite un sonido entrecortado. Nos besamos más, suave, tiernamente, luego de nuevo con fuerza. Sus manos agarran los tirantes de mi vestido y los retuerce, asiendo la tela entre sus puños como si luchara contra el dolor. Y ahora que sé lo que siente, estoy tan feliz que a mí también me duele. Creo que voy a morir de felicidad. Creo que voy a morir de dolor. El tiempo se ha detenido; el tiempo corre a toda velocidad. Los labios de Lochie son hoscos y también suaves, inclementes a la par que dulces. Sus dedos son fuertes: los siento en mi pelo, en mi cuello, bajando por mis brazos y rozando mi espalda. Y no quiero que me suelte jamás.

Un ruido retumba como un trueno sobre nuestras cabezas; nuestros cuerpos se sacuden al unísono y de repente ya no nos estamos besando, aunque sigo aferrada al cuello de su camiseta y sus brazos continúan abrazándome con fuerza. Es el sonido de la cadena del lavabo. Después se escucha el familiar crujido de la escalera de Kit. Ninguno de los dos puede moverse, aunque el silencio que sigue deja claro que Kit ha vuelto a acostarse. Mi cabeza está apoyada en el pecho de Lochan; oigo los latidos de su corazón amplificadas, muy altos, muy rápidos, muy fuertes. También escucho su respiración, como afilados y dentados agujones que perforan el aire helado.

Él es el primero en romper el silencio.

—Maya, ¿qué coño estamos haciendo? —Aunque su voz no es más que un susurro, noto que está a punto de echarse a llorar—. No lo entiendo. ¿Por qué...? ¿Por qué nos está pasando esto?

Cierro los ojos y me aprieto contra él, acariciando su brazo desnudo con las yemas de los dedos.

—Todo lo que sé ahora mismo es que te quiero —digo con un deje desesperado a la par que tranquilo; las palabras surgen con voluntad propia—. Te quiero más que como a un simple hermano. Yo... te quiero... de todas las maneras posibles.

—Yo también... —Su voz es dura, está sorprendido—. Es... es una sensación tan enorme que a veces creo que va a acabar conmigo. Es tan fuerte que siento que podría matarme. Sigue creciendo y yo no... no sé cómo pararla. Pero... pero se supone que no podemos hacer esto, ¡no podemos querernos así! —Su voz se rompe.

—Eso ya lo sé, ¿vale? ¡No soy idiota! —De pronto me enfado porque no quiero escuchar lo que me dice. Cierro los ojos. En este momento no puedo pensar en eso. No puedo permitirme pensar lo que eso significa. No quiero ponerle un nombre. Me niego a poner etiquetas que estropeen el día más feliz de mi vida. El día en que besé al chico que siempre ha estado en mis sueños pero al que nunca me he atrevido a ponerle cara. El día en que por fin dejé de mentirme a mí misma, en que dejé de fingir que el amor que sentía por él era de una clase concreta, cuando en realidad abarca todas las categorías de amor posibles. El día

en que finalmente nos libramos de nuestras ataduras y nos abandonamos a los sentimientos que durante tanto tiempo habíamos negado sólo porque somos hermanos.

—Ay, Dios, hemos hecho algo terrible. —La voz de Lochan está agitada, suena ronca, entrecortada por el horror—. Yo... ¡Te he hecho algo horrible!

Me seco las mejillas y levanto la cabeza para mirarlo.

—¡No hemos hecho nada malo! ¿Cómo puede un amor como éste ser tachado de horrible si no le estamos haciendo daño a nadie?

Me mira, los ojos reluciendo bajo la débil luz de la habitación.

—No lo sé —susurra—. ¿Cómo algo tan malo puede hacernos sentir tan bien?

CAPÍTULO TRECE

Lochan

Le digo a Maya que necesita dormir, aunque yo sea incapaz de hacerlo. Estoy demasiado asustado como para subir y meterme en la cama. Me volvería loco en esa diminuta habitación, a solas con mis aterradores pensamientos. Ella dice que quiere quedarse conmigo, dice que tiene miedo de que esta increíble noche se desvanezca para siempre si nos separamos ahora; tiene miedo de que se evapore como un sueño y de que mañana nos despertemos los dos, separados, cada uno de vuelta en su propio cuerpo y dispuesto a retomar su vida cotidiana. Sin embargo, aquí, en el sofá, con mis brazos rodeándola mientras ella permanece acurrucada contra mí y su cabeza reposa en mi pecho, sigo asustado, más asustado de lo que he estado en mi vida. Lo que acaba de suceder es increíble, pero de algún modo es completamente natural, como si en el fondo siempre hubiera sabido que este momento llegaría, a pesar de que nunca me he permitido pensar conscientemente en ello o imaginármelo. Ahora que por fin ha sucedido, sólo puedo pensar en Maya, que está aquí, sentada sobre mí, respirando su cálido aliento en mi brazo desnudo.

Es como si hubiera un gran muro que me impidiera cruzar al otro lado, que me separara del mundo exterior, de todo lo que hay más allá de nosotros dos. Mis mecanismos naturales de seguridad están funcionando a pleno rendimiento y tratan de mantener mis pensamientos alejados de las consecuencias de lo que acaba de suceder, protegiéndome, al menos por el momento, del horror de lo que he hecho. Es como si mi cerebro supiera que aún no puede pensar en eso, que todavía no soy lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a las consecuencias de este sentimiento abrumador, de estos hechos trascendentales. El temor persiste, el miedo a que la fría luz de la mañana nos obligue a ver las cosas como son de verdad: un error, un terrible error; el miedo a que no tengamos otra opción que enterrar esta noche como si nunca hubiera sucedido, transformándola en un secreto vergonzoso que tendremos que guardar durante el resto de nuestras vidas hasta que, frágiles por la edad, se convierta en polvo, en un recuerdo débil y distante, volátil como el rastro de las alas de una polilla en el

cristal de una ventana, el espectro de algo que quizá nunca ocurrió, sino que vivió únicamente en nuestra imaginación.

No puedo soportar la idea de que esto sea algo puntual, de que se haya terminado incluso antes de llegar a empezar, de que ya se esté convirtiendo en un mero recuerdo. Debo aferrarme a ello con todas mis fuerzas. No puedo permitir que Maya se marche. Por primera vez en mi vida mi amor por ella es pleno y todo lo que nos ha llevado a este punto tiene sentido, como si fuera un plan del destino. Pero al mirar su rostro adormilado, sus pómulos llenos de pecas, su piel blanca, los oscuros rizos de sus pestañas, siento un dolor insoportable, como una aguda nostalgia anticipada: el anhelo por algo que nunca podré tener. Maya se ha dado cuenta de que la estoy mirando, alza los ojos y me sonríe, pero es una sonrisa triste, como si supiera lo frágil que es nuestro amor, lo peligrosamente amenazado que está por el mundo exterior. El dolor que me embarga se acentúa, pero aun así sólo puedo pensar en lo que he sentido al besarla, en lo breve que ha sido el momento y en lo desesperado que estoy por volver a sentirlo de nuevo.

Ella sigue mirándome con su diminuta sonrisa melancólica, como si esperara y supiera lo que estoy pensando. La sangre se agolpa y arde en mi cara, mi corazón se acelera, mi respiración se aviva, y ella lo percibe, se da cuenta de todo. Levanta la cabeza y pregunta:

—¿Quieres besarme otra vez?

Asiento, mudo. El corazón me va a cien por hora.

Maya me observa y aguarda, esperanzada.

—Entonces, hazlo.

Cierro los ojos y respiro con dificultad; la angustia crece y me oprime el pecho.

—No... no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque estoy preocupado... Maya, ¿qué pasa si no podemos parar?

—No tenemos por qué parar...

Respiro profundamente y me giro; el aire que me envuelve es cálido y pesado.

—¡Ni se te ocurra pensar así!

Se pone seria y me acaricia la cara interior del brazo con sus dedos, arriba y abajo, con los ojos llenos de tristeza. Su tacto consigue que me invada la nostalgia. Nunca hubiera imaginado que el simple roce de los dedos pudiera conmover tanto.

—Está bien, Lochie, pararemos.

—*Tendrás* que parar. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Me roza la mejilla y me vuelve hacia ella. Cojo su rostro entre las manos y empiezo a besarla con suavidad; y con cada beso, todo el dolor, la preocupación,

la soledad y el miedo comienzan a evaporarse, hasta que lo único en lo que puedo pensar es en el sabor de sus labios, el calor de su lengua, el olor de su piel, su tacto, sus caricias. Y de repente me encuentro luchando por mantener la calma. Me ha cogido la cara con ambas manos y siento su respiración rápida y caliente contra las mejillas; su boca también es cálida, y húmeda. Mis manos quieren tocar todo su cuerpo, pero no puedo, no puedo, y nos estamos besando con tanta fuerza que duele, duele tanto que no puedo más, duele tanto que por muy fuerte que la bese no... no...

—Lochie...

A la mierda la promesa. Ni siquiera sé por qué lo sugerí. No me importa nada, nada salvo...

—Despacio, Lochie...

Aprieto mis labios contra la parte inferior de su boca, la abrazo con fuerza para impedir que se aparte.

—Lochie, para. —Se aparta de mí y me empuja, alargando los brazos y cogiéndome por los hombros. Sus labios están rojos, y ella está ruborizada, salvaje, exquisita.

Estoy respirando muy rápido. Demasiado.

—Te lo he prometido —parece enfadada.

—¡Lo sé! ¡Está bien! —Me pongo de pie de un salto y empiezo a caminar por la sala, arriba y abajo. Ojalá pudiera tirarme de cabeza en una piscina de agua helada.

—¿Estás bien?

No, no estoy bien. Nunca antes me había sentido así y me asusta. Es como si mi cuerpo hubiera tomado el control. Estoy tan excitado que apenas puedo pensar. Tengo que calmarme. Tengo que dominarme. No puedo dejar que ocurra esto. Me paso las manos por el pelo una y otra vez y suelto todo el aire de golpe.

—Lo siento. Debería habértelo dicho antes.

—¡No! —Me giro—. ¡Dios, no es culpa tuya!

—¡Vale, vale! ¿Por qué estás enfadado?

—¡No estoy enfadado! Lo que pasa es que... —Me callo y apoyo la frente contra la pared, luchando por no darme de cabezazos contra ella—. Joder ¿qué vamos a hacer?

—No tiene por qué enterarse nadie —dice en voz baja, mordiéndose la punta del pulgar.

—¡No! —grito.

Entro como una tromba en la cocina y voy directo al congelador a por cubitos de hielo para prepararme algo frío de beber. La sangre que fluye por mis venas se ha convertido en una especie de ácido ardiente y mi corazón retumba con tanta intensidad que lo oigo claramente. No sólo es una frustración física; va mucho más allá: es todo lo que rodea esta situación inverosímil, el horror de

aquello en lo que nos hemos metido, la desesperación de saber que nunca podré amar a Maya como me gustaría.

—Lochie, por el amor de Dios, cálmate. —Me coge del brazo mientras yo me peleo con el cajón del congelador.

Le doy un golpe brusco.

—¡No!

Maya da un paso atrás.

—¿Eres consciente de lo que estamos haciendo? —le digo—. ¿Tienes la más mínima idea? ¿Sabes cómo se llama esto? —Cierro el congelador de portazo y doy vueltas alrededor de la mesa.

—¿Qué te pasa? —susurra Maya—. ¿Por qué la tomas conmigo?

Me paro en seco y la miro.

—No podemos hacer esto —espeto, horrorizado al darme cuenta de lo que ha pasado—. No podemos. Si empezamos, ¿cómo vamos a pararlo? ¿Cómo coño vamos a mantenerlo en secreto? No tendremos vida, estaremos atrapados, viviremos escondiéndonos, siempre fingiendo...

Me devuelve una mirada enorme; sus ojos azules están muy abiertos, como si estuviera en estado de shock.

—Los niños... —dice en voz baja. Se ha dado cuenta de otra cosa—. Los niños... Si alguien lo descubre, ¡nos los quitarán! —Sí.

—Entonces, ¿no podemos hacer esto? ¿De verdad que no podemos? —Lo expresa como una pregunta, pero su mirada afligida delata que ya conoce la respuesta.

CAPÍTULO CATORCE

Maya

Estoy cansada. Terriblemente cansada. El agotamiento me aplasta como una fuerza invisible y se lleva por delante todo pensamiento racional, todo sentimiento. Estoy harta de arrastrarme así día tras día, de llevar puesta una máscara, de fingir que todo va bien. Intento entender lo que me dicen los demás, trato de concentrarme en clase y parecer normal delante de Kit, Tiffin y Willa. Estoy cansada de pasarme cada minuto de cada hora intentando evitar el llanto, tragando saliva para tratar de aliviar el nudo permanente que me atenaza la garganta. Incluso por la noche, cuando me tumbo en la cama y abrazo la almohada, mirando a través de las cortinas abiertas, no me dejo llevar, porque si lo hiciera me derrumbaría, me rompería en miles de pedazos, como un cristal hecho añicos. La gente me pregunta qué me pasa, y eso hace que me entren ganas de gritar. Francie piensa que es porque Nico me rechazó, y yo no tengo ninguna intención de sacarla de su error, porque es más fácil que piense eso que tener que inventarme otra mentira. Nico ha intentado hablarme en un par de ocasiones durante el recreo, pero le he dejado muy claro que no estoy de humor para conversar. Parece que está dolido, pero no me importa en absoluto. « Si no hubiera sido por ti... —me pongo a pensar—. Si no hubiera sido por aquella cita...» .

Pero ¿cómo voy a culpar a Nico por haberme ayudado a darme cuenta de que estaba enamorada de mi hermano? La sensación ha estado durante años, latente, pero cada día un poco más cerca de volverse consciente; era cuestión de tiempo que permeara la pequeña membrana de la necesidad de reconocer lo que somos: dos personas enamoradas, presas de un amor que posiblemente nadie más pueda entender. ¿Realmente me arrepiento de lo que ocurrió esa noche? ¿De ese momento de alegría incomparable, de ese sentimiento que mucha gente ni siquiera llegará a experimentar en toda su vida? Pero lo malo de probar la felicidad en estado puro es que, de igual forma que sucede con una droga, cuando se atisba el paraíso siempre se quiere más. Después de algo así, nada puede volver a ser como antes. En comparación, todo lo demás deja de tener el

menor aliciente. El mundo se vuelve aburrido y vacío, un absoluto sin sentido. Ir al colegio, ¿para qué? Para aprobar exámenes, sacar buenas notas, ir a la universidad, conocer gente nueva, encontrar un trabajo y, ¿marcharse? ¿Cómo podría vivir una vida lejos de Lochan? ¿Le vería sólo un par de veces al año, como les ocurre a mamá y al tío Ryan? Se criaron juntos, y durante un tiempo también estuvieron muy unidos. Pero entonces él se casó y se mudó a Glasgow. ¿Y qué tienen ahora en común mamá y el tío Ryan? Les separan muchas más cosas que la distancia y los diferentes estilos de vida; seguro que habrán olvidado los recuerdos de su niñez. ¿Es eso lo que nos pasará a Lochan y a mí? Y aunque nos quedáramos los dos en Londres, ¿que pasará cuándo él se eche novia, o yo encuentre novio? ¿Cómo lo soportaremos? ¿Cómo podremos ver al otro llevando una vida independiente sabiendo lo que compartíamos y lo que podríamos haber tenido?

Intento aliviar el sufrimiento pensando en la alternativa. ¿Tener una relación física con mi hermano? Nadie hace eso, es repugnante, sería como si Kit fuera mi novio. Me da escalofríos. Quiero a Kit, pero la idea de besarle me resulta repugnante. Sería horrible, repulsivo. Hasta me da repelús imaginarle dándose el lote con esa esquelética chica americana con la que va a todos lados. No quiero saber lo que hace con esa supuesta novia. Cuando sea mayor espero que encuentre a una buena chica, espero que se enamore y que se case, pero nunca, jamás, me interesarán los detalles íntimos de la relación, el lado carnal. Eso es asunto suyo. Entonces, ¿por qué con Lochan es todo tan distinto? La respuesta es muy sencilla: porque a Lochan nunca lo he visto como a un hermano. Ni como a uno pequeño y pesado ni como a uno mayor y mandón. Nosotros siempre hemos sido iguales. Hemos sido amigos íntimos desde que éramos bebés. Desde que nacimos hemos compartido un vínculo mucho más estrecho que la simple amistad. Juntos hemos criado a Kit, Tiffin y Willa. Hemos llorado juntos y nos hemos consolado mutuamente. Nos hemos visto en nuestros momentos más débiles. Hemos compartido una carga imposible de explicar para el resto del mundo. Hemos estado ahí el uno para el otro, como amigos, como compañeros. Siempre nos hemos querido, y ahora también queremos amarnos cuerpo a cuerpo, físicamente. Quiero explicarle todo esto, pero sé que no puedo. Sea cual sea la causa de nuestros sentimientos, sé que no hay manera de justificarlos. Es imposible: Lochan no puede ser mi novio. De entre los miles de millones de habitantes de este planeta, él es la única persona con la que no puedo estar. Y tengo que aceptarlo, aunque me corroa lentamente por dentro como el ácido corroe al metal.



El trimestre llega a su fin, gris, sombrío, implacable. En casa, la rutina sigue su curso día tras día. El otoño da paso al invierno y los días se acortan notablemente. Lochan se comporta como si aquella noche nunca hubiera existido. Ambos lo hacemos. ¿Qué otra opción nos queda? Hablamos sobre cosas triviales, pero nuestras miradas nunca se cruzan y, cuando lo hacen, sólo nos miramos un instante o dos antes de apartar los ojos con nerviosismo. Pero no puedo evitar preguntarme qué pensará. Sospecho que, al verlo como algo tan malo, lo habrá expulsado de su mente. Y de todos modos, ya tiene bastante en lo que pensar. Su profesora de inglés aún está empeñada en hacerle hablar delante de todos sus compañeros y sé que teme sus clases. El comportamiento de mamá es más irresponsable, cada vez pasa más tiempo con Dave y muy raramente llega a casa sobria. De vez en cuando va de compras y, para aliviar su sentimiento de culpa, vuelve con regalos para todos: juguetes que se romperán a los dos días, más videojuegos para mantener a Kit pegado a la pantalla y caramelos que sólo harán que Tiffin esté más hiperactivo. Yo lo observo todo como si lo viera desde lejos, y me siento incapaz de enfrentarme a ello de nuevo. Lochan está pálido y tenso; intenta mantener el orden en casa, pero sé que está a punto de derrumbarse y que yo soy incapaz de ayudarlo.

Estoy sentada frente a él en la mesa de la cocina, viendo cómo ayuda a Willa con los deberes. El dolor me abruma, siento un profundo sentimiento de pérdida. Revuelvo mi té frío y observo todos esos rasgos familiares: el modo en que, cada dos por tres, se aparta el pelo de los ojos con un soplido, la manera que tiene de morderse el labio cuando está nervioso. Miro sus manos, que reposan sobre la mesa; observo sus uñas mordidas; sus labios, los mismos que una vez acariciaron los míos, están ahora agrietados y descarnados. Al mirarlo siento más dolor del que puedo soportar, pero aun así meuerzo por hacerlo. Quiero absorber todo lo que pueda de él, quiero recuperar, aunque sólo sea en mi mente, lo que he perdido.

—El chico se metió en una c-u-e-v-a —Willa deletrea en voz alta.

Está arrodillada en su silla y señala una letra detrás de otra, con el pelo dorado cayéndole como una cortina sobre la cara y las puntas del cabello barriendo la página con un débil sonido, como un susurro.

—¿Qué palabra forman esas letras? —le pregunta Lochan.

Willa analiza las imágenes, pensando.

—¿Roca? —dice con optimismo, mirando esperanzadamente a Lochan con sus enormes ojos azules.

—No, mira, la palabra es: c-u-e-v-a. Junta las letras y dilas muy rápido. ¿Qué palabra sale?

—¿Cuva? —Está inquieta y distraída, desesperada por salir a jugar, pero también contenta por la atención que le está prestando su hermano.

—Casi, pero te has dejado una *e* a la mitad. ¿Cómo se llama esa *e*?

—¿*E* mayúscula?

La lengua de Lochan revolotea, frota su labio con impaciencia.

—Mira, esto es una *e* mayúscula. —Hojea el libro en busca de una, pero no la encuentra y la escribe él mismo en un trozo de papel de cocina usado.

—¡Qué asco! Tiffin se ha sonado la nariz con eso.

—Willa, ¿estás mirando? Esto es una *e* mayúscula.

—Una *e* mayúscula con mocos. —Willa se ríe. Me hace gracia y yo también sonrío.

—Willa, esto es muy importante. Es una palabra fácil, sé que puedes leerla si lo intentas. Esta es una *e* con poderes mágicos. ¿Cuáles son esos poderes?

Frunce el ceño con determinación y vuelve a mirar el libro; curva la lengua sobre el labio superior, concentrada; su pelo oculta parcialmente la página.

—¡Me ayuda a pronunciar la otra vocal! —grita de repente, golpeando el aire con el puño en señal de triunfo.

—Bien. Y, ¿cuál es esa vocal?

—Eh... —Vuelve a la página frunciendo el ceño otra vez, enroscando de nuevo la lengua—. Eh... —dice de nuevo intentando ganar algo de tiempo—. ¿La *u*?

—Muy bien. Entonces la *e* mágica hace que el sonido sea...

—Ue.

—Sí. Ahora intenta hacerla sonar pronunciando toda la palabra.

—C-ue-va. ¡Cueva! ¡El chico se metió en una cueva! Mira Lochie, ¡lo he leído!

—¡Chica lista! ¿Lo ves? ¡Ya sabía que podías hacerlo! —Lochan sonrío, pero en su mirada hay algo más. Un poso de tristeza que nunca se desvanece.

Willa termina de leer el libro y se va con Tiffin a ver la televisión en la sala de estar. Yo hago como si diera sorbitos a mi té y miro a Lochan por encima del borde de la taza. Está demasiado cansado como para moverse. Sigue sentado, como si le pesara todo el cuerpo. Delante de él, papeles, libros desparramados, notas del colegio y la mochila de Willa. Entre nosotros, sólo silencio, tan tenso como una goma.

—¿Estás bien? —le pregunto al fin.

Esboza una sonrisa irónica y parece dudar, mirando la mesa llena de

porquería.

—La verdad es que no —responde lentamente evitando mi mirada—. ¿Y tú?

—Tampoco. —Presiono el borde de la taza con los dientes para intentar detener las lágrimas—. Te echo de menos —susurro.

—Yo también te echo de menos. —Sigue mirando la portada del libro de lecturas de Willa. Sus ojos se iluminan por un instante—. Puede... —Se le quiebra la voz, así que lo intenta de nuevo—. Igual deberías darle otra oportunidad a DiMarco. Corre el rumor de que está... ¿está colado por ti! —Risa forzada.

Me quedo mirándole en silencio, atónita. Me siento como si me hubieran pegado un tiro en la cabeza.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunto, tratando de controlarme y de mantener la calma.

—No... por supuesto que no. Pero igual... ayuda. —Me observa con una mirada de absoluta desesperación.

Continúo haciendo presión con los dientes hasta que me aseguro de que no voy a ponerme a llorar y le doy vueltas a su extravagante proposición.

—¿Me ayudaría a mí o a ti?

El labio inferior le tiembla, e inmediatamente se lo muerde; no parece darse cuenta de que está jugueteando con el libro de Willa, abriéndolo y cerrándolo como si fuera un acordeón.

—No lo sé. Quizás a los dos —dice apurado.

—Entonces tú deberías salir con Francie —le suelto.

—De acuerdo. —No levanta la vista.

Me deja muda por un momento.

—Tú... pero... y yo pensaba que no te gustaba. —Mis palabras dejan traslucir claramente el horror que me provoca semejante idea.

—No me gusta, pero *algo* tendremos que hacer. Debemos salir con otras personas. Es... es la única manera.

—¿La única manera de qué?

—De... de superar esto. De sobrevivir.

Dejo la taza bruscamente en la mesa, derramando el té sobre mi mano y el puño de mi camisa.

—¿Tú crees que voy a superar esto? —grito; me arde la cara.

Agacha la cabeza y se encoge, y levanta una mano para protegerse, como si temiera que fuera a golpearle.

—No... no puedo... Por favor, no empeores la situación.

—¿Y cómo iba a empeorarla? —resuello—. ¿Hay algo peor que esto?

—Lo único que sé es que tenemos que hacer algo. Yo no puedo... ¡No puedo seguir así! —Toma aire con dificultad y aparta la vista.

—Lo sé —rebajo el tono y me obligo a calmarme—. Yo tampoco.

—¿Y qué podemos hacer? —Sus ojos imploran a los míos.

—Está bien. —Anulo mis pensamientos, mis sentidos—. Se lo diré a Francie mañana. Se pondrá más contenta que unas pascuas. Pero es buena chica, Lochan. No puedes cortar con ella sin más dentro de una semana.

—No lo haré. —Me mira; tiene los ojos llenos de lágrimas—. Estaré con Francie todo el tiempo que ella quiera. Total, si no puedo estar contigo ¿qué más me da una que otra?



Hoy todo parece distinto. La casa está fría y me resulta extraña. Kit, Tiffin y Willa son como dobles de su yo auténtico. A Lochan, la personificación de mi pérdida, no puedo ni mirarlo. Cuando camino hacia el colegio, tengo la sensación de que alguien hubiera cambiado de sitio las calles. Podría estar en cualquier ciudad extranjera, en un país lejano. Los peatones que caminan a mi lado parecen inertes. Así me siento yo también, muerta, sin vida. Ya no sé quién soy. La chica que era antes de aquella noche, de aquel beso, ha sido borrada de la faz de la Tierra. Ya no soy quien era y aún no sé en quién me voy a convertir. Las bocinas estridentes de los coches me sobresaltan, y lo mismo me sucede con el sonido de las pisadas en la acera, con los autobuses, con las tiendas que abren sus persianas y con la cháchara irritante de los niños que van hacia la escuela.

Nunca me había dado cuenta de lo grande que es este edificio y de lo inhóspito y descolorido que es el paisaje que conforma. Los alumnos se apresuran hacia sus clases y se me antojan extras en el plato de una película. Debo seguir moviéndome para encajar en toda esta actividad, igual que un electrón debe obedecer a la corriente. Subo las escaleras muy despacio, una tras otra, mientras la gente choca conmigo y me empuja. Cuando llego a mi clase, veo cosas en las que no había reparado antes: huellas dactilares en las paredes, el linóleo manchado y roto como la delicada cáscara de un huevo que desaparece rítmicamente bajo mis pies. A lo lejos, las voces intentan llegar a mí, pero las repelo. Los sonidos me atraviesan, pero no los escucho: el chirriar de las sillas, las risas y las charlas, el parloteo de Francie, el zumbido monótono del profesor de historia. El sol se filtra a través de un manto de nubes y entra oblicuamente por el cristal de la ventana, derramándose en mi pupitre, sobre mis ojos. Se forman manchitas blancas delante de mí, bailan como burbujas de color y luz y me mantienen distraída hasta que suena el timbre. Francie está a mi lado, y de su

boca, de sus labios pintados de rojo, las preguntas no hacen más que brotar y brotar. Esos son los labios que pronto besarán los de Lochan. Tengo que decírselo ahora, antes de que sea demasiado tarde, pero he perdido la voz y lo único que articulo es aire vacío.

Me salto la segunda clase para escaparme de mi amiga. Camino por el colegio, ahora desierto, por mi celda en esta prisión gigantesca, buscando respuestas que sé que no podré hallar. Las suelas de mis zapatos golpean los escalones mientras subo y bajo, mientras doy vueltas y más vueltas por cada piso, buscando... ¿qué? ¿La absolución? La implacable luz invernal gana intensidad, inundándolo todo a través de las ventanas y rebotando contra las paredes. Siento su presión contra mi cuerpo, me abrasa la piel. Estoy perdida en este laberinto de pasillos, escaleras, pisos que se superponen unos encima de otros como un montón de naipes. Si sigo adelante puede que encuentre el camino de vuelta, de regreso a la persona que era antes. Ahora me muevo más despacio. Puede que incluso esté flotando. Nado a través del espacio. La Tierra ha perdido su gravedad, todo parece estar en estado líquido a mi alrededor. Llego a otra escalera; mis pasos se licúan. La suela de uno de mis zapatos se despegas y piso sobre la nada.

CAPÍTULO Q UINCE

Lochan

Me quedo mirando la nuca de Nico DiMarco. Me fijo en la mano morena y dedos romos que tiene apoyados en el pupitre, y la idea de que esos dedos toquen a Maya me pone enfermo. No puedo quedarme con los brazos cruzados, sin hacer nada, viendo cómo mi hermana sale con otro, de la misma forma que tampoco puedo salir con Francie o con otra chica y fingir que puedo reemplazar a Maya. Tengo que encontrarla; por Dios, espero que no sea demasiado tarde. Tengo que decirle que no hay trato. Igual con el tiempo encuentra a alguien con quien quiera estar, y yo seré feliz sabiendo que lo es. Pero para mí nunca habrá nadie más. La absoluta certeza de esta verdad me abruma.

Las manecillas del reloj que hay encima de la pizarra siguen moviéndose. La segunda clase está a punto de terminar. No se lo habrá dicho ya a Francie, ¿no? Supongo que habrá decidido esperar hasta el recreo. Me encuentro fatal, creo que estoy enfermo. Que yo sea incapaz de seguir con esta farsa no significa que ella piense lo mismo. Puede que la idea haya sido mía, pero fue ella quien propuso el intercambio. Tal vez se haya replanteado darle una segunda oportunidad a DiMarco. Quizá la agonía de las últimas semanas le ha servido para darse cuenta del alivio que supondría tener una relación normal.

Suena el timbre y salgo disparado del pupitre, agarrando la bandolera y la chaqueta al vuelo, ignorando los gritos del profesor sobre los deberes. Hay un atasco enorme en la escalera, así que decido bajar por las que hay al otro extremo del pasillo. Aquí también se ha formado un tapón de alumnos, pero están todos inmóviles. Algo ha hecho que se queden de piedra, apiñados como amebas, volviéndose los unos a los otros y hablándose en tono de urgencia, agitados. Los empujo e intento pasar entre ellos. Una cinta roja colgada de un lado a otro de la escalera me impide el paso. Me agacho para pasar por debajo, pero alguien me retiene agarrándome de un hombro.

—No puedes pasar por ahí —dice una voz—. Ha habido un accidente.

Doy un paso atrás involuntariamente. Vaya, esto es genial.

—Se ha caído una chica. La han llevado a la enfermería. Estaba inconsciente

—añade alguien más en tono serio.

Miro la cinta, con la tentación de pasar otra vez por debajo.

—¿Quién se ha caído? —pregunta otra voz a mis espaldas.

—Una chica de mi clase. Maya Whitely. Lo he visto todo, y no se ha caído, ha saltado.

—¡Eh!

Me cuelo por debajo de la cinta y me precipito escaleras abajo; las suelas de mis zapatos rechinan sobre el linóleo. La planta baja está llena de alumnos que quieren salir y todo el mundo se mueve a cámara lenta. Me abro paso entre la multitud, rozando hombro con hombro a los demás; la gente me empuja desde todos los ángulos y oigo gritos airados a mi espalda mientras intento pasar a toda costa.

—Eh, eh, eh... —Alguien me agarra por el hombro.

Me doy la vuelta preparado para propinar otro empujón, pero me encuentro cara a cara con la señorita Azley.

—Lochan, tienes que esperar aquí, la enfermera está ocupada...

Me retuerzo intentando liberarme de ella, pero se mantiene firme y me bloquea la entrada.

—¿Qué pasa? —pregunta—. ¿Te encuentras mal? Siéntate aquí y déjame ver si puedo ayudarte.

Doy un paso atrás instintivamente.

—Déjame pasar —resuello—. Por el amor de Dios, tengo que...

—Tienes que esperar aquí. Una alumna ha tenido un accidente y la señora Shah está con ella.

—Es Maya...

—¿Qué?

—¡Mi hermana!

Su expresión cambia.

—Oh, Dios. Lochan, escucha, está bien. Sólo se ha desmayado. No ha caído desde demasiada altura...

—Por favor, ¡déjeme verla!

—Siéntate un momento. Voy a preguntarle a la enfermera.

La señorita Azley desaparece por la puerta. Me siento en una de las sillas de plástico y me muerdo el puño. Mis pulmones necesitan aire.

Minutos más tarde, la señorita Azley sale para decirme que Maya está bien, sólo un poco aturdida y magullada. Me pide el teléfono de nuestra madre; le digo que no está y que yo me encargaré de llevar a Maya a casa. Parece preocupada: hay que llevarla a urgencias para asegurarse de que no ha sufrido un traumatismo en la cabeza. Insisto en que yo también puedo ocuparme de eso.

Al fin me dejan verla. Está en la pequeña salita blanca, en una cama, recostada sobre un cojín y tapada hasta la cintura con una manta color verde

lima. Le han quitado la corbata y le han subido la manga derecha, dejando a la vista una herida de color rosa oscuro. El codo lo tiene vendado. También le han quitado los zapatos y sus piernas desnudas cuelgan a un lado de la cama. Una gasa blanca le tapa la rodilla. Su pelo cobrizo, liberado de la cola de caballo, cae suelto sobre sus hombros. Está muy pálida. La sangre seca y cuarteada rodea un pequeño corte en el pómulo, y la mancha roja contrasta desoladoramente con el resto de su cara. Unas acentuadas ojeras subrayan los ojos enrojecidos y vacíos. No sonríe cuando me ve: la luz ha abandonado su rostro; en su lugar hay una mirada sin brillo, fruto del impacto y el desánimo.

Avanzo unos pasos hasta situarme en el limitado espacio que hay entre la puerta y la cama, y Maya parece evitar mi mirada. Reculo rápidamente, y apoyo las manos sudorosas contra la fría pared que hay a mis espaldas.

—¿Qué... qué ha pasado?

Parpadea un par de veces y me mira con ojos cansados durante un rato.

—Todo va bien. Estoy bien...

—¡Pero dime qué ha pasado, Maya! —Mi voz es incapaz de ocultar el nerviosismo.

—Me he desmayado al bajar por las escaleras. No he desayunado y me han dado un bajón de tensión, eso es todo.

—¿Qué ha dicho la enfermera?

—Que estoy bien y que no debería saltarme las comidas. Quiere que vaya al hospital para comprobar que no tengo una conmoción cerebral, pero no hace falta. No me duele la cabeza.

—¿Creen que te has desmayado porque no has desayunado? —El tono de mi voz se eleva—. ¡Pero eso es absurdo! Tú jamás te has desmayado y casi nunca desayunas.

Cierra los ojos como si mis palabras le hicieran daño.

—Lochie, estoy bien. De verdad. ¿Podrías convencer a la enfermera para que me deje salir de aquí? —Abre los ojos de nuevo y, por un instante, parece afligida—. ¿O... o tienes clases que no te puedes saltar?

La miro.

—No digas tonterías. Voy a llevarte a casa ahora mismo.

Esboza una pequeña sonrisa y siento que me derrito.

—Gracias.

La señora Shah pide un taxi para que vayamos al hospital, pero en cuanto salimos por la puerta Maya le dice al taxista que se marche. Echa a andar por la acera, apoyándose en la pared para mantener el equilibrio.

—Vamos. Me voy a casa.

—La enfermera ha dicho que el golpe puede haberte provocado una conmoción... ¡Tenemos que ir al hospital!

—No seas tonto. El golpe no ha sido en la cabeza. —Sigue su trayectoria

inestable; luego se da media vuelta y me tiende la mano. Al principio la miro sin darme cuenta.

—¿Puedo apoyarme un poco en ti? —Me mira como si se estuviera disculpando—. Me flojean las piernas.

Me apresuro hacia ella, la agarro de la mano, me paso su brazo por la cintura y coloco el mío alrededor suyo.

—¿Así? ¿Está... está bien así?

—Sí, pero no hace falta que me apretujes tanto...

La aflojo un poco, nada más.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

Vamos caminando por la calle, y su cuerpo, tan ligero y frágil como el de un pájaro, se apoya en el mío.

—Bueno, no está mal —dice con un atisbo de diversión en la voz—. He conseguido que nos dieran un día libre a los dos y ni siquiera son... —Aparta la mano de mi cadera para mirar el reloj—. Ni siquiera son las once. —Sonríe y levanta la cara para que nuestros ojos se encuentren; el sol de la mañana baña su rostro apagado.

Intento coger algo de aire.

—Granujilla —le digo, tragando con fuerza.

Seguimos caminando en silencio unos minutos más. Maya se agarra a mí con fuerza. De vez en cuando aminora la marcha y le pregunto si quiere sentarse, pero niega con la cabeza.

—Lo siento —dice en voz baja.

Dios. No. Noto de nuevo la opresión en el pecho.

—También fue cosa mía —añade.

Giro la cabeza hacia otro lado, inspiro profundamente y retengo el aire. Si me muerdo el labio con la fuerza suficiente y me obligo a mirar fijamente a los viandantes curiosos podré mantener la compostura un poco más, sólo un poco. Pero Maya se ha dado cuenta. Es como si su preocupación permeara mi piel.

—¿Lochie?

«Para. No hables. No puedo soportarlo, Maya. Por favor, entiéndelo».

Vuelve su cara hacia mí.

—No te machaques por esto, Lochie. No ha sido culpa tuya. —Suspira sobre mi hombro.



Maya entra en la cocina mientras yo me quedo fuera, haciendo como si organizara el correo mientras intento recomponerme. Entonces, de repente, percibo su silueta recortándose en la puerta. Se la ve maltrecha, con el pelo enmarañado, la ropa arrugada y la rodilla vendada. Una mancha de color burdeos se extiende bajo su pómulo derecho; en un par de días se convertirá en un gran moratón. «Maya, lo siento mucho —me gustaría decirle—. En ningún momento quise hacerte daño».

—¿Me podrías hacer un café? —me pregunta con una sonrisa vacilante.

—Claro... —Bajo los ojos sin mirar los sobres que tengo en la mano—. Pues cla... claro que sí...

Esta vez me sonrío de verdad.

—Creo que voy a tumbarme en el sofá a ver algo de telebasura mañanera.

Se hace el silencio. Hago como que miro los folletos de propaganda y me tomo un momento para responder mientras un dolor, como un trozo de cristal, me perfora lentamente la garganta.

—¿Vienes a hacerme compañía? —dice dubitativa, esperando mi respuesta.

Una soga invisible se tensa alrededor de mi cuello. No puedo responder.

—¿Lochie?

No me muevo. Si lo hago, pierdo.

—Eh... —De pronto da un paso hacia mí y yo me retiro de inmediato, golpeándome el codo contra la puerta de entrada.

—Lochie, estoy bien. —Levanta las manos poco a poco—. Mirame, estoy bien. Lo ves, ¿no? Me he caído y ya está. Estaba cansada. Todo va bien.

Pero no, desde luego que no va bien, porque me estoy haciendo pedazos poco a poco. «Ahí estás tú, de pie, llena de cortes y heridas que podría haberte infligido yo con mis propias manos. Y te quiero, te quiero tanto que duele, pero lo único que puedo hacer es apartarte de mí y hacerte daño hasta que por fin tu amor se convierta en odio».

La congoja me atenaza el pecho, mi respiración se quiebra y las lágrimas que pugnan por salir me irritan los ojos. Arrugo bruscamente los anuncios de papel brillante que tengo en las manos y apoyo la frente de golpe contra la pared.

Hay un momento de silencio antes de que Maya, impresionada por mi gesto, se acerque hasta mí y me tire suavemente de las manos.

—No, Lochie, todo va bien. Mirame. ¡Estoy bien!

Cojo aire con dificultad.

—Lo siento... ¡Lo siento mucho!

—¿Qué sientes, Lochie? ¡No lo entiendo!

—La idea... anoche... fue tan espantoso, tan estúpido...

—Ya está, eso da igual. Se acabó, ¿verdad? Somos incapaces de hacerlo, así que no se nos ocurrirá plantear nada semejante de nuevo. —Su voz es firme y tranquilizadora.

Tiro la bola de papel al suelo y apoyo la cabeza contra la pared, frotándome los ojos con fuerza.

—¡No sabía qué hacer! Estaba desesperado... ¡Y todavía lo estoy! ¡No puedo dejar de sentir lo que siento! —Ahora estoy gritando, histérico. Estoy perdiendo la cabeza.

—Escucha... —Me coge las manos e intenta calmarme—. No quiero a Nico ni a nadie más. Sólo te quiero a ti.

La miro, mientras el sonido de mis ásperos e irregulares jadeos inundan el aire.

—Puedo *ser tuyo* —susurro y tiemblo—. Estoy aquí. Y voy a estarlo siempre.

Un gesto de alivio recorre su rostro y sus manos buscan el mío.

—Qué idiotas hemos sido ni al pensar que podrían detenernos. —Me acaricia el pelo, me besa en la frente, en las mejillas, en la comisura de los labios—. Nadie va a conseguir separarnos. No mientras esto sea lo que queremos. Pero tienes que dejar de pensar que está mal, Lochie. Está mal para el resto de la gente, pero es su problema, sus estúpidas normas, sus prejuicios. Ellos son los que están equivocados, los que son intolerantes y crueles... —Me besa la oreja, el cuello, la boca.

—Los que están equivocados son ellos —repite—. Porque no lo entienden. No me importa que seas mi hermano biológico. Para mí *nunca* has sido un hermano. Siempre has sido mi mejor amigo, mi alma gemela, y ahora también me he enamorado de ti. ¿Por qué iba a ser eso un crimen? Quiero abrazarte y besarte y... y hacer todas las cosas que hace la gente que está enamorada —inspira hondamente—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Cierro los ojos y mi rostro ardiente reposa en su mejilla.

—Y yo. Y lo vamos a conseguir. Maya, *tenemos* que hacerlo...



Cuando empujo con el codo la puerta de su habitación para abrirla, con un vaso de zumo en una mano y un bocadillo en la otra, la encuentro profundamente dormida, tumbada boca abajo en la cama, destapada, con los brazos rodeando su cabeza sobre la almohada. Parece tan vulnerable, tan frágil. La brillante luz del mediodía incide de lado, iluminando parcialmente su rostro, su camisa de uniforme arrugada y excesivamente grande, el borde de sus braguitas blancas y la parte superior de su muslo. Esquivo la falda, los calcetines y los zapatos que hay esparcidos por la moqueta del suelo, pongo el plato y el vaso al lado de una pila de folios en su escritorio y me enderezo poco a poco. La miro durante un buen rato.

Cuando se me cansan las piernas de estar de pie, me deslizo hasta el suelo y me apoyo contra la pared, con los brazos cruzados sobre las rodillas. Me da miedo marcharme, aunque sólo sea por un instante, y que le vuelva a ocurrir algo malo. Me da miedo marcharme y que el muro negro del miedo vuelva a interponerse. Pero aquí, a su lado, su cara dormida me recuerda que esto es lo único que importa, y que no estoy solo. Esto es lo que Maya quiere y esto es lo que quiero yo. Luchar contra ello es inútil, sólo servirá para hacernos daño. El cuerpo humano necesita un flujo constante de alimento, oxígeno y amor para sobrevivir. Si pierdo a Maya, pierdo esas tres cosas; separados, moriremos lentamente.

He debido quedarme dormido, y el sonido de su voz es como una descarga eléctrica que recorre todo mi cuerpo. Acomodo mi postura y me froto el cuello. Ella parpadea adormilada y me mira; tiene la mejilla apoyada en el borde de la cama y su pelo rojizo barre el suelo. No sé qué me ha dicho para despertarme, pero tiene el brazo extendido y me alarga una mano. Se la tomo y ella sonríe.

—Te he preparado un bocadillo —le digo mirando al escritorio—. ¿Cómo te encuentras?

Maya no responde, sus ojos me hipnotizan. Noto el calor de su mano en la mía y sus dedos que me aprietan y tiran de mí hacia ella.

—Ven aquí —dice con la voz áspera por el sueño.

La miro y se me acelera el pulso. Me suelta la mano y se mueve para hacerme sitio en la cama. Me quito los zapatos y los calcetines y me levanto tambaleándome mientras ella sostiene mis brazos.

Me tumbo a su lado, respiro su aroma y siento cómo sus piernas se entrelazan con las mías. Me besa suavemente. Los besos cariñosos, susurrantes, hacen que me estremezca y tiemble, excitándome al instante. Soy plenamente consciente de que sus piernas desnudas están atrapadas entre las mías. Me asusta que lo note, que lo sepa. Cierro los ojos y respiro profundamente para calmarme, pero ella me besa en los párpados y su pelo me hace cosquillas en el cuello y en la cara. Oigo cómo mi respiración se acelera.

—No pasa nada —me dice con una alegre sonrisa—. Te quiero.

Abro los ojos y me incorporo un poco. Comienzo a besarla de nuevo, suavemente al principio, hasta que ella me pasa el brazo alrededor del cuello y me aprieta más fuerte, y nuestros besos empiezan a acelerarse, cada vez más profundos y más urgentes, hasta que me resulta difícil encontrar un momento para respirar. Acuno su cabeza con un brazo y sujeto su mano con la mía. Cada beso es más fiero que el anterior, hasta que llega un momento en el que me da miedo hacerle daño. No sé cómo va a acabar esto, no sé qué hacer. Presiono mi cara contra la curva tibia de su cuello, emito un extraño sonido y de repente me doy cuenta de que estoy acariciando sus pechos, con la camisa de algodón áspera bajo mi mano. Sus dedos se deslizan arriba y abajo por el interior de mi camisa, luego viajan alrededor de mis brazos hasta alcanzar mi pecho y tocar mis pezones. Pequeñas descargas eléctricas me recorren el cuerpo. Mi boca atrapa la suya otra vez y vuelvo a jadear en busca de aire; Maya deja escapar unos sonidos que hacen que mi corazón lata más y más fuerte. Me siento arrastrado por una especie de ardiente torbellino de locura, bombardeado por un millón de sensaciones simultáneas: el calor de sus labios, la presión de su lengua, el sabor de su boca, el aroma de su pelo, el tacto de sus pechos... Los botones de su camisa rascan la palma de mi mano y me deslizo bajo ellos, palpando los salientes de sus costillas, que dejan paso abruptamente a su estómago, curvado hacia dentro en un gesto rápido. Me impresiona aventurarme bajo la tela de su camisa y sentir su piel tersa y cálida. Maya tiene una mano en mi pelo y la otra sobre mi estómago. Mis músculos se tensan en respuesta a sus caricias; me alejo, cuando en realidad estoy desesperado por que su mano continúe, y soy muy consciente de que sus dedos se deslizan bajo la cintura de mis pantalones, presionan mi estómago y vacilan al llegar a la goma de mis calzoncillo. Tengo que dejar de besarla para apretar la cara contra la almohada y evitar rogarle que siga adelante. No puedo pensar en nada que no sea esta ciega locura; quiero parar, pero soy incapaz de quedarme quieto. Quiero dejarme llevar como si fuera un accidente, como si no supiera lo que hago. Pero lo sé, lo sé perfectamente. Mis manos se clavan en la sábana, la retuercen y la agarran mientras me empuja hacia ella, mientras me froto contra ella, primero de manera imperceptible, esperando que no se dé cuenta; pero enseguida, a medida que el ritmo y la presión aumentan como si tuvieran voluntad propia, eso también escapa a mi control, y mi entrepierna se enlaza con fuerza en su pelvis, y entre nosotros sólo queda ya la fina y suave tela de nuestra ropa. Desearía sentir su piel desnuda, aunque notar su cuerpo bajo el uniforme del colegio basta para verme atrapado en un torbellino de anhelo y deseo. Oigo el sonido de mi áspera respiración, la fricción de nuestros cuerpos. Sé que debería parar, sé que tengo que parar ya, porque si sigo... si sigo, sé lo que va a pasar... Tengo que parar, tengo que parar... Entonces su boca encuentra la mía, me besa profundamente y una corriente eléctrica chispea y crepita por todo mi cuerpo, enviando centellas

rojas de una euforia exquisita. Y de repente estoy temblando con fuerza contra ella y el éxtasis explota por todo mi cuerpo como el sol...



Maya se pone de lado para mirarme y me aparta el pelo de la cara; parece sorprendida y tiene un gesto divertido en los labios. Cuando su mirada alegre se encuentra con la mía, inspiro profundamente mientras me invade la vergüenza.

—Me... me he dejado llevar un poco. —Me recompongo e intento disimular mi inquietud. ¿Se ha dado cuenta de lo que ha pasado? ¿Está enfadada?

Arquea las cejas y contiene la risa.

—¡No fastidies!

Se ha dado cuenta. Joder.

—Bueno, eso es lo que ocurre si... si *haces* ese tipo de cosas. —Mi voz suena con un tono más elevado del que pretendía: inestable, quebrada, a la defensiva.

—Lo sé —dice en voz baja—. Vaya.

—No he podido... no he podido parar. —El corazón me late muy fuerte. Me muero de vergüenza.

Me besa en la mejilla.

—Lochie, no pasa nada. ¡No quería que pararas!

Me relajo y tiro de ella para acercarla a mí, y su pelo me cubre la cara.

—¿De verdad?

—¡De verdad!

Cierro los ojos. Estoy tranquilo.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

Después de un rato, la oigo respirar de forma entrecortada, soplando cálidamente en mi mejilla: se está riendo en silencio.

—¡Te has quedado dormido!

Hago un esfuerzo por abrir los ojos y me río con timidez. Es verdad. Estoy hecho polvo. Me pesan los párpados, como si una fuerza invisible tirara de ellos, y toda la energía se ha evaporado de mi cuerpo. Acabo de experimentar los minutos más intensos de mi vida y ahora me siento débil. Me muevo incómodo en la cama y me ruborizo de nuevo.

—Creo que necesito una ducha...



No puedo dejar de pensar en ello durante toda la noche y todo el día. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho? Aunque no nos quitamos la ropa, aunque lo que hicimos no fue *técnicamente* ilegal, soy consciente de que nos hemos saltado los límites y hemos empezado a pisar terreno peligroso. Esto podría llevarnos a algo tan terrible y maravilloso al mismo tiempo que soy incapaz de pensar en ello. Intento convencerme a mí mismo de que no ha pasado nada, de que sólo intentaba reconfortarla, pero ni siquiera yo soy tan iluso como para creerme mis ridículas excusas. Y ahora se ha convertido en una droga. No sé cómo he podido vivir durante tanto tiempo con la presencia diaria de Maya sin compartir este nivel de intimidad...

CAPÍTULO DIECISÉIS

Maya

Al final del día, todo se reduce a cuánto puedes soportar, a cuánto sufrimiento eres capaz de tolerar. Estando juntos no hacemos daño a nadie; separarnos, sin embargo, acabaría con ambos. Me hubiera gustado ser fuerte, me hubiera gustado demostrarle a Lochan que si él era capaz de alejarse de mí tras aquella primera noche, yo también, que si él podía abstraerse saliendo con otra chica, yo podía hacer lo mismo con un chico. Mi mente captaba la idea, pero era incapaz de actuar en consecuencia. En lugar de seguir adelante con nuestro trato, mi cuerpo decidió precipitarse escaleras abajo.

Lochan sigue siendo Lochan, pero ya no es el mismo. Ahora, cuando lo miro, me parece diferente. Mi mente retrocede una y otra vez hasta aquella tarde en la cama: el sabor de su cálida boca, el roce de sus dedos sobre mi piel. Quiero estar con él todo el tiempo. Le sigo de habitación en habitación, busco cualquier excusa para estar a su lado, para mirarlo, para tocarlo. Quiero abrazarlo, acariciarlo, besarlo, pero, obviamente, con los demás a nuestro alrededor, no puedo. Quererlo de este modo se ha transformado en un calvario físico. Me invaden un sinfín de emociones contradictorias: por un lado, la efervescente adrenalina y la enorme excitación, que hasta me impiden comer; por otro, un terror que me consume al pensar que en cualquier momento Lochan pueda echarse atrás y decirme que no podemos seguir con esto porque está mal. También me angustia que alguien se entere y nos obliguen a separarnos. No voy a escuchar el tictac de esta bomba que reside en mi mente, no voy a pensar en el futuro, en ese vasto agujero negro en el que ninguno de los dos puede existir, ni juntos ni separados... Me niego a que el miedo por el futuro me arruine el presente. Lo único que importa ahora es que Lochan está aquí conmigo y que nos queremos el uno al otro. Nunca me había sentido tan feliz en toda mi vida.

Lochan también parece más vivo. El aspecto de fatiga y cansancio y la alegría fingida han desaparecido de su rostro. Se ríe con los chistes de Tiffin, hace cosquillas a Willa y le hace dar vueltas y más vueltas hasta que le ruego que pare. Está de buenas con Kit y los habituales comentarios incendiarios han

desaparecido. Incluso ha dejado de morderse el labio. Y cada vez que nuestras miradas se encuentran, su cara se ilumina con una sonrisa.

El viernes por la mañana, dos semanas después de que nos abrazáramos en la cama, entro en la cocina y lo veo frente al fregadero, de espaldas a la puerta, sorbiendo su café de la mañana y mirando por la ventana. Me coloco detrás de él. Se acaba de levantar; tiene el pelo negro aún revuelto y lleva las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, como es habitual. La piel de sus brazos parece tan suave que deseo acariciarla. Incapaz de contenerme, deslizo mi mano sobre la que él tiene libre. Se gira hacia mí con una sonrisa de sorpresa, pero reconozco un atisbo de alarma en sus ojos acompañado de otro sentimiento: un anhelo doloroso, una triste desesperación.

—Los demás bajarán enseguida —me advierte en voz baja.

Echo un vistazo a la puerta cerrada de la cocina, deseando que tuviera un pestillo. Me aparto un poco y acaricio la palma de su mano con mis dedos.

—Te echo de menos —susurro.

Sonríe ligeramente, pero sus ojos siguen tristes.

—Tenemos que... que esperar al momento adecuado, Maya.

—Nunca hay un momento adecuado —respondo—. Entre los niños... y la escuela... y con Kit despierto media noche, nunca estamos solos.

Comienza a morderse el labio otra vez, y se gira para mirar por la ventana. Apoyo mi cabeza en su brazo.

—¡No! —me dice con voz ronca.

—Pero yo sólo...

—¿No te das cuenta? Así es todavía más difícil. Es mucho peor. —Respira entrecortadamente—. No puedo... No puedo soportarlo si tú...

—¿Si yo qué?

No me contesta.

—¿Por qué me rechazas?

—No lo entiendes. —Me mira casi con enfado; su voz ha comenzado a agitarse—. Verte, estar contigo cada día y no poder hacer nada... ¡Es como un cáncer, como si un cáncer me creciera dentro, en el cuerpo, en la mente!

—Está bien. Lo sé. Lo siento. —Intento soltarme, pero sus dedos agarran mi mano.

—No...

Me inclino hacia él y le abrazo muy fuerte mientras me envuelve entre sus brazos. El calor de su cuerpo fluye a través del mío como una corriente eléctrica. Su cálida mejilla acaricia mi cara, sus labios rozan los míos y luego los aparta de nuevo; siento su aliento húmedo y urgente contra mi cuello. Deseo con tanta intensidad que me bese, que hasta me duele.

La puerta se abre de golpe, como si fuera un disparo. Nos separamos. Tiffin se queda de pie, con la corbata colgando y la camisa por fuera del pantalón. Sus

ojos están muy abiertos, y van de mi cara a la de Lochan.

—Vaya, ¡eres el primero en estar listo! —Me sale la voz con un chillido de falsa alegría—. Ven, que te ato la corbata. ¿Qué te apetece desayunar?

Tiffin no se mueve.

—¿Que ha pasado? —pregunta al fin con el rostro preocupado.

—¡Nada! —Lochan da la espalda a la cafetera y le sonríe para tranquilizarle—. Todo va bien. A ver, ¿muesli, tostadas o las dos cosas?

Tiffin ignora los intentos de Lochan por distraerlo.

—¿Por qué estabas abrazando a Maya? —pregunta a su vez.

—Porque... porque Maya estaba un poco preocupada por el examen que tiene hoy —contesta Lochan, vacilante—. Está muy nerviosa.

Asiento como si estuviera de acuerdo y borro con rapidez mi falsa sonrisa.

Tiffin no parece del todo convencido, se desliza lentamente en su silla y olvida exponer sus quejas habituales mientras Lochan le llena el bol con muesli.

El corazón me late con fuerza. No hemos oído la puerta hasta que ya estaba abierta de par en par y ha golpeado la esquina del aparador. ¿Habrá visto cómo Lochan besaba mi cuello? ¿Habrá visto mis labios acariciar los suyos? Tiffin se pone a comer muesli sin hacer ningún comentario más, pero sé que no se ha creído nuestra explicación. Sé que se ha dado cuenta de que algo no va bien. Casi resulta un alivio que Kit y Willa lleguen gritando y quejándose, uno protestando por lo que hay de desayuno y la otra porque ha perdido su álbum de cromos. Nerviosa, echo un vistazo a Tiffin, pero está insólitamente callado.

Está claro que Lochan también está alterado. El color se ha intensificado en sus mejillas y se está mordiendo el labio. Se le cae el zumo de Willa y derrama cereales por la mesa. Se toma un café tras otro e intenta meter prisa a todo el mundo para que terminen de desayunar, aunque ni siquiera son las ocho, mientras sus ojos escudriñan el rostro de Tiffin.

Después de dejar a los niños en el colegio, me dirijo a él y le digo:

—Tiffin no ha visto nada. No ha dado tiempo.

—Solo te ha visto darme un abrazo, pero ahora está preocupado porque piensa que estás triste por algo peor que un examen. No debería haberle dado una excusa tan mala. Pero seguro que esta tarde y a se ha olvidado de todo, y, si no, se dará cuenta de que ya no estás triste. Todo va bien.

Aún siento el nudo de miedo en el estómago. Pero me limito a asentir y sonrío para tranquilizarme.



En clase de matemáticas, Francie masca chicle, pone los pies en la silla vacía de delante, me pasa notas sobre el modo en que Salim Kumar me está mirando y hace conjeturas sobre lo que le gustaría hacer conmigo. Pero en lo único en lo que yo puedo pensar es en que tenemos que cambiar algo. Lochan y yo tenemos que encontrar el modo de estar juntos al menos un ratito cada día sin miedo a que nos interrumpan. Después de lo que ha pasado esta mañana, sé que no volverá a tocarme si los demás están en casa, cosa que, básicamente, ocurre siempre que *nosotros* lo estamos. Y aún no puedo entender por qué, cuando estamos los dos solos en una habitación vacía, no puedo ponerme de pie a su lado, cogerle de la mano y apoyar mi cabeza en su brazo. Dice que lo empeora todo, pero ¿cómo puede haber algo peor que no tocarle?

Hoy tengo que recoger sola a Tiffin y Willa, porque Lochan sale más tarde de clase. De camino a casa, van jugando por delante de mí, como siempre, y me ponen histérica cada vez que cruzan una calle. Cuando llegamos, preparo la merienda y hurgo en sus mochilas para buscar notas de los profesores y los deberes mientras ellos se pelean por el mando a distancia en la sala de estar. Pongo la lavadora, ordeno los cacharros del desayuno y subo a limpiar su habitación. Cuando bajo, ya se han cansado de la tele, la Game Boy no funciona bien y Tiffin quiere salir porque sus amigos están jugando al fútbol. Empiezan a pelearse, y sugiero una partida de Cluedo. Cansados después de toda la semana, acceden, y desplegamos el tablero en la moqueta de la sala de estar: Tiffin está tendido boca abajo, con la cabeza apoyada en una mano y la melena rubia cayéndole sobre los ojos, y Willa se ha sentado con las piernas cruzadas a los pies del sofá; veo un nuevo agujero en las medias rojas de la escuela y, por debajo, el borde de una tirita.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, señalándola.

—¡Me he caído! —anuncia ella, y sus ojos se iluminan con un deleite anticipado, porque se muere de ganas de contar su drama—. Ha sido muy, muy grave. ¡Me he hecho un corte profundo en la rodilla y había muchísima sangre y la enfermera ha dicho que teníamos que ir al hospital para que me pusieran puntos! —Mira a Tiffin para asegurarse de que la audiencia le presta atención—. No he llorado casi nada, sólo hasta que ha terminado el recreo. La enfermera ha dicho que soy muy valiente.

—¡Te han puesto puntos! —La miro fijamente, horrorizada.

—No, porque después de un rato ha dejado de salir sangre, así que la enfermera ha dicho que creía que no hacía falta. Ha intentado llamar a mamá varias veces, pero le he dicho que ése no era el número.

—¿Cómo que no era el número?

—Le he dicho muchas veces que tenía que llamaros a ti o a Lochie en vez de a mamá, pero no me ha hecho caso, ni siquiera cuando le he dicho que me sabía vuestros teléfonos de memoria. Así que ha dejado un montón de mensajes en el móvil de mamá y me ha preguntado si tenía una abuelita o un abuelito que pudiera venir a recogerme.

—Ay, Dios, déjame ver. ¿Aún te duele?

—Sólo un poquito... ¡Ay! ¡No me quites la tirita, Maya! ¡La enfermera ha dicho que tengo que dejármela puesta!

—Vale, vale —respondo enseguida—. Pero la próxima vez dile a la enfermera que tiene que llamarnos a Lochie o a mí. Insístele, Willa, ¿de acuerdo? ¡Que nos llame a nosotros! —Estoy hablando a voz en grito.

Willa asiente, distraída, e intenta colocar las piezas del juego ahora que ha terminado de relatar su odisea. Pero Tiffin sigue mirándome solemnemente, con los ojos azules entrecerrados.

—¿Por qué en la escuela siempre tienen que llamaros a Lochan o a ti? —pregunta en voz baja—. ¿Es que es un secreto y sois nuestros padres de verdad?

Me quedo helada, como en estado de shock. Por un momento se me corta la respiración.

—No, pues claro que no, Tiffin. Lo que pasa es que somos mayores que vosotros, nada más. ¿Por qué te ha dado por pensar eso?

Tiffin sigue taladrándome con la mirada y, literalmente, contengo la respiración, temiendo que haga un comentario sobre lo que ha presenciado esta mañana.

—Porque mamá ya nunca está aquí. Ni siquiera los fines de semana. Tiene una familia nueva en casa de Dave. Ella vive allí y hasta tiene hijos nuevos.

Le miro fijamente y me invade la tristeza.

—No es su nueva familia —intento decir al fin con desesperación—. Sólo pasa allí los fines de semana, y son los hijos de Dave, no los de mamá. Nosotros somos sus hijos. Lo que pasa es que se queda allí más tiempo porque trabaja hasta muy tarde y es peligroso que vuelva a casa sola por la noche.

El corazón me late demasiado rápido. Ojalá Lochan estuviera aquí para decir lo correcto. No sé cómo explicárselo. No sé cómo explicármelo a mí misma.

—Entonces, ¿por qué no viene a casa ni siquiera los fines de semana? —pregunta Tiffin; de repente su voz suena aguda por la ira—. ¿Por qué nunca nos lleva a la escuela o nos recoge para traernos a casa como hacía antes en su día libre?

—Porque... —Vacilo. Sé que ahora voy a tener que mentirle—. Porque

ahora también trabaja el fin de semana y ya no se toma días libres entre semana. Lo hace para ganar más dinero y poder comprarnos cosas bonitas.

Tiffin me mira con severidad un buen rato y, asustada, atisbo al adolescente que será en unos pocos años.

—Me estas mintiendo —dice en voz baja—. Todos mentís. —Se levanta y se va corriendo escaleras arriba.

Me quedo sentada, paralizada por el miedo, la culpa y el horror. Sé que debería subir tras él, pero ¿que voy a decirle? Willa está tirándome de la manga y pidiéndome que juegue con ella; por suerte no se ha enterado de la conversación. Así que recojo las piezas con la mano temblorosa y comienzo a jugar.



A medida que pasa el tiempo, recuerdo el día en que me desmayé como si fuera un sueño que se evapora lentamente en las lagunas de mi mente. No intento tocar a Lochan otra vez. Me repito a mí misma que es algo temporal, hasta que todo se calme con Tiffin, hasta que empiece a centrarse en otras cosas y vuelva a ser el enano descarado que solía ser. No tarda mucho en volver a las andadas, pero aun así sé que se acuerda, que sigue dudando, que está herido y confuso. Y eso basta para mantenerme alejada de Lochan.

Comienza la pesadilla navideña: obras de teatro, disfraces que deben coserse desde cero, discoteca para los alumnos de dieciséis a dieciocho años donde el único que no asiste es Lochan. Luego tenemos vacaciones y llega la Navidad, y decoramos la casa con serpentinas y espumillón que Lochan roba del colegio. Entre los cinco conseguimos llevar el árbol de Navidad a casa desde el centro de la ciudad, y a Willa se le mete una aguja de pino en el ojo y durante unos instantes de espanto creemos que habrá que llevarla a urgencias, pero al fin Lochan consigue sacársela. Tiffin y Willa decoran el árbol con los adornos que han hecho en la escuela y en casa, y aunque el resultado final es un desastre brillante y asimétrico, a todos nos alegra enormemente. Incluso Kit se digna a participar en los preparativos a pesar de que la mayoría del tiempo se le vaya en tratar de demostrarle a Willa que Papá Noel no existe. Mamá nos da nuestros aguinaldos y me voy a comprarle algo a Willa mientras Lochan se encarga del regalo de Tiffin, un sistema que ideamos unas desafortunadas Navidades después de que yo le comprara a Tiffin unos guantes de fútbol con una tira rosa en un

lado. Kit solo quiere dinero, pero Lochan y yo unimos fuerzas y le compramos un par de zapatillas de marca absurdamente caras con las que ha estado dando la lata durante años. En Nochebuena esperamos hasta que le oímos roncar antes de colocar la caja envuelta a los pies de la escalera con las palabras « De parte de Papá Noel» escritas en ella por si acaso.

El día de Navidad, mamá llega tarde, cuando el pavo ya está en el horno. También trae regalos; la mayor parte son trastos de los que ya se han cansado los hijos de Dave: legos y coches de juguete para Tiffin (aunque hace tiempo que dejó de jugar con ese tipo de cacharros); otra copia en DVD de *Bambi* y un Teletubby mugriento para Willa, que ella mira con una mezcla de horror y confusión. A Kit le da unos videojuegos antiguos que no sirven para su consola, pero que cree que puede vender en el colegio. A mí me toca un vestido que me queda grande y que tiene pinta de haber pertenecido, probablemente, a la exmujer de Dave; y Lochan es el nuevo y orgulloso propietario de una enciclopedia generosamente adornada con dibujos obscenos. Todos proferimos las adecuadas exclamaciones de alegría y sorpresa, y mamá se sienta en el sofá, se sirve una gran copa de vino barato, enciende un cigarrillo y sube a Willa y Tiffin a su regazo, con la cara sonrojada por el alcohol.

De algún modo conseguimos sobrevivir a este día. Dave lo está celebrando con su familia, y mamá se queda dormida en el sofá antes de las seis. Engatusamos a Tiffin y Willa para que se acuesten pronto dejando que se suban sus regalos a la habitación y Kit desaparece escaleras arriba con sus videojuegos para empezar a organizar sus chanchullos. Lochan se ofrece para limpiar la cocina y yo, sin ningún pudor, dejo que se encargue de todo, y me voy directa a la cama, agradecida por que el día haya llegado a su fin.

Casi resulta un alivio que el colegio empiece de nuevo. Lochan y yo tenemos exámenes, y mantener entretenidos a Tiffin y Willa cada día durante dos semanas nos ha pasado factura. Volvemos a las clases agotados y admiramos los nuevos iPods, los teléfonos móviles, la ropa de diseño y los portátiles que nos rodean. Durante el almuerzo, Lochan pasa junto a mi mesa.

—Reúnete conmigo en las escaleras —me susurra.

Francie deja escapar un fuerte silbido cuando él se marcha, y me giro a tiempo para ver cómo se pone rojo.

Aquí arriba el viento parece más bien un vendaval; me azota como si estuviera cargado de astillas heladas. No tengo ni idea de cómo puede soportarlo Lochan día tras día. Se está abrazando a sí mismo para protegerse del frío, le castañetean los dientes y tiene los labios teñidos de azul.

—¿Dónde está tu abrigo? —le reprocho.

—Me lo dejé con las prisas esta mañana.

—Lochan, ¡vas a coger una pulmonía! ¿Por qué no te vas a leer a la biblioteca en lugar de quedarte aquí?

—Estoy bien. —No es cierto, está tan helado que apenas puede hablar. Pero en un día como hoy, medio colegio está embutido en la biblioteca.

—¿Qué pasa? No te suele gustar que venga aquí. ¿Ha pasado algo?

—No, no. —Se muerde el labio intentando contener su sonrisa—. Tengo algo para ti.

Frunzo el ceño, confundida.

—¿El qué?

Se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca una pequeña caja plateada.

—Es un regalo de Navidad tardío. No he podido dártelo antes. En casa no podía porque, y a sabes... —Su voz va perdiendo intensidad con torpeza.

La cojo de entre sus manos con cuidado.

—Pero hicimos un trato hace años —protesto—. La Navidad es para los niños. No íbamos a gastarnos más dinero del que teníamos, ¿no te acuerdas?

—Pues este año he roto el trato. —Está emocionado, con los ojos fijos en la caja, deseando que la abra.

—Pero deberías habérmelo dicho. ¡Yo no te he comprado nada!

—No quería que me compraras nada. No te lo he dicho porque quería que fuera una sorpresa.

—Pero...

Me agarra por los hombros y me sacude suavemente, riendo.

—¡Ay! ¿Quieres abrirlo de una vez?

Sonrío.

—¡Vale, vale! Pero me sigo oponiendo a que se rompa el trato sin mi consentimiento... —Levanto la tapa—. Oh... Dios... Lochie...

—¿Te gusta? —Está casi dando saltos sobre las puntas de los pies, con una sonrisa de júbilo y un brillo triunfal en los ojos—. Es plata de ley —me informa con orgullo—. Debería quedarte perfectamente. Tomé la medida de la correa de tu reloj.

Sigo mirando la caja, a sabiendas de que no me he movido ni he dicho una palabra durante un rato. La pulsera de plata está colocada sobre terciopelo negro; es lo más exquisito que he visto en mi vida. Está tallada con intrincados círculos y remolinos, y brilla al reflejar la luz del sol invernal.

—¿Cómo has pagado esto? —Mi voz es un susurro sorprendido.

—¿Importa?

—¡Sí!

Duda un momento, el brillo se desvanece y baja la mirada.

—He estado... He estado ahorrando. Tenía una especie de trabajo...

Levanto la vista de la pulsera, no puedo creerlo.

—¿Un trabajo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Bueno, no era un trabajo de verdad. —La luz ha desaparecido de su mirada

y ahora su voz suena avergonzada—. Me ofrecí a escribir algunas redacciones para algunas personas y, bueno, se puede decir que la cosa fue a más.

—¿Has estado haciendo los deberes para otros a cambio de dinero?

—Sí. Bueno, trabajos para nota, sobre todo. —Baja la vista con timidez.

—¿Desde cuándo?

—Desde que empezó el trimestre pasado.

—¿Has estado ahorrando para esto durante cuatro meses?

Sus zapatos arañan el suelo y sus ojos se niegan a mirarme.

—Al principio sólo era un poco de dinero extra para... Bueno, para cosas de casa. Pero luego me acordé de la Navidad y de que no habías tenido un regalo desde... nunca.

Me resulta muy difícil recuperar el aliento. Me tengo que esforzar para asimilarlo.

—Lochan, tenemos que devolver esto inmediatamente y recuperar tu dinero.

—No podemos —vacila al hablar.

—¿Por qué?

Le da la vuelta al brazaletes. En la cara interna hay grabada una frase: «Maya, te querré siempre. Lochan».

Me quedo mirando la letras, paralizada por la impresión; sólo los gritos distantes del patio rompen el silencio.

Lochan me habla en voz baja:

—Pensé... Pensé que no debía quedarte demasiado holgada para que nadie pudiera ver la inscripción. Y si te da miedo, siempre puedes esconderla en casa. Co... como un amuleto de la suerte o algo así... Quiero decir, sólo... sólo si te gusta, claro... —Su voz se va apagando de nuevo hasta silenciarse.

No puedo moverme.

—Igual ha sido una estupidez. —Ahora habla muy rápido, se le atropellan las palabras—. Seguro que tú no hubieras elegido esto... Los chicos tenemos un gusto horrible para este tipo de cosas. Debería haber esperado y preguntarte. Debería haberte dejado elegir, o comprarte algo más útil, como, eh... como... como...

Aparto la mirada de la pulsera de nuevo. A pesar del frío, las mejillas de Lochan parecen estar calientes por la vergüenza, sus ojos irradian decepción.

—Maya, escucha, de verdad que no importa. No tienes por qué ponértelo ni nada. Tú... Tú escóndelo en casa, por lo del grabado. —Me sonrío con inseguridad, desesperado por olvidar todo el asunto.

Sacudo la cabeza lentamente, trago saliva e intento responder.

—No, Lochie, no. Es... es la cosa más bonita que he tenido jamás. Es el regalo más increíble que me han hecho nunca. Y el grabado... La voy a llevar puesta toda la vida. No puedo creer que hayas hecho esto. Sólo por mí. Todo el trabajo, noche tras noche. Pensaba que estabas volviéndote loco con los exámenes o algo así. Pero todo era para... para regalarme... —No puedo

terminar la frase, me inclino sobre él y apoyo mi cara *en su* pecho.

Lo escucho exhalar de alivio.

—Eh, oye, ¡lo educado es sonreír y decir gracias!

—Gracias —susurro pegada a él, pero las palabras no significan nada en comparación con lo que siento.

Coge la caja y me levanta el brazo. Siento cómo me rodea la muñeca y levanta la manga de mi abrigo. Tras un instante de torpeza, noto la plata fría en mi piel.

—Vaya, ¿qué te parece? Échale un vistazo —dice orgulloso.

Inspiro hondo, conteniendo las lágrimas. La plata labrada que me rodea la muñeca reluce, y justo donde el pulso se acentúa reposan las palabras « te querré siempre ». Ya sé que lo hará.



Nunca me quito la pulsera. Sólo en mi habitación, el único lugar seguro, y me la pongo en la palma de la mano para observar embelesada la inscripción. Por las noches duermo con las cortinas medio abiertas para que el metal atrape la luz de la luna y brille. En la oscuridad, palpo sus formas con mis labios, como si al besar la pulsera me acercara más a Lochan.

El sábado por la noche mamá nos sorprende llegando a casa estrepitosamente, con el maquillaje corrido y el pelo mojado por la lluvia.

—Oh, estáis todos aquí —suspira, sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su decepción, de pie en la puerta de la sala de estar con un anorak de hombre que le viene grande, medias de rejilla y unos tacones que hacen que se tambalee.

Tiffin está haciendo el pino en el sofá, Willa está tirada en la alfombra mirando atontada la televisión y yo estoy intentando acabar un trabajo de historia apoyada en la mesita del café. Kit ha salido con sus amigos y Lochan está arriba, repasando.

—¡Mami! —Willa salta y corre hacia ella, levantando las manos para que la abrace. Mamá le da una palmadita en la cabeza sin mirarla y Willa se conforma con abrazarle las piernas.

—Mamá, mamá, ¡mira lo que puedo hacer! —grita Tiffin triunfalmente, dando una voltereta en el aire, golpeando mi pila de libros y desparramándolos por el suelo.

—¿Cómo es que no estás en casa de Dave? —pregunto en tono mordaz.

—Ha tenido que ir a rescatar a su ex —responde; su boca se curva en un gesto disgustado—. Al parecer es agorafóbica o algo así. Más bien necesita atención médica constante, si me permitís decirlo.

—Mami, vamos a algún sitio. ¡Por favor! —implora Willa colgando de su pierna.

—Ahora no, cielito. Está lloviendo y mamá está muy cansada.

—Podrías llevarles al cine —sugiero rápidamente—. *Superhéroes* empieza en quince minutos. Iba a llevarles yo, pero como no te han visto en dos semanas...

—¡Sí, mamá! *Superhéroes* es muy guay, ¡te va a encantar! En clase la han visto todos ya. —La cara de Tiffin se ilumina.

—¡Quiero palomitas! —pide Willa, saltando arriba y abajo—. ¡Me encantan las palomitas! ¡Y quiero Coca-Cola!

Mamá sonríe con inquietud.

—Niños, me duele mucho la cabeza y acabo de llegar.

—¡Pero has estado en casa de Dave dos semanas enteras! —grita Tiffin de repente, con el rostro congestionado.

Mamá se encoge ligeramente.

—Vale, vale. Está bien —me mira enfadada—. ¿Te das cuenta de que he estado *trabajando* las últimas dos semanas, verdad?

Le devuelvo una mirada fría.

—Igual que nosotros.

Se da la vuelta sobre sus tacones, y tras una discusión por un paraguas, gritos furiosos sobre un abrigo desaparecido y angustiados lamentos sobre que el pie de alguien ha pisado a otro, la puerta principal se cierra de golpe. Dejo caer la cabeza en el borde del sofá y cierro los ojos. Un instante después los abro y sonrío. Se han ido. Se han ido todos. Es demasiado bueno como para ser verdad. Por fin tenemos la casa para nosotros solos.

Subo las escaleras de puntillas; mi pulso se acelera. Voy a darle una sorpresa. Me acercaré sigilosamente por detrás, me deslizaré entre sus brazos y le anunciaré nuestro inesperado momento de libertad con un beso largo y profundo. Me paro delante de la puerta de su habitación, contengo el aliento y giro suavemente el pomo.

Entreabro la puerta poco a poco. Luego me detengo. No está en su escritorio, con la cabeza inclinada sobre un libro como yo esperaba. En vez de eso, está junto a la ventana: con una mano toquetea atentamente el teléfono móvil roto que aún cree que puede salvar; con la otra intenta quitarse un calcetín mientras se tambalea inestablemente sobre una pierna. Está de espaldas, así que no se ha dado cuenta de que lo estoy observando desde la puerta, divertida, mientras él intenta quitarse el otro calcetín, con los ojos aún fijos en la pantalla resquebrajada del teléfono. Luego, con un suspiro de hastío, lo tira en la cama y al quitarse con un gesto rápido la camiseta se despeina el cabello de un modo

muy gracioso. Mira la toalla que está colgando del respaldo de su silla y me doy cuenta de que va a ducharse, así que empiezo a retroceder, pero algo me detiene. Me llama la atención lo mucho que ha cambiado su cuerpo. Siempre ha sido delgado, pero ahora es más musculoso. Su biceps se ha curvado ligeramente, su pecho es suave y sin pelo, y no tiene precisamente una tableta de chocolate pero su estómago está bastante definido...

Me acerco por detrás, furtivamente, deslizo mis brazos alrededor de su cintura y siento cómo se pone en tensión.

—Mamá se los ha llevado —le susurro al oído.

Se da la vuelta entre mis brazos y al instante siguiente nos estamos besando fuerte, frenéticamente; hoy no hay nadie para pararnos ni tenemos límite de tiempo. Pero eso, en lugar de tranquilizarnos, añade un nuevo elemento de emoción y urgencia a la situación. Las manos de Lochan se agitan y me sujetan la cara. Entre besos, jadea suavemente contra mi mejilla, y el dolor que me causa el deseo palpita por todo mi cuerpo. Besa cada parte de mi rostro, mis orejas, mi cuello. Mis manos corren arriba y abajo por su cálido pecho, por sus brazos, por sus hombros. Quiero sentir cada rincón de su cuerpo. Quiero que sienta mi aliento en su cuerpo. Le quiero tanto que duele. Me está besando con tanta fuerza que apenas me deja tiempo para respirar. Sus manos me acarician el pelo, el cuello, la nuca. Su piel desnuda se estremece bajo mi tacto. Pero aún llevamos demasiada ropa, hay demasiados obstáculos entre nuestros cuerpos. Deslizo mi mano hasta la cintura de sus pantalones.

—Espera... —susurro.

Su aliento se quiebra en mi oreja e intenta besarme el cuello, pero lo aparto con suavidad.

—Espera —le digo—. Para un segundo. Tengo que concentrarme.

Mientras bajo la cabeza, siento cómo su cuerpo se pone tenso por la frustración y la sorpresa. Me esfuerzo por concentrarme en lo que hago, con cuidado de no apresurarme. No quiero que esto salga mal, no quiero cometer un error, ponerme en ridículo o hacerle daño...

Desabrochar el botón es fácil. Bajar la cremallera no tanto al primer intento se atasca y tengo que subirla otra vez antes de bajarla de nuevo. De repente Lochan me agarra por las muñecas y me retuerce las manos.

—¿Qué estás haciendo? —Suena como si no se lo creyera, casi enfadado.

—Shh... —Vuelvo a concentrarme en sus pantalones desabrochados.

—¡Maya, no! —Jadea muy fuerte, me habla al borde de la histeria.

Ahora tengo sus manos entre las mías; intenta subirse la cremallera, pero tiene los dedos torpes.

Retiro la goma de sus calzoncillos, meto la mano dentro y siento una oleada de euforia al tocarle. Está sorprendentemente cálido y duro. Con un pequeño grito ahogado Lochan se retuerce hacia delante, sin aliento, tensándose y

mirándome totalmente asombrado, como si hubiera olvidado quién soy. Tiene las mejillas encendidas y la respiración rápida y entrecortada. Entonces, con un pequeño chillido, me agarra por los hombros y me empuja hacia atrás.

—¿Qué coño estás haciendo?

Yo me aparto, muda, mientras él se sube la cremallera. Está gritando tan fuerte como puede, sacudiéndose literalmente de rabia.

—¿Cuál es tu puto problema? ¿Qué coño haces? Sabes que nunca *jamás* podemos...

—Lo siento —suspiro—. Yo... y o sólo... sólo quería tocar...

—¡Esto se nos está yendo por completo de las manos! —Me grita tanto que las cuerdas vocales se le van a salir del cuello—. Estás enferma, ¿lo sabías? ¡Todo esto es patológico! —Me aparta y se aleja; su rostro está morado y de un portazo se mete en el baño. Un momento después oigo correr el agua de la ducha.

Bajo al piso de abajo y camino de un lado a otro de la sala de estar, resoplando; me siento enfadada y culpable a partes iguales. Me cubren el modo en que me ha gritado. Me siento estúpida por no haber parado cuando me lo ha dicho la primera vez. Sin embargo no lo entiendo, no puedo entenderlo. Creía que habíamos decidido que nos daba igual lo que pensaran los demás. Pensaba que habíamos tomado la decisión de estar juntos a pesar de todo. No pretendía engañarle. Simplemente sentí la repentina necesidad de tocarle por todas partes, incluso ahí —especialmente ahí—. Pero ahora el miedo se me enrosca en la garganta, en los hombros, en el pecho. Me da miedo haber arruinado lo que creía que teníamos.

El ruido de sus pasos bajando por la escalera me hace retroceder hasta un rincón de la habitación. Desde el vestíbulo me llega el tintineo de unas llaves, el chirrido de unas deportivas y el sonido de la cremallera de una chaqueta. Y después oigo un portazo.

Me quedo inmóvil, de pie, aturrida. Consternada. Pensaba que íbamos a discutirlo, que iba a tener la oportunidad, al menos, de explicárselo. Pero en lugar de eso se ha ido, me ha dejado. No puedo aceptar algo así, no lo haré. No he hecho nada tan terrible.

Me pongo los zapatos y cojo mi abrigo del colegio. Sin preocuparme siquiera por coger las llaves, salgo de casa a toda prisa. Distingo a duras penas su figura desvaneciéndose en la húmeda oscuridad al final de nuestra calle. Echo a correr.

Cuando me oye acercarme, aprieta el paso y cruza a la otra acera. Intento alcanzarle, esforzándome por respirar, pero levanta el brazo y golpea la mano que extiende hacia él.

—Ya está bien, ¿vale? ¡Vete a casa y déjame en paz de una puñetera vez!

—¿Por qué? —le grito, respirando sofocada el aire helado mientras la lluvia me empapa el pelo y la cara como afiladas agujas de agua—. ¿De verdad te he hecho algo tan horroroso? Subí a darte una sorpresa. Quería decirte que había

venido mamá y que la había obligado a llevar a los niños al cine. Cuando empezamos a besarnos, sólo quería tocarte...

—¿Te das cuenta de lo estúpido que ha sido? ¿Lo peligroso? ¡No puedes hacer esas cosas así de repente!

—Lochie, lo siento. Pensé que al menos podríamos tocarnos. No significa que tengamos que ir más lejos...

—Ah, ¿en serio? Bueno, ¡ya puedes ir olvidándote de tu puto cuento de hadas! ¡Bienvenida al mundo real! —Se vuelve lentamente, lo suficiente como para dejarme ver su cara roja de furia—. ¿Te das cuenta de lo que hubiera ocurrido si no te hubiera parado a tiempo? No es sólo repugnante, Maya. ¡Es ilegal, joder!

—Lochie, ¡eso es un disparate! Que no podamos mantener relaciones sexuales no significa que tampoco podamos tocarnos... —Intento alcanzarle, pero se deshace de mi mano otra vez.

Gira de improviso en el callejón y se encamina hacia el cementerio, pero lo único que hay al final de la calle es una valla cerrada. Sin escapatoria alguna, aún se niega a girarse y mirarme. Allí estoy yo, en medio de una carretera encharcada de agua, con el pelo azotándome la cara, mirándolo. Veo cómo agarra la cerca metálica, cómo la sacude de un modo demencial, la golpea con las manos y la pateo salvajemente.

—Estás loco, ¿sabes? —le grito. La rabia ha reemplazado al miedo—. ¿Por qué coño tiene que ser un problema tan grande? ¿En qué se diferencia de lo que pasó en la cama el otro día?

Está dando vueltas, golpeándose violentamente contra la valla.

—Bueno, ¡pues *eso* puede que también fuera un puto error! Pero al menos... ¡Al menos ninguno de los dos estaba desnudo! Yo jamás... Nunca habría ido más lejos...

—¡Y yo hoy tampoco! —exclamo desconcertada.

Se deja caer contra la valla, y su furia se disipa en el aire de la noche igual que el vaho irregular de nuestras respiraciones.

—No puedo más —dice; su voz está ronca y quebrada. De repente, a mi enfado se le une el miedo—. Duele demasiado, es muy peligroso. Me aterroriza lo que podríamos llegar a hacer.

Su desesperación es casi palpable; el aire helado que nos rodea consume hasta el último atisbo de esperanza. Me encojo, aterida de frío, y empiezo a temblar.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz comienza a subir de tono—. ¿Que si no podemos tener relaciones sexuales es mejor que no hagamos nada?

—Supongo. —Me mira con sus ojos verdes, que de pronto se han vuelto severos bajo la luz de las farolas—. Seamos realistas, todo esto es de enfermos. Igual la gente tiene razón y puede que sólo seamos un par de adolescentes jodidos y emocionalmente perturbados que únicamente...

Se interrumpe, apartándose de la valla mientras yo me alejo lentamente de él, con la tristeza y el dolor marcados en la cara como hielo líquido.

—Maya, espera, no quería decir eso. —Su expresión cambia rápidamente. Se acerca a mí con cautela, con el brazo extendido como si yo fuera un animal salvaje, listo para echar a correr—. Yo no... no quería decir eso. No... No pienso con claridad. Me he pasado, tengo que calmarme, vamos a hablar a algún sitio. Por favor...

Niego con la cabeza, describo un amplio círculo a su alrededor, escapando de su alcance, y me meto por un agujero que hay en el borde de la verja.

Una vez dentro, encaro de frente las amargas ráfagas de viento helado, y avanzo por el camino oscuro y agrietado que, como siempre, está sembrado de botellas de cerveza, colillas y jeringuillas. El resplandor de las farolas se pierde a lo lejos, el sonido del tráfico se desvanece hasta convertirse en un murmullo distante y los contornos de las tumbas abandonadas y rotas no son más que manchas deformes en la niebla. No puedo creer que haya ocurrido esto. No puedo. Confiaba en él. Intento encontrarle un sentido a lo que acaba de pasar, trato de procesar las palabras de Lochan sin desmoronarme por completo. De algún modo tengo que aceptar que la magia de aquella noche, cuando nos besamos por primera vez, y la de la tarde en mi habitación no fue para él más que un error espantoso y pervertido que es mejor olvidar y sepultar en el fondo de nuestras mentes hasta que por fin podamos engañarnos pensando que nunca tuvo lugar. Necesito saber que es lo qué de verdad siente Lochan, qué sentimientos me ha estado ocultando desde que esto empezó. Y necesito encontrar el modo de sobrevivir a esta inesperada revelación. Pero ¿cómo puede doler tanto? ¿Cómo es posible que esas palabras hagan que quiera acurrucarme y morir?

—Maya, vamos. —Escucho sus pasos en el camino detrás de mí y un grito comienza a tomar forma en mi garganta. Ahora mismo necesito estar sola o me volveré loca, estoy convencida—. ¡Sabes que no pienso en serio nada de lo que he dicho! Lo que pasa es que estoy muy avergonzado porque casi... yo casi... ya sabes. Me asustan mis propios sentimientos, ¡me asusta lo que podríamos haber hecho! —Me mira con ojos desorbitados y salvajes—. Por favor, vámonos a casa. Los demás van a llegar pronto y se van a preocupar.

Que se permita apelar a mi sentido de la responsabilidad demuestra lo poco que comprende el efecto que tienen sus palabras, la violencia de las emociones que me embargan.

Intenta agarrarme el brazo.

—¡Suéltame! —le grito, y mi voz resuena amplificadas por el silencio del cementerio.

Retrocede como si le hubiera disparado, protegiendo su rostro de mi voz histérica.

—Maya, cálmate —me ruega; le tiembla la voz—. Si alguien nos oye...

—¿Si nos oyen qué? —le interrumpo con agresividad, y giro la cara para enfrentarme a él.

—Pensarán...

—¿Qué pensarán?

—Igual piensan que te estoy atacando...

—Ah, ¡todo tiene que ver *contigo*! —le grito; mis sollozos amenazan con explotarme en la garganta—. Todo esto... ¡Todo gira siempre en torno a ti! ¿Qué pensará la gente? ¿Cómo quedará? ¿Cómo me juzgarán? ¡Está claro que sean cuales sean los sentimientos que alguna vez existieron entre nosotros no significan nada para ti en comparación con el miedo que te dan los prejuicios de la gente! ¡Antes te parecían intolerantes e incompresibles y los despreciabas, pero ahora los has adoptado como propios!

—¡No! —grita desesperado, y se lanza tras mis pasos cuando yo echo de nuevo a andar, dando grandes zancadas—. No es eso... ¡No tiene nada que ver con eso! Maya, por favor, escúchame. ¡No lo entiendes! Sólo he dicho esas cosas porque me siento como si fuera a volverme loco. Verte cada día pero no poder... no poder abrazarte nunca, no poder tocarte cuando hay gente cerca... Lo único que quiero es darte la mano, besarte y abrazarte sin tener que esconderme siempre. ¡Quiero hacer todas esas cosas que el resto de parejas dan por sentadas! Quiero ser libre para hacerlas sin sentirme aterrorizado pensando que alguien puede vernos y obligarnos a separarnos, que pueden llamar a la policía, pueden quitarnos a los niños y destruirlo todo. No puedo soportarlo, ¿es que no lo entiendes? Quiero que seas mi novia, quiero que seamos libres...

—¡Bien! —grito con las lágrimas brotando de mis ojos—. Si esto es tan enfermizo y retorcido, si te causa tanto dolor, entonces tienes razón, deberíamos dejarlo, aquí mismo, ¡ahora! ¡Así por lo menos no tendrás que ir por ahí con ese terrible sentimiento de culpa, pensando en lo repugnantes que somos por sentir lo que sentimos el uno por el otro! —Estoy desesperada por marcharme y echo a correr a trompicones.

—¡Por el amor de Dios! —grita a mis espaldas—. ¿Has escuchado lo que te he dicho? ¡Eso es lo último que quiero! —Intenta alcanzarme y obligarme a detener mi carrera, pero no puedo... Me voy a desmoronar, romperé a llorar, y no quiero que él ni nadie me vean.

Me doy la vuelta y le golpeo el pecho con las manos, empujándole tan fuerte como puedo.

—¡Aléjate de mí! —chillo—. ¿Por qué no puedes dejarme en paz ni cinco minutos? ¡Vete a casa, *por favor*! Tienes razón, ¡nunca debimos empezar con esto! ¡Así que aléjate de mí! ¡Déjame espacio y tiempo para pensar!

Veo la angustia en sus ojos, su expresión afligida.

—¡Me he equivocado! ¿Por qué no me escuchas? Lo que te he dicho son

gilipollices, me he pasado contigo porque estaba frustrado, ¡no es esto lo que quiero!

—Bien, ¡pues es lo que yo quiero! —doy un alarido—. ¡Sólo faltaría que estuvieras conmigo porque te doy pena! Todo lo que has dicho es verdad: estamos enfermos, esto es retorcido y somos unos perturbados, ¡y tenemos que acabar con esto ya! Así que, ¿qué haces aquí todavía? ¡Vete a casa, vuelve a tu vida normal y socialmente aceptada y vamos a olvidarnos de todo esto, como si nunca hubiera sucedido!

He perdido los papeles por completo. Siento como un martilleo en las sienes y veo unas luces rojas zigzaguear en la oscuridad. Me temo que si no dejo de gritarle con tanta furia me voy a poner a llorar. Y no quiero que me vea así; lo último que quiero es que sienta lástima por mí, que se vea obligado a fingir que me ama, que se dé cuenta de que no puedo vivir sin él.

Con un grito de desesperación viene hacia mí y me alcanza otra vez. Doy un paso atrás.

—¡Te lo digo en serio, Lochan! ¡Vete a casa! ¡No me toques o me pondré a gritar!

Retira el brazo que ha extendido y retrocede, derrotado. Las lágrimas inundan sus ojos.

—Maya, ¿qué coño quieres que haga?

Me cuesta respirar.

—Vete —le digo en voz baja.

—Pero ¿es que no lo entiendes? —dice exasperado—. Quiero estar contigo, pase lo que pase. Te quiero...

—Pero no lo suficiente.

Nos miramos el uno al otro. Su cabello se agita con el viento, sus ojos verdes brillan en la oscuridad, la cremallera rota de su chaqueta negra deja entrever la camiseta gris que lleva debajo. Niega con la cabeza; su mirada escruta el oscuro cementerio que nos rodea como si buscara ayuda. Vuelve a mirarme y deja escapar un sollozo de dolor.

—Maya, ¡eso no es verdad!

—Acabas de decir que nuestro amor es enfermizo y repugnante, Lochan —le recuerdo en voz baja.

—¡Pero no lo decía *en serio*! —le empieza a temblar la barbilla.

Me atraviesa un dolor agudo, me llena los pulmones, la garganta, la cabeza, es tan fuerte que creo que me voy a desmayar.

—Entonces, ¿por qué lo has dicho? Sí que lo piensas, y ahora también lo pienso yo. Tienes razón, Lochan. Has conseguido que vea este sórdido caos como lo que es: un tremendo error. Lo que ha pasado es que estábamos aburridos, trastornados, solos, frustrados, lo que sea. Nunca hemos estado enamorados...

—¡Sí que lo estábamos! —Su voz se rompe. Entorna los ojos y presiona el

puño contra la boca para ahogar un sollozo—. ¡Lo estamos!

Lo miro, paralizada.

—Entonces, ¿por qué ya no lo siento?

Me mira horrorizado, con las mejillas bañadas en lágrimas.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir?

Cojo aire y me preparo para un arrebato de llanto.

—Lo que quiero decir, Lochan, es que ¿cómo es posible que ya no te quiera?

CAPÍTULO DIECISIETE

Lochan

Algo se ha roto en mi interior. A lo largo del día, hay momentos en los que me quedo paralizado y no encuentro la energía suficiente para tomar aliento de nuevo. Aquí estoy, inmóvil, frente a los fogones, o en clase, o escuchando a Willa leer, y el aire abandona mis pulmones y no consigo reunir fuerzas para volver a llenarlos. Si continúo respirando tendré que seguir viviendo, y si lo hago tendré que seguir sufriendo, y no puedo... No así. Intento dividir el día en secciones, ir hora tras hora: conseguir superar la primera clase, luego la segunda, luego el recreo, luego la tercera, luego el almuerzo... En casa las horas se me van en las tareas domésticas, en revisar los deberes, hacer la cena, acostar a los niños, repasar los apuntes e ir a la cama. Por primera vez me siento agradecido por la incesante rutina. Me hace pasar de una sección del día a la siguiente, y cuando empiezo a pensar demasiado y siento que me voy a derrumbar, consigo recomponerme diciéndome: «Sólo un paso más, luego otro y ya. Consigue superar este día, ya te derrumbarás mañana. Consigue superar el día de mañana, ya te derrumbarás pasado...».

Cuando Maya me dijo que ya no me quería, no tuve más remedio que retroceder, que retirarme. Al principio pensé que lo había dicho porque estaba furiosa conmigo por mis estúpidas palabras, por decirle ese sinsentido de que todo había sido un error. Pero ahora es diferente. La frase me viene una y otra vez a la cabeza, y me pregunto por qué dije lo que dije si nunca he pensado algo así. Debí ser por la rabia del momento, por lo avergonzado que me sentía — avergonzado de querer más de lo que jamás podrías tener—. La vergüenza me hizo soltar lo más doloroso que se me podía ocurrir en ese momento. En vez de hacer frente a mi miseria y mi frustración, lo volqué todo en Maya, como si al culparla a ella pudiera absolverme a mí mismo...

Pero ahora, por culpa de mi estupidez y de mi cruel egoísmo, lo he perdido todo, lo he estropeado todo, hasta nuestra amistad. A pesar de la tristeza que hay en sus ojos, a Maya se le ha dado muy bien volver a la normalidad, fingir que todo va bien y parecer amistosa a pesar de mantener las distancias. Ya no hay

nada por lo que sentirse incómodo y que pueda alarmar a los demás; de hecho hasta parece alegre. Tanto que a veces me pregunto si en el fondo no se sentirá aliviada porque todo haya acabado. Puede que de verdad piense que todo fue un error enfermizo, una aberración nacida de necesidades físicas. Ha dejado de amarme, Maya ha dejado de amarme... Y este pensamiento me carcome por dentro.

Concentrarme en el colegio se ha convertido en cosa del pasado; ahora, desgraciadamente, los profesores están pendientes de mí y se dan cuenta de que existo, pero siempre por los motivos equivocados. Apenas consigo rellenar media hoja de trigonometría, y me doy cuenta de que permanezco sentado, inmóvil, mirando al infinito durante casi una hora. Me preguntan si estoy bien, si necesito ir a la enfermería, si no entiendo algo. Aparto la cara e intento evitar sus ojos, pero ahora no hay notas altas que lo compensen y ya no aceptan mis evasivas. Me fuerzan a contestar en alto en clase, me piden que resuelva cuestiones en la pizarra, temiendo que me esté quedando atrás y vaya a defraudarles y no saque un sobresaliente en sus asignaturas este verano. Cuando me piden que salga a la pizarra delante de toda la clase, balbuceo las respuestas de preguntas sencillas, cometo errores estúpidos y veo cómo el horror y el desconcierto ensombrecen el rostro de mis profesores, mientras yo vuelvo a mi pupitre entre risas y burlas, oyendo las carcajadas de satisfacción ahora que «Whitely el rarito» por fin ha perdido el rumbo.

En clase de inglés estamos estudiando *Hamlet*. Lo he leído en varias ocasiones, así que ni siquiera tengo que fingir que presto atención. Además, la señorita Azley y yo tenemos un acuerdo tácito desde aquella desafortunada charla: ella no me pide que hable mientras yo responda voluntariamente alguna pregunta de vez en cuando, normalmente para ayudarla cuando nadie más conoce la respuesta a la pregunta más tonta. Pero hoy no voy a jugar a su juego: tenemos dos horas seguidas de clase y ya estamos casi acabando la segunda. El dolor familiar que hay en mi pecho se ha transformado en lacerante. Dejo caer el bolígrafo y miro por la ventana; un cable de televisión roto se enrosca y se retuerce al viento.

—... según Freud, la crisis personal que sufre Hamlet despierta en él deseos incestuosos reprimidos. —La señorita Azley agita el libro en alto y se pasea adelante y atrás por la clase, intentando mantener a todo el mundo atento. Siento cómo su mirada se posa en mi nuca y aparto los ojos de la ventana—. Lo que nos lleva al complejo de Edipo, un término acuñado por el mismo Freud a principios del siglo XX.

—¿Eso es cuando un chico quiere tirarse a su madre? —pregunta alguien con voz disgustada.

De repente, la señorita Azley ha captado la atención de toda la clase. La cosa empieza a animarse.

—¡Pero eso es una locura! ¿Qué chico querría follarse a su *propia madre*?

—Sí, pero en las noticias se oyen cosas así. Madres que se follan a sus hijos, padres que se follan a sus hijas y *también* a sus hijos. Hermanos y hermanas que follan los unos con los otros...

—¡Ese lenguaje, por favor! —protesta la señorita Azley.

—Sí, hombre, eso es mentira. ¿Quién iba a querer follarse, perdón, tirarse, a sus propios padres?

—Se llama incesto, tío.

—Eso es cuando un chico viola a su hermana, idiota.

Aparece una luz intermitente en mi cabeza, como la luz, de un faro en la oscuridad.

—No, es...

—Vale, vale, ¡nos estamos desviando del tema! Recordad, sólo es una interpretación y ha sido rebatida por muchos críticos —dice la señorita Azley. Se detiene junto a su mesa y sus ojos se encuentran con los míos—. Lochan, qué bien tenerte de vuelta. ¿Qué opinas de la afirmación de Freud de que el complejo de Edipo es el motivo principal por el que Hamlet mata a su tío?

Me quedo mirándola. Comienzo a sentirme tremendamente asustado. En medio de este silencio instantáneo, una llama invisible me ha abrasado la cara. Presa del pánico y al borde de la histeria, una escalofriante conmoción me alerta de que quizá no sea una coincidencia que la señorita Azley me haya elegido a mí para abrir este debate. ¿Cuándo fue la última vez que me pidió que respondiera a una pregunta? ¿Alguna vez se ha debatido el tema del incesto? Su mirada me taladra, me está perforando el cerebro. No sonrío. No, esto ha sido planeado, forzado, premeditado y deliberado. Está esperando a que reaccione... De repente recuerdo cómo me tropecé con ella en la puerta de la enfermería el día que Maya se cayó. La señorita Azley seguramente estaba allí, la ayudó y le hizo preguntas. Maya se había dado un golpe en la cabeza, incluso puede que hubiera sufrido una conmoción cerebral. ¿Qué razón dio para explicar su desmayo? ¿Cuánto tiempo pasó desde que cayó hasta que llegué? Confundida como estaba, ¿qué pudo haber contado Maya?

Los ojos de la clase están puestos en mí. Todos los alumnos se han girado en sus asientos y me miran boquiabiertos. De algún modo, ellos también parecen saberlo. Todo esto es una gran trampa.

—¿Lochan? —La señorita Azley se ha alejado de su escritorio. Está caminando hacia mí muy deprisa, pero por alguna extraordinaria razón soy incapaz de moverme.

El tiempo se ha parado, pero corre a toda prisa. El pupitre repiquetea contra mí como si el suelo se estuviera sacudiendo a causa de un terremoto. Es como si tuviera los oídos llenos de agua; me concentro en el zumbido de mi cabeza, en la red eléctrica de mi mente que chasquea y emite destellos de luz. Un miedo

extraño llena el aula. Todos están congelados, mirándome, esperando a ver qué ocurre después, cuál es el terrible destino que me aguarda. Puede que los servicios sociales ya estén en el colegio. El mundo exterior se hace más grande y presiona contra las paredes, intenta alcanzarme, comerme vivo. No me lo puedo creer. No puedo creer que esté sucediendo así...

—Tienes que venir conmigo, Lochan, ¿de acuerdo? —La voz de la señorita Azley es firme pero amable. Puede que se esté apiadando un poco de mí. Al fin y al cabo estoy enfermo. Estoy enfermo, sí, pero también soy malvado. Y malvado es como dijo Maya que era nuestro amor.

Las manos de la señorita Azley me agarran de las muñecas.

—¿Puedes ponerte de pie? ¿No? Está bien, quédate sentado donde estás. Reggie, ¿puedes ir corriendo a buscar a la señora Shah y pedirle que venga inmediatamente? Los demás, id a la biblioteca ahora mismo, en silencio, por favor.

El réquiem que forman las sillas al arrastrarse y el repiqueteo de los pies me ahoga. Veo destellos cegadores de luz y color. La cara de la señorita Azley se difumina y se desvanece delante de mí. Ha llamado a la enfermera, la que ayudó a Maya el día que se cayó. Pero está ocurriendo algo más. Bajo mi brazo, el pupitre sigue agitándose. Miro alrededor y todo parece moverse: las paredes de la clase vacía amenazan con caerse sobre nosotros como un castillo de naipes. Mi corazón sigue latiendo de forma irregular, deteniéndose y arrancando cada pocos segundos, golpeando violentamente contra mi pecho. Cada vez que para, siento un vacío aterrador antes de que una nueva contracción vuelva a hacerlo palpar, y luego siento un golpe violento. La habitación se está quedando sin oxígeno: mis frenéticos esfuerzos por respirar y permanecer consciente son en vano, la oscuridad se cierne lentamente sobre mí. Tengo la camisa húmeda y pegada a la espalda, riachuelos de sudor corren cuerpo abajo por mi cuello, por mi cara.

—Cariño, todo va bien, ¡todo va bien! Siéntale derecho, no forcejees, todo va a salir bien. Inclínate un poco hacia delante. Así. Pon los codos en las rodillas y muévete hacia delante, respirarás mejor. No, estás bien así, quieto, no hagas esfuerzos, no te levantes. Espera, espera, sólo voy a aflojarte la corbata y desabrocharte los botones. Leila, ¿qué haces aquí todavía?

—Ay, señorita, ¿se va a morir? —El pánico agudiza su voz.

—Claro que no, ¡no digas tonterías! Sólo estamos esperando a que venga la señora Shah para que compruebe que está bien. Lochan, escúchame, ¿eres asmático? ¿Eres alérgico a algo? Mírame, sólo asiente o mueve la cabeza... Oh, Dios. Leila, rápido, mira en su mochila, ¿quieres? Mira a ver si encuentras un inhalador o pastillas o algo así. Busca también en los bolsillos de su abrigo y de su chaqueta. Y mira si encuentras una tarjeta sanitaria en su cartera...

La señorita Azley está actuando de un modo muy extraño, como si fingiera...

como si fingiera que no lo sabe. Pero no me importa, ya no me quedan fuerzas para nada más. Lo único que quiero es que esto se acabe. Estas descargas eléctricas que recorren mi pecho y mi corazón duelen demasiado; siento espasmos descontrolados en todos los músculos de mi cuerpo, que hacen que la silla y el escritorio se agiten. Mi cuerpo se rinde a una fuerza mayor.

—¡Señorita, señorita! ¡No encuentro inhaladores ni pastillas ni nada! Pero tiene una hermana en primero, puede que ella sepa algo.

Leila está haciendo unos ruidos extraños, gimiendo como un perro al que estuvieran golpeando. Sin embargo, cuando se aleja, los sonidos se intensifican. No puede ser la señorita Azley, así que debe haber algún animal encogido en el rincón...

—Lochan, dame la mano. Escúchame cielo, escucha. La enfermera llegará enseguida, ¿vale? La ayuda está en camino.

Tan sólo cuando los sollozos se intensifican me doy cuenta de que, en realidad, soy yo el que llora. De pronto percibo el sonido de mi voz, que corta el aire como una sierra.

—Leila, sí, su hermana, buena idea. Vete a buscarla, ¿quieres?

He perdido la noción del tiempo, no sabría decir si ha pasado una hora o sólo un minuto. Ha llegado la enfermera, aunque no sé muy bien para qué, ahora mismo todo me confunde. Igual me he equivocado. Tal vez lo que intentan es ayudarme. La señora Shah tiene un estetoscopio en las orejas y me está abriendo la camisa. Arremeto contra ella al instante, pero la señorita Azley me sujeta los brazos y yo estoy tan débil que no puedo ni apartarla.

—Todo va bien, Lochan —dice con una voz suave y tranquilizadora—. La enfermera sólo intenta ayudarte. No te va a hacer daño, ¿de acuerdo?

El ruido cortante prosigue. Echo la cabeza atrás, cierro los ojos con fuerza y me muerdo el labio para intentar pararlo. El dolor en mi pecho es insoportable.

—Lochan, ¿podemos levantarte de la silla? —pregunta la enfermera—. ¿Puedes tumbarte en el suelo para que te examine mejor?

Me aferro al pupitre. No. No voy a dejar que me inmovilicen.

—¿Debería llamar a una ambulancia? —pregunta la señorita Azley.

—Sólo es un ataque de pánico, ya le ha pasado antes. Está hiperventilando y su pulso ha subido a ciento cincuenta pulsaciones.

Me da una bolsa de papel para que respire dentro. La retuerzo y la giro, intento apartarla, pero no tengo fuerzas. Me he rendido. Ya no voy a intentar resistirme más; aun así, la enfermera tiene que pedirle a la señorita Azley que me sujete la bolsa delante de la nariz y la boca.

Veó cómo el papel se infla y se arruga delante de mí. Se infla y se arruga, se infla y se arruga, el crujido del papel inunda el ambiente. Trato de alejarla desesperadamente, me siento como si me estuvieran ahogando: ya no queda oxígeno en la bolsa. Pero recuerdo vagamente haber respirado antes en una; y

aquello funcionó.

—Vale, Lochan, escucha. Estabas respirando muy rápido y cogiendo demasiado oxígeno, por eso tu cuerpo esta reaccionando así. Sigue respirando dentro de la bolsa. Así, eso es, ¿ves? Ya estás mejor. Intenta respirar más despacio. Sólo es un ataque de ansiedad, ¿de acuerdo? No es nada grave. Vas a ponerte bien...

El momento se vuelve eterno, no sé si ha durado un minuto, un segundo, una milésima de segundo, o tan poco que ni siquiera ha llegado a ocurrir. Me estoy aferrando al pupitre, con la cabeza apoyada sobre el brazo extendido. Todo sigue sacudiéndose a mi alrededor, la mesa vibra bajo mi mejilla, pero ahora respiro mejor. Me concentro en acompañar mi respiración y suelto la bolsa de papel. Parece que las descargas eléctricas son menos frecuentes y comienzo a ver, escuchar y percibir con mayor claridad lo que me rodea. La señorita Azley está sentada a mi lado, su mano me frota la espalda sobre la camisa húmeda. La enfermera está de rodillas en el suelo, con el estetoscopio colgándole de las orejas. Siento su dedo pulgar frío en la muñeca. Me doy cuenta de que su pelo castaño empieza a blanquear en las raíces. Veo que bajo la mejilla tengo un papel garabateado. El sonido cortante ha desaparecido y ha sido sustituido por unos ruidos cortos y agudos como el hipo, similares a los que hace Willa tras una llorera. El dolor del pecho comienza a menguar. Mi corazón palpita con un ritmo más constante, los latidos duelen pero están acompañados.

—¿Qué ha pasado?

Me asusto al oír la voz familiar, y trato de incorporarme, agarrándome al borde del pupitre para no perder el equilibrio. Los jadeos irregulares se intensifican y comienzo a temblar de nuevo. Ella está de pie, delante de mí, entre la enfermera y la profesora, tapándose la boca con las manos, con los ojos azules muy abiertos por el miedo. Al verla me inunda el alivio, e intento alcanzarla frenéticamente, temiendo que pueda marcharse de un momento a otro.

—Eh, Lochie, está bien, está bien, está bien. —Me coge las manos y las aprieta con fuerza—. ¿Que ha pasado? —le pregunta de nuevo a la enfermera. Noto un deje de pánico en su voz.

—Nada grave, cariño, un ataque de ansiedad. Le vendrá bien que seas amable y que mantengas la calma. ¿Por qué no te sientas un ratito con él? —La señora Shah cierra su maletín y desaparece de mi vista seguida por la señorita Azley.

Enfermera y profesora se apartan hacia el otro lado de la clase, hablan en voz baja y con celeridad entre ellas. Maya acerca una silla y se sienta frente a mí, con sus rodillas tocando las mías. Está pálida del susto, ha entrecerrado los ojos y escruta los míos haciéndose preguntas.

Con los codos apoyados en las rodillas, la miro y consigo sonreír con inseguridad. Quiero hacer alguna broma, pero respirar y hablar a la vez supone

un esfuerzo demasiado grande. Quiero dejar de temblar, por Maya, y presiono el puño derecho contra mi boca para ahogar los hipidos. Mi mano izquierda agarra la suya con toda mi fuerza. Me da miedo que se marche.

Me acaricia la húmeda mejilla y, cogiendo mi mano derecha entre las suyas, la aparta suavemente de mi boca.

—Oye, tú —me dice con voz preocupada—. ¿Por qué te has puesto así?

Recuerdo a Hamlet y toda la teoría de la conspiración y me doy cuenta de lo ridículo que ha sido.

—Na... nada —inspiro—. Que soy tonto. —Tengo que concentrarme mucho para poder pronunciar las palabras entre jadeos, una tras otra. Noto que se me forma un nudo en la garganta, así que sacudo la cabeza y sonrío con ironía—. Tontísimo. Lo siento. —Me muerdo el labio.

—Deja de disculparte, idiota. —Me sonrío y me acaricia la palma de la mano para tranquilizarme.

Me doy cuenta de que le estoy agarrando inconscientemente de la manga; me asusta que sea un espejismo y se evapore ante mis ojos.

Suena el timbre, sobresaltándonos a ambos.

Siento que mi pulso vuelve a acelerarse.

—Maya, no... ¡no te vayas! No te vayas todavía...

—Lochie, no me voy a ir a ningún sitio. —Esto es lo más cerca que hemos estado en toda la semana, es la primera vez que me toca desde aquella espantosa noche en el cementerio. Trago con fuerza y me muerdo el labio, consciente de que hay dos personas más en la habitación. Me da miedo ponerme a llorar.

Maya se da cuenta.

—Loch, no pasa nada. Ya te sucedió otra vez, ¿te acuerdas? Cuando empezaste en Belmont, justo después de que papá se fuera... Te vas a poner bien...

Pero yo no quiero ponerme bien, no si eso significa que suelte mi mano, no si eso implica que volvamos a ser unos simples desconocidos que se hablan educadamente.

Después de un rato bajamos a la enfermería. La señora Shah me toma el pulso y la presión arterial, me entrega un folleto sobre los ataques de ansiedad y sobre los problemas de salud mental. Vuelven a sugerir que debería ir a ver al psicólogo del colegio, mencionan la presión de los exámenes, el peligro del exceso de estudio, la importancia de dormir lo suficiente... No sé cómo lo consigo, pero hago todos los sonidos adecuados, asiento y sonrío tan convincentemente como puedo, mientras me contengo con fuerza como si fuera un muelle en tensión.

Volvemos a casa en silencio. Maya me ofrece su mano pero yo la rechazo, porque las piernas ya me responden con mayor seguridad. Me pregunta si hubo un detonante, pero cuando niego con la cabeza capta la indirecta y deja de

preguntar.

Cuando llegamos a casa me siento en el sofá. Ahora mismo estamos solos y no hay nadie que pueda interrumpirnos. Sería la ocasión perfecta para mantener una conversación, una en la que yo me disculpara por lo que dije aquella noche, en la que le explicara otra vez la razón por la que estallé y averiguar así si aún está enfadada conmigo. También debería dejar claro que tío intento coaccionarla para que volvamos a tener ningún tipo de relación fuera de lo normal. Pero no encuentro las palabras, no me fio de mí mismo. Las secuelas del ataque de ansiedad unidas a la amable preocupación de Maya me tienen desconcertado, y me siento como si estuviera al borde de un precipicio.

El hecho de que me traiga un zumo y una manzana pelada y cortada en cuatro trozos como si fuera para Tiffin o Willa podría ser el golpe de gracia. Maya me observa desde la puerta mientras enciendo la televisión, le quito el volumen y me arranco un botón del puño de la camisa que estaba suelto. Sé que está nerviosa porque la veo jugar con el lóbulo de su oreja, un tic que Willa y ella tienen cuando están preocupadas.

—¿Cómo te encuentras?

Intento dedicarle una sonrisa alegre y resplandeciente, pero el nudo crece en mi garganta.

—¡Bien! Sólo ha sido un ataque de ansiedad tonto.

Quiero bromear, pero en lugar de eso me tiembla la barbilla. Esbozo una mueca para disimularlo.

Su sonrisa se desvanece.

—Igual es mejor que te deje en paz un rato...

—¡No! —La palabra me sale más fuerte de lo que pretendía. Me sonrojo y fuerzo una sonrisa desesperada—. Quiero decir que, ahora que tenemos un poco de tiempo, quizá deberíamos... Ya sabes... Pasar el rato juntos. Co... como en los viejos tiempos. A no ser que tengas deberes o algo que hacer...

Sonríe, divertida.

—Sí, claro. ¡No pienso desaprovechar una tarde sin colegio haciendo los deberes, Lochan James Whitely!

Cierra la puerta a sus espaldas y se acurruca en el sillón.

—Bueno, ¿qué vamos a ver?

Cojo el mando a distancia y aprieto con torpeza los botones.

—Eh... Bueno... Seguro que ponen algo más que dibujos animados... ¿Qué te parece esto? —Dejo de cambiar de canal cuando veo un viejo episodio de *Friends* y la miro esperando su aprobación.

Me dedica otra de sus tristes sonrisas.

—Genial.

Las risas enlatadas inundan la habitación, pero nosotros somos incapaces de unirnos a ellas. El episodio no termina nunca. Me duele darme cuenta de que

ahora que estamos solos, no tenemos nada que decirnos. ¿Se ha roto también nuestra amistad?

Quiero preguntarle, *rogarle* que me diga lo que le pasa por la cabeza, intentar explicarle lo que me pasó aquella noche, por qué reaccioné como un cabrón. Pero ni siquiera me atrevo a mirarla. Siento sus ojos, llenos de preocupación, clavados en mi cara. Y me estoy hundiendo en las arenas movedizas de la desesperación.

—¿Quieres hablar de ello? —Su voz, que suena delicada pero también inquieta, hace que me asuste. De pronto me doy cuenta de que me duele el labio porque me lo he estado mordiendo, y noto el peso de las lágrimas que se me han estado acumulando lentamente en los ojos.

Exhalo un suspiro de pánico y rápidamente sacudo la cabeza, llevándome una mano a la cara. Me aprieto levemente los ojos y niego con desdén.

—Aún me siento un poco raro por lo de antes. —Me esfuerzo por sonar sereno, pero aún me tiembla la voz. Me vuelvo e intento enfrentarme a su mirada afligida con una sonrisa desesperada—. Pero ahora estoy bien. No es nada. En serio.

Tras un instante de vacilación, Maya se levanta y viene a sentarse al otro extremo del sofá, encima de su pie; los mechones de pelo enmarcan su pálido rostro.

—Vamos, tonto, cómo no va a ser nada si te hace llorar. —Las palabras flotan en el aire, su desazón magnifica el silencio.

—No es nada... ¡No es nada! —respondo con virulencia. Tengo las mejillas ardiendo—. Sólo que... Estoy... —Inspiro profundamente, intentando no preocuparla, tratando de reponerme. Lo último que quiero es que sepa lo destrozado que estoy por haberla perdido; no quiero que se sienta presionada a retomar una relación que, en su opinión, es mala en esencia.

No se ha movido.

—¿Estás qué? —pregunta con delicadeza.

Me aclaro la garganta y levanto la mirada hasta el techo, forzando una sonrisa breve y dolorosa. Me llevo la manga rápidamente hasta los ojos pero, para mi desgracia, llego tarde y una lágrima se escurre ya por mi mejilla.

—¿Quieres dormir un poco?

La angustia de su voz me está matando.

—No. No sé. Creo... creo... Oh, ¡joder! —Otra lágrima rueda por mi mejilla y me la seco furioso—. ¡Mierda! ¿Qué pasa?

—Lochie, dime. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido en el colegio? —pregunta con miedo; se inclina hacia mí e intenta tocarme.

Levanto el brazo inmediatamente para apartarla.

—¡Dame un minuto! —No hay nada que hacer, no puedo pararlo. Mi pecho se estremece a causa de los sollozos que estoy reprimiendo. Me llevo las manos a

la cara para poder contener la respiración.

—Lochie, todo va a ir bien. Por favor, no... —Su voz es suave, implorante.

Se me escapa el aire con un estallido.

—Mierda, lo estoy intentando, ¿vale? No pu... Creo que no puedo... —Estoy fuera de control y me asusta. No quiero que Maya me vea así. Pero tampoco quiero que se marche. Necesito levantarme del sofá y salir de casa, pero mis piernas no me obedecen. Estoy atrapado. Siento cómo el pánico ciego me sobreviene de nuevo.

—Eh, eh, eh —Maya coge mi mano firmemente con la suya y con la otra me acaricia la mejilla—. Shh... Está bien, está bien. Lo único que pasa es que se te ha acumulado el estrés, Lochie, eso es todo. Mírame. Mírame. ¿Es por la pelea? ¿Es por eso? ¿Podemos hablarlo un poco más?

Estoy demasiado cansado para seguir peleando. Me encojo, me cubro la cara con una mano y me inclino lentamente hasta que mi cabeza reposa sobre ella. Maya me acaricia el pelo, busca mi otra mano y empieza a besarme los dedos.

—En... el cementerio —me ahogo, cierro los ojos—. Por favor, dime la verdad. ¿Lo que... lo que dijiste era... era verdad? —Inspiro profundamente, cálidas lágrimas se escapan por debajo de mis pestañas.

—Dios, Lochie, no —jadea ella—. ¡Pues claro que no! ¡Estaba enfadada y molesta!

Siento un alivio enorme, tan grande que prácticamente duele.

—Maya, por Dios, creí que todo había terminado. Creí que lo había estropeado todo. —Me enderezo respirando muy fuerte y frotándome la cara con fuerza—. ¡Lo siento tanto! Las cosas terribles que te dije. Estaba fuera de mí. Pensé que tú querías... Pensé que ibas a...

—Sólo quería tocarte —dice ella en voz baja—. Sé que nunca podremos llegar hasta el final. Que es ilegal. Que nos podrían quitar a los niños si alguien se enterara. Pero pensé que aún así podríamos tocarnos, amarnos de otras maneras.

Respiro con agitación.

—Lo sé. Yo también. ¡Yo también! Pero debemos tener mucho cuidado. No podemos dejarnos llevar. No podemos... no podemos arriesgarnos... Los niños...

Veo la tristeza en sus ojos. Me dan ganas de gritar. Es tan injusto, tan terriblemente injusto.

—Quizá algún día, ¿eh? —dice Maya en voz baja y sonriendo—. Algún día, cuando hayan crecido, podremos escaparnos. Empezar de cero. Como una pareja real. No seremos hermanos nunca más. Nos liberaremos de estas horribles ataduras.

Yo asiento, intentando desesperadamente compartir parte de sus esperanzas para el futuro.

—Tal vez. Sí.

Ella esboza una sonrisa extenuada y me pasa los brazos alrededor del cuello,

descansando su mejilla sobre mi hombro.

—Y hasta entonces, aún podemos *estar* juntos. Abrazarnos, tocarnos, besarnos y estar juntos de cualquier otra forma.

Asiento y sonrío a través de las lágrimas, comprendiendo al instante todo lo que tenemos.

—Además está lo más importante de todo —suspiro.

Las comisuras de sus labios se curvan.

—¿El qué?

Aún sonriendo, le guiño rápidamente un ojo.

—Podemos querernos. —Trago con fuerza para aflojar el nudo que siento en la garganta—. No hay leyes ni límites para los *sentimientos*. Podemos amarnos el uno al otro tanto y con tanta intensidad como queramos. Nadie, Maya, nadie podrá quitarnos eso.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Maya

—¿Cómo es que hoy te toca a ti?

—Porque Lochan no se encuentra demasiado bien.

—¿Ha vomitado? —Willa se echa el pelo largo y rubio hacia atrás, sobre los hombros, y los diminutos pendientes dorados de sus orejas brillan bajo el sol de la tarde que ya empieza a desaparecer. Restos de natillas salpican su vestido y vuelve a ir sin chaqueta otra vez.

—No, no. No es tan grave.

—Vomitara no es grave. Mamá lo hace constantemente. —Ignoro este último comentario y dirijo mi atención a su vestimenta.

—Willi, ¿quieres abrocharte el abrigo? ¡Hace mucho frío!

—No puedo. No tiene botones.

—¿Ninguno? ¡Deberías habérmelo dicho!

—Te lo dije. La señorita Pierce dice que no puedo poner cinta adhesiva en mi mochila también. Dice que tengo que comprarme una nueva. —Me coge la mano y cruzamos el patio hacia el campo de fútbol, donde Tiffin está corriendo arriba y abajo, mal abrigado, junto a otros doce chicos—. Y no se nos permite llevar agujeros en las medias. Me lo dijeron delante de toda la clase.

—¡Tiff! ¡Hora de irse! —grito en cuanto pasa chutando por delante de nosotras.

El juego se detiene un momento para un lanzamiento de falta y le grito de nuevo. Me mira enfadado.

—¡Cinco minutos más!

—No. Nos vamos ya. Hace mucho frío y puedes jugar a fútbol en casa con Jamie.

—¡Pero estamos en mitad del partido!

El juego se reanuda e intento acercarme, rodeando nerviosa las carreras, los chutes y a los chicos que gritan con las mejillas ardiendo y los ojos fijos en la pelota; sus chillidos resuenan en el oscuro patio. Tiffin pasa corriendo cerca de nosotras e intento agarrarle, pero se me escapa. Detrás de mí, Willa está de pie

contra la valla, con el abrigo abierto y tiritando intensamente.

—¡Tiffin Whitely! ¡A casa, ahora! —grito tan alto como puedo, esperando avergonzarle y que así me haga caso. Pero en vez de eso, empieza a regatear a su oponente y lleva la pelota hacia el otro lado del campo a gran velocidad. Se detiene un momento delante de un defensa dos veces más grande que él, arma el disparo y chuta. El balón roza la cara interior de la portería.

—¡Gol! —Sus manos lanzan puñetazos al aire. Gritos y hurras se unen a los de Tiffin mientras sus compañeros de equipo corren a darle palmadas en la espalda. Le doy un rato antes de meterme entre ellos y sacarle de allí agarrado del brazo.

—¡No voy a ir! —me grita mientras el juego se reanuda a nuestras espaldas —. ¡Mi equipo va ganando! ¡He marcado el primer gol!

—Ya lo he visto y ha sido un gol genial, pero ya está oscureciendo. Willa está congelada y los dos tenéis que hacer los deberes.

—¡Pero siempre tenemos que ir directos a casa! ¿Por qué los demás pueden quedarse a jugar? ¡Estoy harto de los malditos deberes! ¡Estoy harto de estar siempre en casa!

—Tiff, por el amor de Dios, compórtate como un chico mayor y no me montes una escena...

—¡No es justo! —La punta de su zapato entra en contacto directo con mi espinilla—. Nunca puedo hacer nada divertido. ¡Te odio!



Para cuando localizamos la mochila que Tiffin ha perdido y les saco del patio es casi de noche, y Willa tiene tanto frío que sus labios está morados. Tiffin va por delante, airado, con la cara roja, el pelo rubio alborotado, arrastrando su abrigo por el suelo a propósito para molestarme y dando patadas rabiosas a los neumáticos de los coches que hay aparcados. La pierna en la que he recibido la patada me duele. «Aún quedan cuatro malditas horas hasta que los acueste — pienso tristemente—. Y otra hora hasta que se duerman del todo. Cinco horas. Dios mío, casi lo que dura otro día de colegio». Todo lo que quiero es que llegue el momento en que la casa quede en silencio, cuando Kit apague por fin la música rap y Tiffin y Willa dejen de bombardearme con peticiones. Ese momento en que los deberes, hechos a medias y a toda prisa, queden a un lado y Lochan esté ahí, con su sonrisa vacilante, sus ojos relucientes y todo, casi todo

parezca posible...

—... así que creo que ya no quiere ser mi amiga nunca más —termina de contar Willa abatida, con su mano helada enterrada en la mía.

—Bueno, no importa, estoy segura de que Lucy cambiará de opinión mañana, siempre hace lo mismo.

Su manita tira de la mía de repente.

—Maya, ¿no me estás escuchando!

—¡Sí, sí que te escucho! —protesto de inmediato—. Has dicho que... eh... Lucy no quiere ser tu amiga porque...

—¡Lucy no! ¡Georgia! —chilla Willa con tristeza—. Te he dicho que Lucy y yo dejamos de ser amigas porque me robó mi bolígrafo lila favorito, el que tiene corazones azules, ¡y no me lo quiso devolver aunque Georgia la había visto cogerlo!

—Eso, exacto —titubeo intentando recordar, desesperada, la conversación—. Tu bolígrafo.

—Últimamente te olvidas de todo, como mamá cuando vivía en casa —murmura.

Caminamos en silencio durante unos minutos, la culpa se enrosca a mi alrededor, fría y despiadada como una serpiente. Intento recordar la historia del bolígrafo desaparecido, pero no lo consigo.

—Me apuesto lo que sea a que ni siquiera sabes quién es mi mejor amiga ahora —dice Willa, desafiándome.

—Pues claro que lo sé —respondo rápidamente—. Es... Es Georgia.

Willa niega con la cabeza gacha en un gesto de derrota.

—No.

—Bueno, entonces es Lucy, porque estoy convencida de que una vez que te devuelva el bolígrafo, las dos haréis...

—¡No es ninguna de las dos! —chilla Willa de repente; su voz corta el fuerte viento—. ¡Ni siquiera tengo una mejor amiga!

Me detengo y la miro asombrada. Willa nunca me ha gritado con tanta furia. Intento abrazarla.

—Willa, vamos, sólo has tenido un mal día...

Me aparta.

—¡No! La señorita Pierce me ha dado tres estrellas doradas y he deletreado todo bien. Te lo acabo de contar, pero sólo has dicho «ah». ¡Ya nunca me escuchas!

Se aparta de mí y echa a correr. La alcanzo justo cuando gira la esquina de nuestra calle. La obligo a que me mire, me pongo en cuclillas y trato de sujetarla. Ella solloza en voz baja, frotándose la cara furiosamente con las palmas de las manos.

—Willa, lo siento... lo siento, cariño, lo siento mucho. Tienes razón. No te he

hecho todo el caso que debía, me he portado muy mal. No es que no me interese o que no me importe. Lo que pasa es que he estado muy ocupada estudiando para los exámenes, he tenido mucho trabajo y estoy muy cansada...

—¡Eso no es verdad! —profiere un gemido ahogado y las lágrimas le empapan los dedos, deslizándose entre ellos—. No... me escuchas... ni juegas conmigo... como... lo hacías... antes...

Me apoyo en la barandilla que tengo justo al lado.

—Willa, no, no es eso. Yo... —Pero incluso al buscar una excusa me veo obligada a enfrentarme a la verdad de sus palabras—. Ven aquí —digo al fin, abrazándola con fuerza—. Tú eres mi chica favorita del mundo entero y te quiero mucho, muchísimo. Tienes razón. No te he escuchado como debía porque Lochie y yo siempre estamos ocupándonos de todo lo de la casa. Pero eso es aburrido. De ahora en adelante empezaré a hacer cosas divertidas contigo otra vez. ¿De acuerdo?

Asiente y se sorbe las lágrimas, y luego se aparta el pelo de la cara. La levanto y me envuelve con los brazos y las piernas asiéndome como si fuera un monito. Sin embargo, a pesar de la calidez de sus brazos rodeándome el cuello, del calor de su mejilla contra la mía, siento que mis palabras no la han convencido.



Aunque el sonido de mis pisadas es contundente, no levanta la vista del libro. Me paro en mitad de la escalera y me apoyo en la barandilla, esperando, con los ruidos del patio elevándose por debajo de mí. Aún no me mira; sin duda está esperando a que, sea quien sea, le ignore y continúe su camino. Cuando se da cuenta de que eso no va a ocurrir, me mira brevemente por encima de la cubierta del libro y se sorprende tanto que está a punto de dejarlo caer. Su rostro se ilumina con una leve sonrisa.

—¡Eh!

—¡Hola tú!

Cierra el libro y me mira expectante. Yo me quedo ahí contemplándole, conteniendo una sonrisa. Se aclara la garganta, tímido de repente, ruborizándose.

—¿Qué... eh... qué haces aquí?

—He venido a saludarte.

Me coge de la mano y hace amago de levantarse, con la intención de subir la

escalera y huir del campo de visión de los demás alumnos que están abajo, en el patio.

—No pasa nada, no voy a quedarme —le informo enseguida.

Se detiene y su sonrisa se desvanece. Mira la mochila que llevo a la espalda y la bolsa de educación física que cuelga de mi hombro; parece preocupado.

—¿Dónde vas?

—Me voy a tomar la tarde libre.

Su mirada se agudiza y se pone serio.

—Maya...

—Sólo es una tarde. Únicamente tenemos clase de *mierdarte* y *manualimierdas*.

Me mira con preocupación, inquieto.

—Sí, pero si te pillan te meterás en problemas. No podemos arriesgarnos a llamar más la atención ahora que mamá nunca está en casa.

—No va a pasar nada. Sobre todo si vienes conmigo y utilizamos tu pase de último curso.

En sus ojos hay una mezcla de duda y sorpresa.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Sí, por favor.

—Podría dejarte mi pase y ya está —señala.

—Pero entonces no podría disfrutar del placer de tu compañía.

Vuelve a sonrojarse, pero las comisuras de sus labios anuncian una sonrisa.

—Mamá dijo que se pasaría hoy por casa a recoger algo de ropa...

—No estaba pensando en ir a casa.

—¿Quieres estar por la calle hasta las tres y media? No he traído dinero.

—No. Quiero llevarte a un sitio.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa. No está lejos.

Su curiosidad aumenta.

—Va... Vale.

—Estupendo. Ve a por tus cosas. Nos vemos en la entrada principal.

Desaparezco antes de que le dé tiempo de preocuparse y cambiar de opinión.

Lochan tarda una eternidad. Para cuando llega, el recreo está a punto de terminar y me preocupa que me pregunten por qué me marché del colegio antes de que suene el timbre. Pero el guardia de seguridad apenas me mira cuando paso por delante de él y me escabullo sigilosamente a través de las puertas de cristal.

En la calle, Lochan se sube el cuello de la chaqueta por el frío y me pregunta:

—¿Vas a decirme ahora de qué va todo esto?

Sonríó y me encojo de hombros.

—Esto va de tomarse la tarde libre.

- Deberíamos haberlo planeado. Sólo llevo cincuenta peniques.
—¡No te estoy pidiendo que me lleves al Ritz! Vamos al parque, nada más.
—¿Al parque? —Me mira como si estuviera loca.



Es evidente que Ashmoore, entre semana y en pleno invierno, va a estar vacío. Los árboles prácticamente han perdido todas las hojas, sus largas y afiladas ramas se recortan contra el cielo claro y la gran extensión de hierba está salpicada con manchas plateadas de hielo. Seguimos el camino principal hacia el área boscosa del otro lado, mientras el zumbido de la ciudad se desvanece gradualmente a nuestras espaldas. Algunos bancos mojados complementan el inhóspito paisaje, vacíos e innecesarios. A lo lejos, un señor mayor le lanza palos a su perro, y el animal emite agudos ladridos que rompen el silencio. El parque parece vasto y desolado: una isla fría y olvidada en medio de la gran ciudad. Hojas enroscadas y ásperas vuelan. Al ras de suelo, transportadas por el susurro del viento. Una bandada de palomas se abalanza excitada sobre unas migajas, sus cabezas moviéndose arriba y abajo, picoteando febrilmente el suelo. Mientras nos acercamos a los árboles, las ardillas corren valientemente ante nosotros, volviendo sus cabezas en nuestra dirección y mirándonos con sus pequeños ojos negros y brillantes, al acecho de cualquier signo de comida. Muy por encima de nosotros está el cielo descolorido, la esfera blanca del sol que, como un foco gigante, ilumina el parque con sus despiadados rayos invernales. Abandonamos el camino y nos adentramos en el pequeño bosque, con el follaje seco y las ramas crepitando y crujendo contra la tierra helada bajo nuestros pies. El terreno irregular se inclina suavemente hacia abajo.

Lochan me sigue en silencio. Ninguno de los dos ha dicho una palabra desde que atravesamos las puertas del parque y abandonamos el mundo a nuestras espaldas, como si intentáramos dejar nuestros pensamientos cotidianos tras el bullicio ruidoso de las sucias calles y el tráfico congestionado. Mientras los árboles comienzan a espesarse a nuestro alrededor, me agacho bajo un tronco caído y luego me detengo sonriendo.

—Es aquí.

Estamos en una hendidura del parque. La cuesta suavemente inclinada está cubierta de hojas y rodeada por unos cuantos helechos verdes y arbustos invernales, cercados por los árboles sin hojas. El suelo es un tapiz de color rojizo

y dorado. Incluso en pleno invierno, mi pequeño pedazo de paraíso sigue siendo hermoso.

Lochan mira perplejo en derredor.

—¿Estamos aquí para enterrar un cuerpo o para desenterrarlo?

Lo miro fijamente, con resignación, pero justo en ese momento una repentina ráfaga de aire mece las ramas sobre nuestras cabezas, dispersando helados rayos de sol como fragmentos de vidrio en mi reducto, haciéndolo parecer mágico y misterioso.

—Aquí es donde vengo cuando las cosas en casa me superan. Cuando quiero estar sola un rato —confieso.

El me mira asombrado.

—¿Vienes aquí tú sola? —Parpadea con desconcierto, se mete las manos hasta el fondo de los bolsillos de la chaqueta, aún mirando en todas direcciones—. ¿Por qué?

—Porque cuando mamá empieza a beber a las diez de la mañana, cuando Tiffin y Willa van tirándolo todo por la casa y gritando, cuando Kit intenta buscar pelea con cualquiera que se cruce en su camino y deseo no tener una familia que cuidar, este lugar me aporta paz. Me da esperanzas. En verano es precioso. Acaba con el rugido que habita constantemente en mi cabeza... Puede que, de vez en cuando, sea tu sitio también —sugiero en voz baja—. Todo el mundo necesita un descanso de vez en cuando, Lochan. Incluso tú.

Vuelve a asentir, aún observándolo todo, como si tratara de imaginarme a mí sola aquí. Luego se vuelve para mirarme, con el cuello de su chaqueta negra ondeando sobre la camisa blanca que lleva por fuera del pantalón, con la corbata aflojada y los bajos de sus pantalones grises enlodados por la tierra blanda. Sus mejillas están teñidas de rosa tras el largo y frío paseo, y lleva el pelo revuelto por el viento. No obstante, estamos aquí refugiados, con el cálido sol sobre nuestros rostros. Una repentina bandada de pájaros se posa sobre la rama más alta de un árbol, y mientras Lochan alza su cabeza, la luz se refleja en sus ojos volviéndolos traslúcidos, del color verde del cristal.

Su mirada se encuentra con la mía.

—Gracias —me dice.

Nos sentamos en mi enclave cubierto de hierba y nos apiñamos en busca de calor. Lochan me envuelve con el brazo y me acerca hacia él, besándome la frente.

—Te amo, Maya Whitely —me dice en voz baja.

Sonríó y alzo la cara para mirarle.

—¿Cuánto?

No responde, pero escucho cómo se acelera su respiración: posa su boca sobre la mía y un extraño zumbido inunda el aire.

Nos besamos durante un largo rato, deslizando nuestras manos entre capas de

ropa y absorbiendo el calor del otro hasta que me siento cálida, ardiente incluso, mi corazón retumba con fuerza, una sensación brillante, un hormigueo, recorre mis venas. Los pájaros siguen picoteando el suelo a nuestro alrededor, en algún punto distante el grito de un niño rompe el silencio. Aquí estamos completamente solos. Somos verdaderamente libres. Si alguien pasara por aquí, sólo vería a una chica y a su novio besándose. Noto que la presión de los labios de Lochan aumenta, como si también se diera cuenta de que este pequeño instante de felicidad no tiene precio. Desliza la mano bajo mi camisa del colegio y yo presiono la mía contra su muslo. En ese momento, se aparta de mí bruscamente, se vuelve con la respiración agitada. Miro a todos lados sorprendida, pero sólo hay árboles a nuestro alrededor que, como testigos silenciosos, permanecen inalterables, inamovibles e imperturbables. A mi lado, Lochan se sienta con los brazos rodeando sus rodillas dobladas y la cara vuelta hacia otro lado.

—Lo siento... —Me ofrece una pequeña sonrisa avergonzada.

—¿Por qué?

Está respirando muy rápido y entrecortadamente.

—Necesitaba parar.

Un nudo me aprieta la garganta.

—Pero eso está bien, Lochie. No tienes por qué disculparte.

No responde. Su silencio me inquieta.

Me muevo para apretarme más contra él y le doy un suave empujoncito.

—¿Vamos a dar un paseo?

Vuelve a alejarse un poco. Alza un hombro sin volverse. Sigue sin responder.

—¿Estás bien? —Pregunto en voz baja.

Inclina la cabeza brevemente.

Mi corazón comienza a palpar; me estoy preocupando. Le acaricio la nuca.

—¿Estás seguro?

No hay contestación.

—Quizá deberíamos montar aquí un campamento, lejos del resto del mundo —bromeo, pero él no dice nada—. Creí que sería bonito pasar un rato solos, nosotros dos y nadie más —digo suavemente—. ¿Ha sido...? ¿Venir aquí ha sido un error?

—¡No!

Cubro su mano con la mía y le acaricio la palma con el pulgar.

—¿Entonces?

—Es que... —Su voz se quiebra—. Tengo miedo de que algún día esto no sea más que un recuerdo lejano.

Trago con fuerza.

—No digas eso, Lochie. No tiene por qué ser así.

—Pero nosotros... esto... no durará. No lo hará, Maya, ambos lo sabemos. En algún momento tendremos que parar... —Se interrumpe repentinamente y se

queda sin aliento, negando con la cabeza y sin palabras.

—Lochie, ¡pues claro que va a durar! —exclamo horrorizada—. No podrán detenernos. No dejaremos que nadie nos pare...

Coge mi mano con la suya, comienza a besármela con sus suaves y cálidos labios.

—Pero se trata del mundo —dice él con la voz tan angustiada que no es más que un susurro—. ¿Cómo...? ¿Cómo podremos contra el mundo entero?

Quiero que Lochan diga que encontrará la manera. Necesito que me diga que juntos la encontraremos. Que juntos lo conseguiremos. Que juntos somos fuertes. Juntos hemos criado a una familia.

—¡Nadie podrá separarnos! —Empiezo a enfadarme—. ¡No pueden, no pueden! ¿O sí que pueden...? —Y al instante me doy cuenta de que no tengo ni idea. Por mucho cuidado que tengamos, siempre existe la posibilidad de que nos pillen. Al igual que, por mucho que encubramos a manta, el peligro de que alguien se entere y avise a las autoridades se intensifica cada vez más. Tenemos que tener mucho cuidado, todo debe permanecer escondido, en secreto. Un desliz y toda la familia se derrumbará como un castillo de naipes. Un desliz y nos destruirán a todos... La actitud derrotista de Lochan me asusta. Es como si él supiera algo que yo no sé.

—Lochie, ¡dime que podemos estar juntos!

Se acerca a mí y yo me derrumbo contra él con un sollozo. Me envuelve entre sus brazos y me abraza con fuerza.

—Haré lo que haga falta —susurra en mi oído—. Te lo prometo. Haré todo lo que esté en mi mano, Maya. Encontraremos el modo de estar juntos. Voy a descubrir cuál es, lo haré. ¿De acuerdo?

Lo miro y él parpadea para contener las lágrimas, ofreciéndome una sonrisa brillante, reconfortante, esperanzadora.

Yo asiento, y le devuelvo otra sonrisa.

—Juntos somos fuertes —respondo, mi voz suena más audaz de lo que en realidad me siento.

Lochan cierra los ojos por un instante, como si sufriera, y luego los abre de nuevo, levanta mi cara de su pecho y me besa con suavidad. Nos abrazamos muy fuerte durante mucho, mucho tiempo, dándonos calor, hasta que el sol comienza a descender gradualmente en el cielo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Lochan

Por las mañanas me ducho a la velocidad del rayo, me visto corriendo y, en cuanto tengo instalados a Tiffin y Willa en la mesa con el desayuno, corro escaleras arriba otra vez con la excusa de haber olvidado la chaqueta, el reloj o un libro para encontrarme con Maya, que tiene la poco envidiable tarea de intentar sacar a Kit de la cama cada mañana. Normalmente la encuentro recogiendo el pelo, abrochándose los botones de los puños de la camisa o metiendo libros en la mochila. La puerta está entreabierta y sale de manera ocasional para gritarle a Kit que se dé prisa; pero se detiene en cuanto me ve y, con una expresión de excitado entusiasmo, coge la mano que le tiendo. Mi corazón late anticipándose a lo que va a ocurrir y nos encerramos en mi habitación. Contamos con unos pocos y preciados minutos que compartir, presiono firmemente la esquina inferior de la puerta con el pie, agarrando con una mano el pomo, y la atraigo suavemente hacia mí. Sus ojos se iluminan con una sonrisa, sus manos me acarician la cara, el pelo, a veces se aferran a mi pecho, con sus dedos rozando la fina tela de mi camisa. Nos besamos tímidamente al principio, un tanto asustados. Por el sabor puedo distinguir si ha usado Colgate o si, para ahorrar tiempo, simplemente ha cogido la pasta de dientes rosa de los niños mientras supervisaba que se lavaran los dientes.

Siempre me impacta el momento en que nuestros labios se encuentran por primera vez, y tengo que recordarme que debo respirar. Sus labios son suaves y cálidos, los míos parecen duros y ásperos al rozar los suyos. Al escuchar los lentos pasos de Kit, que arrastra escaleras abajo al otro lado de la fina pared, Maya intenta apartarse. Sin embargo, tan pronto como la puerta del baño se cierra de un portazo, sucumbe y se desliza con la espalda apoyada contra la puerta. Clavo las uñas en la madera a ambos lados de su cabeza en un intento por mantener las manos bajo control mientras nuestros besos se vuelven más apasionados. El deseo que siento sofoca cualquier temor de que nos descubran y al mismo tiempo saboreo los últimos instantes de éxtasis que hormiguean por mis dedos como arena. Un grito en el piso de abajo, el sonido de Kit saliendo del

baño, pies caminando escaleras arriba —todo indica que nuestro tiempo ha llegado a su fin— y Maya me retira con suavidad. Sus mejillas radiantes, su boca teñida de rojo por el calor de nuestros besos inconclusos. Nos miramos el uno al otro, nuestros ardientes jadeos inundan el ambiente, pero cuando vuelvo a apretarme contra ella suplicando con la mirada un poco más, cierra los ojos con expresión de sufrimiento y gira la cabeza. Suele salir la primera de la habitación, caminando hacia el baño para echarse agua en la cara mientras yo cruzo mi habitación hasta la ventana y la abro, agarrándome al borde del alféizar y dando grandes bocanadas de aire frío.

No lo entiendo, no lo entiendo. Seguro que esto ha ocurrido antes. Seguro que otros hermanos y hermanas se habrán enamorado, y les habrán dejado expresar su amor, tanto física como emocionalmente, sin ser denigrados, marginados, sin ser encerrados en prisión. Pero el incesto es ilegal aquí. Si nos amamos físicamente además de espiritualmente estaremos cometiendo un crimen. Y estoy aterrado. Una cosa es esconderse del mundo y otra esconderse de la ley. Así que sigo repitiéndome: «Mientras no lleguemos hasta el final, todo irá bien. Mientras no tengamos relaciones sexuales, no estamos manteniendo un noviazgo incestuoso. Mientras no crucemos esa última línea nuestra familia estará a salvo, no nos quitarán a los niños y no nos obligarán a separarnos a Maya y a mí. Todo lo que tenemos que hacer es ser pacientes, disfrutar de lo que tenemos, hasta que quizás un día, cuando los demás hayan crecido, podamos irnos a otro lugar, crear nuevas identidades y amarnos mutuamente en libertad».

Debo dejar de pensar sobre ello si quiero hacer algo: tareas, estudios, la cena, la compra semanal, recoger a Tiffin y Willa de la escuela, ayudarles con los deberes, asegurarme de que tengan ropa limpia para el día siguiente, jugar con ellos cuando estén aburridos. Vigilar a Kit, comprobar que hace los trabajos y deberes cada día, persuadirle para que cene con nosotros en vez de desaparecer con sus amigos para ir a McDonald's, asegurarme de que no hace campana y que regresa a casa por la noche. Y, por supuesto, discutir con mamá por el dinero, siempre el dinero, a medida que su presencia es más inusual y se gasta más en alcohol y vestidos nuevos para impresionar a Dave. Mientras, la ropa de Tiffin se le va quedando pequeña, el uniforme de Willa está cada vez más andrajoso, Kit se queja amargamente por los nuevos aparatos electrónicos que tienen todos sus amigos y las facturas no dejan de desbordarnos...

Cuando no estoy con Maya me siento incompleto... Más que incompleto, siento que no soy nada, como si no existiera. No tengo identidad. No hablo, ni siquiera miro a la gente. Estar con los demás es tan insoportable como siempre; me asusta que, si me miran directamente, descubran mi secreto. Me asusta que si consigo hablar o interactuar con ellos, me acabe delatando. Durante el recreo miro a Maya por encima del libro desde mi lugar en la escalera, deseando que venga a sentarse junto a mí, a hablar conmigo, a hacerme sentir vivo, real y

amado, pero hasta el simple hecho de hablar es demasiado arriesgado. De modo que ella se sienta en el muro que hay al otro lado del patio, charla con Francie cuidándose de no mirarme, tan consciente como yo de lo peligrosa que es nuestra situación.

Por las noches la busco en cuanto Tiffin y Willa están en la cama, demasiado pronto como para que sea seguro. Ella se vuelve y da la espalda a su escritorio, su pelo roza la página de su libro de texto y señala significativamente la puerta que queda tras de mí para indicarme que los pequeños aún no se han dormido. Pero cuando lo están, Kit se pasea por la casa, buscando comida o viendo la televisión, y para cuando por fin se va a la cama, Maya ya está dormida.



La mitad del trimestre no nos concede suficiente respiro. Lluve durante toda la semana y, encerrados en casa y sin dinero para excursiones —ni siquiera para ir al cine— Tiffin y Willa están peleándose a todas horas mientras que Kit se pasa el día durmiendo y cuando se marcha con sus amigos no vuelve hasta altas horas de la madrugada. Una noche, muy tarde, inquieto por un arrebato de incesante nerviosismo, me pongo las bambas y salgo de la casa en la que todos duermen, corro todo el camino hasta el parque Ashmore, salto la verja bajo la luz de las estrellas y sigo corriendo por la hierba bañada por la luna. Voy tropezándome por el bosquecillo oscuro y por fin encuentro el oasis de paz de Maya, pero a mí no me aporta ninguna. Me derrumbo sobre mis rodillas ante el tronco de un gran roble y, formando un puño, froto mis nudillos arriba y abajo hasta que la corteza áspera, abultada e implacable hace que me sangren y se me queden en carne viva.

—Hay que ponerle una tirita a Lochie —anuncia Willa a Maya la tarde siguiente cuando entra por la puerta con aspecto agotado, ya que la hermana mayor es la enfermera de la familia—. Una muy grande.

Maya deja caer su mochila y su chaqueta en el suelo y esboza una sonrisa de cansancio.

—¿Un día duro? —pregunto.

—Tres exámenes. —Pone los ojos en blanco—. Y educación física bajo una granizada.

—Estoy ayudando a Lochie a hacer la cena —dice Willa con orgullo, arrodillada sobre un taburete de cocina y ordenando las patatas fritas congeladas

meticulosamente en la bandeja del horno—. ¿Quieres ayudarnos, Maya?

—Creo que nosotros dos nos las estamos apañando bastante bien —señala rápidamente mientras Maya se desploma en una silla con la corbata torcida, se aparta mechones desgredados hacia atrás y me manda un beso discreto por el aire.

—¡Maya, mira! ¡He escrito mi nombre con patatas mayúsculas! —Willa abre la boca, observando nuestro intercambio de miradas, ansiosa por que la incluyamos.

—Muy lista. —Maya se levanta, coge a Willa y la pone sobre su regazo, se sienta con ella inclinándose sobre la bandeja y escribe su propio nombre. Las miro un momento. Los largos brazos de Maya rodean los de Willa, más pequeños. Willa no deja de charlar sobre su día mientras Maya la escucha atentamente y le hace las preguntas adecuadas. Con las cabezas juntas se entremezclan sus lisas melenas: la castaña de Maya y la dorada de Willa. Ambas tienen la misma piel pálida y delicada, los mismos ojos azul claro, la misma sonrisa. En su regazo, Willa parece fuerte y llena de vida, sonriente y rebosante de felicidad. De algún modo, Maya parece más delicada, más frágil, más etérea. Hay tristeza en su mirada, una fatiga que nunca la abandona. Para Maya, la infancia terminó hace años. Sentada con Willa entre sus brazos, pienso: «Hermana y hermana. Madre e hija».

—Puedes hacer la *eme* así —declara Willa trascendentalmente.

—Eres buena en esto, Willa —la felicita Maya—. Dime, ¿qué decías sobre que hay que ponerle una tirita a Lochan?

Me doy cuenta de que he estado cortando el mismo manojito de cebollas desde que Maya llegó. Tengo una tabla llena de confeti verde y blanco.

—Lochie se ha hecho daño en la mano —dice Willa con naturalidad, con los ojos aún fijos en las patatas.

—¿Con un cuchillo? —Maya me mira bruscamente y en sus ojos aparece una señal de alarma.

—No, sólo es un rasguño —le aseguro con un movimiento negativo de mi cabeza y una sonrisa indulgente para Willa.

Willa mira a Maya.

—Está mintiendo —suspira teatralmente, confabulando.

—¿Me dejas verlo? —pregunta Maya.

Le enseño el dorso de la mano rápidamente.

Se estremece al verlo y al instante se levanta, pero tiene a Willa en brazos y se ve obligada a sentarse de nuevo. Extiende la mano.

—Ven aquí.

—¡Yo no quiero verlo! —Willa agacha la cabeza sobre la bandeja—. Sangra y está pegajoso. ¡Ay, qué asco!

Dejo que Maya tome mi mano con la suya por el simple placer de tocarla.

—No es nada.

Acaricia mi palma con sus dedos.

—Dios, ¿qué te ha pasado? ¿No habrá sido una pelea...?

—Claro que no. Sólo me tropecé y me la rasqué con la pared del patio.

Me mira fijamente, incrédula.

—Tenemos que limpiártela adecuadamente —insiste.

—Ya lo he hecho.

Ignora mi último comentario y baja a Willa suavemente de su regazo.

—Voy a ir arriba para curarle la mano a Lochie —dice—. Volveré enseguida.

Confinados en el pequeño espacio que es el baño, busco un antiséptico en el botiquín.

—Agradezco que te preocupes por mí, pero ¿no crees que os estáis poniendo un poco paranoicas?

Maya me ignora, se sienta en el borde de la bañera y se inclina hacia mí.

—Es que te queremos mucho. Ven aquí.

Accedo, inclinándome y cerrando los ojos por un instante, disfrutando de su tacto, del sabor de sus suaves labios sobre los míos. Me acerca más a ella pero me aparto, agitando la botella de antiséptico en alto.

—¡Pensaba que querías jugar a las enfermeras!

Me mira con una mezcla de incertidumbre y sorpresa, como si tratara de descubrir si estoy provocándola.

—Por mucho que me encante limpiar sangre no significa que no pueda tomarme un excéntrico momento para besar al chico que amo.

Fuerzo una risa.

—¿Estás diciendo acaso que preferirías dejarme morir desangrado?

Hace como si se lo pensara por un instante.

—Ah, bueno, es una pregunta difícil.

Comienzo a destapar la botella.

—Vamos. Acabemos con esto.

Aferra mi muñeca entre sus dedos, lleva mi mano hasta ella, inspecciona los nudillos ensangrentados, en carne viva, la piel que se ha levantado de la herida: un rectángulo blanco e irregular, rodeado por arañazos rojos y húmedos. Esboza una mueca de dolor.

—Dios, Lochan. ¿Te has hecho esto al caerte contra una pared? ¡Es como si te hubieras pasado un rallador de cocina por la mano!

Me frota los dañados nudillos con suavidad. Tomo aliento profundamente y miro su rostro, sus ojos están entrecerrados por la concentración, su tacto es muy sedoso. Trago con dificultad.

Después de vendarme con una gasa y poner todo fuera de la vista, vuelve a su sitio en la bañera y me besa otra vez, y cuando me echo atrás, me frota el

brazo con una sonrisa insegura.

—¿Te duele mucho?

—No, ¡claro que no! —exclamo con sinceridad—. No sé por qué a las chicas os da tanto pánico ver una gotita de sangre.

—En cualquier caso, gracias enfermera. —Le doy un beso rápido en la cabeza, me levanto y me encamino hacia la puerta.

—¡Eh! —Coge mi mano para detenerme, con una chispa de picardía en los ojos—. ¿No crees que me merezco algo más por mis esfuerzos?

Hago una mueca y me muevo torpemente hacia la puerta.

—Willa...

—¡Estará atontada delante del televisor!

Doy un paso hacia delante con reticencia.

—Vale...

Pero me detiene antes de que tenga tiempo de llegar a ella, con la mano en mi pecho, agarrándome de un brazo con suavidad. Tiene una expresión burlona.

—¿Qué te ha picado hoy?

Sacudo la cabeza y sonrío con ironía.

—No lo sé. Creo que estoy un poco cansado.

Me mira durante un buen rato, rozándose el labio superior con la punta de la lengua.

—Loch, ¿va todo bien?

—¡Por supuesto! —Sonrío alegremente—. ¿Podemos salir ya de aquí? ¡Éste no es precisamente el lugar más romántico del mundo!

Noto su desconcierto con tanta intensidad como si fuera mío. Durante la cena, me percaté de que me está observando, sus ojos se apartan rápidamente en cuanto la miro. Está distraída, eso es obvio, no se da cuenta de que Willa está comiendo con las manos ni de que Kit está fastidiando abiertamente a los pequeños al ignorar su cena y comerse las galletas de chocolate que se suponía que tomaríamos de postre. Tengo la impresión de que es mejor dejarles hacer lo que les dé la gana en vez de reñirles. Temo que si empiezo, no podré parar y mis grietas empezarán a salir a la luz. Me entró el pánico en el baño. Estaba asustado, muy asustado de dejar que Maya se acercara demasiado a mí y lo notara, que se diera cuenta de que algo andaba mal.

Pero por la noche no puedo dormir, mi mente está plagada de miedos. Tengo deberes constantemente, inconvenientes a los que debo enfrentarme día a día, además del hecho de que no podamos hacer gala de ninguna muestra de afecto en público, ni siquiera delante de nuestra propia familia; todo ello son cadenas que me asfixian y se van apretando más y más. Me pregunto: ¿algún día seremos libres como una pareja normal? ¿Podremos vivir juntos, darnos la mano en público o besarnos en cualquier esquina? ¿O siempre estaremos condenados a llevar vidas ocultas, a escondernos tras las puertas cerradas y las cortinas

echadas? O peor aún, una vez que nuestros hermanos crezcan lo suficiente, ¿no nos quedará más remedio que huir y abandonarlos?

Sigo recordándome que debo vivir el presente, un día y luego otro, pero ¿cómo voy a poder? Estoy a punto de terminar el colegio y empezar la universidad, y por tanto es lógico que me obliguen a plantearme un futuro. Lo que verdaderamente me gustaría hacer es escribir —para un periódico, o quizá para una revista— pero sé que no es más que una fantasía ridícula. Lo que importa es el dinero: es imprescindible que aspire a un trabajo con un salario inicial decente y en el que pueda llegar a ganar más.

Tengo poca fe en que una vez que gane dinero nuestra madre siga dándonoslo. Para cuando termine la universidad, Willa tendrá ocho años y aún necesitará que la apoyen económicamente otra década más. Tiffin necesitará otros siete, Kit dos... Los años, los números y los cálculos me aturden. Sé que Maya insistirá en ayudar también, pero no quiero tener que depender de ella, nunca he querido que se sienta atrapada. Si quisiera seguir estudiando, si de repente decidiera perseguir su sueño de la infancia de convertirse en actriz, nunca dejaría que la familia se interpusiera en su camino. No podría negarle ese derecho: el derecho de cualquier ser humano a elegir la vida que quiera tener.

Por lo que a mí respecta, ya he tomado una decisión. Que alguna institución se lleve a los niños es algo que intento evitar desde que cumplí doce años. Ningún sacrificio es demasiado grande para mantener a mi familia unida, aunque el largo camino que tengo por delante se me antoja tan rocoso y escarpado que a veces me levanto por las noches temiendo caer. Tan sólo el pensamiento de que Maya permanezca a mi lado hace que el ascenso de ese camino no me resulte tan imposible. Sin embargo, últimamente, los sacrificios parecen estar haciéndose cada vez más grandes.

Nuestra madre ha estado desesperada por casarse con Dave desde el instante en que se fijó en él, aunque Dave nunca se lo ha propuesto, ni siquiera ahora que ya se ha divorciado, pues claramente no está preparado para soportar la carga de otra gran familia. Mamá ya ha hecho su elección, pero ahora que estoy a punto de cumplir los dieciocho y convertirme legalmente en un adulto temo que se distancie por completo en un último intento por conseguir que le pongan el anillo en el dedo. Cada vez que la obligo a desprenderse de algo de dinero para cubrir nuestras necesidades básicas —comida, pagar facturas, ropa, artículos escolares— comienza a gritar que ella dejó el colegio y empezó a trabajar a los dieciséis años, que se fue de casa y no les pidió nada a sus padres. Cuando le recuerdo que ella no tenía tres hermanos pequeños a los que cuidar, doy pie a que me diga que, para empezar, ella nunca quiso tener hijos, que sólo nos tuvo para complacer a nuestro padre, que él quería uno detrás de otro hasta que, cansado de todos nosotros, se marchó para empezar de cero con otra persona. Yo le aclaro que el hecho de que papá nos abandonara no le da derecho a abandonarnos también.

Pero eso sólo la provoca más, y me asesta un golpe bajo recordándome que nunca se hubiera casado con papá si no se hubiera quedado embarazada de mí accidentalmente. Sé que lo que dice es fruto de la rabia que le produce el alcohol, pero también soy consciente de que lo dice en serio, por eso durante toda mi vida ha estado más resentida conmigo que con los demás. Esto suele conducir a la perorata habitual sobre cómo trabaja catorce horas al día sólo para mantener un techo sobre nuestras cabezas, que todo lo que me pide es que cuide a mis hermanos unas cuantas horas tras el colegio cada día. Si intento recordarle que ese era el acuerdo inicial cuando papá se fue, pero que ahora la realidad es muy distinta, empieza a gritar que ella también tiene derecho a hacer su vida. Al fin sólo puedo recurrir al chantaje: la amenaza de que un día nos presentemos en casa de Dave con la maleta en la mano. Eso la convence de que debe darme dinero en efectivo. En muchos aspectos, agradezco que se haya alejado de nuestras vidas, incluso aunque eso signifique que los pensamientos sobre el futuro, nuestro futuro, pesen fatigosamente sobre mí.

El sueño me evade otra vez, así que a altas horas de la madrugada bajo a la cocina para lidiar con la pila de cartas dirigidas a mamá que se han ido acumulando en el aparador durante semanas. Para cuando termino de abrirlas todas, la mesa de la cocina está completamente cubierta por facturas, extractos de la tarjeta de crédito, reclamaciones de pagos... Maya me acaricia la nuca, haciéndome dar un salto.

—No pretendía asustarte. —Se sienta en la silla que tengo al lado, descansando sus pies desnudos sobre los míos, rodeando sus rodillas con los brazos. Lleva puesto el camión, su pelo cae suelto y liso, del color de las hojas otoñales, y me mira con los ojos tan abiertos e inocentes como los de Willa. Es tan hermosa que me duele.

—Te pareces a Tiffin cuando ha perdido un partido e intenta poner cara de valiente —comenta, con una sonrisa en su mirada.

Me río brevemente. A veces, no poder ocultarle lo que siento resulta frustrante.

La risa deja paso a un silencio inquietante. Maya me da un suave tirón de la mano.

—Dime.

Inspiro profundamente, con intensidad, y niego mirando al suelo.

—Ya sabes, el futuro y todo eso.

Aunque sigue sonriendo, veo un cambio en sus ojos y noto que ella también ha estado pensando en eso.

—Ese es un gran tema que tratar a las tres de la mañana ¿Alguna parte del futuro en particular?

Me fuerzo a mirarla.

—Aproximadamente desde hoy hasta el momento en que Willa termine la

universidad y empiece a trabajar.

—¡Creo que te estás adelantando un poco a los acontecimientos! —exclama Maya, claramente decidida a mejorar mi estado de ánimo—. Willa está predestinada a hacer grandes cosas. El otro día tuve que llevármela a Belmont para recoger unos deberes que había olvidado, ¡y todo el mundo se derriñó al verla! Mi profesora de arte dijo que debíamos llevarla a una agencia de modelos para niños. Así que creo que debemos invertir en ella, ¡y cuando tenga dieciocho años estará haciendo desfiles y manteniéndonos! Y luego está Tiffin. ¡Corre el rumor de que el entrenador Simmons no ha visto semejante talento en un chico tan joven! ¡Y ya sabes cuánto les pagan a los futbolistas! —Se ríe, haciendo un gran esfuerzo por animarme.

—Buena idea. Exacto... —Intento imaginar a Willa en un desfile con la esperanza de que me provoque una sonrisa sincera—. ¡Es una gran idea! Tú podrías ser su... esto... estilista y yo puedo ser su representante.

Pero el silencio se instala de nuevo entre nosotros. Por su expresión parece obvio que Maya es consciente de que sus tácticas no han funcionado. Roza la palma de mi mano con sus uñas y se pone seria.

—Escucha. En primer lugar, no sabemos lo que va a pasar con mamá y con todo el tema económico. Incluso aunque se casara con Dave e intentara cerrarnos el grifo, podríamos intimidarla con el cuento de ir al juzgado por negligencia. Es demasiado estúpida como para darse cuenta de que nunca podríamos conseguirlo por culpa de los servicios sociales. Y por el mero hecho de existir, siempre estará en nuestro poder la posibilidad de arruinar su relación. Amenazarla con presentarnos en casa de Dave para pedirle que pague las facturas ha funcionado hasta ahora, ¿no? En tercer lugar, para cuando termines la universidad, mucho habrá cambiado. Willa tendrá casi nueve años, Tiffin será un adolescente. Irán solos al colegio, se responsabilizarán de sus propios estudios. Puede que Kit madure, pero incluso aunque no lo haga, insistiremos en que salga a buscar un trabajo o que tome parte en las tareas de la casa. Aunque debamos recurrir al chantaje —sonríe, elevando mi mano hasta su boca para besarla—. La parte más difícil es ésta, Lochie, ahora que mamá acaba de salir de nuestras vidas y Tiffin y Willa son aún pequeños. Pero sólo puede mejorar, en el futuro será más fácil para todos nosotros y tú y yo podremos pasar más tiempo juntos. Confía en mí, mi amor. Yo también he estado pensando en ello y no te digo todo esto sólo para intentar animarte.

Alzo los ojos para mirarla y siento que una parte de la inquietud deja de oprimirme el pecho.

—Nunca lo había pensado de ese modo...

—¡Eso es porque siempre estás ocupado imaginándote lo peor! Y porque siempre te preocupas tú solo. —Me sonríe burlona y sacude la cabeza—. ¡Y te olvidas de lo más importante!

Me las arreglo para sonreír a la vez que ella.

—¿Qué es lo más importante?

—Yo —declara con una floritura, lanzando el brazo y golpeando en el proceso el cartón de leche. Afortunadamente está casi vacío.

—Tú y tu habilidad para tirar las cosas.

—Sí, exacto —admite—. Y también es importante el hecho de que yo esté aquí para preocuparme contigo y pasar por *todo* esto, por cada pequeña cosa a tu lado: hasta el momento más terrible que puedas imaginarte. No pasarás solo por nada. —Baja el volumen de la voz y mira nuestras manos que descansan en su regazo, con los dedos entrelazados—. Ocurra lo que ocurra, siempre existirá un nosotros.

Asiento, pero no me salen las palabras. Quiero decirle que no puedo hundirla conmigo. Que tiene que soltar mi mano y nadar. Quiero decirle que debe vivir su propia vida. Pero presiento que ya sabe que tiene esas opciones. Y que ella también ha tomado una decisión.

CAPÍTULO VEINTE

Maya

—Quince minutos —ruega Francie—. Oh, vamos, diez aunque sea. Lochan sabe que tenías una clase más tarde, ¡así que seguro que diez minutos no van a suponer una gran diferencia!

Miro el rostro suplicante y esperanzado de mi amiga y me asalta una pequeña tentación. Una Coca-Cola fría y quizás una magdalena en Smileys con Francie mientras intenta que el nuevo camarero que ha descubierto allí se fije en ella, posponiendo así las exhaustivas tareas de la tarde: deberes, cena, baño, cama... De repente me parece un lujo absurdo...

—Llama a Lochan ahora y ya está —insiste Francie mientras cruzamos el patio con las mochilas colgando de los hombros y con la inquietud que supone un largo y duro día de clase—. ¿Por qué diablos iba a importarle?

No le importaría, esa es la cuestión. De hecho se empeñaría en que fuera, y pensar en ello hace que me sienta muy culpable. Dejarle que haga la cena, supervise los deberes y batalle con Kit cuando su día en el colegio ha sido casi tan largo como el mío y, sin duda, más penoso. Pero concretando aún más, ansío verle aunque ello implique pasar otra tarde luchando contra el doloroso impulso de abrazarlo, tocarlo, besarlo. Lo echo de menos tras tantas horas separados, le extraño de un modo indescriptible. Aunque con ello sólo consiga zambullirme desde una clase mortal de historia hacia las locas refriegas de casa, me muerdo de ganas de hacerlo sólo por ver sus ojos iluminarse al verme, la sonrisa de felicidad con la que me saluda cada vez que entro por la puerta, hasta cuando está haciendo malabares con las cacerolas en la cocina, intentando convencer a Tiffin de que ponga la mesa y a Willa de que deje de atiborrarse de cereales.

—No puedo, lo siento —le digo a Francie—. Tengo muchas cosas que hacer.

Pero, por una vez, no me muestra compasión alguna. En vez de eso, se chupa el labio inferior, con el hombro apoyado contra la pared exterior del patio del colegio, el lugar en el que habitualmente nos despedimos.

—Pensaba que era tu mejor amiga —espeta de pronto, el dolor y la decepción resuenan en su voz.

Yo me estremezco sorprendida.

—Y lo eres, sabes que lo eres. No tiene nada que ver con...

—Ya sé lo que está pasando, Maya —me interrumpe, sus palabras cortan el aire que nos separa.

Mi pulso comienza a acelerarse.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Has conocido a alguien, ¿verdad? —Lo expresa como una afirmación, con los brazos cruzados ante el pecho y girándose para apoyar la espalda en la pared, sin mirarme, con la mandíbula apretada.

Por un segundo me quedo sin palabras.

—¡No! —La palabra no es más que un grito ahogado de asombro—. No he conocido a nadie. ¿Por qué has...? ¿Qué te ha hecho pensar...?

—No te creo. —Niega con la cabeza, mirando furiosa a la distancia—. Te conozco, Maya, y has cambiado. Cuando hablas, parece que estés pensando en otra cosa. Es como si estuvieras soñando despierta o algo así. Y estás extrañamente contenta últimamente. Y siempre te marchas a toda prisa cuando termina la última clase. Sé que tienes toda esa mierda que solucionar en casa, pero es como si estuvieras deseando que llegara, como si no pudieras esperar para escapar...

—Francie, ¡no tengo ningún novio secreto! —protesto desesperada—. ¡Sabes que si lo tuviera serías la primera en saberlo!

Mis palabras suenan tan sinceras al salir por mis labios que me avergüenzo un poco. « Pero él no es un simple novio, —me digo—. Él es mucho más» .

Francie escruta mi rostro mientras sigue interrogándome, pero tras un rato empieza a calmarse, parece que me cree. Me toca inventarme que estoy enamorada de un chico de un curso superior para explicar lo de soñar despierta, pero afortunadamente tengo la suficiente claridad mental como para elegir uno que ya tiene una novia formal y así Francie no intente juntarnos. Sin embargo, la conversación me deja alterada. Me doy cuenta de que voy a tener que ser más cuidadosa. Incluso cuando no estoy con él tengo que andarme con ojo. El más mínimo desliz podría delatarnos...



Al llegar a casa encuentro a Kit y Tiffin en la sala de estar viendo la televisión, cosa que me sorprende. No tanto por el hecho de que miren la tele sino porque lo

están haciendo juntos y Tiffin es el que tiene el mando. Kit está encorvado en un extremo del sofá, sus zapatos del colegio a medio atar están enlodados, tiene la cabeza apoyada en la mano y mira embobado la pantalla. Tiffin tiene restos de ketchup en la camisa y está arrodillado al otro extremo del sofá, cautivado por unos dibujos animados violentos, con los ojos muy abiertos y la boca como la de un pez. Ninguno se gira cuando entro.

—¡Hola! —exclamo.

Tiffin sostiene un paquete de Choco Krispies y lo zarandea ligeramente en mi dirección, con la vista aún fija en la pantalla.

—Nos han dado permiso —anuncia.

—¿Antes de cenar? —pregunto con tono de incredulidad. Lanzo la chaqueta al sofá y me dejo caer sobre él—. Tiffin, no creo que sea una buena...

—Este es la cena —me informa, tomando otro gran puñado de la caja y metiéndoselo en la boca, ensuciando todo lo que tiene a su alrededor—. Lochie ha dicho que podíamos comer lo que quisiéramos.

—¿Qué?

—Se han ido al hospital. —Kit gira la cabeza hacia mí y me mira con aspecto paciente—. Y yo me tengo que quedar aquí con Tiffin y vivir de cereales.

Me incorpоро lentamente.

—¿Lochie y Willa se han ido al hospital? —pregunto, la alarma impregna mi voz.

—Sí —responde Kit.

—¿Qué diablos ha pasado? —Mi voz suena más fuerte, doy un salto y empiezo a buscar las llaves en mi mochila. Sorprendidos por mi grito, ambos apartan por fin los ojos de la pantalla.

—Seguro que no es nada —dice Kit con amargura—. Lo más probable es que pasen la noche en urgencias, Willa se dormirá y cuando se despierte dirá que ya no le duele.

—¿De qué estás hablando? —Tiffin se gira hacia él, sus acusadores ojos azules están muy abiertos—. Puede que la tengan que operar. Igual le tienen que amputar...

—¿Qué ha pasado? —grito histérica.

—¡No lo sé! Se ha hecho daño en el brazo, ¡yo ni siquiera estaba aquí! —dice Kit a la defensiva.

—Yo sí que estaba —anuncia Tiffin dándose importancia, metiendo el brazo entero en la caja de cereales—. Se cayó de la encimera al suelo y empezó a gritar. Cuando Lochie la cogió gritó más aún, así que se la llevó a la calle a coger un taxi y ella *segua* gritando...

—¿Dónde han ido? —agarro a Kit por el brazo y le sacudo—. ¿Al St. Joseph?

—¡Ay, suelta! Sí, eso dijo.

—¡Que ninguno de los dos se mueva de aquí! —grito desde la puerta—.

Tiffin, no salgas fuera, ¿me oyes? Kit, ¿puedes prometerme que te quedarás con Tiffin hasta que yo vuelva? ¿Y que contestarás el teléfono en cuanto suene?

Kit pone los ojos en blanco con dramatismo.

—Lochan ya me ha dicho todo eso...

—¿Me lo *prometes*?

—¡Que sí!

—Y no le abras la puerta a nadie. ¡Y si hay algún problema llámame al móvil!

—¡Vale, vale!

Corro todo el camino. Son unos tres kilómetros, pero es hora punta y el tráfico es tal que coger el autobús sería más lento y angustioso. Correr me ayuda a eliminar las visiones que tengo de Willa herida y gritando. Si algo horrible le ha ocurrido a esa niña, moriré, lo sé. Mi amor por ella es como un dolor implacable en el pecho, la sangre zumba en mi cabeza con un martilleo de culpabilidad, que una vez más me obliga a reconocer que, desde que mi relación con Lochan empezó —a pesar de mis recientes esfuerzos— no le he estado prestando a mi hermana tanta atención como antes. La he bañado y acostado a toda prisa, la he reprendido en ocasiones en las que Tiffin era el culpable, he declinado petición tras petición de jugar con ella, alegando tareas domésticas o deberes como excusa, demasiado ocupada en mantener todo en orden como para dedicarle diez simples minutos de mi tiempo. Kit reclama nuestra atención constantemente con su volubilidad, Tiffin con su hiperactividad, y Willa queda a un lado, apagada por sus hermanos en las conversaciones durante la cena. Como su única hermana, solía jugar con ella a las muñecas o a la hora del té, solía disfrazarla, hacerle peinados. Pero estos días he estado tan preocupada con otros asuntos que ni siquiera le hice caso cuando se peleó con su mejor amiga, no me di cuenta de que me necesitaba: para escuchar sus historias, para preguntarle cómo le había ido el día y para alabarla por su impecable comportamiento que, por su propia naturaleza, no llamaba la atención. Por ejemplo, la herida de su pierna: no fue sólo el hecho de que Willa se quedara toda la tarde dolorida en la escuela sin que nadie fuera a buscarla para consolarla, lo peor de todo y lo más revelador es que ni siquiera pensó en decírmelo hasta que me fijé en la enorme venda que llevaba bajo el agujero de sus medias.

Cuando llego al hospital estoy a punto de echarme a llorar, y una vez dentro, intentar descubrir dónde esta Willa casi sobrepasa mis límites. Por fin localizo la zona infantil de urgencias y me dicen que Willa está bien, pero «descansando» y que podré verla en cuanto se despierte. Me llevan a una pequeña habitación al final de un largo pasillo y me informan de que la sala donde está Willa queda justo al girar la esquina, y que un médico vendrá a hablar conmigo enseguida. En cuanto desaparece la enfermera, salgo de allí corriendo.

Al girar la esquina reconozco, en el otro extremo del pasillo blanco cegador,

una silueta familiar enfrente de las puertas de vivos colores de la sala de niños. Con la cabeza gacha e inclinado hacia delante, se agarra con ambas manos al borde del alféizar de la ventana.

—¡Lochie!

Se vuelve poco a poco, enderezándose lentamente, y luego viene hacia mí corriendo, levantando las manos en señal de rendición.

—Se encuentra bien, se encuentra bien, está muy bien. Le han dado un sedante y le han puesto anestesia general para el dolor, y han podido ponerle el hueso en el sitio. La acabo de ver y se ha dormido enseguida, pero parece que está perfectamente bien. Después de hacerle la segunda radiografía, los médicos han dicho que estaban seguros de que no habría daños a largo plazo. No necesitará escayola y el hombro se le pondrá bien en una semana, ¡o puede que menos! Dijeron que a los niños se les dislocan los hombros muy a menudo, que es bastante común, que lo ven todo el tiempo, ¡no hay de qué preocuparse! — Está divagando, sus ojos irradian una especie de optimismo desenfundado, me mira con agitación, casi suplicante, como si esperase que me pusiera a saltar arriba y abajo aliviada.

Me quedo en punto muerto, jadeando con fuerza, apartándome los mechones de pelo de la cara y mirándolo fijamente.

—¿Se ha dislocado el hombro? —pregunto sin resuello.

Lochan se estremece como si mis palabras le hubieran aguijoneado.

—Sí, ¡pero eso es todo! ¡Nada más! Le han hecho una radiografía y todo y...

—¿Qué ha pasado?

—¡Se ha caído de la encimera! —Intenta tocarme pero yo me aparto—. Oye, está bien, Maya. ¡Te lo estoy diciendo! No se ha roto nada. El hueso del hombro se le salió de sitio. Sé que suena espeluznante, pero todo lo que han tenido que hacer ha sido colocárselo en su lugar. Le han puesto anestesia así que no ha sido tan... tan doloroso y... y ahora está descansando.

Me horroriza que se esté comportando como un maniaco y que hable tan rápido. Tiene el pelo de punta, como si hubiera estado tirando de él repetidamente. Tiene la cara blanca, su camisa del colegio le cuelga por fuera de los pantalones, aferrándose a su piel por unas manchas de sudor.

—Quiero verla...

—¡No! —Me agarra e intento empujarle—. Quieren que se despierte ella sola por el sedante que le han puesto. No te dejarán entrar hasta que despierte...

—¡Me importa una mierda! ¡Es mi hermana, está herida, voy a ir a verla y nadie podrá detenerme! —Comienzo a gritar.

Pero Lochan me retiene con fuerza y, sorprendentemente, me descubro a mí misma forcejeando con él en este largo, brillante y vacío pasillo de hospital. Por un momento me tienta la idea de darle una patada, pero lo oigo jadear:

—No montes una escena, no debes montar una escena. Lo único que vas a

conseguir es empeorar las cosas.

Me caigo hacia atrás, respirando con dificultad.

—¿Empeorar el qué? ¿De qué hablas?

Se acerca a mí, posa las manos sobre mis hombros, pero yo me aparto, negándome a que me tranquilicen más palabras reconfortantes que no significan nada. Lochan deja caer sus brazos con aspecto exasperado, sin esperanzas.

—Quieren ver a mamá. Les he dicho que estaba en el extranjero por negocios, pero han insistido en que les diera su número. Así que les he dado su móvil, pero ha saltado el buzón de voz...

Saco mi teléfono.

—La llamaré a casa de Dave e intentaré localizarla también en el bar y en el móvil de Dave...

—No. —Lochan levanta la mano en señal de derrota—. Ella... Ella no está allí...

Lo miro fijamente.

Baja el brazo, traga saliva y camina despacio hacia la ventana. Me doy cuenta de que está cojeando.

—Se... Se ha marchado con él. Parece que de vacaciones. A algún lugar en Devon, pero el hijo de Dave dice que no sabe exactamente dónde. Dijo que creía... que creía que volverían el domingo.

Me quedo boquiabierta, el horror recorre mis venas.

—¿Se ha ido una semana entera?

—Supuestamente. Parecía que Luke no lo sabía... O no le importaba. Y el teléfono de mamá ha estado apagado durante días. O se le ha olvidado llevarse el cargador o lo ha apagado a propósito. —Lochan se vuelve para apoyarse en el alféizar, como si el peso de su cuerpo fuera demasiado para que sus piernas lo soportaran—. He intentado llamarla por las facturas. Ayer después del colegio me di una vuelta por allí y es cuando Luke me lo dijo. Está en el piso de su padre con su novia, pero no te lo dije para no preocuparte...

—¡No tenías derecho a ocultármelo!

—Lo sé, lo siento, pero me imaginé que no había nada que pudiéramos hacer...

—¿Y ahora qué? —Ya no puedo hablar en un tono comedido. Una cabeza asoma por una puerta que hay un poco más allá, e intento contenerme—. ¿Tiene que quedarse en el hospital hasta que mamá venga a buscarla? —Siseo.

—No, no... —Intenta poner una mano sobre mi brazo para tranquilizarme y de nuevo la esquivo. Estoy furiosa con él por intentar callarme, por no contármelo, por tratarme como a una niña y por repetir constantemente que todo va bien.

Antes de que pueda preguntarle nada más, un médico calvo y bajito sale por las puertas dobles, se presenta como el doctor Maguire y nos conduce de nuevo a

la pequeña sala. Nos sentamos cada uno en una silla baja y mullida, y, sujetando en alto las radiografías, el doctor nos muestra las imágenes del antes y el después y nos explica el procedimiento que llevaron a cabo y lo que va a suceder de ahora en adelante. Está alegre e intenta tranquilizarnos. Cuenta de nuevo la mayoría de las cosas que Lochan ya me ha dicho y me asegura que aunque a Willa le dolerá el hombro durante unos días y tendrá que usar un cabestrillo, debería estar bien en una semana. También nos informa de que ya está despierta y tomando la cena y que podemos llevárnosla a casa en cuanto esté lista.

Podemos llevárnosla a casa. Mi cuerpo se relaja. Todos nos levantamos y Lochan da las gracias al doctor Maguire, que sonríe ampliamente; vuelve a decir que podemos llevarnos a Willa en cuanto esté lista, y luego pregunta si puede ya venir la señora Leigh. Lochan apoya la mano en la pared como para no perder el equilibrio y asiente rápidamente, mordiéndose el pulgar mientras el médico se marcha.

—¿La señora Leigh? —Miro a Lochan con el ceño fruncido.

Se gira sobre sus talones y me mira, respirando con dificultad.

—No digas nada, ¿de acuerdo? Simplemente no digas nada. —Habla en voz baja y con prisa—. Deja que me encargue yo, no podemos arriesgarnos y contradecirnos. Si te pregunta algo a ti, simplemente cuéntale la historia del viaje de negocios de siempre y dile la verdad, que tenías una clase hasta tarde y que cuando llegaste a casa ya había ocurrido todo.

Miro con desconcierto a Lochan, que está al otro lado de la pequeña habitación.

—Pensaba que habías dicho que no querían saber más sobre mamá.

—Todo va bien. Sólo es... es un procedimiento habitual... en este tipo de lesiones. Supuestamente tienen que rellenar una especie de informe... —Antes de que podamos seguir, suena un golpe en la puerta y una mujer grande con el pelo rizado y rojo entra.

—Hola. ¿Os ha dicho el doctor que iba a venir para hablar con vosotros? Soy Alison, de la Asociación de atención y protección al menor —extiende la mano hacia Lochan.

Se me escapa un ligero sonido. Intento convertirlo en una tos.

—Lochan Whitely. En... Encantado de conocerla.

« ¡Él lo sabía! » .

Me doy cuenta de que ahora se dirige a mí. Cojo su mano regordeta y se la estrecho. Durante un momento, no puedo hablar, literalmente. Mi mente se ha quedado en blanco y se me ha olvidado hasta mi nombre. Luego me esfuerzo por sonreír, me presento y tomo asiento en este pequeño triángulo.

Alison está rebuscando dentro de una gran bolsa, saca una carpeta, un bolígrafo y algunos formularios, hablando mientras lo hace. Le pide a Lochan que confirme la situación de mamá, lo que él hace con una seguridad

sorprendente. Parece satisfecha, garabatea unas cuantas palabras y luego alza la mirada de sus notas con una sonrisa amplia y artificial.

—Bueno, ya he estado charlando con Willa de todo lo que ha pasado. Es una niña encantadora, ¿verdad? Me ha explicado que estaba en la cocina contigo, Lochan, cuando se ha caído. Y que tú, Maya, estabas aún en el colegio, pero que los otros dos hermanos estaban en casa.

Miro a Lochan deseando que establezca contacto visual conmigo. Pero parece que no me mira a propósito.

—Sí.

Esboza otra de esas falsas sonrisas.

—De acuerdo, ahora tómate un momento y explícame cómo ha ocurrido el accidente.

No lo entiendo. Esto ni siquiera va sobre mamá y seguro que Lochan le ha dado los detalles de la caída al médico que se ha ocupado de Willa.

—Va... Vale. Está bien. —Lochan se inclina hacia delante, con los codos sobre las rodillas, como si estuviera desesperado por contarle a esta mujer cada detalle—. Yo... entré en la cocina y Willa estaba sobre la encimera cuando sabe que no lo tiene permitido porque es... está muy alto y... y ella estaba de puntillas intentando alcanzar una caja de ga... galletas que había en lo alto de un estante... —Está hablando otra vez con nerviosismo, entrecortadamente, tropezando con las palabras por la prisa que tiene por sacarlas todas. Veo cómo los músculos de sus brazos están vibrando y se está rascando la lla que tiene bajo el labio con tanta fuerza que está empezando a sangrar.

Alison se limita a asentir, garabatea algo más y vuelve a mirar con expectación.

—Yo le di... dije que bajara. Ella no quiso, dijo que sus hermanos se habían comido algunas y que habían puesto a pro... propósito las galletas allí arriba para que no pudiera cogerlas. —Está resollando, mira los formularios como intentando leer lo que hay escrito en ellos.

—Sigue...

—Entonces yo... yo le repetí lo que le acababa de decir...

—¿Qué le dijiste exactamente? —Ahora la voz de la mujer es más áspera.

—Só... sólo que... Bueno, en resumen: «Willa, baja ahora mismo».

—¿Se lo dijiste hablando o gritando?

Parece que Lochan no puede respirar bien, el aire forma un ruidito en la parte de atrás de su garganta.

—Esto... Bueno... Bueno... La primera vez le hablé en voz alta porque... porque me daba miedo verla allí arriba de nuevo y... y la segunda vez, cuando se negó a bajar, yo... creo que... que sí, le grité un poco. —Levanta la mirada hacia ella, mordisqueándose la comisura del labio, con el pecho subiendo y bajando muy rápido.

¡No me puedo creer lo que hace esta mujer! ¿Está intentando que Lochan se sienta culpable por gritarle a su hermana cuando estaba haciendo algo peligroso?

—¿Y luego? —La mujer tiene los ojos entrecerrados. Parece que está especialmente atenta ahora.

—Willa... Ella, bueno, ella me ig... ignoró.

—¿Y qué hiciste tú?

Se hace un silencio terrible. «¿Qué hiciste tú?», me repito para mis adentros, desesperada por entrar en la conversación, pero sin hacerlo por la promesa que le he hecho a Lochan de no hablar, además del hecho de que yo no estaba allí. ¿Esta persona de protección al menor pregunta a los padres de cada niño lesionado que llega al hospital qué han hecho? ¿Son todos culpables hasta que se demuestre lo contrario? ¡Esto es ridículo! ¡Los niños se caen y se hacen daño ellos solos constantemente!

Pero Lochan no responde. Mi corazón empieza a latir muy fuerte. «No empieces con el miedo escénico ahora, —le ruego en mi cabeza—. ¡No hagas que parezca como si tuvieras algo que esconder!».

Lochan está frunciendo el ceño y mordiéndose el labio como si intentara recordar, y me alarma ver que está a punto de llorar.

Me aprieto contra la silla y me muerdo los labios con fuerza para no intervenir.

—La ba... bajé. —La barbilla le tiembla suavemente. No levanta la vista.

—¿Podrías explicarme exactamente cómo lo hiciste?

—Me acerqué... Me acerqué allí y la aga... agarré por el brazo y entonces... y entonces de un tirón la bajé de la encimera. —Su voz se rompe y eleva el puño hasta su rostro, presionando los nudillos contra su boca.

«Lochan, ¿de qué diablos estás hablando? Tú nunca le harías daño a Willa deliberadamente, lo sabes tan bien como yo».

—¿La agarraste por el brazo y tiraste de ella para bajarla al suelo? —La mujer arquea las cejas.

El silencio se extiende por la habitación. Puedo escuchar los latidos de mi propio corazón. Al fin Lochan baja el puño de su boca y toma una bocanada de aire entrecortadamente.

—Tiré de su brazo y... y... —Mira hacia arriba, a la esquina del techo, las lágrimas se aglomeran en sus ojos como canicas transparentes—. Sé que no debería... No pensaba que...

—Sólo dime lo que ha pasado.

—Ti... tiré de su brazo y se resbaló. Ella... llevaba unas medias y los pies se le deslizaron por la superficie de la encimera hacia fuera. Yo... yo la sujeté por el brazo mientras se caía para intentar que no se hiciera daño y entonces es cuando escuché el... ¡el chasquido! —Aprieta los ojos un momento como si estuviera sufriendo un dolor terrible.

—¿Entonces estabas agarrándola por el brazo cuando se cayó al suelo y el peso de su cuerpo fue lo que le sacó el hueso de su sitio?

—*Apartarme* de ella cuando se cayó hubiera ido en contra de toda lógica. Yo... Yo pensé que así no se haría daño, no... no que le sacaría el brazo de sitio. ¡Dios! —Una lágrima rueda por su mejilla. Se la seca rápidamente—. No creí...

—¡Lochie!

Sus ojos se posan en lo míos.

—Fue... Fue un accidente, Maya.

—¡Lo sé!

Esta maldita mujer está escribiendo cosas otra vez.

—¿Sueles estar a cargo de tus hermanos a menudo, Lochan?

Retrocedo en mi silla otra vez. Lochan se frota los ojos con los dedos y respira ininterrumpidamente tratando de recomponerse. Sacude la cabeza con ímpetu.

—Sólo cuando nuestra madre tiene que irse de viaje por negocios.

—Y, ¿con qué frecuencia sucede?

—De... Depende... Cada dos meses o así...

—Y cuando se va, supongo que tienes que ir a por ellos a la escuela, cocinar para ellos, ayudarlos con los deberes, entretenerlos, llevarlos a la cama...

—Lo hacemos juntos —digo rápidamente.

La mujer se gira y nos mira a los dos ahora.

—Eso debe ser agotador tras un largo día de clases...

—Los niños saben entretenerse solos.

—Pero cuando se portan mal, tendréis que regañarlos.

—En realidad no —digo firmemente—. Suelen portarse bastante bien.

—¿Has hecho daño a tus hermanos antes? —pregunta la mujer, volviéndose hacia Lochan.

Él toma aliento. La pelea con Kit aparece en mi mente.

—¡No! —exclamo indignada—. ¡Nunca!



En el taxi de camino a casa los tres estamos callados, agotados, exhaustos. Willa se ha acurrucado en el regazo de Lochan, con el brazo atado en el pecho y el pulgar de la otra mano en la boca. Su cabeza reposa contra el cuello de Lochan, los rayos de luz de los coches flotan sobre su cabello dorado. Lochan la abraza

con fuerza, mira fijamente por la ventana con el rostro pálido y aturdido y los ojos vidriosos, negándose a mirarme.

Llegamos a casa y nos encontramos la cocina como si la hubiera arrasado un tornado, la moqueta de la sala de estar repleta de patatas fritas, galletas y migajas de cereales. Nos sorprende, no obstante, que Tiffin ya esté en la cama y Kit aún siga en casa, arriba en el ático con la música haciendo vibrar el techo. Mientras Lochan le da algo de beber y un poco de paracetamol a una adormilada Willa y la acuesta, yo subo arriba para decirle a Kit que ya hemos vuelto.

—Entonces, ¿se ha roto el brazo o no? —A pesar del tono indiferente de su voz, percibo una chispa de preocupación en sus ojos cuando alza la vista de su Game Boy. Aparto sus piernas a un lado para dejar espacio en el colchón y sentarme al lado de su cuerpo estirado.

—En realidad no se ha roto nada. —Le explico lo del hombro dislocado.

—Sí. Tiff ha dicho que Loch perdió los papeles y bajó a Willa de la encimera de un tirón. —Su rostro se oscurece repentinamente.

Me llevo las rodillas al pecho e inspiro profundamente.

—Kit, sabes que fue un accidente. Eres consciente de que Lochan nunca le haría daño a Willa intencionadamente, ¿verdad? —Mi voz le interpela con seriedad. Conozco la respuesta, y sé que él también, pero necesito que sea sincero conmigo por un momento y que lo admita.

Kit inspira listo para responder con sarcasmo, pero luego parece dudar y su mirada se queda fija en la mía.

—Sí —confiesa tras un instante con un tono de derrota en la voz.

—Sé que estás enfadado —le digo en voz baja—, por cómo sucedieron las cosas con mamá y papá, sobre que Lochan y yo siempre seamos los que estamos a cargo, y Kit, tienes todo el derecho a estarlo... pero sabes cuál es la alternativa.

Sus ojos se deslizan de nuevo hacia su Game Boy, está incómodo por el repentino cambio de conversación.

—Si los servicios sociales se enteran de que mamá ya no vive en casa, de que estamos aquí solos...

—Sí, sí, ya lo sé —interrumpe bruscamente, apretando los botones de su consola con furia—. Nos llevarían a un centro de acogida y nos separarían y toda esa mierda. —Su voz suena cansada y enfadada, pero puedo distinguir el miedo tras ella.

—Eso no va a pasar, Kit —le aseguro rápidamente—. Lochan y yo nos aseguraremos de ello, te lo prometo. Pero eso significa que debemos tener cuidado, *mucho* cuidado, con lo que le decimos a otra gente. Incluso a cualquier compañero de clase. Bastaría con que lo mencionara a sus padres o a otro amigo...

Bastaría con *una llamada* a los servicios sociales...

—Maya, ya lo pillo. —Sus pulgares dejan de moverse sobre los botones y me mira sombrío, de repente parecer tener más de trece años—. No le diré a nadie lo del brazo de Willa... ni ninguna cosa que pueda causarnos problemas, ¿vale? Lo prometo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Lochan

No llevamos a Willa a la escuela durante el resto de la semana para evitar preguntas incómodas y yo llamo al colegio y digo que estoy enfermo para quedarme en casa con ella. Pero el lunes ya está aburrida, ya no lleva el cabestrillo y está ansiosa por ver de nuevo a sus amigas. Mamá vuelve de Devon y cuando por fin la localizo en casa de Dave para pedirle dinero, muestra muy poco interés por la lesión de Willa.

Vuelvo a tener problemas de insomnio. Cuando le pregunto a Willa por su hombro, me mira con cara preocupada y me dice que «ya se está curando». Sé que percibe la culpabilidad en mi cara, pero eso sólo me hace sentir peor.

La luz verde de mi reloj digital marca las 02:43 cuando me levanto, salgo de mi guarida y me arrastro escaleras abajo. Liberado de la calidez del edredón, no tardo en ponerme a temblar bajo la camiseta agujereada y los calzoncillos. El crujido de la puerta de la habitación despierta a Maya y yo me estremezco, nervioso por no asustarla. La cierro suavemente tras de mí, camino sin hacer ruido hacia la pared que hay frente a su cama, deslizándome contra ella, con mis brazos desnudos del color de la plata a la luz de la luna. Ella continúa moviéndose en un estado de duermevela, con la cara rozando la almohada y de repente se levanta apoyándose en un codo, apartándose hacia atrás su larga cortina de pelo.

—Lochie, ¿eres tú? —Lo dice en un susurro asustado, atemorizado.

—Sí, shh, lo siento. ¡Vuelve a dormirte!

Se sienta con dificultad, frotándose los ojos adormilada. Por fin se centra en mí, tiembla y se cubre con el nórdico.

—¿Pretendes que me dé un ataque al corazón? ¿Qué diablos estás haciendo?

—Lo siento, no quería despertarte...

—Bueno, ¡pues ya lo *has* hecho! —Me sonrío medio dormida y levanta el borde del edredón.

Niego con la cabeza.

—No... Yo sólo... ¿Puedo mirarte mientras duermes? Sé que suena raro pero... pero ahora mismo no puedo dormir, ¡y me está volviendo loco! —Espeto

una carcajada fuerte y dolorosa—. Verte dormir me hace sentir... —Inspiro profundamente—. No lo sé... En paz... ¿Te acuerdas que solía hacerlo cuando éramos niños?

Maya sonríe ante el vago recuerdo.

—Bueno, es poco probable que duermas sentado en el suelo. —Vuelve a levantar el edredón.

—No, no, tranquila. Sólo me quedará un rato y luego volveré a mi cama.

Suspira con fingida irritación, sale de la cama, camina hacia mí de puntillas y me tira de la muñeca.

—Vamos, entra. Dios, estás temblando.

—¡Sólo tengo un poco de frío! —Se me quiebra la voz, me sale con más dureza de lo que pretendía.

—Bueno, ¡pues entonces ven aquí!

El calor de su edredón me envuelve. Se desliza sobre mi regazo y el tacto de su cálida piel, de sus brazos y sus piernas a mi alrededor, hace que comience a relajarme. Me abraza fuertemente y entierra su rostro en mi cuello.

—Dios mío, pareces un cubito.

Dejo escapar una risa forzada.

—Lo siento.

Durante un breve instante ambos permanecemos en silencio. Su húmedo aliento cosquillea mi mejilla. Estamos acostados y siento cómo mi cuerpo se descongela lentamente contra el suyo mientras me acaricia la nuca, pasando sus dedos por mi cuello... Dios, cómo desearía que pudiéramos quedarnos así para siempre. De repente, sin razón, siento que voy a llorar.

—Dime.

Es como si pudiera notar el dolor recorriendo mi piel.

—Nada. Ya sabes, sólo es la mierda de siempre.

Sé que no me cree.

—Escucha —me dice—. ¿Te acuerdas de lo que dijo Willa el otro día? Nosotros somos los adultos. Siempre hemos compartido las responsabilidades. No tienes por qué empezar ahora a protegerme de la realidad.

Presiono mi boca contra su hombro y cierro los ojos. Temo angustiarla, me asusta decirle lo desgarrado que me siento por dentro.

—Crees que puedes preocuparte por los dos —susurra—. Pero las cosas no funcionan así, Loch. No en una relación entre iguales. Y así es la nuestra. Es lo que siempre hemos tenido. Puede haber cambiado un poco, pero no es posible que perdamos lo que tuvimos.

Expiro lentamente. Todo lo que dice tiene sentido. Es más inteligente que yo de todas las formas imaginables.

Sopla en mi oído haciéndome cosquillas.

—Eh, ¿te has dormido?

Sonríó sutilmente.

—No, estoy pensando.

—¿En qué, mi amor?

Un pequeño temblor recorre mi cuerpo. *Mi amor*. Nunca me ha llamado así antes. Sí, en eso nos hemos convertido. En dos personas enamoradas.

—Lo que pasó con Willa... —comienzo a decir vacilante—. Debí asustarte mucho.

—Creo que nos asustó a los dos.

Las palabras que no hemos pronunciado se ciernen en el espacio que hay sobre nosotros.

—Maya, ya lo sabes, yo... yo tiré de su brazo bastante fuerte. No es... No es de extrañar que se cayera —consigo decir con celeridad.

Levanta la cabeza de mi pecho y la apoya en una mano, su rostro se ha vuelto blanco a la luz de la luna.

—Lochie, ¿querías tirarla de la encimera?

—No.

—¿Tenías intención de hacerle daño?

—Pues claro que no.

—¿Querías dislocarle el hombro?

—¡No!

—Vale —dice en voz baja, acariciándome la cara—. Entonces no tiene sentido que sigas pensando así. Está claro que fue un accidente. ¡No dejes que esa mujer estúpida del hospital te haga dudar ni por un segundo!

Lágrimas de alivio amenazan con abrumarme. No pensé que me culparía, pero tampoco podía estar del todo seguro. Inspiro profundamente.

—Pero los servicios sociales ya nos tienen fichados. ¡Dios!

—Pues seguiremos fingiendo, como siempre. —Maya se levanta apoyándose en el codo y me mira. Su pelo oscurece parte de su rostro y no puedo ver su expresión—. Lochie, cumplirás dieciocho años dentro de un mes. Hemos llegado hasta aquí. ¡Podemos seguir adelante! Podemos mantener unida a esta familia, tú y yo. Formamos un buen equipo, somos un equipo genial. ¡Juntos somos fuertes!

Asiento lentamente sobre la almohada y llevo mi mano a su mejilla para acariciarla. Maya me rodea la muñeca con la mano y besa suavemente cada uno de mis dedos. Mi mano se desliza sobre su cuello, su tórax, reposa sobre su pecho... Entonces noto mi corazón.

Maya me está mirando fijamente, sus ojos brillan con intensidad entre las sombras. Percibo mi aliento, cálido y pesado, y me doy cuenta repentinamente de que lo único que separa nuestros cuerpos es un camisón de algodón, una fina camiseta y la ropa interior. Recorro sus costillas con mi mano, paso por su estómago, hacia su muslo desnudo. Maya se inclina hacia delante. Toma la parte inferior de mi camiseta entre sus manos y comienza a levantarla, tirando de ella

lentamente por encima de mi cabeza. A continuación, se agacha y se quita el camisón. Emito un jadeo entrecortado. Su cuerpo es perfectamente níveo, contrasta fuertemente con su pelo que parece fuego bajo la luz de la luna. Sus labios son de un rosa oscuro, sus mejillas están ligeramente sonrosadas y sus ojos, más azules que el mar, vigilan inseguros. Los colores y los contrastes me abruman. Mi mirada viaja sobre ella, deteniéndose en la ascendente curva de sus senos, en la piel tersa de su estómago, en las piernas largas y delgadas. Podría estar mirándola el resto de mi vida. Distingo el ángulo de su clavícula, el relieve de sus caderas. Su piel parece tan suave que anhelo besarla. Quiero sentir cada parte de ella, pero mis manos están en tensión sobre las sábanas.

—Podemos tocarnos el uno al otro —susurra Maya—. Sólo *tocarnos*. No hay ninguna ley que *lo prohíba*.

Extiende la mano y me recorre el estómago con el dedo, lo pasea por mi pecho y por la curva de mi cuello; toma mi mejilla en su mano y se acerca para besarme. Cierro los ojos y, con las manos temblorosas, acaricio su cuello, sus hombros, sus pechos. La rodeo con mis brazos y vuelvo a bajarla hacia la almohada delicadamente y, poco a poco, indeciso como si temiera hacerle daño, empiezo a trazar un camino con mis dedos por su cuerpo...



Me despierto sobresaltado y me encuentro solo en la cama de Maya, pero la casa que me rodea está en silencio. A mi lado, en el suelo, hay un trozo de papel con mi nombre. Tras leerlo, caigo hacia atrás sobre los cojines y miro el techo agrietado.

Esta última noche me parece un sueño. No puedo creer que la pasáramos juntos, desnudos, con nuestras manos acariciando el cuerpo del otro; no puedo creer que sintiera su cuerpo desnudo apretado contra mí. Al principio me asustó que nos dejáramos llevar, que pudiéramos cruzar la última línea, prohibida, pero el simple hecho de tocarnos fue increíble, tan poderoso, tan emocionante, que me dejó sin aliento. Quería más, por supuesto que sí, pero sabía que, de momento, esto tendría que ser suficiente.

Un golpe en la puerta principal me saca de mi ensimismamiento, el sonido de una mochila tirada al suelo, seguido por unos pasos crujiendo suavemente en las escaleras. La puerta de la habitación se abre unos centímetros y yo me apoyo contra el cabecero de la cama a la par que en el rostro de Maya aparece una

sonrisa:

—¡Estás despierto!

Se encamina hacia la ventana y abre las cortinas. Me froto los ojos ante la luz matinal. Bostezo y me estiro, agitando la nota que me había dejado.

—Maya, ¿en qué estabas pensando? No podemos faltar al colegio. —El reproche de mi voz se desvanece cuando salta sobre la cama a mi lado y me da un beso frío.

—Ay, estás helada.

Se tumba junto a mí, su cabeza golpea la pared con un ruido sordo, aplasta mis piernas con las suyas.

—Hoy no tenías nada importante que hacer, ¿verdad?

—No lo creo...

—Bueno, vale, y o tampoco.

Observo su rostro sonrojado, los mechones de pelo que enmarcan su cara, su uniforme del colegio.

—¿Fingiste ante los demás que ibas a clase y luego te has vuelto a casa?

—Sí, en cuanto he visto a Kit entrar por la puerta, ¡he vuelto para acá! No creerías que te iba a dar el día libre a ti solo, ¿verdad? —Me dedica una sonrisa maliciosa—. Vamos, ¿ya te has despertado?

Sacudo la cabeza y me llevo la mano a la boca bostezando otra vez.

—No creo. ¿Cómo es que no he oído la alarma?

—La apagué.

—¿Por qué?

—Estabas profundamente dormido, Loch. Y últimamente parecías hecho polvo. No podía soportar el hecho de despertarte...

Sonríó, la miro parpadeando, aún adormecido.

—No me quejo.

—¿En serio? —Su rostro se ilumina—. ¡Tenemos el día entero para nosotros! —Mira alegre hacia el techo—. Voy a cambiarme, y he pensado que podríamos hacer tortitas y luego ir a pasear y después...

—Espera, espera, espera. Primero ven aquí. —La cojo del brazo justo cuando está a punto de rodar fuera de la cama.

—¿Qué?

—¡Ven aquí! —Aún estoy entrecerrando levemente los ojos a causa de la luz. La agarro por la muñeca—. Bésame.

Maya se ríe e ineludiblemente vuelve a caer a mi lado. Poco a poco le desabrocho los botones de la camisa y ella se desembaraza de su falda. Me acurruco bajo el calor del edredón y empiezo a trazar una línea de besos hacia el sur de su cuerpo...



Maya está de pie ante la puerta abierta de su armario cuando vuelvo de darme una ducha, y le lleva un instante descubrir que estoy asomándome por la puerta, observándola. Se vuelve, me mira y se ruboriza. Alcanza la sábana arrugada que está a los pies de su cama y se envuelve con ella por debajo de los brazos. Me pongo mi ropa interior y me uno a ella en la ventana, besándole el cuello.

—Sí, quiero.

Me mira inquisitivamente y luego hacia abajo, a la sábana, antes de prorrumpir en risitas.

—¿En la salud y en la enfermedad? —pregunta—. ¿Hasta que la muerte nos separe?

Niego con la cabeza.

—Mucho más tiempo —digo—. Para siempre.

Toma mis manos y se inclina para besarme. Esto duele. De repente todo duele y no sé por qué.

—Mira el cielo —dice, apoyando su cabeza en el hueco de mi cuello—. Es tan azul...

Y al instante lo comprendo: es porque todo es tan hermoso, tan maravilloso, tan absolutamente glorioso que no es posible que dure, y quiero conservar este momento durante el resto de mi vida.

La rodeo con mis brazos y presiono mi mejilla contra su coronilla, entonces noto la pulsera en su muñeca, la plata que brilla bajo el sol de la mañana. Llevo mi mano hasta ella y la toco.

—Prométeme que siempre conservarás esto —digo, mi voz se quiebra.

—Por supuesto —responde al segundo—. ¿Por qué no iba a hacerlo? Me encanta. Es lo más bonito que tengo.

—Prométemelo —digo otra vez, con mis dedos recorriendo el suave metal—. Incluso aunque... aunque las cosas no salgan bien... No tienes por qué ponértela. Sólo escóndela en alguna parte.

—Eh. —Inclina la cabeza de modo que no tengo más remedio que mirarla a los ojos—. Te lo prometo. Pero todo va a salir *bien*. Míranos, ya ha salido bien. Estás a punto de cumplir dieciocho años, y el mes siguiente yo tendré diecisiete. Somos casi adultos, Lochie, y una vez que lo seamos, nadie podrá detenernos ni obligarnos a dejar de hacer lo que queramos.

Levanto la cabeza, asiento y fuerzo una pequeña sonrisa.

—Exacto.

Su expresión cambia. Recuesta la frente contra mi mejilla y cierra los ojos como si sufriera.

—Tienes que creer, Lochie —susurra—. Ambos debemos creer con todas nuestras fuerzas si queremos que ocurra.

Trago con fuerza y la agarro por los brazos.

—¡Yo lo creo!

Abre los ojos y sonrío.

—¡Yo también!

Ésta es la definición de felicidad: un día entero extendiéndose ante mí, hermoso en su vacío y su simplicidad. Sin clases abarrotadas, ni pasillos llenos, ni patios solitarios, ni almuerzo de cafetería, ni profesores hablando monótonamente, ni el incesante tictac del reloj, ni contar hacia atrás los minutos para que acabe otro día deprimente... En vez de eso lo pasamos en una especie de alegre delirio, intentamos saborear cada instante, disfrutamos al máximo en nuestra burbuja de felicidad antes de que explote. Hacemos tortitas y nos divertimos con las combinaciones de rellenos más extraños: Maya gana el premio al más asqueroso con su mezcla de levadura para untar, copos de maíz y ketchup, que me hace regurgitar en el cubo de la basura. Yo gano el premio al más artístico con guisantes congelados, uvas rojas y Lacasitos sobre una base de mayonesa. Cerramos las cortinas de la sala de estar y nos arrellanamos sobre el sofá. En algún momento de la tarde, Maya se queda dormida en mis brazos. Observo su sueño ligero, pasando mi dedo por los contornos de su rostro, cuello abajo, sobre su hombro blanco y suave, por la extensión de su brazo, por cada uno de sus dedos. El sol se filtra a través de las cortinas cerradas, el reloj de la repisa de la chimenea marca el tiempo implacablemente, la fina aguja sigue su curso sin piedad, dando vueltas y vueltas en la esfera. Cierro los ojos y entierro mi cara en el pelo de Maya, intentando acallar el sonido, desesperado por detener el valioso tiempo que nos queda juntos y que no se me escurra entre los dedos como arena.

Cuando despierta, ya son las tres. En media hora tendrá que recoger a Tiffin y Willa mientras yo limpio el desastre de la cocina y hago desaparecer cualquier remanente de ropa del suelo de su habitación. Cojo su rostro sonrosado y dormido entre mis manos y comienzo a besarla con un fervor que roza la histeria. Me siento enfadado y desesperado.

—Lochie, escúchame —intenta decir entre besos—. Escucha, mi amor, escucha. ¡Vamos a empezar a faltar al colegio cada dos semanas!

—No puedo esperar otros quince días...

—¿Y qué pasa si no tenemos que hacerlo? —dice de repente con los ojos encendidos—. Podríamos pasar juntos cada noche, como ayer. Una vez que estemos seguros de que Tiff y Willa se han dormido, puedes venir y meterte en

mi cama...

—¿Todas las noches? ¿Qué pasa si alguno entra? ¡No podemos hacer eso! — Pero ha captado mi atención.

—Hay un viejo pestillo en la parte inferior de mi puerta, ¿te acuerdas? ¡Podemos cerrarlo! Kit siempre se queda dormido con los auriculares puestos. Y los otros dos ya no se despiertan en mitad de la noche.

Me muerdo el pulgar meditando sobre los riesgos, exasperadamente indeciso. Miro los ojos brillantes de Maya y recuerdo la noche pasada, cuando sentí su cuerpo suave y desnudo bajo mis manos por primera vez.

—¡De acuerdo! —susurro sonriendo.



—¿Lochie? ¿Estás mejor, Lochie? ¿Nos llevas a la escuela mañana, Lochie? —Willa está preocupada, salta sobre mi regazo en cuanto me tumbo en el sofá enfrente del televisor.

La inquietud de Tiffin es más fortuita, pero no obstante se manifiesta.

—¿Tienes la gripe o qué? —me pregunta con su creciente acento del este de Londres, soplando su rubio y largo pelo para apartárselo de los ojos—. ¿Estás enfermo? No pareces enfermo. ¿Durante cuánto tiempo estarás enfermo?

Asustado, me doy cuenta de que el hecho de que no haya ido un día al colegio les ha confundido. Otras veces he ido con la gripe e incluso con bronquitis, solo porque tenía que llevarles a la escuela, porque tenía que vigilar a Kit, porque debíamos evitar a los servicios sociales, así que tomarse un día libre no solía ser una opción. También me doy cuenta de que asocian cualquier tipo de enfermedad «preocupante» con mamá: mamá borracha y tirada en la entrada, mamá con arcadas sobre la taza del inodoro, mamá desmayada en el suelo de la cocina. No les preocupa mi supuesto dolor de cabeza, les angustia que yo desaparezca.

—Me siento mejor que nunca —les aseguro con sinceridad—. Ya no me duele la cabeza. ¿Por qué no salimos todos afuera y jugamos un ratito?

Es increíble la diferencia que supone no ir al colegio un día. Normalmente, a estas horas, me arrastro exhausto, irritable y nervioso, desesperado por meter a los niños en sus camas para poder tener así un momento a solas con Maya, y hacer los deberes antes de caer rendido sobre mi escritorio. Hoy, mientras los cuatro nos preparamos para jugar al British Bulldog^[1], me siento liviano, como

si la gravedad de la Tierra hubiera mermado drásticamente. Así, cuando el sol comienza a ponerse en este apacible día de marzo, me hallo de pie en medio de la calle vacía, con las manos en las rodillas, esperando a que los tres se echen sobre mí, confiando en pasar al otro lado sin que me alcancen. Tiffin parece listo para salir corriendo, con un pie enfundado en una bamba, presionando la pared con los brazos doblados, las manos cerradas en puños y un aspecto de fiera determinación en sus ojos. Sé que en la primera ronda debo competir muy duro con él, pero sin llegar a atraparlo. Willa está recibiendo instrucciones de última hora de Maya que, por el cariz que está tomando la situación, planea tácticas de distracción para permitirle correr al otro lado de la calle sin que la atrape.

—¡Vamos! —grita Tiffin impaciente.

Maya se endereza, Willa salta arriba y ahajo excitada y yo cuento atrás:

—Tres, dos, uno, ¡ya!

Nadie se mueve. Corro de lado para ponerme directamente frente a Willa y ella chillaba de terror y júbilo, apretándose contra la pared como una estrella de mar, como si tratara de impulsarse para atravesar el muro. Entonces Tiffin sale disparado como una bala, alejándose de mí en un ángulo agudo. Me anticipo a su movimiento y corro hacia él, bloqueando su trayectoria. Él duda, debatiéndose entre la humillación de volver hasta la seguridad de la pared y el riesgo de correr para llegar al otro lado de la calle. Con valentía, elige la segunda opción. Le persigo de inmediato, pero es sorprendentemente rápido para su edad. Consigue plantarse en la otra acera por los pelos, con el rostro resplandeciente, rosa por el esfuerzo y los ojos triunfantes.

Maya utiliza esta distracción para enviar a Willa hacia el otro lado. Corre salvajemente hacia Tiffin, de tal modo que en su intención de alcanzar la seguridad casi se lanza directamente sobre mis brazos. Doy un paso atrás y gruño en un intento por enviarla en otra dirección. Se queda quieta, como un conejo atrapado ante unos faros, con sus ojos azules muy abiertos por la emoción del miedo. Desde ambos lados de la calle, los otros dos le gritan instrucciones.

—¡Vuelve atrás! ¡Vuelve atrás! —chilla Tiffin.

—¡Gira! ¡Esquívale! —grita Maya, segura porque sabe que sólo finjo intentar agarrarla.

Willa hace un movimiento hacia la derecha. Arremeto contra ella, con mis dedos rozando el gorro de su abrigo, y con un chillido se lanza hacia la pared, dando un cabezazo a Tiffin en el estómago, que rápidamente se dobla hacia delante con un grito dramático.

Ahora Maya es la única que queda, está bailando al otro lado de la calle con lo que hace reír a Tiffin y Willa.

—¡Corre, corre hacia aquí, Maya! —grita Tiffin para ayudarla.

—¡Ve por ahí! ¡Por allá no! —chilla a su vez Willa, señalando frenéticamente en todas direcciones.

Le muestro a Maya una sonrisa maligna para expresarle que tengo toda la intención de atraparla y ella me devuelve otra, con una pizca de picardía en los ojos. Con las manos en los bolsillos, comienzo a caminar hacia ella.

Maya se lanza a la carrera. Me pilla con la guardia baja y sale disparada en un ángulo agudo. Alcanzo su ritmo y comienzo a reír pues ya me veo ganando mientras nos acercamos el uno al otro. De repente, no sé cómo, hace una finta y corre hacia atrás muy deprisa. Me lanzo hacia ella pero es inútil. Consigue llegar al otro lado de la calle con alegres gritos de victoria.

En la siguiente ronda atrapo a Tiffin, cuya decepción pronto se convierte en alegría cuando adquiere el rol de depredador. Sin piedad, se lanza directamente a por Willa y la agarra en segundos en cuanto abandona la seguridad de la pared, lanzándola por el aire. Ella se levanta con valentía, examinando brevemente las palmas rasgadas de sus manos, y luego se pone a bailar entusiasmada en medio de la calle, con los brazos extendidos como si esperara bloquear nuestro camino. Cuando salimos disparados hacia ella, Maya y yo dejamos que nos atrape chocándonos y Willa nos pesca a ambos, provocando la histeria. Maya acaba de empezar justo cuando, en la distancia, distingo una figura solitaria arrastrándose por la calle en nuestra dirección y reconozco a Kit, que va hacia casa abatido tras una hora de castigo por haber hablado mal a un profesor.

—¡Kit, Kit, estamos jugando al British Bulldog! —le grita Tiffin, excitado—. ¡Ven a jugar! ¡Por favor! Lochie y las chicas juegan fatal. ¡Yo soy el amo!

Kit se detiene ante la puerta.

—Parecéis una panda de retrasados —anuncia con frialdad.

—Bueno, en ese caso ven y anima el juego —sugiero—. Ya sabes que me vendría bien un poco de competencia. Este juego está chupado para un corredor como yo.

Kit deja caer su mochila, dudando. Se debate entre expresar su desprecio habitual por su familia y el deseo de ser un niño otra vez.

—A menos que te preocupe que yo corra más rápido que tú —digo, retándole.

—Sí, ya, en tus mejores sueños —se burla Kit. Se vuelve hacia la puerta principal pero en el último momento se aleja de ella. Inesperadamente, se quita la chaqueta.

—¡Sí! —exclama Tiffin.

—¡Puedes ser de nuestro equipo! —grita Willa.

—¡No hay equipos, estúpida! —le chilla Tiffin.

Pronto nos enfrascamos en una nueva ronda. Vuelvo a estar en medio y decidido a lanzar a Kit al suelo —sin llegar a capturarlo, obviamente—. Por lo general, él es el último en desprenderse de la pared una vez que los demás ya están seguros al otro lado. Espera lo que parece una eternidad, claramente poniendo a prueba mi paciencia. Comienzo a alejarme, dándole la espalda, incluso

agachándome para atarme el cordón de la zapatilla, pero él ya conoce todos mis trucos. Sólo cuando estoy a un par de metros de él se mueve por fin, poniéndomelo todo lo difícil que puede a propósito. Hace fintas para engañarme, da zancadas bruscas hacia la derecha, duda mientras le bloqueo, luego comienza a retroceder. Me dedica su sonrisa arrogante y burlona, pero veo una fuerte determinación en su mirada. Voy a por él. Me esquivo por milímetros y se lanza a la carrera a la velocidad de la luz. Yo corro tras él, intentando acortar la distancia entre los dos. Lo agarro por el cuello de la camiseta justo cuando sus manos golpean la pared. Cuando se gira para mirarme, su rostro se enciende con un júbilo que no le he visto en años.

Seguimos jugando hasta bien entrada la noche. Willa cae rendida del agotamiento por fin y se va al calor del vestíbulo, mirándonos y gritándonos instrucciones a través de la puerta abierta. Maya es la siguiente en unirse. Me quedo con Tiffin y Kit, y ahora estamos jugando de verdad. Las habilidades de Tiffin con el fútbol le resultan muy útiles, hacen que sea imposible de atrapar. Kit usa cada una de sus argucias para distraerme, y pronto los dos se unen contra mí, se usan el uno al otro para desbaratar mis planes, dejándome el papel de perseguidor. Al final, agotado, voy a por Kit como un toro embravecido. Lo atrapo a unos centímetros de distancia del muro de seguridad pero él se niega a rendirse, alcanzando desesperado la pared y arrastrándose con él. Caemos al suelo y tiro de su camisa para que no pueda seguir huyendo de mí mientras Tiffin intenta hacer de cadena humana entre Kit y la pared.

—¡He ganado, he ganado! —grita Kit.

—¡De eso nada! Tienes que tocar la pared, ¡tramposo!

—¡La he tocado!

—¡No lo has hecho!

—¡He tocado la mano de Tiff y él está tocando la pared!

—¡Eso no vale!

Tengo a Kit clavado al suelo y grita a Tiffin que lo ayude. Tiffin deja valientemente la seguridad de la pared pero inmediatamente lo derribo sobre nosotros.

—¡Os tengo a los dos! —chillo.

—¡Tramposo! ¡Tramposo! —Sus gritos son ensordecedores.

Pronto ya no podemos movernos a causa de las risas y el cansancio, Tiffin está sobre mi espalda y Kit, sacudiéndose de la risa, alcanza una rama cercana y la utiliza para tocar la pared. Por fin nos despegamos del suelo de la calle, sucios y magullados. La cara de Kit está manchada de mugre y el cuello de la camisa de Tiffin volteado cuando entran cojeando en casa, cuando ya ha pasado la hora de la cena y de hacer los deberes. Una vez que convenzo a los chicos para que se laven las manos, caemos rendidos en la mesa de la cocina con Maya y Willa, y nos damos un festín de gusanitos y Nutella que comemos directamente del bote.

—Deberíamos jugar la revancha —me informa—. Necesitas practicar.
Y entonces, sonrío.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Maya

Durante las últimas semanas parece haber tenido lugar un cambio trascendental. Inesperadamente todos parecen más felices, mucho más a gusto. Kit empieza a comportarse como un ser humano civilizado. Lochan cumple dieciocho años y todos vamos a celebrarlo a Burger King, Willa y yo hacemos una tarta deliciosa aunque desproporcionada. Mamá se olvida hasta del teléfono. De vez en cuando Lochan y yo nos tomamos un día libre y no vamos al colegio, lo que nos permite tener tiempo para nosotros y para hacer frente a la montaña de cosas que debimos haber hecho hace mucho: visitas al médico, al dentista, a la peluquería. Lochan ayuda a Kit a arreglar su bicicleta y por fin consigue que mamá le dé dinero suficiente para comprar uniformes nuevos y pagar algunas facturas atrasadas. Juntos limpiamos la casa de arriba abajo, ideamos un nuevo compendio de normas para animar a los niños a hacerse responsables de nuevas tareas ellos solos, pero lo más importante es que nos tomamos nuestro tiempo para hacer actividades en familia: jugar en el parque o sentarnos en la cocina con un juego de mesa. Ahora que Lochan y yo pasamos las noches juntos y hacemos campana cuando las cosas vuelven a ponerse demasiado estresantes, el tiempo para estar solos ya no es tan limitado, y pasarlo bien con los niños se convierte en algo tan importante como cuidar de ellos.

Mamá nos «vigila» de vez en cuando, pero no suele quedarse más de una noche o dos. Nos da el dinero que se supone necesitaremos para la semana, de mala gana, resentida por tener que sacar la chequera para pagar las facturas que Lochan le impone. Gran parte de su ira proviene del hecho de que Lochan y yo nos negamos a dejar el colegio y buscar trabajo, pero hay una razón más profunda. Aún se ve obligada a mantener a una familia de la que ya no forma parte, de la que «ha elegido» no ser miembro. Pero aparte del aspecto económico de la situación, ninguno de nosotros espera nada de ella, así que no nos sentimos decepcionados. Tiffin y Willa ya no salen corriendo para saludarla, ya no le ruegan unos minutos de su tiempo. Lochan ya está empezando a buscar trabajo para cuando acabe los exámenes finales. Insiste en que cuando vaya a la

universidad podrá trabajar a tiempo parcial y que no tendremos que seguir pidiendo dinero a mamá. Como familia, ahora ya no nos falta nada.

Pero yo sueño con que llegue la noche. Con acariciar a Lochan, sentir cada parte de él, con excitarle con el simple tacto de mi mano, lo que hace que me quede con ganas de más.

—¿Alguna vez te preguntas cómo será? —inquiero—. ¿Hacer realmente...?

—Siempre.

Se hace un largo silencio. Me besa, sus pestañas me hacen cosquillas en la mejilla.

—Yo también —susurro.

—Algún día —dice en voz baja mientras yo paseo mis dedos por su pierna.

—Sí...

Sin embargo, algunas noches nos quedamos muy cerca. Siento ese dolor anhelante en mi cuerpo y noto la frustración de Lochan tan intensamente como la mía. Cuando me besa con tanta fuerza que casi duele y su cuerpo palpita contra el mío, desesperado por llegar más lejos, empieza a preocuparme que al compartir cama cada noche nos estemos torturando el uno al otro. Pero cuando hablamos de ello coincidimos en que preferimos con creces estar juntos así que de nuevo cada uno en su habitación sin tocarnos.

En el colegio, al mirar a Lochan sentado solo en la escalera durante el patio y ver que me devuelve la mirada, el abismo entre los dos parece inmenso. Ambos levantamos la mano discretamente como saludo y cuento las horas que quedan hasta verlo como es debido en casa. Sentada en la parte inferior del muro con Francie a mi lado, a menudo pierdo el hilo de la conversación y me hallo aquí soñando despierta con él, hasta que un día me sorprendo al ver que no está solo.

—Oh, Dios mío, ¿con quién está hablando? —corto a Francie en mitad de una frase.

Sus ojos siguen la dirección de mi mirada.

—Parece Declan, ese chico nuevo del curso de Lochan. Su familia se ha mudado aquí desde Irlanda, creo. Al parecer es superinteligente, ha pedido plaza en todas las universidades... ¡Debes haberle visto por ahí!

No lo he hecho, pero a diferencia de Francie no paso la mayor parte de mi tiempo comiéndome con los ojos a cada alumno varón de último curso.

—¡Dios! —exclamo con el asombro resonando en mi voz—. ¿De qué crees que están hablando?

—Ayer almorzaron juntos —me informa Francie.

Me vuelvo para mirarla.

—¿En serio?

—Sí. Y cuando pasé al lado de Lochan por el pasillo el otro día, no sé cómo nos pusimos a hablar —me dice con la boca abierta.

—¿Qué?

—¡Sí! En vez de pasar por delante de mí sin decir nada como si no me hubiera visto, se detuvo y me preguntó cómo estaba.

En mi cara aparece una sonrisa de incredulidad.

—Así que ya ves, *puede* hablar con las personas. —Francie deja escapar un suspiro melancólico—. Quizás al fin consiga que salga conmigo.

Vuelvo a mirar hacia la escalera de nuevo con una sonrisa de satisfacción.

—Oh, Dios mío... —Declan sigue ahí. Parece que le está enseñando algo a Lochan en el móvil. Veo a Lochan hacer un gesto gracioso en el aire y Declan se ríe.

Aún me estoy recuperando de mi conmoción cuando decido dar el paso y plantearle a Francie la pregunta que he querido hacerle desde hace algún tiempo.

—Eh, me he estado preguntando algo... ¿Crees...? ¿Crees que dos personas *cualesquiera*, si se aman de verdad, deberían poder estar juntas sin importar quiénes sean? —le pregunto.

Francie me mira divertida, se da cuenta de que voy en serio y entrecierra los ojos, pensando.

—Claro, ¿por qué no?

—¿Qué pasa si la religión lo prohíbe? ¿Y si ello destrozara a sus padres o amenazaran con repudiarlos o algo así? ¿Deberían seguir adelante?

—Claro —responde Francie encogiéndose de hombros—. Es su vida, así que deberían poder elegir a quién querer. Si los padres están tan locos como para intentar detenerlos y no dejar que se vean, deberían escaparse, fugarse.

—¿Qué pasa si se tratara de algo aún más difícil? —pregunto, pensando intensamente—. ¿Qué pasa si fueran, no lo sé, profesor y alumna?

Los ojos de Francie se abren del todo e inmediatamente me agarra el brazo.

—¡No puede ser! ¿De quién diablos se trata? ¿Del señor Elliot? ¿El tío ese del departamento de informática? ¿El que tiene un tatuaje?

Me río y niego con la cabeza.

—¡No hablo de mí, tonta! Sólo imaginaba un caso hipotético. Como lo que estuvimos hablando en clase de historia, sobre que la sociedad había cambiado mucho durante los últimos cincuenta años...

—Ah. —El rostro de Francie parece decepcionado.

La miro y doy un bufido.

—¿El señor Elliot? ¿Me tomas el pelo? ¿Tiene casi sesenta años!

—¡Yo creo que es sexy!

Pongo los ojos en blanco.

—Eso es porque estás como una cabra. Pero, en serio, piénsalo. Hipotéticamente...

Francie deja escapar un suspiro entrecortado.

—Bueno, probablemente deberían esperar hasta que la alumna fuera mayor de edad para empezar...

—¿Pero y si lo fuera? ¿Y si tuviera dieciocho años y el tío tuviera cuarenta? ¿Deberían huir juntos? ¿Eso estaría bien?

—Bueno, el hombre perdería su trabajo y los padres de la chica se preocuparían mucho, así que probablemente sería mejor mantener el secreto durante unos años. Luego, cuando la chica tuviera veintiún años o así, ¡ya no sería un problema tan grande! —Se encoge de hombros—. Creo que sería bastante guay salir con un profesor. Imagínate, sentada en clase, podrías...

Dejo de escuchar e inspiro profundamente, frustrada. Al momento me doy cuenta de que no hay nada que pueda compararse con nuestra situación.

—¿Entonces ya nada es un tabú? —la interrumpo—. ¿Me estás diciendo que no hay dos personas que, si se aman lo suficiente, deban ser separadas?

Francie piensa un momento y vuelve a encogerse de hombros.

—Supongo que no. Aquí no, al menos, gracias a Dios. Tenemos la suerte de vivir en un país que es bastante abierto de mente. Mientras una persona no obligue a la otra supongo que cualquier amor es legítimo.

Cualquier amor. Francie no es estúpida. Sin embargo el tipo de amor que nunca será legítimo para mí ni siquiera ha cruzado por su mente. El único amor tan repugnante, tan tabú, que ni siquiera se incluye en una conversación sobre relaciones ilícitas.



La charla me obsesiona durante las semanas siguientes. Aunque no tengo intención de confiar nuestro secreto a nadie, no puedo evitar preguntarme cómo reaccionaría Francie si se enterara. Es una persona inteligente y con la mentalidad abierta, además de un punto de rebeldía. A pesar de su audaz declaración de que no hay amor que esté mal, tengo la firme sospecha de que se horrorizaría tanto como cualquiera si supiera de mi relación con Lochan. « ¡Pero es tu hermano! —Me la imagino exclamando—. ¿Cómo puedes hacerlo con tu hermano? ¡Eso es asqueroso! Oh, Dios, Maya, estás enferma, estás muy enferma. Necesitas ayuda» . Y lo más extraño es que una parte de mí está de acuerdo. Una parte de mí piensa: « Sí, si Kit fuera mayor y ocurriera con él, entonces sería realmente asqueroso. La sola idea es impensable, no quiero ni imaginarlo. De hecho, me pone enferma» . Pero ¿cómo hacer entender al mundo exterior que Lochan y yo sólo somos hermanos por culpa de un contratiempo biológico? Que no fuimos más que compañeros criando una familia

mientras crecíamos. ¿Cómo explicar que nunca he sentido a Lochan como a un hermano sino como algo más, mucho más que eso? Un alma gemela, un mejor amigo, parte de cada fibra de mi ser. ¿Cómo explicar que esta situación, que el amor que sentimos el uno por el otro, que lo que para los demás es enfermizo, retorcido y asqueroso, para nosotros es algo completamente natural y maravilloso y tan... tan bueno?

Por la noche, tras besarnos, acariciarnos y tocarnos, estamos tumbados y charlamos hasta altas horas. Hablamos de todo y nada: de cómo van los niños, de anécdotas divertidas del colegio, de cómo nos sentimos acerca del otro. Y desde que le vi en las escaleras manteniendo una «conversación», hablamos de la nueva voz que Lochan ha encontrado. A pesar de que está dispuesto a quitarle importancia, confiesa que tiene una «especie de amigo» en Declan, que al principio se acercó a Lochan porque ambos habían recibido propuestas de la Escuela Universitaria de Londres. Aún evita hablar con nadie más, pero estoy muy contenta. El hecho de que haya conectado con una persona fuera de la familia significa que «puede» hacerlo, que habrá otros, y que cuando vaya a la universidad, por fin conocerá a gente con la que tenga algo en común. Y la noche en que Lochan me dice que consiguió ponerse de pie delante de toda la clase en la asignatura de inglés y leer una de sus redacciones, dejo escapar un chillido que se ve obligado a silenciar con una almohada.

—¿Por qué? —pregunto, gritando de alegría—. ¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha cambiado?

—He estado pensando sobre... sobre lo que dijiste, que debería dar un paso tras otro y bueno, sobre todo, que crees en mí, que sabías que podría hacerlo.

—¿Cómo fue? —le pregunto tratando de hablar en voz baja, mirando sus ojos que, incluso a media luz, brillan con un suave triunfo.

—Horrible.

—¡Ay, Loch!

—Me temblaban las manos y la voz. Las palabras de la página se convirtieron en un amasijo de jeroglíficos, pero de algún modo lo conseguí. Y cuando terminé hubo algunas personas, no sólo las chicas, que me aplaudieron. —Deja escapar una breve exclamación de sorpresa.

—Bueno, ¡pues claro que aplaudieron! ¡Tus redacciones son realmente increíbles! —respondo.

—También había un chico que se llama Tyrese y es bastante majo, que se acercó a mí después de que sonara el timbre y me dijo cosas sobre la redacción. No sé exactamente el qué, porque estaba aturdido del miedo —se ríe—, pero debió ser algo halagador porque me dio una palmadita en la espalda.

—¿Lo ves? —me jacto—. ¡Les inspiraste con tu escrito! No es de extrañar que tu profesora tuviera tantas ganas de que leyeras una en voz alta. ¿Le dijiste algo a Tyrese?

—Creo que le dije algo del tipo: « oh, sí, ah, bien» . —Lochan deja escapar un bufido burlón.

Me río.

—¡Eso es genial! ¡Y la próxima vez le dirás algo un poco más coherente!

Lochan sonríe y se pone de lado, apoyando la cabeza en su mano.

—¿Sabes? Últimamente, incluso hasta cuando no estamos juntos, a veces pienso que voy a poder con esto, que algún día llegaré a ser normal.

Le doy un beso en la nariz.

—*Eres* normal, tonto.

No responde pero comienza a frotar abstraído un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—A veces me pregunto... —Se detiene abruptamente, examinando mi cabello con detalle.

—¿A veces te preguntas...? —Inclino la cabeza y le beso en la comisura de los labios.

—¿Qué...? ¿Qué haría yo sin ti? —Termina en un susurro, rehuyendo mi mirada.

—Ir a dormir a una hora razonable, en una cama en la que puedes rodar sin caerte...

Se ríe suavemente en la oscuridad.

—Ya, claro, tendría una vida más fácil en muchos sentidos. Mamá no debería haberse quedado embarazada tan rápido después de tenerme...

La broma se apaga incómodamente y la risa queda absorbida por la negrura cuando comprende la verdad que hay en sus palabras.

Tras un largo silencio dice de repente:

—Ciertamente, *ella* no tenía intención de tener hijos, pero bueno, no es que crea en el destino ni nada parecido pero ¿qué pasa si *nosotros* estábamos destinados a estar juntos?

No respondo de inmediato, no estoy segura de lo que insinúa.

—Lo que quiero decir es que quizá lo que parecía una situación de mierda para unos críos abandonados, por otra parte ha conducido a algo realmente especial.

Lo pienso un momento.

—¿Crees que si hubiéramos tenido unos padres convencionales, o simplemente *padres*, tú y yo nunca nos hubiéramos enamorado?

Ahora él se queda callado. La luz de la luna ilumina un lado de su rostro, un brillo blanco y plateado baña esa mitad, dejando a la otra en las sombras. Tiene una mirada distante, lo que significa que o bien su mente está en otro lugar, o está considerando seriamente mi conjetura.

—A menudo me pregunto... —comienza en voz baja. Espero a que siga—. Mucha gente afirma que las víctimas de maltratos se convierten en

maltratadores, así que para muchos psicólogos la irresponsabilidad de nuestra madre, que puede considerarse un tipo de maltrato, estaría directamente relacionada con nuestro comportamiento *anómalo*, lo que también interpretarían como maltrato.

—¿Maltrato? —exclamo con estupor—. Pero ¿quién maltrata a quién? En el maltrato uno ataca y el otro es la víctima. ¿Cómo podemos ser las dos cosas?

El resplandor blanco y azul de la luna arroja suficiente luz para ver el cambio de expresión de Lochan de pensativa a preocupada.

—Maya, vamos, piénsalo. Automáticamente me verían a mí como el maltratador y a ti como la víctima.

—¿Por qué?

—¿Cuántos casos has visto de hermanas pequeñas que abusen sexualmente de hermanos mayores? Ahora que lo pienso, ¿cuántas violadoras y pedófilas hay?

—¡Pero eso es una locura! —exclamo—. ¡Yo podría haber sido la que te obligara a tener una relación sexual! No físicamente, pero mediante... No sé. Sobornos, chantajes, amenazas, ¡lo que sea! ¿Me estás diciendo que incluso aunque yo fuera la que abusara de ti, la gente asumiría que yo soy la víctima solo porque soy una chica y un año más joven?

Lochan asiente lentamente, con su oscuro pelo desgreñado sobre la almohada.

—A menos que hubiera una evidencia muy grande de lo contrario, como que admitieras tu culpa o que hubiera testigos o algo así, entonces sí.

—¡Pero eso es machista y muy injusto!

—Estoy de acuerdo, pero la gente confía mucho en la generalización, y aunque a veces las cosas ocurran justo a la inversa, es muy raro que sea así. Para empezar, está el aspecto físico... De manera que tampoco sería tan sorprendente que, en situaciones como ésta, se suponga que los chicos son los maltratadores, especialmente si son mayores.

Doblo mis piernas contra el estómago de Lochan y medito sobre ello un rato. Todo parece estar muy mal. Pero al mismo tiempo soy consciente de que a mí también me afectan los mismos prejuicios. Si supiera que ha habido una violación, o que han secuestrado a un niño, inmediatamente pensaría en un violador « hombre », en un pedófilo « hombre ».

—Pero ¿qué pasa si *nadie* está siendo maltratado? —pregunto repentinamente—. ¿Qué pasa si es cien por cien consensuado, como en nuestro caso?

Exhala lentamente.

—No lo sé. Aún estaríamos actuando en contra de la ley. Sigue siendo incesto. Pero no hay demasiada información al respecto, porque aparentemente es algo que ocurre en muy, muy raras ocasiones...

Dejamos de hablar durante un rato. De hecho durante demasiado, por lo que empiezo a pensar que Lochan se ha dormido. Pero cuando giro mi cabeza en la

almohada para comprobarlo, veo sus ojos muy abiertos, mirando al techo, brillantes e intensos.

—Lochie... —Me pongo de lado y paso mis dedos por su brazo desnudo—. Cuando has dicho que «no hay demasiada información al respecto», ¿qué querías decir? ¿Cómo lo sabes?

Se está mordiendo el labio otra vez. Siento su cuerpo en tensión a mi lado. Duda un instante, luego se gira para mirarme a la cara.

—Busqué un poco por Internet... sólo... sólo... —Toma aliento profundamente antes de intentarlo de nuevo—. Sólo quería saber en qué posición estábamos.

—¿Respecto a qué?

—Respecto... a la ley.

—¿Para encontrar una manera de cambiarnos los nombres? ¿O de vivir juntos?

Se frota el labio, no quiere mirarme, cada vez parece más nervioso e incómodo.

—¿Qué? —le exijo en voz alta, asustada ahora.

—Para ver qué nos pasaría si nos descubrieran.

—¿Si nos descubrieran viviendo juntos? —pregunto con incredulidad.

—Si nos descubrieran... teniendo una relación...

—¿Teniendo relaciones sexuales?

—Sí.

—¿Quién nos iba a descubrir?

—La policía.

De repente no puedo respirar, como si mi tráquea estuviera constreñida. Me siento bruscamente con el pelo cayéndome por la cara.

—Mira, Maya. No se trata... Sólo quería comprobar... —Lochan se apoya contra el cabecero, se esfuerza por encontrar palabras que me tranquilicen.

—¿Eso quiere decir que nunca podremos...?

—No, no, no necesariamente —dice enseguida—. Quiere decir que no podremos hasta que los niños sean adultos y estén seguros, e incluso entonces deberemos tener mucho, mucho cuidado.

—Yo ya sabía que era *oficialmente* ilegal —le digo desesperada—. Pero la marihuana es ilegal, lo es exceder el límite de velocidad y también orinar en público. En cualquier caso, ¿cómo iba a darse cuenta la policía y por qué iba a importarnos? ¿No estaríamos haciendo daño a nadie, ni siquiera a nosotros mismos! —Siento que me quedo sin aliento pero estoy decidida a exponer mi punto de vista—. Y de todos modos, si nos descubrieran de alguna manera, ¿qué demonios iba a hacer la policía? ¿Ponernos una multa? —Dejo escapar una dura carcajada. ¿Por qué intenta Lochan asustarme así? ¿Por qué está tan serio, como si estuviéramos cometiendo un crimen real?

Medio recostado contra el cabecero, Lochan me mira. Si no fuera por la expresión tan afectada de sus ojos, con el pelo de punta, parecería casi cómico. Su cara irradia una mezcla de miedo y desesperación.

—Maya...

—¿Qué, Lochie? ¿Cuál es el problema?

Inspira.

—Si nos descubrieran, nos meterían en la cárcel.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Lochan

Afortunadamente, aquella noche estábamos demasiado cansados como para seguir hablando durante más tiempo. Sin embargo, antes de que el sueño nos venciera, Maya quiso conocer más detalles: a qué tipo de condena podríamos enfrentarnos o si la legislación era distinta en otros países, pero yo sólo le repetía lo poco que había recopilado en mi búsqueda por Internet. Lo cierto es que hay muy poca información útil sobre el incesto consentido, aunque del *no consentido* hay mucha, ya que parece ser que es el único tipo que existe según cree la mayoría de la gente. He buscado a conciencia testimonios en la red, pero sólo encontré dos de dominio público, ninguno de los dos en el Reino Unido y ambos entre hermanos que se conocieron de adultos tras haber sido separados cuando eran niños.

El tema sólo reaparece brevemente el día antes de que lo abandonemos por completo. A pesar de su reacción inicial, el estupor y la indignación de Maya parecen haber quedado mitigados ya que le aseguro que la única información legal que he encontrado era hipotética. Técnicamente, una pareja acusada de incesto podría ser condenada a ir a la cárcel, pero sería muy difícil que sucediera en el caso de que dos adultos consintieran la relación. Ahora soy legalmente un adulto, y Maya pronto lo será, así que no tendremos que esperar mucho más. La policía no suele buscar este tipo de cosas. Y en el caso poco probable de que alguna persona cualquiera *nos descubriera* ¿por qué diablo iba a intentar que nos arrestaran o denunciarnos? ¿Por odio? ¿Por venganza? Y a menos que tuviéramos hijos biológicamente nuestros —lo que sería una locura—, ¿como alguien iba a conseguir pruebas suficientes para defender su teoría en un juicio? Tendrían que pillarnos en pleno acto, e incluso entonces sería su palabra contra la nuestra.

Lo que más me preocupa respecto al futuro es cómo proteger a Kit, Tiffin y Willa de que se les condene al ostracismo en caso de que haya rumores de que Maya y yo vivimos juntos y no tengamos parejas. Pero para entonces tendrán sus propias vidas, con suerte Maya y yo nos habremos mudado a otra parte y, si es necesario, nos cambiaremos los nombres. Sí, podríamos simplemente

cambiarnos los nombres y vivir abierta y libremente como una pareja que no se ha casado. Sin escondernos más, sin cerrar más puertas. Libertad. Y con el derecho de amarnos el uno al otro sin que nos persigan.

No obstante, de momento, Maya y yo tenemos que estudiar para los exámenes. Nos quedamos de piedra cuando un día, no se sabe cómo, Kit se ofrece a llevar a Tiffin y Willa al cine para darnos tiempo para repasar. En otra ocasión se los lleva al parque a jugar al fútbol. Más o menos, desde aquella primera vez que jugamos al British Bulldog en la calle, ha dejado de hostigarme, de dar portazos por casa, de molestar a los niños y ha dejado de intentar fastidiarme todo el tiempo. No se ha convertido precisamente en un angelito de la noche a la mañana, pero ya no parece sentirse amenazado por mi rol en la familia. Es como si hubiera aceptado que Maya y yo somos sus padres sustitutos. No tengo ni idea de dónde viene todo esto. Puede que haya conocido a un grupo de chicos más simpáticos en el colegio o que simplemente se esté haciendo mayor. Pero, sea por la razón que sea, me atrevo a creer que Kit ya ha pasado lo peor.

Kit llega corriendo a cenar una noche, agitando triunfalmente una hoja de papel.

—¡Voy a ir de viaje con el colegio en vacaciones! ¡Na, na, na, na, na! — Hace una mueca burlona a los pequeños.

—¿A dónde? —le chilla Willa con emoción, como si ella también fuera a ir.

—¡Ala! ¡Eso no es justo! —exclama Tiffin con expresión derrotada.

—Aquí, rápido, rápido, ¡tienes que firmarlo ahora! —Kit agita la hoja encima de mi plato y me pone un bolígrafo en la mano.

—¡No me había dado cuenta de que tu profesor estaba en la puerta esperando a que le dieras el papel!

Kit me hace una mueca.

—Muy gracioso. Firmalo, ¿quieres?

Miro la carta y me fijo en el precio del viaje, intentando averiguar de dónde diablos sacaremos el dinero. De la cancelación del cheque que entregué ayer para pagar el teléfono, de comer alubias durante quince días, de decirle a mamá que no tenemos agua corriente y necesitamos dinero para un fontanero...

Falsifico la firma de mamá. Me entristece un poco ver lo exageradamente entusiasmado que está Kit con este viaje. Sólo se trata de una semana de actividades en la isla de Wight, pero él nunca ha ido más allá de Surrey.

—¡Está muy lejos! —se jacta ante Tiffin—. ¡Tenemos que coger un barco! ¡Vamos a ir a una isla en medio del mar!

Abro la boca para rebatir la visión que tiene Kit de una isla desierta rodeada de palmeras y evitarle así un terrible desengaño, pero Maya capta mi atención y sacude sutilmente la cabeza. Tiene razón. Kit no se decepcionará. Incluso aunque llueva o haga frío, la fangosa isla de Wight le parecerá el paraíso y creerá que

está a millones de kilómetros de casa.

—¿Qué vas a hacer allí? —le pregunta Tiffin encorvándose en su silla y pinchando abatido el pollo con su tenedor.

Kit se deja caer en la silla y la echa hacia atrás, leyendo la carta firmada recientemente.

—Piragüismo, paseos a caballo, rápel, orientación con mapa... —Su voz se eleva con creciente satisfacción—. ¿*Camping*? —Vuelve a poner las patas delanteras de su silla en el suelo y profiere un sonido de asombro—. Eso no lo había visto. ¡Bien! ¡Siempre he querido acampar!

—¡Yo también! —se queja Tiffin—. ¿Por qué no puedo ir yo? ¿Te puedes llevar a tus hermanos?

—¡Paseos a caballo! —Los ojos de Willa se abren de puro asombro.

—¿Cómo es que en St. Luke nunca nos llevan de viaje? —A Tiffin le tiembla el labio inferior—. La vida es muy injusta.

No recuerdo haber visto nunca a Kit tan emocionado. El único problema, no obstante, es su miedo a las alturas. Es algo que nunca ha admitido, pero recuerdo un incidente —que me quedó grabado en la memoria— en el que se desmayó al borde de un trampolín y cayó al agua inconsciente. Luego, hace cuestión de un año, comenzó a sentirse mareado y sufrió una caída mientras intentaba seguir a sus amigos saltando un muro alto. Él nunca ha hecho rápel y conociéndole sé que preferiría morirse antes que quedarse sentado mirando a sus compañeros, por lo que voy a ir a hablar con el entrenador Wilson, el profesor a cargo de la excursión, para pedirle que no excluyan a Kit, pero que algún adulto le eche un ojo. Aun así me preocupo. Las cosas con Kit van muy bien, demasiado. Me inquieta que el viaje no cumpla con sus expectativas, me preocupa incluso más que a causa de su carácter temerario pueda tener un accidente. Entonces recuerdo lo que Maya me ha dicho sobre estar siempre pensando en la peor probabilidad y me obligo a borrar el desasosiego de mi mente.



A finales de trimestre Maya y yo estamos agotados, arrastrándonos hasta las vacaciones de Pascua. No puedo creer que el colegio se convierta pronto en algo del pasado. Aparte de algunas clases de repaso tras las fiestas, todo lo que quedará serán los exámenes. Naturalmente, me asustan un poco ya que mi plaza en la universidad está en juego, pero tras ellos se esconde la promesa de una

nueva vida.

El tiempo a solas con Maya ha sido escaso y me muero por tenerla para mí, aunque sólo sea un día. Pero en cuanto Kit se vaya de viaje, las vacaciones de Pascua ya estarán más cerca, y en dos semanas, tendremos que hacer un hueco para los estudios mientras cuidamos de los niños. Me siento como si *nunca* fuéramos a disponer de tiempo para estar juntos. Tras pasar toda la mañana en el colegio, entretener a los niños toda la tarde, hacer las tareas de casa corriendo y luego estudiar durante horas, rara vez queda tiempo para algo más que unos besos antes de quedarnos dormidos en brazos del otro. Echo de menos aquellas horas que tuvimos una vez al final del día, echo de menos acariciar cada parte de su cuerpo, sentir sus manos entre las mías, hablando hasta caer rendidos. Me atormenta la idea de que como nuestra relación se considera incorrecta, nos quitan todas esas horas de felicidad que podríamos pasar juntos y, en cambio, nos vemos forzados a encontrarnos a hurtadillas, constantemente atemorizados de que nos descubran.

Me desespero incluso por las cosas más pequeñas: poder cogerla de la mano de camino al colegio, besarla en el pasillo para despedirme de ella antes de irnos cada uno a nuestras clases, almorzar juntos, estar juntos durante el patio acurrucados en un banco o besándonos apasionadamente tras alguno de los edificios, correr a abrazarnos al reunimos en las puertas tras finalizar las clases. Todas esas cosas que el resto de parejas de Belmont dan por sentado. Los alumnos solteros observan ese vínculo con una mezcla de admiración y envidia, a pesar de que muchas de esas relaciones no suelen durar más de una o dos semanas, por razones estúpidas, como una pelea tonta o por un proyecto más atractivo. Yo los miro con repulsión o enojo por ser superficiales e inconstantes. Me rodean muchas relaciones frívolas, muchos chicos en busca de sexo, o de otra conquista que añadir a su lista de fanfarronerías antes de pasar a la siguiente con rapidez. Uno puede esforzarse por entender por qué alguien querría embarcarse en relaciones que carecen de cualquier emoción real y significativa, aunque nadie los juzga por ello. Son «jóvenes», «solo quieren divertirse» y en realidad, si es lo que ellos quieren, ¿por qué no iban a hacerlo? Pero entonces, ¿por qué es tan terrible que yo esté con la chica a la que amo? Los demás pueden tener lo que quieren, expresar su amor como les plazca, sin miedo a ser hostigados, al ostracismo, a ser perseguidos o incluso a la ley. A menudo hasta se toleran las relaciones adúlteras y el maltrato emocional, a pesar del daño que causan a otros. Nuestra sociedad desarrollada y permisiva admite todas esas clases de «amor» dañino y malsano, pero el nuestro no. No se me ocurre ningún otro tipo de amor que sea tan rotundamente rechazado, a pesar de que el nuestro es profundo, apasionado, cariñoso y fuerte. A pesar de que separarnos nos causaría una pena inimaginable, el mundo nos está castigando por una razón muy simple: nos ha engendrado la misma mujer.

La rabia y la frustración me debilitan a pesar de que intento mantenerlas a raya, aunque trato de centrarme en el día en que Maya y yo seamos libres al fin para vivir juntos abiertamente, libres para querernos el uno al otro como cualquier otra pareja. A veces, verla en casa es mucho peor que observarla en el colegio desde la distancia, está demasiado cerca, estamos juntos pero separados, tan cerca y a la vez tan lejos. Debo apartar la mano cuando, instintivamente, voy a coger la suya en la mesa de la cocina, intento rozarla accidentalmente sólo por el pequeño placer que me causa el tacto de su piel. Miro su rostro cuando le lee a Willa en el sofá, anhelando sentir su pelo, su mejilla, sus labios. Aunque me muero de ganas por que empiecen las vacaciones para poder pasar cada minuto del día con ella, sé que la reducida pero insondable distancia entre los dos será una tortura.



Pero entonces, justo unos días antes de que acabe el trimestre, sucede un milagro. Maya cuelga el teléfono una noche y viene a la cocina para anunciar que Freddie y su hermana pequeña han invitado a Tiffin y Willa a quedarse en su casa ese fin de semana. El momento no podría ser mejor, ese mismo día Kit se irá a la isla de Wight. Dos días, dos días enteros e ininterrumpidos para estar juntos. Dos días de libertad...

A escondidas, Maya me mira con expresión de pura felicidad y el júbilo me inunda al igual que el helio hincha un globo. Mientras Tiffin hace como si se cayera de la silla de entusiasmo y Willa tamborilea con sus zapatos contra el lado inferior de la mesa, yo estoy listo para ponerme a dar botes contra las paredes y comenzar a bailar.

—Hala. Entonces el sábado nos habremos ido los tres —comenta Kit pensativo, mirando primero a Maya y luego a mí—. Os quedaréis Maya y tú tirados en casa.

Asiento y me encojo de hombros, intentando ocultar la gran emoción que siento.

No tenemos oportunidad de celebrarlo hasta que Maya acuesta a Tiffin y Willa en sus camas, pero en cuanto lo hace, viene corriendo a donde estoy, estropajo en mano y en cuclillas frotando la nevera.

—¡Nos lo hemos ganado *a pulso*! —susurra al borde de la histeria, agarrándome por los hombros y sacudiéndome con excitación. Me pongo de pie

y me río al ver la mirada en su rostro, los ojos brillantes de emoción. Dejo caer el estropajo y me limpio las manos en los vaqueros mientras ella me pasa los brazos alrededor del cuello y me acerca suavemente hacia ella. Cierro los ojos y le doy un beso largo e intenso, acariciándole el cabello y apartándoselo de los ojos. Alza su mano para acariciarme la cara, pero luego la retira con brusquedad.

—¿Qué? —pregunto sorprendido—. Si están todos arriba...

—He oído algo —mira hacia la puerta de la cocina, que se ha quedado descuidadamente abierta.

Durante un breve instante Maya y yo nos miramos alarmados. Luego reconocemos el sonido distante de la música de Kit y las voces de Tiffin y Willa discutiendo en su habitación en el piso de arriba. Nos echamos a reír.

—¡Dios, que asustadizos estamos! —exclamo en voz baja.

—Va a ser genial no tener que estar así un tiempo —jadea Maya—. Aunque sólo sea un par de días. Esta paranoia constante... ¡Nos asusta hasta tocarnos las manos!

—Dos días de libertad —suspiro sonriendo, y la acerco hacia mí.



A medida que el gran día se acerca, voy contando las horas. Kit se irá al colegio a la hora habitual, llevaremos a Tiffin y Willa a casa de sus amigos poco después. En cuanto den las diez en punto de la mañana del sábado, nos despojaremos de las etiquetas sin sentido de hermano y hermana y seremos libres, libres al fin de las ataduras que nos separan.

El viernes por la noche Kit ya ha hecho la maleta y está listo, las mochilas se alinean cuidadosamente en el vestíbulo. Todos están de un ánimo hiperactivo y me doy cuenta de que hemos olvidado hacer la compra semanal y la cocina carece de todo alimento. Me quedo atónito cuando Kit se ofrece voluntario para ir al supermercado del vecindario y comprar algo de cena. Sin embargo, mi sorpresa pronto se transforma en enfado cuando vuelve con una bolsa repleta de patatas fritas, galletas, barritas de chocolate, caramelos y helado. En cambio, Maya simplemente se ríe.

—Ha terminado el trimestre, ¡deberíamos celebrarlo!

Acepto a regañadientes y la velada pronto se convierte en un caos cuando montamos un picnic encima de la moqueta, delante de la televisión. Los niveles

de azúcar de Tiffin suben por las nubes y empieza a hacer volteretas en el sofá mientras Kit intenta provocar un aterrizaje forzoso poniéndose por delante.

Willi quiere unirse y estoy convencido de que alguien acabará rompiéndose el cuello, pero se están riendo con tantas ganas ante los movimientos de karate de Kit que me abstengo de intentar calmarlos. Entonces, Kit tiene la brillante idea de ir a buscar sus altavoces al ático y montar una máquina de karaoke improvisada. Pronto todos nos hallamos apretujados en el sofá, desesperados por mantener una expresión seria mientras Willi nos ameniza con una interpretación de *Mamma mia*, mezclando todas las palabras, aunque con tanto entusiasmo que estoy seguro de que los vecinos acabarán llamando a la puerta. El rap de Kit, *I can be*, es bastante impresionante a pesar del lenguaje soez. Mientras, Tiffin salta por la habitación, dándose contra las paredes como una pelota de goma.

A las diez en punto Willi ya está exhausta, se ha quedado frita completamente vestida en el sillón. La llevo a su cama mientras Maya arrastra a pulso a Tiffin hasta el baño. Me cruzo a Kit en el pasillo y me detengo.

—¿Listo para mañana? ¿Tienes todo lo que necesitas?

—¡Sí! —me responde con un atisbo de satisfacción y los ojos brillantes.

—Kit, gracias por lo de esta noche —le digo—. Has... Has sido un buen contrincante, ¿sabes?

Por un momento parece no tener muy claro cómo responder a esta alabanza. Se le ve avergonzado, pero luego sonríe.

—Sí, bueno, estate alerta. Los artistas suelen cobrar por sus servicios, ¿sabes?

Le doy un empujón amistoso y, mientras desaparece escaleras arriba con un altavoz gigante bajo cada brazo, me doy cuenta de que la diferencia de edad de cinco años que nos separa y a no parece tan abismal.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Maya

Jamás he visto a Kit tan ansioso por ir al colegio. Siento remordimientos al pensar que ojalá fuera así todos los días. Tras devorar la tostada en tres mordiscos y tragarse el zumo en dos sorbos, coge la comida para llevar que Lochan le ha preparado y sale disparado hacia el pasillo para recoger el resto de sus cosas. Cuando vuelve con las bolsas lo miro, enfundado en su nueva chaqueta caqui, que compramos especialmente para la ocasión, y que destaca con los vaqueros agujereados, que se niega a tirar, y la enorme sudadera que le queda grande. Repentinamente, siento una desazón. Lleva el pelo rubio despeinado y está pálido por haberse ido tarde a dormir durante tantas noches. Está muy delgado, parece vulnerable, casi frágil.

—¿Te has acordado de coger el cargador del móvil? —le pregunto.

—Sí, sí.

—Acuérdate de llamarnos cuando llegues, ¿vale? —añade Lochan—. Y bueno, tal vez en algún momento durante la semana podrías volver a llamar, sólo para que sepamos que estás bien.

—Sí, sí. Vale. —Se cruza la banda de una de las bolsas en el pecho y la otra se la cuelga del hombro.

—¿Tienes el dinero que te di? —pregunta Lochan.

—No, me lo gasté.

Lochan abre los ojos desmesuradamente.

Kit resopla y se ríe.

—¡Sois tan ingenuos!

—Muy gracioso, No te lo gastes en tabaco o sabes que le mandarán derecho a casa.

—¡Sólo si me pillan! Bueno, ¡me voy! —grita antes de que Lochan pueda responder y se marcha dando golpes por el pasillo.

—¡Adiós! —le grita Willa a sus espaldas—. ¡Te echaré de menos!

—¡Tráeme un regalo! —interviene Tiffin con optimismo.

—¡Diviértete y pórtate *bien*! —dice Lochan.

—¡Y ten *cuidado*! —Añado yo.

La puerta se cierra de golpe haciendo retumbar las paredes. Miro el reloj de la cocina, intento llamar la atención de Lochan con la mirada y me río. Son las ocho y media: debe de tratarse de un récord. Uno menos, pienso con creciente expectación; faltan dos.

Tras obligarlo a desayunar, Tiffin empieza a dar saltitos por la casa, diciendo que no pasa nada si llegan antes, que a Freddie no le importará, ¡que tienen que ir! Willa se refugia en mi regazo, toma cereales secos de su bol y le da vueltas a la idea de si pasar toda la noche en casa de otra gente es una buena opción después de todo. Especialmente porque le da miedo la oscuridad, porque a veces tiene pesadillas, porque Susie podría no compartir sus juguetes, porque cuatro casas son demasiada distancia si decide que necesita volver en mitad de la noche. Lochan da la espalda al fregadero para mirarnos con tal expresión de horror que no puedo evitar reírme.

No me lleva demasiado rato explicarle a Willa qué tiene de bueno pasar la noche con una amiga de la escuela que no sólo tiene jardín y una casita para jugar, sino también, por lo que parece, un nuevo cachorrillo. Willa reacciona y de pronto decide que su nuevo juego de tazas de té de plástico seguramente le será muy útil y corre al piso de arriba para meterlo en su bolsa de juguetes. En cuanto abandona la cocina, Lochan se aparta del fregadero con espuma hasta los codos.

—¿Qué pasa si cambia de opinión? —pregunta con aflicción—. Nunca ha dormido fuera. Podría enfadarse en mitad de la velada o decidir que quiere venir a casa en cuanto oscurezca. Tendremos que ir y recogerla...

Me río.

—¡No estés tan preocupado, mi amor! No lo hará. Tiffin estará allí, ella adora a Susie y hay un *cachorrillo*, por Dios.

Lochan niega con la cabeza y sonríe levemente.

—Ojalá tengas razón. Si suena el teléfono lo desconecto de la pared, lo juro.

—¿Le harías eso a tu hermanita de cinco años? —Doy un grito fingiendo indignación.

—¿Por una noche entera los dos solos? Dios, Maya, ¡la vendería a los gitanos! Salgo riendo a buscar algo a la mesita de la entrada.

—Mira lo que tengo. —Extiendo alegremente la mano cerrada.

Lochan la coge suavemente con la suya y la abre.

—¿Una llave?

—La llave de mamá. Se le cayó el fin de semana pasado cuando vino a recoger ropa.

Su rostro se ilumina.

—¡Vaya, buena idea!

—¡Lo sé! Es poco probable que venga, pero ahora sabemos que aunque lo haga, ¡no podrá entrar en casa!

—¡Qué lástima que no podamos impedirle entrar siempre!

Tras dejar a los niños en casa de Freddie, me pongo a correr como cuando era pequeña, salvaje, rápida y libre. Meto los zapatos en los charcos fangosos, salpicándome las piernas desnudas con agua sucia, y las viejas señoras, encorvadas bajo sus paraguas, se mueven rápidamente a un lado para dejarme pasar, deteniéndose para observarme mientras corro a toda velocidad. El cielo, de un color blanco y delicado, deja caer grandes y frías gotas de lluvia, un viento helado las azota como fuertes agujijones contra mi cara punzándome la piel. Estoy completamente empapada, mi abrigo sin abrochar va aleteando, la camisa está casi transparente y el pelo me chorrea por la espalda. Sigo corriendo, más y más rápido. Me siento como si el viento estuviera a punto de atraparme, como si fuera a elevarme en el aire como una cometa y a hacerme girar y caer sobre las copas de los árboles hacia el lejano horizonte. Nunca me he sentido tan viva, tan llena de libertad y alegría.

Llamo a la puerta de la cocina y levanto los brazos.

—Vaya. —Lo miro, la felicidad amenaza con estallar dentro de mí como un surtidor de burbujas efervescentes—. No puedo creerlo. Realmente, no puedo creerlo. Pensé que este momento jamás llegaría.

Lochan se echa a reír.

—¿Qué?

—Pareces una rata empapada.

—¡Gracias!

—¡Ven aquí! —Se lanza a por mí rodeando la mesa de la cocina y me agarra por la muñeca—. ¡Bésame!

Me río e inclino la cabeza hacia arriba mientras él lleva sus cálidas manos hasta mi cara.

—¡Ay, estás congelada! —Me besa suavemente, y luego con mayor intensidad. Mi pelo gotea sobre él.

—¡Entonces deja que me cambie!

Me doy la vuelta y corro escaleras arriba hasta mi habitación. Mientras rescato la toalla de debajo de una pila de ropa, Lochan viene y salta sobre mi cama, luego se gira para sentarse con las piernas dobladas, con la espalda pegada a la pared. Me froto el cabello y me seco la cara, luego me quito la falda empapada, lidiando con el primer botón con una mano e inclinándome para buscar unos vaqueros con la otra. No puedo encontrarlos, y me doy cuenta de que el botón se ha enganchado. Suspiro fastidiada, paro e intento sacarlo con las uñas.

Lochan se levanta de la cama y se acerca.

—Dios, ¡eres más negada que Tiffin!

—¡Es que está mojado! —Creo que esta estúpida falda se ha encogido con la lluvia o algo así.

—Espera, espera... —Sus cálidas manos rozan las mías al tirar suavemente del húmedo botón. Estoy temblando, dejo caer mis brazos a los lados y siento su flequillo cosquillear en mi frente mientras se inclina hacia mí con la cabeza gacha, con su aliento suave sobre mi cuello. Tiene los ojos entrecerrados por la concentración cuando, bajo sus dedos insistentes, el botón por fin se desabrocha. Sigue toqueteándolo, con la cabeza aún inclinada y noto cómo se acelera su respiración. Sin levantar la vista, comienza a desabrochar el siguiente.

Yo estoy de pie, muy quieta, plenamente consciente de que ninguno de los dos ha dicho nada durante un rato. Un extraño zumbido parece inundar el aire como un pensamiento no expresado que cuelga entre nosotros. Lochan tiene intención de desabrocharme la camisa, pero parece que le cuesta, sus manos están temblando. Contemplo su rostro detenidamente, preguntándome si estamos pensando lo mismo. Cuando por fin termina con el tercer botón, mi camisa se abre revelando la parte superior de mi sujetador. Escucho el aliento de Lochan acelerarse mientras sigue con los botones inferiores en silencio, concentrado en su tarea. Me roza el seno con el borde de la mano; ya está desabrochando el último botón y noto que mi pecho sube y baja muy rápido. El tacto de sus dedos en la fina y húmeda tela me pone la piel de gallina. Mi camisa queda totalmente abierta y él la desliza por mis hombros, dejándola caer en la moqueta. Lleva sus manos a mi sujetador pero se detiene repentinamente, con una mano flotando sobre mis senos, y durante un momento de duda, lo comprendo.

—Está bien —susurro, súbitamente mi voz suena débil—. Quiero.

Sus ojos se mueven nerviosos y me observan, la sangre acude rápidamente a sus mejillas, su expresión es una mezcla de temor y anhelo.

—¿De verdad?

—¡Sí!

Lágrimas y risas se arremolinan en mi interior. Acaricio su mejilla con la mía suavemente, tanto que siento su piel como las alas de una mariposa. Cierro los ojos y muevo mis labios ligeramente por su cara, apenas tocándole, por lo que mi boca se pone a temblar. Él también cierra los ojos, inspira profundamente y deja escapar el aire muy lentamente. Mis labios siguen el recorrido por su cuello, hacia el hueco de su clavícula. Sus dedos estrechan los mios y deja escapar un pequeño jadeo. Levanto la cara y beso delicadamente la comisura de su boca antes de besar su rostro. Su boca sigue a la mía y lo provocho impidiendo que nuestros labios se encuentren hasta que su respiración se hace más rápida y libera su mano para posarla en mi mejilla, y me convence para que mi boca se una a la suya. Al fin comenzamos a darnos besos suaves, delicados, agitados. Espasmos de placer recorren todo mi cuerpo y su mano tiembla contra mi mejilla. Toma aliento cada vez con mayor intensidad, quiere besarme más fuerte, pero yo me resisto pues intento que esto dure tanto como sea posible. Me acaricia la cara, pasa los dedos por mi mejilla, y seguimos con nuestros

pequeños y ligeros besos, piel contra piel, tan cálida, tan familiar, tan suave, hasta que posa sus manos en mi espalda y me desabrocha el sujetador.

Acaricia mis pechos con los dedos temblorosos, trazando círculos alrededor de mis pezones, provocándome espasmos de nerviosismo y excitación. Parece estar conteniendo el aliento, con los ojos fijos y entrecerrados por la concentración. De repente emite un pequeño sonido, el aire sale con fuerza de sus pulmones. Indecisa, acerco mi mano a la parte inferior de su camiseta. Como no se opone, tiro de ella suavemente por encima de su cabeza. Cuando reaparece con el pelo alborotado, acaricia mi piel con las yemas de los dedos, besando mis pechos. Le desabrocho los vaqueros y se le acelera la respiración, su cuerpo se contrae bajo mi tacto. Noto su aliento cálido, apresurado y húmedo en mi mejilla. Busca mi boca, me besa con mayor intensidad. Mientras me atrae hacia él, un fuerte temblor recorre su cuerpo y el mío. Sus brazos me rodean con fuerza y el calor de su pecho pegado a mí me hace jadear. Me está besando el cuello, los hombros, los pezones, separándose para tomar pequeñas bocanadas de aire, sus manos se posan en mis senos, en mi estómago, dentro de mis braguitas, bajándomelas por las piernas. Me deslizo fuera de ellas, echo mano a sus calzoncillos y se los quito. Los pateo con los tobillos y ahora estamos de pie, juntos, desnudos por primera vez a la brillante luz del día.

¡Qué maravilloso es estar juntos así, con la puerta abierta, la ventana de par en par y las cortinas ondeando con la brisa! Las nubes cargadas de lluvia se han marchado, el sol ha salido y todo lo que hay en mi habitación parece nívico y resplandeciente. Lochan lleva su mano hasta el pomo de la puerta instintivamente, pero se detiene riendo. Y súbitamente, es como si todas las risas y la felicidad del mundo estuvieran aquí, entre los dos, en esta habitación. Nuestro amor, nuestro primer bocado de libertad, incluso el sol parece irradiar su aprobación, y por fin siento que lo nuestro va a salir bien. No tendremos que escondernos siempre: la gente lo aceptará, la gente *tendrá* que aceptarlo. Cuando vean lo mucho que nos queremos, cuando se den cuenta de que siempre estuvimos destinados a estar juntos, cuando entiendan lo felices que somos, ¿cómo podrán rechazarnos? Todas nuestras batallas tuvieron lugar para que pudiéramos alcanzar este punto, este momento exquisito en el que por fin abrazarnos, tocarnos el uno al otro, besarnos el uno al otro sin miedo a ser descubiertos, sin culpabilidad ni vergüenza, para compartir nuestros cuerpos, nuestro ser, cada parte de nuestra alma.

Me sigue hasta la cama, se tumba a mi lado y continúa besándome, acariciando mis pezones con las yemas de los dedos, lamiendo mi cuello. Toco su pene pero aparta mi mano respirando con dificultad.

—Espera... —Me mira fijamente, su cuerpo está tenso, vibra contra mí como un cable eléctrico—. Maya, estás... ¿Estás segura?

Asiento lentamente, un rastro de miedo reptando dentro de mí.

—¿Dolerá?

—Sí duele, bueno... Pararemos. Lo único que tienes que hacer es decirme que pare. Tendré mucho cuidado, lo haré, te lo prometo...

Sonríó ante el fervor que hay en su voz.

—Esta bien. Confío en ti, Lochie.

—Pero sólo si estás *segura*... —Sus manos son como grilletes alrededor de mis muñecas, aún intenta evitar que le toque.

Tomo aliento profundamente, como si me preparara para lanzarme al vacío.

—Estoy segura.

Nuestros ojos se cierran a la vez, sellando un acuerdo silencioso con nuestras miradas y en su rostro veo reflejados mi miedo y mi anhelo.

—¿Te has acordado de comprar algún...?

—Sí. —Se levanta velozmente de la cama y desaparece de la habitación.

Momentos más tarde, vuelve con algo en la mano. Latidos de nerviosismo aparecen en mi pecho. Sin decir nada, Lochan se sienta dándome la espalda y empieza a rasgar la envoltura brillante y púrpura. Recostada sobre las almohadas, me pongo el edredón por encima. Mi corazón golpetea contra mis costillas. No puedo creer que vayamos a hacer esto de verdad. Miro la suave y blanca curva de su columna vertebral, los agudos ángulos de sus omóplatos, su caja torácica expandiéndose y contrayéndose con rapidez, los músculos de sus brazos en tensión y sus manos moviéndose torpemente entre sus piernas. Me doy cuenta de que está temblando.

Por fin se da la vuelta con la respiración entrecortada y veloz. Me inclino para pedirle un beso y volvemos a tumbarnos en la cama, con su boca fiera y urgente contra la mía. Esta vez está encima de mí, apoyado en los codos, frotando su cara contra mi mejilla. Con mis manos recorro arriba y abajo su estómago y le siento estremecer. Vacilando, separo las piernas y doblo las rodillas. Siento un pinchazo en el muslo.

—Más arriba —susurro.

Ahora ha dejado de besarme, su rostro está a unos centímetros del mío, la concentración se esculpe entre sus cejas mientras se desplaza un poco, intentando encontrar el lugar adecuado. Tras varios intentos fallidos, se inclina hacia un lado y baja la mano para intentar conducirlo dentro. Su mano golpea mi pierna.

—Ayúdame —musita.

Alcanzo su mano y, tras lo que parece una eternidad, consigo ponerlo en el lugar adecuado. Retiro mi mano e inmediatamente me siento en tensión. Lochan presiona contra mí; me estremezco ante lo que va a ocurrir: es imposible que me quepa. Durante un rato no ocurre nada. Entonces siento que empieza a abrirse paso en mi interior.

Inhalo fuertemente. La cara de Lochan se cierne sobre la mía, mirándome, respirando rápidamente y con dificultad. Sus ojos están muy abiertos, me

observa con sus iris verdes salpicados de azul. Distingo cada una de sus pestañas, las grietas en sus labios, el sudor que bordea su frente. Y lo siento dentro de mí, su cuerpo estremecido por el deseo de ir más allá.

—¿Estás bien? —me pregunta con voz temblorosa.

Asiento.

—¿Puedo... puedo seguir?

Asiento de nuevo. Me duele, pero eso ahora no importa. Le quiero, quiero abrazarlo, quiero sentirlo dentro de mí. Empieza a empujar con más fuerza. Una intensa punzada me hace estremecer, pero un momento después, ya está dentro del todo. Estamos todo lo cerca que pueden estar dos personas. Dos cuerpos unidos en uno...

Lochan sigue observándome con una mirada acuciante, emitiendo pequeños gemidos. Empieza a moverse lentamente adelante y atrás, con los codos hundidos en el colchón, aferrándose a la sábana a ambos lados de mi cabeza.

—Bésame —suspiro.

Baja su rostro hasta el mío, con sus labios rozándome la mejilla, la nariz y después lentamente en dirección a la boca. Me besa con dulzura, con mucha suavidad, respirando fuertemente. Entonces, el dolor que siento entre mis piernas comienza a disiparse a medida que él sigue moviéndose dentro de mí y percibo otra sensación, una que hace que mi cuerpo entero se convulsione. Paseo el dorso de mis manos delicadamente por su pecho y por su estómago, descendiendo hasta la concavidad entre sus caderas, y luego las subo hacia sus costados, apremiándole con mis manos para que se mueva un poco más rápido. Lo hace, apretando los labios y conteniendo el aliento, con un rubor en su cara que cada vez se intensifica más y se extiende por su cuello y por su pecho. El sudor brilla en su frente y sus mejillas, una pequeña gota corre por su cara y cae sobre la mía. Al moverse, su flequillo acaricia mi frente. Escucho el sonido de mi propia respiración mezclándose con la suya, con pequeñas bocanadas que escapan por mi boca. No quiero que esto termine jamás, este miedo combinado con el éxtasis, todo mi ser vibrante de deseo, la presión de su cuerpo sobre el mío. Sentirle dentro de mí, moviéndose contra mí, haciéndome estremecer de placer. Inclino la cabeza para que vuelva a besarme y sus labios descienden sobre los míos, con más furor esta vez. Aprieta los ojos, se separa un poco y aguanta la respiración durante unos segundos, dejando luego salir el aire de golpe. Súbitamente abre los ojos de nuevo, con una mirada de desesperación y urgencia.

—Está bien —le aseguro enseguida.

—No puedo... —Se le traban las palabras en la garganta y lo siento temblar sobre mí.

—¡No pasa nada!

Jadea levemente y sus movimientos se aceleran.

—¡Lo siento!

Noto cómo se sacude en mi interior, su pelvis se clava en la mía. De repente, parece confinado en su propio mundo. Cierra los ojos y sus gemidos irregulares desgarran el aire, su cuerpo se tensa más y más, sus manos desgarran las sábanas. Entonces, inhala profunda y agudamente, se aprieta fuertemente contra mí temblando violentamente y emitiendo pequeños sonidos salvajes.

Una vez que se queda quieto, todo el peso de su cuerpo se hunde sobre mí y se derrumba contra mi cuello. Me está abrazando muy fuerte, sus brazos se ciernen a mi alrededor, sus dedos se clavan en mis hombros, su cuerpo aún se retuerce. Exhala lentamente el aire frío que llena la habitación. Recorro su cabello húmedo con la mano, paso por su cuello y por su espalda, sintiendo su corazón latir con violencia contra el mío. Le beso en el hombro, la única parte de él a la que puedo acceder y miro asombrada el conocido techo de un azul desvaído.

La realidad se ha alterado, o al menos ha cambiado mi percepción de ella. Todo me parece distinto, lo veo de un modo diferente... Durante unos breves instantes ni siquiera estoy segura de quién soy. Este chico, este hombre que reposa entre mis brazos, se ha convertido en una parte de mí. Juntos tenemos una nueva identidad: somos dos partes de un todo. En los últimos minutos, todo lo que había entre nosotros ha cambiado para siempre. Veo a Lochie como nadie le ha visto jamás, lo he sentido dentro de mí, lo he visto en su momento más vulnerable, abriéndome a él a mi vez. Durante esos breves instantes en los que lo he tenido dentro de mí, me he convertido en una parte de él, hemos estado lo más cerca que jamás podrán estar dos personas.

Levanta lentamente la cabeza de mi hombro y me mira con preocupación.

—¿Estás bien? —jadea suavemente.

Asiento, sonriendo.

—Sí.

Suspira de alivio y presiona su boca contra mi cuello, el sudor nos recorre a ambos. Me besa entre suspiros y, cuando por fin consigo ver la expresión fiera y turbada en su rostro, me río. Me mira y también se echa a reír, y todo su ser parece irradiar alegría. Y de pronto pienso: « todo este tiempo, toda mi vida, ese camino duro y pedregoso me traía hasta este punto. Lo seguí ciegamente, tropezando a medida que avanzaba, magullada y cansada, sin idea alguna de adonde se dirigía, sin darme cuenta jamás de que a cada paso que daba más cerca estaba de la luz al final del largo y oscuro túnel. Y ahora que lo he alcanzado, ahora que estoy aquí, quiero cogerlo entre mis manos, aferrarme a él para siempre para poder recordar el punto en que mi nueva vida comenzó de verdad. Todo lo que siempre quise está aquí, ahora, atrapado en este instante. La risa, el júbilo, la grandeza del amor que sentimos. Éste es el comienzo de la felicidad. Todo empieza hoy» .

Entonces, desde la puerta, me llega un grito estremecedor.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Lochan

Nunca en mi vida he oído un sonido tan atroz. Un grito de puro espanto, de odio concentrado, de furia y de rabia. Y sigue sonando, se hace cada vez más alto, más cercano, oculta el sol, lo absorbe todo: el amor, la calidez, la música, la felicidad. Desgarra la luz brillante que nos rodea, golpea nuestros cuerpos desnudos, nos arranca la sonrisa de la cara y el aire de nuestros pulmones.

Maya se aferra a mí horrorizada, con los brazos a mi alrededor, agarrándome muy fuerte, con la cara contra mi pecho, como si implorara que su cuerpo se fundiera dentro del mío. Durante un rato soy incapaz de reaccionar, sólo la aprieto contra mí, únicamente intento protegerla, escudar su cuerpo con el mío. Entonces escucho los llantos, los sollozos aullantes e histéricos, los gritos acusadores, los gemidos enajenados. Intento alzar la cara para ver, enmarcada por la puerta abierta, a nuestra madre.

En cuanto sus ojos horrorizados se encuentran con los míos, se lanza hacia nosotros, agarrándome del pelo y tirando de mi cabeza con una fuerza sorprendente. Me golpea con los puños, con sus largas uñas me inflige cortes en los brazos, en los hombros, en la espalda. Ni siquiera hago nada por apartarla. Mis brazos envuelven la cabeza de Maya, la cubro con mi cuerpo, actuando como un escudo humano entre ella y esta mujer perturbada, intentando desesperadamente protegerla del ataque.

Maya grita de miedo debajo de mí, intenta enterrarse en el colchón, tira de mí hacia abajo y contra ella con todas sus fuerzas. Pero en ese momento los gritos comienzan a fusionarse con palabras, perforando mi cerebro paralizado, y oigo:

—¡Apártate! ¡Apártate de ella! ¡*Monstruo!* ¡Monstruo depravado y retorcido! ¡Apártate de mi niña! ¡Apártate! ¡Apártate! ¡Apártate!

No pienso moverme, no voy a apartarme de Maya aunque siga tirándome del pelo y arrastrándome fuera de la cama. Maya se da cuenta de repente de que la intrusa es nuestra madre e intenta liberarse de mi abrazo.

—¡No! ¡Mamá! ¡Déjale! ¡Déjale! ¡Él no ha hecho nada! ¿Qué estás

haciendo? ¡Le haces daño! ¡No le hagas daño! ¡No le hagas daño! ¡*No le hagas daño!*

Maya le está gritando, solloza de terror, empuja para salir de debajo de mí, intenta coger a mamá y apartarla, pero no voy a dejar que se peleen, no dejaré que esa loca la toque. Cuando veo una mano como una garra descender sobre el rostro de Maya, muevo mi brazo salvajemente, dándole a mamá en el hombro. Se tambalea hacia atrás y se oye un golpe seco, el sonido de los libros cayendo de la estantería, y se marcha, sus lamentos resuenan por todo el camino hacia el piso de abajo.

Salgo de la cama, de un salto me lanzo sobre la puerta, la cierro de un golpe y paso el pestillo.

—¡Rápido! —le grito a Maya mientras recojo sus braguitas y su camiseta del montón de ropa y se los lanzo—. Póntelo. Volverá con Dave o con quien sea. El pestillo no resistirá lo suficiente...

Maya está sentada en medio de la cama, con la sábana apretada contra su pecho, el pelo revuelto y enredado y el rostro pálido por el miedo y bañado en lágrimas.

—Ella no puede hacernos nada —dice desesperadamente elevando la voz—. ¡No puede hacer nada, no puede hacer nada!

—Está bien. Maya. Está bien, está bien. Pero por favor, ponte esto. ¡Va a volver!

Sólo consigo encontrar mi ropa interior, el resto debe estar enterrado bajo el montón de libros caídos.

Maya se pone su ropa, baja de un salto y corre hacia la ventana abierta.

—Podemos salir —jadea—. Podemos saltar...

La arrastro hacia atrás obligándola a que se siente en la cama.

—Escúchame. No podemos huir, nos cogerían de todos modos y, piensa Maya, ¡piensa! ¿Qué pasa con los demás? No podemos abandonarlos sin más. Vamos a esperar aquí, ¿vale? Nadie te va a hacer daño, te lo prometo. Mamá se ha puesto histérica. Y no pretendía atacarte, intentaba rescatarte. De mí. —No puedo respirar.

—¡No me importa! —Maya se pone a gritar otra vez, las lágrimas ruedan por sus mejillas—. ¡Mira lo que te ha hecho, Lochie! ¡Te sangra la espalda! ¡No puedo creer que te haya herido así! ¡Te estaba tirando del pelo! Ella... Ella...

—Shh, cariño, shh... —Me vuelvo hacia ella en el borde de la cama y la agarro por los hombros intentando que se tranquilice—. Maya, *tienes* que calmarte. *Tienes* que escucharme. Nadie nos va a hacer daño, ¿lo entiendes? Sólo quieren rescatarte...

—¿De qué? —solloza—. ¿De quién? ¡No pueden apartarme de ti! ¡No pueden, Lochie, no pueden!

Más gritos. Ambos nos estremecemos al escuchar el sonido que esta vez

proviene de la calle. Soy el primero en llegar a la ventana. Mamá camina de un lado a otro por delante de casa, chillando y gritando a través del móvil.

—¡Tienes que venir ahora! —Llora—. ¡Oh, Dios, date prisa por favor! ¡Me ha dado un puñetazo y ahora se ha encerrado dentro con ella! ¡Cuando he entrado ha intentado asfixiarla! ¡Creo que la va a matar!

Vecinos curiosos asoman sus cabezas por las ventanas y las puertas, algunos cruzan la calle corriendo hacia ella. Me empieza a recorrer un sudor frío y las piernas me flojean.

—Está llamando a Dave —grita Maya tratando de alejarse de mí mientras la aparto de la ventana—. Echaré la puerta abajo. ¡Te va a pegar! ¡Tengo que bajar y explicárselo todo! ¡Tengo que decírles que no has hecho nada malo!

—No, Maya, no. ¡No puedes hacerlo! ¡No cambiaré nada! Tienes que quedarte y escucharme. Tengo que decirte algo.

Repentinamente, descubro lo que debo hacer. Sé que sólo hay una solución, sólo hay una manera de salvar a Maya y a los niños y que esto no les perjudique. Pero no me escucharé, me golpea y pateo las piernas con sus pies desnudos mientras yo la sujeto entre mis brazos para que no se marche corriendo hacia la puerta. La llevo al borde de la cama, sujetándola contra mí.

—Maya, *tienes* que escucharme. Yo... Creo que tengo un plan, pero *tienes* que escucharme o no funcionará. Por favor, cariño, ¡te lo ruego!

Maya deja de forcejear.

—Vale, Lochie, vale —gimotea—. Dime, te escucho. Lo haré. Haré lo que quieras.

Aún la tengo sujeta, observo su expresión aterrorizada, sus ojos desorbitados, e inspiro profundamente en un esfuerzo desesperado por reorganizar mis pensamientos, por calmarme, por contener las lágrimas que se acumulan en mis ojos y que sólo la asustarán más. La aprieto por las muñecas y me preparo para sujetarla en caso de que salga disparada por la puerta.

—Mamá no está llamando a Dave —le explico con voz temblorosa—. Está llamando a la policía.

Maya se queda helada, sus ojos azules se abren del susto. Las lágrimas cuelgan de sus pestañas, el color ha abandonado su rostro. El silencio de la habitación se rompe con sus resuellos desesperados.

—No pasa nada —le digo con seguridad, tratando de mantener mi voz firme—. De hecho, es algo *bueno*. La policía solucionará esto. Calmarán a mamá. Me llevarán con ellos para interrogarme, pero sólo será...

—Pero lo que hemos hecho va contra la ley. —La voz de Maya se acalla por el horror—. Lo que acaba de suceder. Nos arrestarán porque hemos quebrantado la ley.

Vuelvo a tomar aliento, mis pulmones se agrietan por la tensión, mi garganta amenaza con cerrarse por completo. Si me derrumbo, se acabó. La asustaré

tanto que dejará de escucharme y nunca accederá a lo que voy a sugerirle. Tengo que convencerla de que ésta es la mejor manera, la *única* manera.

—Maya, tienes que escucharme, tiene que ser rápido, llegarán en cualquier momento.

Paro e inspiro de nuevo. A pesar del terror en sus ojos, asiente y espera a que continúe.

—Vale. Primero tienes que recordar que el hecho de que te arresten no significa ir a la cárcel. No iremos a prisión porque sólo somos adolescentes. Pero ahora escucha: esto es muy, muy importante. Si nos arrestan a los dos, nos aislarán para el interrogatorio. Eso podría llevar unos días. Willa y Tiffin volverán y verán que nos hemos ido. Puede que mamá esté borracha, e incluso aunque no lo esté, la policía llamará a los servicios sociales y se los llevarán a los tres por lo que hemos hecho. Imagínate a Willa, imagínate a Tiffin, piensa en el miedo que tendrán. Willa estaba preocupada... —Se me quiebra la voz y me hundo por un momento—. Wi... ¡Willa estaba preocupada sólo por pasar fuera una noche! —Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos como cuchillos—. ¿Lo entiendes? ¿Entiendes lo que les pasará si nos arrestan a ambos?

Maya niega con la cabeza y me mira en silencio, muy asustada, muda de espanto, con lágrimas inundando sus ojos.

—Hay una manera —sigo diciendo desesperado—. Hay una manera de evitar todo esto. No se los llevarán si uno de los dos se queda aquí para cuidarles y encubrir a mamá. ¿Lo entiendes, Maya? —Cada vez hablo más alto—. Uno de los dos tiene que quedarse. Tienes que ser tú...

—¡No! —El grito de Maya me rompe el corazón. Aprieto sus muñecas más fuerte aún cuando intenta marcharse—. ¡No! ¡No!

—Maya, si los servicios sociales se los llevan, ¡no volveremos a verlos hasta que sean mayores de edad! ¡Quedarán marcados de por vida! Si dejas que me vaya, hay una posibilidad de que me suelte en unos días. —La miro fijamente, deseo desesperadamente que confíe en mí lo suficiente como para creer esta mentira.

—¡Quédate! —Maya me mira con ojos implorantes—. ¡Quédate tú y yo me iré! No me da miedo. Por favor, Lochie. ¡Hagámoslo así!

Me niego, desmoralizado.

—¡No funcionará! —digo históricamente—. ¿Te acuerdas de la conversación que tuvimos hace unas semanas? Nadie nos creerá si decimos que fuiste tú la que *me obligó*. Y si les contamos que hay un consentimiento mutuo, ¡nos arrestarán a ambos! *Tenemos* que hacerlo así. ¿Lo entiendes? ¡Piensa, Maya, piensa! ¡Sabes que no hay más opciones! Si alguno de los dos se queda aquí, ¡tienes que ser tú!

El cuerpo de Maya se desploma hacia delante cuando la realidad la golpea. Cae hacia mí pero no puedo tomarla entre mis brazos, todavía no.

—Por favor, Maya —le ruego—. Dime que lo harás. Dímelo ya, ahora

mismo. De otro modo me volveré loco si no sé... si no sé si tú y los niños estáis seguros o no. No podré soportarlo. Tienes que hacerlo. Por mí. Por nosotros. Es nuestra única oportunidad de volver a ser una familia.

Baja la cabeza, su precioso pelo ámbar esconde su rostro de mi vista.

—Maya... —Un sonido frenético se me escapa y le doy una sacudida—. ¡Maya!

Asiente en silencio sin levantar la vista.

—¿Lo harás? —pregunto.

—Lo haré —susurra.

Pasan varios minutos pero ella no se mueve. Con las manos temblorosas, me seco el sudor de la frente. Entonces, Maya levanta la cabeza con un sollozo ahogado y extiende sus brazos para que la reconforte. No puedo hacerlo. Simplemente, no puedo. Moviendo bruscamente la cabeza me aparto de ella, aguzando el oído al sonido de la sirena. Un leve murmullo de voces se eleva bajo nosotros, no hay duda de que los vecinos, preocupados, han llegado corriendo a tranquilizar a nuestra madre. Como le he negado el abrazo que tan desesperadamente necesitaba, Maya busca consuelo abrazando una almohada contra su pecho. Se mece adelante y atrás, parece estar completamente catatónica.

—Hay una cosa más... —La miro, me he dado cuenta de repente—. Tenemos... Tenemos que hacer cuadrar nuestras declaraciones... De lo contrario me retendrán más tiempo, te llevarán a comisaría repetidamente para interrogarte y las cosas se pondrán mucho peor...

Maya cierra los ojos como si quisiera hacerme desaparecer.

—No tenemos tiempo para inventarnos algo —digo midiendo cada palabra—. Tendremos... Tendremos que decir exactamente lo que ha pasado. To... Todo lo que ha ocurrido, cómo empezó, cuánto ha durado... Si lo que les contamos no cuadra también te detendrán a ti. De modo que tenemos que contar la verdad, Maya, ¿lo entiendes? Todo... ¡Cada detalle que te pidan! —Tomo aliento agitadamente—. Lo único que añadiremos es que... que yo te obligué. *Te obligué a hacer todo lo que hemos hecho*, Maya. ¿Me oyes?

Estoy perdiendo el control otra vez, las palabras tiemblan como el aire a mi alrededor.

—La primera vez que nos besamos, te dije que debías consentir o... o te pegaría. Juré que si se lo contabas a alguien te mataría. Estabas aterrorizada. Creíste de verdad que era capaz de hacerlo, así que de ahí en adelante, cada vez que yo... que yo quería, tú... tú hacías lo que te pedía.

Me mira horrorizada, con lágrimas silenciosas rodando por sus mejillas.

—¡Te encerrarán en la cárcel!

—No. —Niego con la cabeza, esforzándome por sonar lo más convencido posible—. Simplemente dirás que no quieres presentar cargos. Si no hay

denunciante, no hay juicio. ¡Saldré en unos días! —Me la quedo mirando, implorando en el silencio que me crea.

Frunce el ceño y niega con la cabeza, como si tratara de comprender exasperadamente.

—Pero eso no tiene sentido...

—Confía en mí —estoy respirando demasiado rápido—. La mayoría de los casos de abuso sexual nunca llegan a juicio porque las víctimas están demasiado asustadas como para presentar cargos. Así que simplemente dirás que tú no quieres presentarlos... Pero Maya —la cojo por el brazo—, nunca debes decir que esto fue mutuo. *Jamás* debes admitir que te metiste en esto voluntariamente. Yo te obligué. Te pregunten lo que te pregunten, digan lo que digan, yo te amenacé. ¿Lo entiendes?

Asiente, aturrida.

No estoy muy convencido. La agarro con rudeza por los brazos.

—¡No te creo! ¡Dime lo que ocurrió! ¿Qué fue lo que te hice?

Me mira, le tiembla el labio inferior y tiene los ojos rojos.

—Tú me violaste —responde, y aprieta las manos contra su boca para ahogar un grito.

Nos acurrucamos bajo el edredón una última vez. Maya está encogida contra mí, con la mejilla reposando en mi pecho y temblando de miedo. Yo la abrazo con fuerza, mirando el techo, temeroso de ponerme a llorar, temeroso de que vea lo aterrorizado que me siento, temeroso por que se dé cuenta de que, aunque ella no presente cargos, hay otra persona que lo hará.

—No... No lo entiendo —jadea Maya—. ¿Cómo ha podido pasar esto? ¿Por qué ha venido mamá hoy precisamente? ¿Cómo diablos ha entrado sin la llave?

Estoy demasiado nervioso incluso para pensar en ello, o como para que me importe. Lo único relevante es que nos han descubierto. Han dado parte a la policía. De verdad que nunca creí que esto podría acabar así.

—Debe haber sido un vecino. No fuimos cuidadosos al dejar las cortinas abiertas. —Maya se convulsiona con un sollozo ahogado—. Aún tienes tiempo. Lochie, ¿no lo entiendo! ¿Por qué no huyes? —Eleva la voz angustiada.

«Porque entonces no podré estar aquí para dar mi versión de los hechos. La versión que quiero que escuche la policía. La versión que te absuelve de todo delito. Si huyo, podrían arrestarte a ti en mi lugar. Y si escapamos los dos, sería declararnos cómplices y todo habría acabado».

No digo nada, simplemente la abrazo más fuerte aún con la esperanza de que confíe en mí.

El sonido de la sirena nos sobresalta. Maya se incorpora bruscamente e intenta saltar hacia la puerta. Yo la obligo a que se quede y se echa a llorar.

—¡No, Lochie, no! ¡Por favor! Déjame ir abajo y explicarlo. ¡Así parecerá mucho peor!

Necesito que parezca peor. Necesito que parezca todo lo malo que pueda. De ahora en adelante tengo que pensar como un violador, actuar como un violador. Demostrar que he estado reteniendo a Maya en contra de su voluntad.

Se elevan los sonidos de los portazos de los coches desde la calle. La voz histérica de mamá comienza de nuevo.

Oímos un golpe en la puerta principal. Fuertes pisadas por el pasillo. Maya aprieta los ojos y se aferra a mí, llorando en silencio.

—Todo irá bien —susurro desesperadamente en su oído—. Sólo es el protocolo. Simplemente me arrestarán para interrogarme. Cuando les digas que no quieres presentar cargos, me dejarán marchar.

La abrazo con fuerza, acariciándole el pelo, esperando que algún día lo entienda, que algún día me perdone por mentir. No debo pensar, no debo dejarme llevar por el pánico, no debo flaquear. Se escuchan voces abajo, principalmente la de mamá. Oigo múltiples pasos en la escalera.

—Suéltame —le susurro con premura.

No me contesta, sigue apretada contra mí, con la cabeza enterrada en mi hombro y los brazos estrechándome el cuello.

—¡Maya, suéltame, ahora! —Trato de soltarme de sus brazos. No me suelta. ¡No me suelta!

Los golpes en la puerta nos sobresaltan con violencia. El sonido precede a una voz fuerte y autoritaria:

—Policía. Abrid la puerta.

«Lo lamento, pero acabo de violar a mi hermana y la retengo aquí en contra de su voluntad. No puedo ceder tan fácilmente».

Me dan un aviso. Entonces, oímos el primer impacto. Maya deja escapar un grito de terror. Aún no me suelta. Es de vital importancia que le dé la vuelta, de modo que cuando entren me vean agarrarla de espaldas a mí, con los brazos sujetos por los costados. Otro chasquido. La madera se hace astillas alrededor del pestillo. Un golpe más y estarán dentro.

Aparto a Maya de mí con todas mis fuerzas. La miro a los ojos —a sus preciosos ojos azules— y siento brotar las lágrimas.

—Te amo —susurro—. ¡Lo siento mucho!

Entonces alzo mi mano derecha y la golpeo en la cara.

Su alarido inunda la habitación segundos antes de que el pestillo se rompa y la puerta se abra. De repente, la entrada está abarrotada de uniformes oscuros y radios crepitantes. Mis brazos rodean los de Maya, su cintura, la inmovilizan contra mí. Bajo mi mano, que tapa su boca, siento un esperanzador hilillo de sangre.

Cuando me ordenan soltarla y apartarme de la cama, no puedo moverme. Tengo que cooperar, pero soy físicamente incapaz. Estoy paralizado de miedo. Me aterra que si destapo la boca de Maya, les diga la verdad. Me aterroriza que

una vez haya soltado a Maya, no vuelva a verla nunca más.

Me piden que ponga las manos en alto. Comienzo a aflojar a Maya. No, — grito por dentro—. « ¡No me dejes, no te vayas! ¡Tú eres mi amor, eres mi vida! Sin ti no soy nada, no tengo nada. Si te pierdo, lo pierdo todo» . Levanto las manos muy despacio, esforzándome por mantenerlas en el aire, luchando contra la imperiosa necesidad de tomar a Maya entre mis brazos de nuevo, de besarla una última vez. Una mujer policía se acerca con cautela como si Maya fuera un animal salvaje, a punto de emprender el vuelo, y la persuade para que salga de la cama. Maya deja escapar un sollozo pequeño y ahogado, pero la oigo inspirar profundamente. Alguien la envuelve con una manta. Están intentando escoltarla fuera de la habitación.

—¡No! —grita ella.

Estalla en un repentino ataque de gimoteos sofocados, se vuelve frenética hacia mí, la sangre embadurna su labio inferior. El labio que una vez me acarició con dulzura, los labios que tan bien conozco, que tanto amo, los labios que nunca se me hubiera ocurrido lastimar. Pero ahora, con el labio partido y la cara bañada en lágrimas, se la ve tan sorprendida y maltrecha que, incluso aunque flojeara su determinación y dijera la verdad, estoy casi seguro de que no la creerían. Sus ojos se encuentran con los míos, pero bajo la atenta mirada de los policías no soy capaz de hacerle el más mínimo gesto para tranquilizarla. « Vete, mi amor —le ruego con la mirada—. Sigue el plan. Hazlo. Hazlo por mí» .

Cuando se vuelve, su rostro se contrae y lucho contra la necesidad de gritar su nombre.

En cuanto Maya está fuera, dos policías se echan sobre mí. Cada uno me agarra por un brazo, me indican que me ponga en pie lentamente. Lo hago, tensando todos los músculos y apretando los dientes en un intento por dejar de temblar. Un agente regordete de ojos pequeños y cara hinchada sonríe con superioridad cuando me levanto de la cama y la sábana cae mostrándome en calzoncillos.

—No creo que haga falta que cacheemos a éste —se ríe.

Escucho el sonido del llanto de Maya en el piso de abajo.

—¿Qué van a hacerle? ¿Qué van a hacerle? —No deja de gritar.

Una suave voz de mujer repite la respuesta una y otra vez.

—No te preocupes. Ahora estás a salvo. No podrá hacerte daño otra vez.

—¿Tiene algo de ropa? —Me dice el otro agente. No parece mucho mayor que yo. Me pregunto, ¿cuánto tiempo llevará en el cuerpo de policía? ¿Alguna vez habrá estado involucrado en algún crimen tan repugnante como éste?

—En mi ha... habitación...

El joven policía me sigue hasta mi habitación y me mira mientras me visto, su radio crepita en el silencio. Noto sus ojos clavados en mi espalda, en mi cuerpo, llenos de desagrado. No consigo encontrar nada limpio. Por algún motivo

irracional, siento la necesidad de ponerme algo que esté recién lavado. Lo único que tengo a mano es el uniforme del colegio. Noto la impaciencia del hombre en la puerta a mi espalda, pero estoy tan desesperado por cubrir mi cuerpo que no logro siquiera pensar con claridad, no recuerdo dónde he puesto mis cosas. Al fin me pongo una camiseta y unos vaqueros, enfundo los pies descalzos en mis deportivas antes de darme cuenta de que llevo la camiseta del revés.

El policía corpulento se nos une en la habitación. Parecen demasiado grandes para este espacio tan limitado. Soy terriblemente consciente de que mi cama está sin hacer, de que los calcetines y la ropa interior están esparcidos por la moqueta. De la barra rota de la cortina, del viejo escritorio astillado, de las paredes desconchadas. Me siento avergonzado por todo ello. Echo un vistazo a la pequeña foto familiar que aún sigue clavada a la pared sobre la cama y al instante deseo poder llevármela conmigo. Algo, lo que sea, que me los recuerde a todos.

El policía más viejo me hace algunas preguntas sencillas: nombre, fecha de nacimiento, nacionalidad... Mi voz sigue temblando a pesar de todos mis esfuerzos por mantenerla firme. Cuanto más intento no tartamudear, peor se pone; cuando la mente se me queda en blanco y ni siquiera puedo recordar mi propio cumpleaños. Se me quedan mirando como si creyeran que oculto deliberadamente esa información. Intento escuchar el sonido de la voz de Maya, pero no oigo nada. ¿Qué le han hecho? ¿Dónde se la han llevado?

—Lochan Whitely —dice el policía con voz monótona y artificial—. Ha sido acusado de haber violado a su hermana de dieciséis años hace un instante. Le arresto por incumplimiento del artículo veinticinco de la ley de delitos sexuales por mantener relaciones sexuales con un menor miembro de su familia.

La sentencia me golpea como un puñetazo en el estómago. Es más que ser un violador: parezco un pedófilo. Y Maya, ¿una niña? No lo ha sido desde hace años. ¡Y no está por debajo de la edad de consentimiento sexual! Pero claro, al momento recuerdo que aunque sólo le queden dos semanas para cumplir diecisiete años, a ojos de la ley todavía se la considera una niña. Con dieciocho, sin embargo, yo soy un adulto. Trece meses. Bien podrían haber sido trece años... Ahora el policía me lee mis derechos.

—Tiene derecho a permanecer en silencio. Pero podría perjudicar su defensa si no nos contesta a algo que le preguntemos y que luego confiese en el juicio. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. —Habla con determinación, con la fuerza de la autoridad. Su cara es una máscara blanca, fría, carente de toda expresión. Pero esto no es un programa de policías cualquiera. He cometido un crimen real.

El agente más joven me informa de que ahora me van a llevar fuera, al «vehículo de transporte». El pasillo es demasiado estrecho para que quepamos los tres. El policía grueso encabeza la marcha con pasos lentos y pesados. El otro me agarra firmemente por encima del codo. He sido capaz de esconder mi

miedo hasta ahora, pero a medida que nos acercamos a la escalera, una oleada de pánico crece en mi interior. El estúpido desencadenante es ni más ni menos que la necesidad de orinar. De repente, comprendo que estoy desesperado por ir al baño y no tengo ni idea de cuándo voy a tener una oportunidad. ¿Tras horas de interrogatorio, encerrado en cualquier celda, enfrente de todo un grupo de prisioneros? Doy un traspie y me detengo en la parte superior de las escaleras.

—¡Siga caminando! —Noto la presión de una mano firme entre mis omóplatos.

—¿Puedo...? Por favor, ¿puedo ir al baño antes de marcharnos? —La voz me sale asustada y desesperada. Siento que me arde la cara y en cuanto las palabras salen de mi boca, deseo no haberlas dicho. Sueno patético.

Intercambian miradas. El hombre corpulento suspira y asiente. Me dejan entrar al baño. El policía más joven se queda en la puerta abierta.

Las esposas no me lo ponen fácil. Noto la presencia de ese hombre llenar el pequeño habitáculo. Me giro para quedar de espaldas a él e intento desabrocharme los vaqueros. El sudor cosquillea por mi cuello y por la espalda, hace que se me pegue la camiseta a la piel. Parece como si los músculos de las rodillas me vibraran. Cierro los ojos e intento relajarme, tengo unas ganas horribles, pero no lo consigo. No puedo. Simplemente, no puedo. Así no.

—No tenemos todo el día. —La voz a mi espalda me hace estremecer. Me abrocho los botones y tiro de la cadena del inodoro vacío. Me doy la vuelta, demasiado avergonzado incluso para levantar la cabeza.

Mientras bajamos dando tumbos por las estrechas escaleras, el policía más joven me dice en tono amable:

—La comisaría no está lejos. Allí tendrá un poco de privacidad.

Sus palabras me desconciertan. Un pequeño atisbo de bondad, una señal de consuelo, a pesar de lo terrible que es lo que he hecho. Siento que mi fachada comienza a desvanecerse. Respirando profundamente, me muerdo el labio con fuerza. Por si acaso Maya me ve, debo aparentar tranquilidad, es de vital importancia que salga de casa sin derrumbarme.

Se escuchan unas voces en la cocina. La puerta está totalmente cerrada. Así que ahí es donde la han llevado. Ruego a Dios que aún la estén tratando como a la víctima, confortándola en lugar de bombardearla a preguntas. Aprieto los dientes y cada músculo de mi cuerpo para no salir corriendo hacia ella, abrazarla y besarla por última vez.

Advierto una comba de color rosa colgando de la barandilla. En la moqueta ha quedado una golosina de anoche. Hay unos zapatitos desperdigados por el zapatero que hay junto a la puerta principal. Las sandalias blancas de Willa y las deportivas con cordones que al fin ha aprendido a atarse, qué pequeñas. Los zapatos de colegio de Tiffin, sus tan adoradas zapatillas de fútbol, los guantes y la pelota «de la suerte». Sobre todo ello hay chaquetas del colegio colgando

abandonadas, vacías como fantasmas, carentes de personalidad sin sus dueños. Quiero que vuelvan, quiero que vengan mis niños. Los echo de menos, me duele tanto que siento un hueco en el corazón. Estaban tan entusiasmados con irse que ni siquiera tuve tiempo de abrazarlos. Nunca llegué a decir adiós.

Justo cuando me están empujando por delante de la puerta abierta de la sala de estar, un movimiento capta mi atención y me detengo. Giro la cabeza hacia la figura que descansa en el sillón y, sorprendentemente, veo a Kit. Está sentado con la cara blanca, inmóvil, junto a una mujer policía, con sus mochilas de la isla de Wight cuidadosamente empaquetadas arrojadas a sus pies. Se vuelve lentamente hacia mí, lo miro sin comprender. Me empujan por detrás y me dicen «muévete». Me tropiezo con el marco de la puerta, mis ojos ruegan a Kit alguna explicación.

—¿Por qué estás aquí? —No puedo creer que esté siendo testigo de esto. No concibo que lo hayan retenido antes de irse para mezclarle en esto también. Sólo tiene trece años, ¡por el amor de Dios! Quiero gritar. Debería estar en el viaje de su vida, no viendo cómo detienen a su hermano por abusar sexualmente de su hermana. Quiero pegarles con saña, quiero obligarles a que le dejen marchar.

Sus ojos se apartan de mi cara, viajan hacia las esposas que rodean mis muñecas y luego hacia los policías que me arrastran. Su cara está pálida, afligida.

—¡Tú se lo dijiste! —grita de repente haciéndome dar un salto.

Lo miro aturdido.

—¿Qué?

—¡Al entrenador Wilson! ¡Le dijiste lo de las alturas! —Me está gritando con la cara desfigurada de la rabia—. ¡En cuanto llegué al colegio me tachó de la lista de rápel delante de toda la clase! Todo el mundo se rió de mí, ¡hasta mis amigos! ¡Me has arruinado lo que iba a ser la mejor semana de mi vida!

Trato de seguir respirando, siento cómo mi corazón empieza a latir con fuerza.

—¿Has sido tú? —digo con un grito ahogado—. ¿Lo sabías? ¿Lo de Maya y yo? ¿Lo *sabías*?

Kit asiente sin decir nada.

—Señor Whitely, ¡tiene que venir con nosotros ahora mismo!

El comentario sobre que Maya y yo nos quedábamos solos en casa, el sonido de la puerta cuando nos besamos en la cocina... ¿Por qué diablos no se enfrentó a nosotros? ¿Por qué ha esperado hasta ahora para decirlo?

Porque no quería que se lo llevaran a una casa de acogida. Porque nunca tuvo intención de contarle.

Por alguna extraña razón estoy desesperado por que sepa que nunca pedí que lo borrarán de la lista de rápel, no pensé que le humillarían delante de sus amigos, *nunca* pretendí arruinarle su primer viaje, el día más emocionante de su vida.

Pero los policías me están gritando, me están empujando por la puerta principal con una fuerza considerable, golpeándome contra las paredes, arrastrándome hasta el coche de policía que nos espera. Me retuerzo y me doy la vuelta, intentando llamar a Kit por encima del hombro.

Los vecinos están todos ahí curioseando. Se han congregado en masa alrededor del coche de policía, observan fascinados mientras me tiran sobre el asiento de atrás. Me abrochan el cinturón y la puerta se cierra de golpe. El policía corpulento se pone delante, con la radio aún crepitando, y el más joven se sienta detrás, a mi lado. Los vecinos se están acercando como una lenta ola, inclinándose, mirando, señalando, sus bocas se abren y se cierran preguntando en silencio.

De repente algo golpea violentamente la puerta de mi lado. Giro rápidamente la cabeza y me encuentro a Kit, que da puñetazos frenéticamente contra el cristal.

—¡Lo siento! —me grita, el sonido queda fuertemente amortiguado por el vidrio reforzado—. ¡Lochie, lo siento, lo siento, lo siento! No pensé que pasaría esto... ¡Nunca pensé que llamaría a la policía! —Está llorando a mares, de un modo que no ha llorado en años, con las lágrimas inundando sus mejillas. Su cuerpo se convulsiona con sollozos violentos mientras golpea la ventana en un intento histérico por liberarme.

—¡Vuelve! —me grita—. ¡Vuelve!

Forcejeo la puerta cerrada, estoy desesperado por decirle que todo va bien, que volveré pronto, aunque soy muy consciente de que no es verdad. Más que nada, lo que quiero decirle es que no pasa nada, que sé que nunca quiso que las cosas llegaran a este punto, que entiendo que simplemente necesitaba descargar contra alguien el dolor, la rabia y la amarga decepción. Quiero que sepa que por supuesto que le perdono, que nada de esto ha sido culpa suya, que le quiero, que siempre le he querido a pesar de todo...

Un vecino le arrastra a un lado y el coche comienza a alejarse del bordillo. A medida que cogemos velocidad, vuelvo la cabeza hacia atrás para verlo por última vez y, por la ventana trasera, observo a Kit correr detrás de nosotros, golpeando la acera con sus largas piernas, el aspecto familiar de la firme determinación en su rostro, la misma que mostró en todos aquellos partidos de fútbol, de pilla pilla, de British Bulldog que solíamos jugar... De algún modo consigue ponerse al ritmo del coche hasta que llegamos al final de la estrecha calle, hasta que aceleramos hacia la avenida principal. Estiro la cabeza frenéticamente para no perderlo de vista, pero entonces tropieza y cae con las manos a los lados: derrotado, llorando.

« ¡No podéis dejar que Kit pierda! —quiero gritar a los policías—. ¡Hay que dejarles ganar a todos siempre! Aun cuando se lo pones difícil, siempre, siempre, hay que dejar que te pillen al final» .

Ahí está en pie de nuevo, mirando el coche como si quisiera hacernos retroceder, y veo cómo se va empequeñeciendo a medida que el espacio crece entre nosotros. Pronto mi hermano pequeño no es más que un puntito en la distancia, y entonces, dejo de verlo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Lochan

Nos detenemos en un gran aparcamiento repleto de distintos tipos de vehículos policiales. Una vez más, me agarran con firmeza por el brazo y me sacan del coche. Me duele tanto la vejiga que hago una mueca de dolor al levantarme, la brisa que roza mis brazos desnudos me hace estremecer. Tras cruzar la zona asfaltada me llevan a una especie de puerta trasera, pasamos por un pasillo corto y llegamos a una sala donde pone «acusados». Otro policía uniformado está sentado tras un escritorio muy alto. Los dos oficiales que tengo a los lados se dirigen a él como sargento y le informan de mi delito, sin embargo me siento aliviado cuando sólo me mira vagamente, tecleando mecánicamente mi información en su ordenador. Leen mis cargos en voz alta una vez más, pero luego me preguntan si los entiendo y no aceptan que asienta con la cabeza. Me repiten la pregunta y me veo obligado a hacer uso de mi voz.

—Sí. —Esta vez sólo consigo susurrar. Lejos de casa y del peligro de apenar a Maya, siento cómo me abandonan las fuerzas: sucumbo al miedo, al terror, al ciego pánico que me provoca esta situación.

Prosiguen más preguntas. De nuevo me piden que repita mi nombre, mi dirección y mi fecha de nacimiento. Me esfuerzo en responder, mi cerebro parece estar apagándose lentamente. Cuando me preguntan por mi ocupación, dudo.

—Yo... no tengo.

—¿Recibes una prestación por desempleo?

—No. Aún... Aún voy al colegio.

El sargento me mira en ese momento. La cara me arde bajo su mirada penetrante.

Continúan preguntándome, esta vez sobre mi salud, y también sobre mi estado mental. No hay duda de que creen que sólo un psicópata sería capaz de cometer tal crimen. Me preguntan si quiero un abogado e inmediatamente respondo negando con la cabeza. Lo último que necesito es involucrar a alguien más y que escuche todas las cosas terribles que he hecho. De todos modos, voy a

intentar demostrar que soy culpable, no inocente.

Tras quitarme las esposas, me piden que entregue mis posesiones. Afortunadamente no tengo nada y me tranquiliza no haber traído la fotografía de mi habitación. Puede que Maya se acuerde de ella y la guarde como un buen recuerdo. Pero no puedo evitar desear que corte a los dos adultos que hay a cada extremo del banco y que deje únicamente a los cinco niños apiñados en medio. Porque, últimamente, esa es la familia en la que nos hemos convertido. Al final nosotros hemos sido los únicos en querernos los unos a los otros, los que hemos luchado y peleado por permanecer unidos. Y eso ha sido suficiente. Más que suficiente.

Me piden que vacíe los bolsillos y que me quite los cordones de los zapatos. De nuevo, el temblor de mis manos me traiciona, y al arrodillarme entre las trajeadas piernas de los policías sobre el sucio linóleo, noto su impaciencia presionándome, su desprecio. Guardan los cordones en un sobre que tengo que firmar, lo que me parece absurdo. Luego me cachean, y ante el tacto de las manos del policía en mi cuerpo, arriba y abajo por mis piernas, comienzo a temblar violentamente, aferrándome al borde del escritorio para no perder el equilibrio.

Pasamos a una pequeña antesala y me sientan en una silla me toman una foto y me pasan un bastoncillo de algodón por dentro de la boca, cuando presionan mis dedos uno a uno sobre una almohadilla de tinta y luego sobre una tarjeta marcada, me invade un sentimiento de total indiferencia. Para estas personas soy un mero objeto. A duras penas soy humano.

Agradezco que al fin me metan en una celda y que la pesada puerta se cierre de golpe a mi espalda. Gracias a Dios está vacía: es pequeña y claustrofóbica, lo único que contiene es una estrecha cama empotrada en la pared. Hay una ventana enrejada cerca del techo, pero la luz que inunda la habitación es totalmente artificial, molesta y demasiado brillante. Las paredes están llenas de grafitis, y ensuciadas con algo que sospecho que son heces. El hedor es nauseabundo, mucho peor que en el más repugnante de los urinarios públicos, y me veo obligado a respirar por la boca para evitar las arcadas.

Tardo una eternidad en relajarme lo suficiente como para poder vaciar mi vejiga en el inodoro de metal. Ahora, libre al fin de sus ojos escrutadores, no consigo dejar de temblar. Temo que un policía irrumpa aquí en cualquier momento. Tengo muy presente la pequeña ventana que hay en la puerta, la tapa que tiene justo debajo. ¿Cómo es que no me están vigilando en este momento? Normalmente no soy tan remilgado, pero tras ser sacado de la cama en ropa interior, arrastrado a la fuerza medio desnudo hasta mi habitación por dos policías y obligado a vestirme delante de ellos, desearía que hubiera algún modo de estar protegido para siempre. Desde que me han leído mis horribles cargos me he estado sintiendo sumamente avergonzado de todo mi cuerpo, de lo que ha hecho.

De lo que otros creen que ha hecho.

Tiro de la cadena y me dirijo a la gruesa puerta de metal y pego mi oreja a ella. Unos gritos resuenan en el pasillo, oigo palabrotas de un borracho, un gemido constante, pero los sonidos parecen proceder de una cierta distancia. Si mantengo mi espalda contra la puerta, en caso de que un policía vigile por la ventanilla, al menos no me verá la cara.

En cuanto confirmo que al fin tengo un poco de privacidad, la válvula de protección de mi mente que me ha permitido estar en funcionamiento, se abre como si la forzaran, y las imágenes y los recuerdos me inundan. Corro hacia la cama pero mis rodillas ceden antes de alcanzarla. Me hundo en el mismo suelo y clavo las uñas en la gruesa lámina de plástico cosida al colchón. Tiro de ella con tanta furia que temo que se rompa. Me encojo y presiono mi cara fuertemente contra la apesosa cama, y sofoco mi nariz y mi boca tanto como puedo. Unos desgarradores sollozos estallan por todo mi cuerpo, amenazan con despedazarme con toda su fuerza. El colchón entero se sacude, mi caja torácica tiembla contra el duro somier, y me asfixio, me ahogo, me privo de oxígeno pero no me siento capaz de alzar la cabeza para respirar por miedo a hacer ruido. Llorar nunca me ha atormentado tanto. Quisiera meterme bajo la cama por si alguien mira y me ve así, pero el espacio es demasiado pequeño. Ni siquiera puedo quitar la sábana para cubrirme con ella. Simplemente, no hay donde esconderse.

Oigo los gritos angustiados de Kit, veo sus puños golpeando la ventilla, su figura delgada corriendo para alcanzar el coche, su cuerpo desplomándose al darse cuenta de que no puede rescatarme. Pienso en Tiffin y Willa jugando con Freddie, corriendo excitados alrededor de la casa con sus amigos, ajenos a lo que les espera a la vuelta. ¿Les dirán lo que he hecho? ¿También los interrogarán sobre mí? ¿Les preguntarán por los abrazos, por los baños, por el momento de acostarlos, por las cosquillas, por los juegos bruscos a los que solíamos jugar? ¿Les lavarán el cerebro para que piensen que abusé de ellos? Y durante los próximos años, si alguna vez tenemos la oportunidad de reencontrarnos siendo adultos, ¿querrán verme? Tiffin tendrá un vago recuerdo de mí, pero Willa sólo me habrá conocido los cinco primeros años de su vida. En caso de conservar recuerdos, ¿cuáles serán?

Finalmente, demasiado débil como para mantener la furia de mis pensamientos por mas tiempo, pienso en Maya. Maya, Maya, Maya. Ahogo su nombre entre mis manos, esperando que su sonido me aporte algo de consuelo. Nunca debí haber arriesgado su felicidad. Por su bien, por el de los niños. Nunca debí permitir que nuestra relación siguiese adelante. No me arrepiento por mí, no hay ningún castigo que no hubiera soportado sólo por pasar con ella los escasos meses que estuvimos juntos. Pero nunca pensé en el peligro que ella corría, en el horror al que se vería sometida.

Me aterroriza lo que puedan hacerle ahora: bombardearla con preguntas que

tendrá que responder, debatiéndose entre defenderme diciendo la verdad y acusarme de violación para proteger a los niños. ¿Cómo he podido ponerla en tal posición? ¿Cómo he podido pedirle que haga semejante elección?

El estrépito del golpe de las llaves y de la cerradura de metal sacude todo mi cuerpo, alarmándome y despertando la confusión y el pánico. Un policía me ordena que me levante, me informa de que me van a llevar a la sala de interrogatorios. Antes de que mi cuerpo logre obedecer, me agarran del brazo y me ponen en pie. Me resisto un momento, desesperado por mantener en orden mis pensamientos. Todo lo que necesito es un rato para despejar la cabeza y recordar lo que tengo que decir. Ésta podría ser mi única oportunidad y tengo que hacerlo bien, tengo que asegurarme de que no haya la más mínima discrepancia entre la declaración de Maya y la mía.

Vuelven a esposarme y me llevan por varios pasillos largos y muy iluminados. No tengo ni idea del tiempo que ha pasado desde que me metieron en la celda. El tiempo ha dejado de existir: no hay ventanas y no puedo distinguir si es de día o de noche. Me siento mareado por el pánico. Una palabra equivocada, un movimiento en falso y lo estropearía todo; si dejo que algo se me escape, podría implicar a Maya en esto también.

Al igual que mi celda, la sala de interrogatorios está demasiado iluminada: la luz brillante y fluorescente tiñe toda la habitación de un amarillo escalofriante. No es mucho más grande que la celda, pero ahora el hedor de la orina ha sido sustituido por el del sudor y el aire viciado, las paredes están vacías y el suelo enmoquetado. El único mobiliario lo constituyen una mesa, y tres sillas. Hay dos policías sentados al otro lado, un hombre y una mujer. El hombre aparenta unos cuarenta años, su rostro es alargado y lleva el pelo muy corto. La dureza en su mirada, su expresión grave, la posición de su mandíbula, todo sugiere que ha visto esto muchas veces, que ha estado atrapando criminales durante años. Se le ve fuerte y astuto, y hay algo rígido e intimidante en su persona. La mujer en cambio parece mayor y más normal, lleva el pelo recogido y tiene una expresión hastiada, pero sus ojos también me observan con dureza. Ambos policías me miran, bien entrenados en el arte de la manipulación, de la amenaza, de la persuasión o incluso de la mentira para conseguir lo que quieren de los sospechosos. Hasta en mi estado de confusión y aturdimiento, noto de inmediato que son buenos en lo que hacen.

Me sientan en una silla de plástico gris enfrente de ellos, a menos de medio metro de distancia del borde de la mesa, y me ponen de espaldas a la pared. No sería muy diferente si estuviéramos en una jaula: la mesa no es muy grande y todo está demasiado cerca como para que me sienta cómodo. Soy consciente de que tengo la cara húmeda, el pelo se me pega a la frente, la fina tela de mi camiseta se me pega a la piel y el sudor forma unas manchas visibles en el tejido. Me siento sucio y asqueroso, noto el sabor de la bilis en la garganta y el de

la sangre agria en la boca, y a pesar de las expresiones impasibles de los policías, su repulsión es prácticamente tangible dentro de este pequeño y hermético espacio.

El hombre no ha levantado la mirada desde que me han traído aquí, pero sigue garabateando en un papel. Cuando al fin me dirige la mirada, un escalofrío me recorre la espalda y automáticamente intento echar la silla hacia atrás, pero no se mueve.

—Vamos a grabar el interrogatorio en audio y en vídeo. —Unos ojos como pequeños guijarros grises escrutan los míos—. ¿Tienes algún problema con eso?

Como si tuviera elección.

—No. —Veo que hay una discreta cámara en una esquina de la habitación que me apunta directamente a la cara. Un sudor frío me comienza a brotar de la frente.

El hombre enciende el botón de una especie de máquina de grabación y lee en alto el número del caso, seguido por la fecha y la hora. Continúa diciendo:

—Nos hallamos presentes: yo, el inspector Sutton, y a mi derecha, la inspectora Kaye. Frente a nosotros está el sujeto. ¿Podrías identificarte, por favor?

¿A quién le está hablando exactamente? ¿A otros policías, a los analistas de pruebas, al juez y al jurado? ¿Pondrán este interrogatorio en el juicio? ¿Reproducirán ante mi familia mis propias descripciones del atroz crimen que he cometido? ¿Obligarán a Maya a escucharme tartamudear y lidiar con este interrogatorio? ¿Le pedirán luego que confirme que he dicho la verdad?

«No pienses en eso ahora, por Dios. Deja ya de pensar en eso. Ahora mismo sólo debes centrarte en dos cosas: tu actitud y tus palabras. Todo lo que salga de tu boca debe ser total y absolutamente convincente».

—Lochan Whi... —me aclaro la garganta, hablo con voz débil y quebrada—. Lochan Whitely.

Las preguntas que siguen son las de siempre: ¿Fecha de nacimiento? ¿Nacionalidad? ¿Dirección? El inspector Sutton apenas levanta la vista, ya sea porque está escribiendo en el folio o porque lee aprisa las notas con mis datos, con sus ojos moviéndose rápidamente de lado a lado.

—¿Sabes por qué estás aquí? —De pronto sus ojos se encuentran con los míos y me asusto.

Asiento y luego trago saliva.

—Sí.

Continúa mirándome con el bolígrafo preparado, como si esperase que continuara.

—Por... por abusar sexualmente de mi hermana —digo con la voz tensa pero firme.

Las palabras flotan en el ambiente como pequeñas heridas rojas. Noto que la

atmósfera se vuelve más compacta, más tensa. Aunque los policías que me están interrogando lo tienen todo por escrito delante de ellos. El hecho de que esté hablando en voz alta en presencia de una grabadora de audio y de otra de video, hace que todo se vuelva inalterable. Apenas me siento como si mintiera. Puede que no exista una verdad universal. Para mí es incesto consentido, para ellos es abuso sexual de un menor que pertenece a mi familia. Puede que ambas etiquetas sean correctas.

Y, a continuación, dan comienzo las preguntas.

Al principio todo versa sobre mis orígenes. Las minucias tediosas e interminables: dónde nací, dónde nacieron los miembros de mi familia, las fechas de nacimiento de todos ellos, los detalles acerca de mi padre, mi relación con él, con mis hermanos, con mi madre. Me ciño a la verdad tanto como puedo, incluso les cuento que mi madre hace turnos hasta tarde en el restaurante y les hablo de su relación con Dave. Tengo cuidado de omitir ciertas partes, espero que mamá y Kit tengan el sentido común de evitarlas también: su problema con la bebida, las peleas por el dinero, la mudanza a casa de Dave y finalmente el abandono, prácticamente total, de su familia. En su lugar, les digo que ha empezado a trabajar hasta tarde recientemente y que yo cuido a los niños por las noches, pero sólo una vez que los niños se han acostado. Hasta aquí todo va bien. No es la imagen de una familia ideal pero se ajusta a los límites de la normalidad. Y entonces, una vez que les he proporcionado cada detalle, desde el número de habitaciones de nuestra casa hasta la información de la escuela — nuestras notas y actividades extraescolares — al fin hacen la pregunta:

—¿Cuándo tuviste contacto sexual con Maya por primera vez? —El policía me mira directamente y su voz es tan inexpressiva como antes, pero ahora me observa atentamente, esperando el más mínimo cambio en mi expresión.

El silencio tensa el ambiente, lo priva de oxígeno, y percibo el sonido de mi rápida respiración, mis pulmones están pidiendo más aire a gritos. También noto el sudor correr a ambos lados de mi cara y estoy seguro de que él adivina el temor que hay en mis ojos. Estoy exhausto, angustiado y desesperado por ir al baño otra vez, pero claramente queda mucho para que el interrogatorio termine.

—Cuando... Cuando hablas de contacto sexual, ¿quieres decir... *sentimientos* o la primera vez... es decir, la primera vez que la to... toqué o...?

—La primera vez que tuviste algún tipo de contacto inapropiado. —Su voz se ha endurecido, su mandíbula está más tensa y las palabras salen disparadas de su boca como pequeñas balas.

Hago esfuerzos por proseguir a través de la niebla y el pánico, intento dar la respuesta correcta. Es vital que haga esto bien para que cuadre exactamente con la respuesta de Maya. Contacto sexual... Pero ¿a qué se refiere exactamente? ¿A aquel primer beso la noche de la cita de Maya? ¿O a tiempo atrás, cuando bailamos?

—¿Quieres responder a la pregunta? —La temperatura está subiendo. Cree que estoy buscando el modo de exonerarme, pero en realidad es todo lo contrario.

—No... No estoy seguro de la fecha exacta. Debe hab... haber sido en algún momento de noviembre. S... Sí. Noviembre... ¿O fue en octubre? —Ay, Dios, ya estoy arruinándolo todo.

—Cuéntame lo que ocurrió.

—Vale. Ella... Ella volvió a casa porque había estado en una cita con un chico del colegio. Nos... Nos peleamos porque la estaba sometiendo al tercer grado. Estaba preocupado, quiero decir, enfadado, quería saber si se había acostado con él. Me alteré...

—¿Qué quieres decir con que te alteraste?

No. Por favor.

—Empecé... Me puse a llorar... —Justo lo que me va a suceder ahora, al recordar el dolor que sentí aquella noche.

Vuelvo la cara hacia la pared, me muerdo con fuerza, pero el dolor que causan mis dientes al clavárseme en la lengua ya no sirve de nada. Ninguna dosis de dolor físico puede encubrir la agonía mental. Cinco minutos de interrogatorio y ya estoy desmoronándome. Es inútil, todo es inútil, yo soy inútil, voy a fallar a Maya, le fallaré a todos.

—¿Qué pasó entonces?

Intento probar cada artimaña que se me ocurre para mantener a raya las lágrimas, pero nada funciona. La presión aumenta y en la expresión de Sutton distingo que cree que intento ganar tiempo, que finjo remordimientos, que miento.

—¿Qué pasó entonces? —Esta vez eleva la voz.

Me estremezco.

—Le dije... Intenté... Le dije que tenía que... La obligué a...

No consigo decir las palabras, incluso a pesar de estar desesperado por hacerlo, deseando poder gritarlas a los cuatro vientos. Es como si me obligaran a salir otra vez delante de toda la clase, las palabras se quedan obstruidas en mi garganta, la cara me arde de vergüenza. Excepto que esta vez no me están pidiendo que lea una redacción, sino que estoy siendo interrogado sobre los detalles más íntimos y personales de mi vida, sobre todos los tiernos momentos que pasé con Maya, sobre todas aquellas adoradas ocasiones que han hecho de estos últimos tres meses los más felices que jamás he vivido. Sin embargo, los están embadurnando sobre nuestra familia como las heces de la celda. He cometido un abuso pútrido, repugnante, espantoso, soy un criminal, he obligado a mi hermana pequeña a cometer asquerosos actos sexuales en contra de su voluntad.

—Lochan, te recomiendo encarecidamente que dejes de hacernos perder el

tiempo y empieces a cooperar. Estoy seguro de que eres consciente de que, en el Reino Unido, la pena máxima por violación es de cadena perpetua. Ahora, si cooperas y te muestras arrepentido por lo que has hecho, seguramente la sentencia se reducirá, puede que a tan sólo siete años. Pero si mientes o intentas negar algo, lo descubriremos de todos modos y el juez no será tan indulgente.

Intento responder, pero sigo sin lograrlo. Me veo a través de sus ojos: el enfermo, el perturbado, el patético adicto al sexo y tan reprimido que tiene que abusar de su hermana pequeña con la que una vez jugó, de su propia carne y sangre.

—Lochan... —La inspectora se inclina hacia mí, con las manos juntas y estiradas en la mesa—. Veo que te sientes mal por lo que ha ocurrido. Y eso es bueno. Significa que empiezas a hacerte responsable de tus acciones. Puede que pensaras que tener una relación sexual con tu hermana no le causaría ningún daño, o que nunca fuera tu intención cuando amenazaste con matarla, pero tienes que decirnos exactamente lo que ocurrió, lo que hiciste punto por punto, lo que dijiste. Si intentas disimular las cosas o no las cuentas, si te andas con rodeos o nos mientes, entonces las cosas se van a poner mucho, mucho peor para ti.

Tomo aliento profundamente y asiento, intentando demostrarles que estoy dispuesto a cooperar, que no tienen que seguir con esta chorrada de «poli bueno y poli malo» para hacerme confesar. Todo lo que me hace falta es la fortaleza para recomponerme, para contener las lágrimas y encontrar las palabras que describan todo lo que obligué a hacer a Maya, todo lo que le obligué a soportar.

—Lochan, ¿tienes un apodo?

La inspectora Kaye está siendo amable conmigo, pretende reconfortarme con la esperanza de que confíe en ella lo suficiente como para relajarme, tranquilizarme para que crea que intenta ayudarme en vez de sonsacarme una confesión.

—Loch... —suelto sin pensar—. Lochie... No, oh, no. Sólo mi familia me llama así. ¡Sólo mi familia!

—Lochie, escúchame ahora. Si cooperas con nosotros hoy, si nos cuentas todo lo que pasó, eso supondrá una gran diferencia en el resultado de todo esto. Todos somos humanos. Todos cometemos errores, ¿verdad? Sólo tienes dieciocho años, estoy segura de que no te diste cuenta de la gravedad de lo que hacías, y el juez lo tendrá en cuenta.

«Sí, claro. ¿Cómo puedes pensar que soy tan estúpido? Tengo dieciocho años y me tratarán como a un adulto. Guárdate tus mentiras y manipulaciones para los que de verdad intentan ocultar sus acciones».

Asiento y me seco los ojos con la manga. Me tiro del pelo con las manos esposadas y comienzo a hablar.

Contar mentiras es la parte fácil: obligué a Maya a no ir al colegio, me metía en su cama cada noche, repitiendo la misma amenaza una y otra vez cuando me

rogaba que la dejara en paz. Pero cuando tengo que contarles la verdad ya no sé qué decir. Se trata de nuestra verdad, de nuestros secretos más íntimos, de los valiosos detalles de nuestros momentos breves e idílicos juntos. Esas son las partes que me hacen tartamudear y temblar. Pero me obligo a seguir, incluso cuando no puedo contener las lágrimas por más tiempo, incluso cuando empiezan a rodarme por las mejillas y mi voz se agita por los sollozos reprimidos, incluso cuando siento sus miradas de asco fundirse con las de pena.

Quieren conocer cada pequeño detalle. Aquel momento en la cama, nuestra primera noche juntos. Lo que hice yo, lo que hizo ella, lo que dije, lo que dijo. Cómo me sentí... cómo reaccioné... cómo reaccionó mi *cuerpo*... Les digo la verdad y algo invade mi interior y comienza a romperme por dentro. Cuando al fin llegamos a los acontecimientos de la mañana, cuando debemos hablar de lo que ellos llaman «penetración», quiero morirme para detener el dolor. Me preguntan si usé protección, si Maya lloró, cuánto tiempo duró... Duele demasiado, es absolutamente humillante, tan degradante que pone enfermo.

El interrogatorio parece haber durado horas. Quizá sea ya media noche, tengo la impresión de que hemos estado encerrados en esta diminuta habitación sin aire durante toda una eternidad. Se turnan para salir a por café y algo de comer. Me ofrecen agua, pero yo declino la oferta. Al final, me siento tan hecho polvo que lo único que puedo hacer es chuparme los dedos de en medio de la mano como solía hacer cuando era pequeño y desplomarme de lado contra la pared, con la voz completamente ronca, con la cara pegajosa por el sudor frío y las lágrimas. A través de una espesa niebla, me informan de que me escoltarán de nuevo a mi celda y de que el interrogatorio continuará mañana.

Apagan la cinta y otro policía viene a por mí, pero por un momento soy incapaz de ponerme de pie. El inspector Sutton —que durante la mayor parte del tiempo ha permanecido frío e impasible— suspira y niega con la cabeza, con una expresión cercana a la compasión.

—Mira, Lochan, he estado trabajando en esto durante años y puedo asegurar que estás arrepentido de lo que has hecho. Pero me temo que ya es demasiado tarde. No es sólo que se te acuse de haber cometido un crimen muy serio, sino que tus amenazas parecen haber asustado tanto a tu hermana que ha firmado una declaración jurando que vuestras relaciones sexuales fueron totalmente consentidas e instigadas por ella.

Todo el aire escapa de mi cuerpo. Mi cansancio se evapora. De repente, lo único que llena el aire son los latidos de mi aterrorizado corazón. ¿Les dijo la verdad? *¿Les dijo la verdad?*

—Una declaración firmada... Pero eso no tiene validez, ¿verdad? Ahora que yo lo he admitido todo, ahora que os he dicho lo que ocurrió exactamente. Sabéis que sólo ha dicho esas cosas porque yo le pedí que lo hiciera, porque le dije que la mataría si me metían en la cárcel. Así que nadie va a creerla, ¿no? ¿No ahora

que he confesado! —Mi voz rota y consumida tiembla con fuerza, pero debo mantener la calma. Aunque muestre remordimientos, tengo que disfrazar de algún modo el alcance de mi horror e incredulidad.

—Eso depende de cómo lo vea el juez.

—¿El juez? —grito. Mi voz está al borde de la histeria—. ¡Pero Maya no es a la que se acusa de violación!

—No, pero incluso el incesto consentido va en contra de la ley. En virtud del artículo sesenta y cinco de la ley de delitos sexuales, tu hermana podría ser llevada a juicio por «consentir que la penetre un familiar adulto», lo que conlleva a una condena de hasta dos años de prisión.

Le miro. Sin palabras. Aturdido. No puede ser. *No puede ser.*

El inspector suspira y echa el expediente de nuevo sobre la mesa en un repentino gesto de cansancio.

—Así que, a menos que se retracte de su declaración, ahora ella también se enfrenta a un arresto.



« ¿Por qué, Maya, mi amor? ¿Por qué, por qué, por qué? » .

Desplomado en el suelo, medio apoyado contra la puerta de metal, miro sin ver la pared de enfrente. Me duele el cuerpo entero por permanecer en esta postura, completamente inmóvil, durante lo que parecen varias horas. Ya no tengo fuerzas para continuar golpeándome la cabeza contra la puerta, en un intento desesperado y frenético por pensar en un modo de que Maya se retracte de su declaración. Tras gritar una y otra vez pidiendo a los guardias que me dejen llamar a casa, acabo perdiendo la voz del todo. Nunca permitirán que Maya y yo hablemos de nuevo, al menos no ocurrirá hasta que haya cumplido mi sentencia que, de acuerdo con el policía que me ha interrogado, ¿podría ser de una década a partir de hoy!

Mi mente se está haciendo pedazos y apenas puedo pensar, pero por lo que tengo entendido, el hecho es que a menos que Maya niegue su reciente declaración, la arrestarán igual que a mí, posiblemente frente a Tiffin y Willa. Sin nadie que les cuide, sin nadie que encubra el problema de mamá con la bebida y su abandono. Los tres niños serán llevados a un centro de acogida sin duda alguna. Y a Maya la traerán a la comisaría, la someterán a las mismas humillaciones, a los mismos interrogatorios, y la acusarán, igual que a mí, de

cometer un delito sexual. Incluso aunque sea mi palabra contra la suya, habré muy poco que yo pueda hacer. Si sigo insistiendo en que yo soy el agresor, se preguntarán por qué de repente estoy tan desesperado por absolver a Maya de todo delito, especialmente tras haber abusado repetidamente de ella y haber amenazado con matarla si le decía algo a alguien. Estaré acorralado, incapaz de protegerla; cuanto más insista en que Maya es inocente y yo soy el culpable, más probable será que crean en la confesión de Maya. No tardarán mucho en darse cuenta de que me estoy echando la culpa para protegerla, de que estoy mintiendo porque la amo, y nunca abusaría de ella, la amenazaría o le haría daño en modo alguno. Y, por supuesto, está Kit, el único testigo real. Incluso Tiffin y Willa, si les preguntan, insistirán en que ni una sola vez les ha parecido que Maya me tuviera miedo, que siempre me estaba sonriendo, riéndose conmigo, tocando mi mano, incluso abrazándome. Y así se darán cuenta de que Maya es tan cómplice en este crimen como yo.

Cualquier cosa que trate de hacer ahora es inútil, especialmente porque cualquier empeño por desenmascarar a Maya fallará, porque al fin y al cabo es ella la que está diciendo la verdad. Podrá explicar con facilidad lo del golpe en su labio, que era mi último y desesperado intento por fingir que estaba abusando de ella.

Llevarán a Maya a juicio y la condenarán a dos años de prisión. Comenzará su vida como adulta tras las rejas, separada no sólo de mí, sino de Kit, Tiffin y Willa que tanto la quieren. Incluso tras cumplir su condena en la cárcel, saldrá de allí con secuelas emocionales y tendrá antecedentes penales para el resto de su vida. Se le negará el contacto con sus otros hermanos a causa del delito, se encontrará completamente sola en el mundo, condenada al ostracismo por sus amigos, y yo seguiré encerrado, cumpliendo una condena considerablemente más larga porque me habrán juzgado como a un adulto. Pensar en todo esto es, sencillamente, más de lo que puedo soportar. Y sé que, a menos que pueda hablar con ella, la rebelde y apasionada Maya que tanto me ama no se rendirá. Ha tomado su decisión. Cómo desearía poder decirle que prefiero permanecer encerrado el resto de mi vida que hacerla pasar por todo esto...

No sirve de nada quedarme aquí sentado desmoronándome. Nada de esto puede ocurrir. *No dejaré que ocurra.* Sin embargo, a pesar de estar pensando durante horas y mas horas, arremetiendo contra el frío hormigón que me rodea a causa de la frustración, no consigo encontrar el modo de hacer que Maya cambie de idea.

Estoy empezando a darme cuenta de que nada hará que Maya modifique su declaración y que me acuse de violarla. Ya ha tenido tiempo para pensar en que, al hacerlo, me estaría mandando a la cárcel. Si hubiera huido, como me sugirió en un principio, y si por algún milagro hubiera evitado que me atraparan, Maya habría mentido en un abrir y cerrar de ojos por el bien de los niños. Pero

sabiendo que estoy aquí sentado, encerrado en una celda, sabiendo que el resto de mi vida depende de su acusación o su confesión, nunca se rendirá. Me doy cuenta de todo esto con una certeza estremecedora. Me ama demasiado. Me ama *demasiado*. Yo también quería su amor, no quería dejarme ni una pizca de él. Mi deseo fue concedido... Y ahora ambos estamos pagando el precio. Qué estúpido fui por pedirle que hiciera esto, lo sé. Qué estúpido fui al esperar que sacrificara mi libertad por la suya. Mi felicidad lo era todo para ella, tanto como lo era la suya para mí. Si las cosas fueran distintas, ¿habría *considerado* siquiera acusar a Maya en falso para evitar que me castigaran a mí?

Pero el arrepentimiento no deja de corroerme. Si hubiera escapado cuando pude, si me hubiera ido y evitado de algún modo que me detuvieran, Maya no habría confesado. No hubiéramos ganado nada diciendo la verdad, sólo hubiéramos hecho daño a los niños. Ella nunca hubiera confesado si no me hubieran arrestado...

Mi mirada va, lentamente, desde la pared hasta la pequeña ventana de la esquina, justo bajo el techo. Y en ese momento se me presenta la respuesta. Si quiero que Maya se retracte de su confesión, entonces debo desaparecer de aquí para evitar la sentencia, no debo quedarme atrapado en una celda enfrentándome a una condena de cárcel. Tengo que marcharme.

Las manos se me ponen rígidas y los dedos se entumecen al romper los hilos que cosen la sábana al colchón. Llevo la cuenta del tiempo que pasa entre los turnos de vigilancia de los guardias, cuento rítmicamente y en voz baja, mientras arranco las costuras con cuidado, metódicamente. Quien quiera que haya diseñado estas celdas ha hecho un buen trabajo para garantizar su seguridad. La pequeña ventana está tan elevada del suelo que haría falta una escalera de tres metros para alcanzarla. También tiene barrotes, por supuesto, pero están en la parte superior. Si lanzo con puntería, creo que podré enrollar la sábana sobre las barras con clavos de modo que las cintas anudadas de la tela rajada cuelguen lo suficientemente como para que pueda alcanzarlas, como esas cuerdas por las que solíamos trepar en educación física. Recuerdo que se me daba bien, siempre llegaba arriba el primero. Si esta vez logro un resultado similar, alcanzaré la ventana, ese pequeño pedazo de sol, mi puerta hacia la libertad. Es una locura de plan, lo sé. Un plan desesperado. Pero es que estoy desesperado. No quedan más opciones. Tengo que irme. Tengo que desaparecer.

Los barrotes que cubren el vidrio muestran signos de oxidación y no parecen muy resistentes. Mientras no se rompan antes de que alcance la ventana, el plan podría funcionar.

Cuento hasta seiscientos veintitrés desde que escucho los últimos pasos al otro lado de la puerta de mi celda. Una vez que esté listo, tendré diez minutos más o menos para llevar esto a cabo. He leído que algunas personas han sido capaces de hacer esto antes, no sólo pasa en los programas de televisión de policías. Es

posible. *Tiene que serlo.*

Finalmente, tras conseguir desatar todo el borde de la lámina de plástico, le doy un pequeño tirón y se mueve debajo de mí, ya no está cosida al colchón de abajo. La pongo enfrente de mí, uso mis dientes para hacer la primera tira y empiezo a desgarrarla poco a poco. Según mis cálculos aproximados, tres tiras atadas deberían ser prácticamente suficientes. El material es resistente y me duelen las manos, pero no puedo arriesgarme a tirar de la sábana por miedo a que se escuche el sonido del desgarró. Para cuando el plástico ha quedado separado en trozos iguales, tengo las uñas rotas y me sangran las yemas de los dedos. Ahora, todo lo que debo hacer es esperar a que pase el guardia.

Los pasos ya se acercan y al instante me echo a temblar. Tiemblo tanto que soy incapaz de pensar. No puedo seguir adelante. Soy demasiado cobarde, estoy jodidamente asustado. Mi plan es ridículo, me van a descubrir, fracasaré. Los barrotes parecen demasiado flojos. ¿Qué pasa si se rompen *antes* de que alcance la ventana?

Los pasos empiezan a retroceder e inmediatamente intento poner juntas las tiras. Los nudos tienen que estar apretados, muy apretados, lo suficiente como para que aguanten mi peso. El sudor corre por mis ojos, me nubla la visión. Tengo que darme prisa, prisa, prisa, pero mis manos no dejan de temblar. Mi cuerpo me grita que pare, que retroceda. Mi mente me obliga a seguir adelante. Nunca he estado tan aterrado.

Fallo. Sigo fallando. A pesar del peso del material de plástico y del fuerte lazo anudado en el extremo, no consigo alcanzar ninguno de los clavos. He hecho un lazo demasiado pequeño. He sobrestimado mi habilidad para dar en el blanco en estado de pánico y con las manos temblorosas. Al fin, loco de angustia, lo lanzo hasta el techo y, sorprendentemente, el lazo baja quedando sujeto a un único clavo exterior, las tiras de sábana con nudos cuelgan contra la pared como una gruesa cuerda. La miro un momento totalmente consternado: ahí está, esperando a que la trepen, es mi camino a la libertad. Con el corazón desbocado, alzo la mano tanto como puedo para alcanzar el material. Me doy impulso con los brazos, elevo las piernas, doblo las rodillas, cruzo los tobillos para atrapar la tira entre mis pies y empiezo a subir.

Llegar arriba del todo me lleva más tiempo del que había previsto. Me sudan las palmas de las manos, tengo los dedos débiles de descoser hilos y rasgar, y a diferencia de las cuerdas del colegio, las tiras de sábana apenas tienen sujeción. En cuanto llego arriba, paso mis brazos alrededor de los barrotes, mis pies se mueven en busca de un apoyo en la abultada y desconchada pared. La punta de mi pie encuentra un pequeño saliente y, gracias a la fijación de mis deportivas, consigo aferrarme a él. Éste es el momento de la verdad. ¿Se han aflojado los barrotes al trepar? ¿Los romperá un último tirón violento arrancándolos de la pared?

No tengo tiempo de inspeccionar el óxido de la sujeción de los barrotes. Como un escalador al borde de un acantilado, me aferro a las barras con ambas manos y a la pared con los pies, cada músculo de mi cuerpo lucha contra la fuerza de la gravedad. Si me sorprenden ahora, se acabó. Pero todavía no me atrevo. ¿Se romperán los barrotes? ¿*Se romperán*? Durante un breve instante siento la luz dorada del sol poniente acariciar mi rostro a través de la sucia ventana. Al otro lado se encuentra la libertad. Encerrado en esta caja exenta de aire, consigo echar un vistazo fuera, el viento sacude los verdes árboles en la distancia. El grueso cristal es como una pared invisible, me aísla de todo lo que es real, vivo y necesario. ¿En qué momento te das por vencido y decides que ya es suficiente? En realidad sólo hay una respuesta: nunca.

El momento ha llegado, si fallo, me oirán y me mantendrán bajo vigilancia, o bien me llevarán a otra celda más segura, así que sé a ciencia cierta que ésta es mi única oportunidad. Un sollozo de terror amenaza con escapárseme. Estoy perdiendo la compostura, alguien me oirá. Pero no quiero hacer esto. Estoy tan asustado. Muy asustado.

Con el brazo izquierdo aún enganchado a los barrotes y sujetando casi todo el peso de mi cuerpo —el metal me corta la carne, se me clava hacia el hueso— libero una mano para alcanzar la sábana que cuelga debajo de mí. Y entonces me doy cuenta de que esto es todo. El guardia estará de regreso en el pasillo en cualquier momento. Ya no me quedan excusas. Es la hora de que nos libere a todos. A pesar del miedo, del terror níveo y cegador, paso un segundo lazo alrededor de mi cabeza. Aprieto el nudo. Un fuerte sollozo fractura el silencio. Y entonces me dejo caer.

Los grandes ojos azules de Willa, la sonrisa con hoyuelos en las mejillas de Willa. La melena rubia de Tiffin, la sonrisa descarada de Tiffin. Los gritos de emoción de Kit, el sentimiento de orgullo de Kit. El rostro de Maya, los besos de Maya, el amor de Maya. Maya, Maya, Maya...

EPÍLOGO

Maya

Me observo en el espejo que hay en la pared de mi habitación. Veo mi reflejo con claridad, pero en realidad es como si no estuviera ahí, es el de otra persona, el de una impostora, el de una extraña. Es alguien que se parece a mí, aunque se ve muy normal, fuerte y llena de vida. Vuelvo a llevar el cabello cuidadosamente recogido, pero me alarma lo familiar que me resulta mi rostro, mis ojos son los mismos, grandes y azules. Mi expresión permanece impasible: calmada, tranquila, casi serena. Parezco sorprendentemente común, desoladoramente ordinaria. Tan sólo mi pálida piel y las profundas sombras que hay bajo mis ojos me traicionan, revelando las noches sin dormir, las horas y más horas de oscuridad que he pasado mirando al conocido techo en mi cama, una fría tumba en la que ahora yazco sola. Hace mucho que tiré los tranquilizantes y la amenaza de una hospitalización se ha visto disminuida ahora que vuelvo a comer y beber, ahora que he recuperado la voz y que he encontrado un modo de hacer que mis músculos se contraigan y se relajen para moverme, permanecer de pie y funcionar. Las cosas casi han vuelto a la normalidad: mamá ha dejado de intentar obligarme a comer, Dave ya no la encubre ante las autoridades y, poco a poco, han vuelto a marcharse juntos al otro extremo de la ciudad, tras restaurar un poco el orden en la casa y hacer una convincente representación para los servicios sociales. Yo he vuelto a mi acostumbrado rol de cabeza de familia, exceptuando el hecho de que ya nada me resulta conocido, y a quien menos conozco es a mí misma.

La rutina habitual se ha reanudado: levantarse, ducharse, vestirse, comprar, cocinar, limpiar la casa e intentar mantener a Tiffin y Willa, incluso a Kit, tan ocupados como me sea posible. Se me pegan como lapas, muchas noches los cuatro acabamos juntos en la que solía ser la cama de nuestra madre. Hasta Kit ha vuelto a ser un niño asustado, aunque sus valientes esfuerzos por ayudarme y apoyarme me rompen el corazón. Cuando nos amontonamos bajo el edredón en la gran cama de matrimonio, les suelen entrar ganas de hablar, pero principalmente quieren llorar y yo los consuelo lo mejor que puedo, aunque sé

que ya nada es suficiente, no hay palabras que puedan arreglar lo que ocurrió, lo que les hice vivir.

Durante el día hay mucho que hacer: hablar con sus profesores de la vuelta a la escuela, ir a nuestras sesiones con el psicólogo, acudir a los controles del trabajador social, asegurarme de que están limpios, alimentados y sanos... Me veo obligada a mantener una lista de tareas para recordarme lo que se supone que debo hacer en cada momento del día: cuando nos levantamos, cuando comemos, cuando nos acostamos... Tengo que descomponer cada tarea en pequeños pasos, de otro modo me encontraría de pie en medio de la cocina con una cacerola en la mano, completamente abrumada, perdida, sin ninguna idea de por qué estoy ahí o qué se supone que debo hacer a continuación. Comienzo frases que no atino a terminar, le pido a Kit que me haga un favor y luego olvido lo que era. Él intenta ayudarme, tomar el relevo y hacerlo todo, pero luego me preocupa que esté haciendo demasiado, que él también sufra algún tipo de crisis nerviosa, por lo que le ruego que deje de hacerlo. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de que necesita mantenerse ocupado, sentirse útil y pensar que lo necesito a él.

Desde el día en que ocurrió, el día en que llegaron las noticias, cada minuto ha sido una agonía en su forma más desgarradora, como si metiera la mano en un horno y contara los segundos a sabiendas de que nunca acabarán, preguntándome cómo podré resistir otro más, y luego otro; asombrada de que a pesar de la tortura sigo respirando, me sigo moviendo, aunque sé que al hacerlo el dolor nunca desaparecerá. Pero mantengo mi mano en el horno que es la vida por una sola razón: los niños. Encubrí a nuestra madre, mentí por ella, incluso les dije a los niños exactamente lo que debían contar antes de que los servicios sociales llegaran. Pero eso fue cuando todavía tenía la arrogancia, la ridícula y vergonzosa arrogancia de creer que estarían mejor *conmigo* que en una casa de acogida.

Ahora pienso de otro modo. Aunque poco a poco he restablecido una especie de rutina, algo parecido a la calma, me he convertido en un robot y apenas puedo cuidar de mí misma, por lo que mucho menos puedo cuidar de tres niños. Se merecen un hogar en condiciones con una familia adecuada que les mantenga unidos y sea capaz de aconsejarlos y apoyarlos. Se merecen empezar de nuevo, embarcarse en una nueva vida en la que las personas que cuiden de ellos sigan las normas de la sociedad, una vida en la que la gente amada no se vaya, no se derrumbe o muera. Se merecen mucho más. No hay duda de que siempre lo han merecido.

Sinceramente, ahora creo en todo esto. Me llevó unos cuantos días convencerme plenamente, pero al fin comprendí que no tenía otra alternativa. En realidad no había decisión que tomar, no había más opción que aceptar los hechos. No me quedan fuerzas para seguir así, no puedo ni un solo día más, la

única forma de hacer frente a semejante culpa devastadora es convencerme de que, por su propio bien, los niños estarán mejor en cualquier otro lugar. No voy a permitirme pensar que yo también los abandonaré.

Mi reflejo no ha cambiado. No estoy muy segura de cuánto tiempo he pasado aquí de pie, pero ha debido ser un buen rato porque empiezo a sentir mucho frío otra vez. Es señal de que me he quedado paralizada, de que he llegado al final de la etapa actual y que he olvidado hacer la transición a la siguiente. Pero quizá esta vez mi retraso sea deliberado. El siguiente paso será el más duro de todos.

El vestido que compré para la ocasión es bastante bonito sin llegar a ser muy formal. La chaqueta azul marino lo hace parecer adecuado y elegante. Es azul porque es el color favorito de Lochan. «Era» el color favorito de Lochan. Me inundo el labio y la sangre brota hacia la superficie. Supuestamente, llorar les sienta bien a los niños —alguien me lo dijo, no recuerdo quién— pero he aprendido que a mí, como con todo lo que hago ahora, ya no me sirve de nada. Nada puede aliviar el dolor. Ni llorar, ni reír, ni gritar, ni suplicar. Nada puede cambiar el pasado o traerlo de vuelta. Los muertos permanecen muertos.

Lochan se hubiera reído de mi ropa. Nunca me vio vestida de un modo tan pijo. Hubiera bromeado y dicho que parecía una banquera de la ciudad. Pero luego hubiera dejado de reírse y me hubiera dicho que, en realidad, estaba muy guapa. Se hubiera reído al ver a Kit con un traje tan elegante, con aspecto de tener más de trece años. Nos hubiera tomado el pelo por comprarle uno a Tiffin también, pero le hubiera gustado la brillante y colorida corbata con motivos futbolísticos, el toque personal de Tiffin. No obstante, hubiera tenido problemas para reírse de la elección de vestuario de Willa. Creo que verla con su preciado «vestido de princesa» de color violeta que le compramos por Navidad le hubiera hecho saltar las lágrimas.

Ha tardado mucho —casi un mes a causa de la autopsia, de la investigación y todo lo demás—, pero al final ha llegado el momento. Nuestra madre ha decidido no venir, así que sólo iremos nosotros a la bonita iglesia que hay sobre Milwood Hill. Su interior, fresco y lóbrego, estará vacío, resonará el eco, habrá tranquilidad. Sólo estaremos nosotros cuatro y el ataúd. El reverendo Dawes pensará que Lochan Whitely no tenía amigos, pero estará equivocado: me tenía a mí, nos tenía a todos nosotros... Pensará que nadie le quiso, pero sí que le amaron, más profundamente que a la mayoría de gente en toda su vida...

Tras la breve ceremonia volveremos a casa y nos consolaremos los unos a los otros. Y al cabo de un rato iré arriba y escribiré las cartas, una para cada uno, explicándoles el porqué de mi decisión, recordándoles lo mucho que los quiero, y que lo siento mucho, muchísimo. Los tranquilizaré diciéndoles que estarán muy bien atendidos por otra familia, intentaré convencerles, igual que hice conmigo misma, de que estarán mucho mejor sin mí, de que estarán mucho mejor si

empiezan de nuevo. El resto será fácil, egoísta, pero fácil. Lo he estado planeando cuidadosamente durante una semana más o menos. Obviamente no puedo quedarme en casa si no quiero que me encuentren los niños, así que me iré a mi refugio en el parque Ashmoore. Al lugar que llamaba el paraíso y que una vez compartí con Lochan. Salvo que esta vez no voy a volver de allí.

Esconderé bajo mi abrigo el cuchillo de cocina que he estado guardando bajo una pila de papeles en el cajón de mi escritorio. Me acostaré en la hierba húmeda, miraré al cielo salpicado de estrellas y entonces levantaré el cuchillo. Sé exactamente lo que debo hacer para que acabe enseguida, muy rápidamente, de la misma forma que espero que fuera para Lochan. Lochie. El chico al que amé una vez. El chico al que aún amo. El chico al que seguiré amando, aun cuando mi papel en este mundo también haya llegado a su fin. Sacrificó su vida para librarme de una condena en prisión. Pensó que podría cuidar de los niños. Pensó que yo era la fuerte, que era lo suficientemente valiente como para vivir sin él. Creyó conocerme. Pero estaba equivocado.

Willa irrumpe en la habitación sobresaltándose. Kit le ha cepillado su larga y dorada melena, le ha limpiado la cara y las manos tras el desayuno. Su carita de bebé es aún tan dulce y confiada que me duele mirarla. Me pregunto si, cuando tenga mi edad, seguirá pareciéndose a mí. Espero que alguien le muestre una fotografía. Espero que alguien le diga lo mucho que la quisieron —lo mucho que la quiso Lochan, lo mucho que la quise yo—, aunque ella no lo recuerde. De los tres, ella es la única que podría superarlo del todo, la única que quizá lo olvide, y espero que así sea. Tal vez, si le dejan quedarse una fotografía, algo desempolva sus recuerdos. Tal vez podrá acordarse de algún juego al que solíamos jugar, o de las voces divertidas que ponía a cada uno de los personajes de sus cuentos a la hora de dormir.

Se queda en la puerta, dudando, sin saber si avanzar o retroceder, evidentemente desesperada por decirme algo pero asustada de hacerlo.

—¿Qué pasa, cariño? Qué guapa estás con ese vestido. ¿Ya estás lista para que nos vayamos?

Me mira fijamente, sin parpadear, como si intentara averiguar cómo reaccionaré, entonces niega con la cabeza y sus grandes ojos azules se inundan de lágrimas.

Me arrodo, extendiendo los brazos para abrazarla y ella se lanza sobre mí frotándose los ojos con sus manitas.

—No... no... no quiero... ¡No quiero ir! ¡No quiero! ¡No quiero decirle adiós a Lochie!

La estrecho un poco más fuerte, su cuerpecito solloza suavemente contra el mío y la beso en la mejilla húmeda, le acaricio el pelo, la balanceo adelante y atrás pegada a mí.

—Sé que no quieres, Willa. Yo tampoco quiero. Ninguno de nosotros. Pero

tenemos que hacerlo, necesitamos decir adiós. Eso no quiere decir que no podamos visitar su tumba en el cementerio de la iglesia, o pensar en él ni hablar sobre él siempre que queramos.

—¡Pero yo no quiero ir, Maya! —brama Willa, su voz llorosa es casi una súplica—. ¡No voy a ir a decir adiós, no quiero que se vaya! ¡No quiero, no quiero, no quiero! —Se pone a forcejear, intentando zafarse, desesperada por escapar de la dura experiencia, de lo irreversible de la situación.

La estrecho entre mis brazos fuertemente para mantenerla quieta:

—Willa, escúchame, escúchame. Lochie quiere que vengas y que le digas adiós. Lo quiere en serio. Te quiere muchísimo, ya lo sabes. Eres su chica favorita en el mundo entero. Sabe que estás muy triste y enfadada ahora mismo, pero de verdad espera que un día ya no te sientas tan mal.

Sus forcejeos disminuyen, su cuerpo se debilita al brotar las lágrimas.

—¿Qué... qué más quiere?

Intento encontrar algo que decirle. « Que algún día encuentres la manera de perdonarlo. Que olvides el dolor que te ha causado, aunque eso implique que tengas que olvidarlo a él. Que sigas adelante y vivas una vida de inmensa alegría...»

—Bueno, a él siempre le gustaron tus dibujos, ¿te acuerdas? Estoy segura de que le gustaría mucho que le hicieras alguno. Puede que una tarjeta con un dibujo especial. Podrías escribir un mensaje dentro si quieres, o sólo tu nombre. La cubriremos con un plástico transparente especial, de modo que si llueve, no se moje. Y también puedes llevársela cuando vayas a visitar su tumba.

—Pero si se queda dormido para siempre, ¿cómo sabrá que está ahí? ¿Cómo podrá verla?

Inspiro profundamente y cierro los ojos.

—No lo sé, Willa. Sinceramente, no lo sé. Pero podría... podría verla, podría saberlo. Así que, en caso de que lo haga...

—Va... Vale. —Retrocede poco a poco, con su cara aún rosa y bañada en lágrimas, pero con un pequeño rayo de esperanza en los ojos—. Creo que la verá, Maya —me dice, como si me rogara que estuviera de acuerdo—. Creo que sí, ¿no?

Asiento lentamente, mordiéndome el labio con fuerza.

—Yo también lo creo.

Willa traga y se sorbe los mocos, su mente ya está puesta en la obra de arte que va a crear. Abandona mis brazos y se mueve hacia la puerta, pero entonces se vuelve como si recordara algo.

—¿Y qué hay de ti?

Me pongo en tensión.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué hay de ti? —repite—. ¿Qué le vas a llevar tú?

—Oh... Puede que unas flores o algo así. No tengo tanto talento como tú. No creo que le gustara un dibujo mío.

Willa me mira fijamente.

—No creo que Lochie quisiera que le llevaras flores. Creo que le gustaría que hicieras algo más especial.

Me aparto de ella bruscamente, camino hasta la ventana y miro el cielo sin nubes, fingiendo comprobar si va a llover.

—Escucha. ¿Por qué no bajas y empiezas a hacer la tarjeta? Yo iré en un minuto y luego saldremos todos juntos. Y recuerda que cuando volvamos a casa vamos a tener pasteles en...

—¡Eso no es justo! —grita Willa repentinamente—. ¡Lochie te quiere! ¡También quiere que hagas algo para él!

Salgo corriendo de la habitación y escucho el sonido familiar de sus pies bajando por la escalera. La sigo ansiosa hasta el final del pasillo, pero entonces oigo que le pide a Kit que la ayude a encontrar sus rotuladores y me tranquilizo.

Vuelvo a mi habitación. De nuevo frente al espejo y siento que no me puedo marchar, que si continuo mirándome, seré capaz de convencerme de que aún estoy aquí, al menos por hoy. Tengo que estar aquí hoy, por los niños, por Lochie. Sólo tengo que apagar el interruptor durante las próximas horas. Debo permitirme sentir, sólo un rato, sólo para el funeral. Pero ahora que mi mente se está descongelando, volviendo a la vida, el dolor vuelve a crecer y las palabras de Willa no me dejan en paz. ¿Por qué se ha enfadado tanto? ¿Se habrá dado cuenta de que me he rendido? ¿Pensará que como Lochie se ha ido ya no me importa lo que él hubiera querido de nosotros, *para* nosotros?

De repente necesito apoyarme a los lados del espejo para no caerme. Estoy pisando terreno peligroso, sigo una línea de pensamientos que no puedo permitirme seguir. Willa quería a Lochan tanto como yo, sin embargo no se esconde tras un sedante; a ella le duele más que a mí, no obstante no deja de buscar formas de afrontarlo, aunque sólo tenga cinco años. Ahora mismo no está pensando en sí misma y en su propia tristeza, piensa en Lochie, en lo que puede hacer por él. Lo menos que puedo hacer yo es plantearme la misma pregunta: si Lochie pudiera verme ahora, ¿qué me pediría?

Pero obviamente ya conozco la respuesta. La he sabido todo el tiempo. Razón por la cual he evitado pensar en ello ahora... Veo los ojos de la chica del espejo llenarse de lágrimas. «No, Lochie, —le digo desesperadamente—. ¡No! Por favor, por favor. No puedes pedirme eso, no puedes. No puedo seguir, no sin ti. Es demasiado duro. Es demasiado duro. ¡Duele demasiado! ¡Te amaba tanto!».

¿Es posible querer excesivamente a una persona tan buena como Lochie? ¿Realmente nuestro amor estaba destinado a causar tanta infelicidad, tanta destrucción y desesperanza? ¿Resulta que estaba mal después de todo? El hecho de que yo siga aquí, ¿quiere decir que tengo la oportunidad de mantener vivo

nuestro amor? ¿No significa que aún tengo la oportunidad de sacar algo bueno de todo esto, algo que no sea la infinita tragedia?

Él entregó su vida para salvar la mía, para salvar a los niños. Eso era lo que él quería, fue su elección, el precio que estaba dispuesto a pagar para que yo siguiera viviendo, para que tuviera una vida que mereciera la pena vivir. Si muero también, su último sacrificio habrá sido en vano.

Me balanceo hacia delante de modo que mi frente queda apoyada en el frío cristal. Cierro los ojos y comienzo a llorar lágrimas silenciosas que ruedan por mis mejillas. «Lochie, puedo ir a la cárcel por ti, puedo morir por ti. Pero la única cosa que sé que deseas, esa no puedo hacerla. No puedo seguir viviendo por ti».

—Maya, tenemos que irnos. ¡Vamos a llegar tarde! —La voz de Kit me llama desde el vestíbulo. Todos están esperando, esperando a decir adiós, a dar el primer paso para dejarle marchar. Si voy a vivir, tendré que empezar a dejarle marchar también. Dejar marchar a Lochie. ¿Cómo voy a hacer eso?

Observo mi rostro una vez más. Contemplo los ojos que Lochie solía ver tan azules como el océano. Hace sólo un rato me he dicho que él nunca me conoció si pensaba, solo por un segundo, que podría sobrevivir sin él. Pero ¿y si soy yo la que está equivocada? Lochie murió para salvarnos, para salvar a la familia, para salvarme a mí. El no habría hecho aquello si hubiera pensado, aunque fuera por un instante, que no era lo suficientemente fuerte como para seguir adelante sin él. Tal vez, sólo tal vez, resulte que él estaba en lo cierto y yo equivocada. Es posible que yo no me conozca tan bien como él me conocía a mí.

Camino lentamente hacia mi escritorio y abro el cajón. Deslizo la mano bajo el montón de papeles y cierro mis dedos alrededor del mango del cuchillo. Lo saco, su filo brilla bajo el sol. Lo sujeto bajo mi chaqueta y me voy abajo. En la cocina, abro el cajón de la cubertería y lo pongo justo en la parte de atrás, fuera de la vista. Entonces empujo el cajón y lo cierro del todo.

Se me escapa un fuerte sollozo. Aprieto el interior de la muñeca contra mi boca y mis labios se encuentran con la fría plata. El regalo que me hizo Lochan. Ahora es mi turno. Cierro los ojos para contener las lágrimas, inspiro larga y profundamente y susurro:

—Está bien, lo intentaré. Eso es todo lo que puedo prometerte por ahora, Lochie, pero lo intentaré.

Al salir de casa, todos se quejan y discuten. Willa ha perdido su horquilla de la mariposa, Tiffin dice que su corbata le está asfixiando, Kit se queja de que los lamentos de Willa nos harán llegar tarde... Salimos en fila por la verja rota hacia la calle, todos vestidos con las ropas más elegantes que jamás hemos tenido. Willa y Tiffin quieren cogerme la mano. Kit se queda atrás. Le sugiero que tome la mano de Willa para que así pueda balancearse entre nosotros. Lo hace y, mientras la lanzamos por el aire, el viento azota su largo vestido hacia atrás,

revelando unas braguitas de color rosa brillante. Mientras ella nos pide que lo hagamos de nuevo, los ojos de Kit se encuentran con los míos y sonríe con diversión.

Caminamos por el centro de la calle dándonos las manos, la acera es demasiado estrecha para que quepamos los cuatro a la vez. Una cálida brisa nos acaricia la cara, trae el aroma de la madreSelva de un jardín cercano. El sol del mediodía lanza sus rayos desde un reluciente cielo azul, la luz titila entre las hojas bañándonos con un confeti dorado.

—¡Eh! —exclama Tiffin estrepitosamente por la sorpresa—. ¡Ya casi es verano!

AGRADECIMIENTOS

Quisiera poder decir que escribir este libro fue sencillo. Pero no lo fue. De hecho, probablemente haya sido una de las cosas más difíciles que he llevado a cabo en mi vida... Por lo tanto, debo un enorme agradecimiento a todos aquellos que me han ayudado y apoyado durante esta dura etapa. En primer lugar, este libro nunca hubiera existido de no ser por la pasión y la fe inquebrantable de mi editor, Charlie Sheppard, que no sólo luchó por la creación de este libro en las fases iniciales, sino que me apoyó en todo momento para mantenerlo vivo cuando quise rendirme. También quiero mostrar un profundo agradecimiento a Annie Eaton, por su apoyo incondicional y por haber creído encarecidamente en mí y en *Prohibido*. Las editoras Sarah Dudman y Ruth Knowles han trabajado extremadamente duro y les estoy muy agradecida por su paciencia, pericia y compromiso. Mi agradecimiento también a Sophie Nelson y al equipo de diseño por su inestimable contribución.

Me siento especialmente agradecida por el increíble apoyo de mi familia. Mi madre no sólo revisa incansablemente mis libros en cada fase, sino que además me ayuda a encontrar el tiempo y la energía para escribirlos. Tansy Roekaerts me ofrece observaciones constructivas sobre todos mis libros y siempre parece saber cómo ayudarme cuando me bloqueo. Tiggy Suzuma es el orgullo de mi vida y de algún modo consigue hacerme reír en los malos momentos, evitando que me lo tome todo demasiado en serio. Thalia Suzuma también me aporta consejos muy valiosos, así como ayuda práctica y asesoramiento profesional. Por último, soy muy atornillada por tener como mejor amiga a Akiko Hart, quien no sólo me ayuda a escribir, sino, más importante aún, me ayuda a vivir.



TABITHA SUZUMA. Nació en Londres en 1975. De madre inglesa y padre japonés, es la mayor de cinco hermanos. Fue a un colegio francés del Reino Unido, y creció siendo bilingüe. Sin embargo lo odiaba, se negaba a estudiar y se sentaba al fondo de la clase para escribir historias, mientras los profesores pensaban que tomaba apuntes. A los catorce años dejó el colegio para alivio de sus padres y profesores. Continuó estudiando a distancia, y finalmente acabó estudiando Literatura francesa en la Universidad King de Londres. Después de graduarse se preparó como profesora de primaria, y al mismo tiempo que enseñaba, escribió su primera novela que fue publicada en 2006. *Prohibido* es su novela más famosa y vendida.

Notas

[1] Juego de equipo en el cual uno o dos jugadores hace de « bulldogs» en medio del campo de juego, mientras que el resto permanece a salvo a un lado del campo. El juego consiste en que estos jugadores pasen al otro lado sin que los « bulldogs» los atrapen. Si lo hacen, el jugador atrapado pasa a convertirse en « bulldog» . El ganador es el último jugador que queda sin haber sido atrapado. (N. de la T) <<